Itsel Campos



Manual

DE CITAS Y RESCATES

Cómo enamorarse sin perder la vida en el intento

Para las que se rompieron… y volvieron a florecer.

SINOPSIS

Brooke Dawson, columnista del *Boston Daily Herald*, acepta un proyecto que jamás imaginó: probar apps de citas y narrar cada desastre con honestidad brutal. El problema es que sigue atrapada en un ciclo emocional con su ex… y no está segura de querer —o poder— abrir la puerta a alguien nuevo.

Entonces aparece Sofía Cruz, su vecina del 4B: paramédico, reservada, dueña de un humor seco, un encanto sin esfuerzo y una calma que contrasta radicalmente con el caos de Brooke. Lo que empieza como encuentros casuales en el pasillo pronto se convierte en una presencia constante, inesperada… y peligrosamente significativa.

A medida que Brooke se adentra en el mundo de las citas modernas, descubre que las respuestas que busca no están en los perfiles de las apps, sino en la mujer que vive a un piso de distancia, la única que parece verla de verdad.

Una comedia romántica sáfica divertida, tierna y deliciosamente spicy sobre soltar lo que duele, sanar lo que pesa y enamorarse justo donde menos lo esperas.

PRÓLOGO

El ascensor del *Boston Daily Herald* se detuvo con un quejido metálico, expulsando a Brooke Dawson como si la ciudad misma la hubiese lanzado fuera de sí, y ella—tan acostumbrada a llegar tarde, a tropezar con el filo de sus propios pensamientos, a cargar una tote bag que siempre parecía más pesada de lo que debía—se abrió paso entre el bullicio del vestíbulo con la respiración acelerada y la sensación, ya familiar, de estar intentando alcanzar un tren que se movía uno o dos centímetros más rápido que ella.

El Herald tenía esa vibración constante de lugar que nunca dormía: teléfonos sonando en cubículos lejanos, tecleos furiosos que marcaban el ritmo del día, voces cruzándose en discusiones que podían ser sobre política internacional o sobre quién había vuelto a dejar el microondas lleno de salsa marinara. Brooke avanzó entre las mesas llenas de papeles, pantallas encendidas y tazas huérfanas, esquivando al pasante nuevo—¿o era el de hace tres semanas?—sin perder el equilibrio, aunque sí la dignidad, ya que su tote decidió golpear una torre de carpetas que se desmoronó como la torre de un juego de bloques mal construido.

—¡Perdón! —exclamó, recogiendo una carpeta y luego dejándola caer porque estaba sosteniendo demasiadas cosas a la vez—. Lo arreglo después. O… lo arreglo ahora.

Un par de colegas la saludaron con movimientos distraídos; estaban acostumbrados a ese torbellino de curvas, cabello castaño claro siempre a punto de escaparse de una coleta mal hecha, labios ansiosos que murmuraban ideas para futuras columnas, y ojos miel que parecían absorber más de lo que decían. Brooke no era del tipo que pasaba desapercibida, pero no por los motivos que ella temía: su cuerpo voluptuoso y cálido, sus caderas anchas y su andar ligeramente apresurado la convertían en una figura reconocible entre los pasillos; sin embargo, lo que realmente la distinguía era esa energía frenética, ese entusiasmo vulnerable que cargaba incluso en las mañanas donde apenas había dormido.

Finalmente llegó a la oficina de vidrio de Margaret Huxley, jefa de la sección de Estilo de Vida y Cultura, una mujer con la desconcertante habilidad de detectar patrones en medio de cualquier caos—incluido el de Brooke. A sus cuarenta y cinco años, Margaret era todo ángulos elegantes: delgada como un guion bien puesto, con trajes tan impecables que parecían costar más que el presupuesto anual del periódico. Estaba revisando unas galeradas cuando Brooke cruzó el umbral sin molestar en tocar.

Margaret alzó la vista, una ceja ascendiendo tras los bordes de sus gafas de diseñador con la precisión de un bisturí.

—Dawson, llegas tarde —anunció con esa mezcla de reproche y resignación que reservaba exclusivamente para ella.

—Lo sé —respondió Brooke, intentando enderezar su blusa—. El ascensor decidió odiarme hoy. Y la ciudad en general. Y… bueno, puedo empezar de nuevo, si quieres.

Margaret suspiró. No un suspiro de molestia profunda, sino uno que decía: «esta mujer es un talento, pero me va a llevar a una úlcera».

—Siéntate.

Brooke obedeció, dejando caer su tote sobre la alfombra y cruzando las piernas, sabiendo—porque lo sabía—que eso hacía que sus muslos ocuparan más espacio del que debía, y entrando en ese bucle mental de «ojalá hoy mi blusa no se marque tanto». Margaret la observó fijamente, como quien decide cuánta verdad decir y cuánta reservar.

—Voy a ser directa —comenzó la editora, entrelazando los dedos sobre el escritorio—. Las columnas de «Vivir en Boston con Cero Dólares y una Planta Moribunda» han funcionado bien, pero necesitamos algo más fresco. Algo que conecte. Algo que genere conversaciones.

Brooke sintió un pinchazo de ansiedad detrás de las costillas. Ella vivía de historias, pero no todas eran fáciles de contar.

—¿Qué… qué estás pensando?

Margaret movió un dossier hacia ella. Un dossier con su nombre en la portada.

—Una serie nueva —anunció con calma—. Una crónica semanal sobre las citas modernas: queremos que te adentres en apps, encuentros y situaciones reales, que muestres, sin filtros ni edulcorantes, lo que significa ser soltera en esta ciudad… y que lo hagas con tu propia voz.

Brooke parpadeó, no una sino varias veces, como si sus pestañas necesitaran ponerse de acuerdo antes de aceptar lo que acababa de escuchar.

—¿Perdón? ¿Citas? ¿Yo? Margaret, apenas puedo hacer que una planta sobreviva bajo mi cuidado; ¿de verdad quieres que salga ahí afuera… que conozca gente… como si fuera alguien mínimamente competente en esas lides?

Margaret arqueó una ceja.

—Precisamente.

—Eres auténtica, graciosa, honesta; la gente se reconoce en tu voz y responde a ella. Este proyecto podría ser grande, Dawson, verdaderamente grande, pero necesitas comprometerte de lleno… y, por favor, no quiero volver a leer otro artículo sobre la enigmática desaparición de tu cactus.

Brooke abrió la boca, luego la cerró, y volvió a abrirla como si intentara atrapar las palabras adecuadas antes de que se escaparan de su propia sorpresa.

—¿Y qué pasa si nadie quiere salir conmigo? —soltó, demasiado rápido, demasiado sincera.

Margaret no sonrió, tampoco intentó consolarla; simplemente la sostuvo con una mirada tan nítida, tan imperturbable, que resultaba casi inquietante en su serenidad.

—No es un proyecto sobre que te quieran —dijo—. Es un proyecto sobre encontrarte. Y eso… sí lo sabes hacer.

Brooke sintió la garganta cerrarse, no por tristeza, sino por ese miedo eléctrico que aparece cuando la vida decide empujarte hacia una historia que no pediste pero tal vez necesitas.

Asintió, tragando el torbellino de dudas.

—Está bien —susurró—. Lo haré.

Mientras abandonaba la oficina, volvió a enredarse con la correa de su tote, dejó caer una nota adhesiva que proclamaba «Comprar café» como si fuera un recordatorio de su propia fragilidad cotidiana y terminó chocando, casi con coreografía involuntaria, contra el fotógrafo deportivo que atravesaba el pasillo con la cámara tambaleándose a su paso.

Todo normal. Todo absolutamente Brooke.

Y mientras atravesaba la sala de redacción, envuelta en el zumbido perpetuo del periódico —esa mezcla de teclas furiosas, aroma a tinta recién impresa y teléfonos que parecían competir por atención—, un pensamiento la alcanzó con la precisión de una punzada: la hizo detenerse a mitad de paso, tensar los hombros y exhalar un suspiro que llevaba el peso de un presagio.

«¿Cómo diablos voy a explicarle esto a Landon?»

Y entonces, como si el destino hubiese calibrado exactamente el momento más inoportuno para manifestarse, su teléfono vibró con un mensaje entrante.

Landon: *B, ¿estás libre esta noche?*

Brooke cerró los ojos, muy despacio, con esa resignación silenciosa de quien comprende que está a punto de adentrarse en un incendio llevando apenas un vaso de agua. El proyecto, sin que ella lo advirtiera, ya había empezado… y la consumía incluso antes de que pudiera nombrarlo.

CAPÍTULO 1

BROOKE

A las 9:45 de la noche, el apartamento de Brooke Dawson estaba iluminado apenas por la lámpara del pasillo, esa que siempre emitía una luz amarillenta y cálida, demasiado tenue para leer pero extrañamente perfecta para decisiones cuestionables. En el sofá, o más bien *sobre* el sofá, Landon se inclinaba sobre ella con la precisión ensayada de quien conocía cada curva, cada inhalación, cada lugar donde su boca podía arrancarle un suspiro, y Brooke, tendida bajo él, sabía—muy a su pesar—que su cuerpo respondía antes que su cerebro.

Era un desastre. Un delicioso, cálido, equivocadísimo desastre.

Landon deslizó los labios por la base de su cuello y ella arqueó la espalda, no tanto por él, sino por esa mezcla de memoria y costumbre que su cuerpo no había logrado reprogramar.

—Brooke… —murmuró él, bajo, ronco, decidido.

Y justo cuando Landon, en un movimiento perfectamente coreografiado, estaba por continuar con aquello que parecía el objetivo central de la noche…

Ella habló.

—¿Te conté lo de mi nuevo proyecto? —soltó, sin aviso.

Landon se quedó inmóvil. Inmóvil de verdad. Como si alguien hubiese pulsado un botón de pausa en su columna vertebral.

—¿Qué? —preguntó él, con la voz atrapada entre la confusión y la incredulidad.

Brooke, sintiéndose súbitamente obligada a llenar el silencio, continuó mientras él seguía ahí, medio recostado sobre sus caderas,

respirando con esa paciencia limitada que solo aparecía cuando Brooke convertía un momento íntimo en una sesión informativa.

—Lo del periódico —dijo, levantando un brazo para buscar aire y también para que él no estuviera tan encima porque, francamente, hablar con esa presión en el pecho era complicado—. Margaret quiere que escriba una serie sobre citas modernas. Ya sabes… apps, encuentros, situaciones reales. Muy «mujer independiente que intenta no morir sola con un cactus».

El ceño de Landon se frunció. Sin abandonar su postura, pero perdiendo claramente el ritmo que llevaba.

—Brooke… —repitió, intentando regresar al punto inicial de la noche—. Podemos hablar después.

Pero ella ya estaba lanzada.

—¿Sabes lo más loco? Quiere que salga con hombres. Que documente mis citas. ¿Te imaginas? ¿Yo? ¿Citas? —Ella soltó una risa corta, nerviosa—. Si no puedo mantener con vida una suculenta, imagínate una relación funcional.

Landon exhaló largo, el tipo de exhalación que solía hacer cuando revisaba contratos demasiado densos.

—Brooke, por favor —dijo, apoyando la frente en su clavícula—. Estoy intentando concentrarme.

—Yo también —respondió ella con sinceridad—, pero Margaret estuvo muy intensa hoy y no he procesado nada.

Hubo un silencio. Un silencio de «rindámonos».

Finalmente, Landon se giró hacia un lado del sofá, quedando semisentado, respirando hondo como quien intenta recordar por qué había ido allí en primer lugar.

Brooke aprovechó esa micro separación para incorporarse, acomodar su camiseta arrugada y recoger su cabello desordenado, que ahora lucía más como una nube eléctrica que como una coleta.

—Entonces… —continuó ella, sentándose con las piernas cruzadas—, básicamente debo tener citas. Varias. Y luego escribir

sobre ellas sin que me demanden. Margaret dice que sería una columna «sin filtros, sin edulcorantes». Y yo no sé si eso significa que quiere arruinar mi vida o premiarme con una oportunidad.

Landon la miraba con expresión neutra, esa que usaba cuando quería parecer involucrado sin estarlo por completo.

—Brooke, no tienes que… —empezó a decir.

—También me dijo que no quería otro artículo sobre la desaparición misteriosa de mi cactus —agregó ella, como si el detalle fuese crucial.

Landon se frotó la cara con ambas manos.

—¿Puedes… enfocarte? Por favor.

Ella lo observó. Lo conocía demasiado bien. Sabía cuándo él estaba frustrado, cuándo estaba fingiendo comprensión y cuándo estaba a un solo comentario de vestirse e irse.

—Lo siento —dijo al fin, no del todo segura de por qué se disculpaba—. Es que estoy nerviosa. Y tú estabas aquí. Y pensé que…

—Brooke —interrumpió él, soltando un suspiro cansado—. Está bien. Solo… terminemos de hablar. Y luego… volvemos a lo nuestro.

Ella asintió. Y así lo hicieron: hablaron unos minutos más, él dándole respuestas vagas, ella intentando explicar lo inexplicable, tratando de convencerlo y convencerse de que todo estaba bien, de que ambos estaban… bien.

Y después, como si el peso de la conversación no hubiese alterado nada, Landon volvió a inclinarse hacia ella con un gesto automático, mecánico, cómodo, conocido. Y Brooke, que siempre caía en ese gesto, lo recibió. Las manos volvieron a recorrer cuerpos familiares, los suspiros regresaron al ritmo de antes, y por unos instantes, ambos fingieron que seguían siendo quienes fueron.

La luz tenue envolvía todo. El sofá crujía con cada movimiento. La respiración se mezclaba. La noche avanzaba. Y, desde el alfeizar de la ventana, un cactus medio muerto observaba la escena con la

solemnidad derrotada de quien había entendido mucho antes que Brooke que algunas cosas, por más que uno las riegue, simplemente no vuelven a florecer.

***

Brooke despertó cuando los primeros rayos del sol se filtraron insolentes por la rendija de las cortinas, extendiéndose sobre su rostro con esa determinación que sólo poseen los sábados en los que una mujer debería estar durmiendo. Parpadeó lentamente, consciente del aroma tibio de la noche anterior, y estiró la mano hacia el otro lado de la cama, donde el vacío ya no la sorprendía. No hacía falta mirar para confirmar que Landon se había ido mucho antes de que la madrugada pudiera considerarse amable.

Se había marchado como siempre: sin ruido, sin despedida real, sin quedarse lo suficiente como para preguntarle si había alcanzado el orgasmo. Ella tampoco recordaba si lo había hecho. Entre su ansiedad por el nuevo proyecto de Margaret, las palabras que había soltado en el peor momento posible y la incomodidad de saberse dividida entre lo que quería y lo que sabía que debía soltar, su mente estaba demasiado ocupada para registrar con claridad qué había sentido.

Después de un suspiro que parecía arrastrar siglos de contradicciones, se levantó. Su pijama estaba arrugado, su cabello parecía un retrato del caos y el aire del apartamento tenía ese olor a intimidad reciente mezclado con la vieja soledad que se colaba entre las paredes como un huésped permanente.

En la cocina, la cafetera —aún apagada— la esperaba con esa quietud que prometía una tregua en cuanto ella presionara el botón. Brooke se apoyó en el borde de la encimera, todavía entumecida por la noche, y comenzó a enumerar mentalmente sus planes más urgentes del día: café con leche primero, huevos revueltos después, beicon bien tostado y, para completar el ritual, un par de tostadas que crujieran lo suficiente como para recordarle que era sábado.

Solo entonces, con la lentitud propia de quien aún no ha terminado de regresar del sueño, puso a calentar la sartén, activó la

cafetera y dejó que los aromas prometidos empezaran a llenar el apartamento, porque —al fin y al cabo— los fines de semana pertenecían a los pequeños placeres, aunque su vida estuviera hecha un rompecabezas sin instrucciones.

Mientras desayunaba apoyada en la encimera, moviendo el pie en un vaivén nervioso, volvió a pensar en la columna. Las citas. Las apps. La exposición pública de su vida sentimental, que ya era lo suficientemente confusa sin audiencia.

«¿Qué esperaba realmente Margaret de ella, y por qué sentía que aquel proyecto tenía el poder inquietante de quebrarla… o, en algún giro improbable, salvarla?»

Con la taza aún en mano, y sin molestarse en cambiarse de las pantuflas ni de su pijama de cuadros, bajó por las escaleras hacia la caseta de correspondencia. Su plan era simple: recoger el correo y volver a la seguridad de su apartamento para continuar preocupándose como Dios manda.

Pero al llegar al vestíbulo del edificio, mientras forcejeaba con la diminuta puerta metálica del casillero, escuchó cómo la puerta principal se abría con un golpe seco, seguido de una ráfaga de aire frío y pasos firmes que entraban desde la calle.

Brooke levantó la vista justo cuando la puerta del edificio se abrió y su vecina del 4B cruzó el umbral. Sofía Cruz —lo había visto escrito en el uniforme alguna vez— entró con el porte sereno de quien viene de librar una noche larga: botas oscuras manchadas por el turno, pantalones tácticos reforzados, el chaleco con tiras reflectantes brillando bajo la luz blanquecina del vestíbulo, el cabello negro recogido en una coleta alta que dejaba ver un rostro cansado pero sorprendentemente compuesto, casi imperturbable.

Había algo en ella que Brooke no lograba descifrar: un silencio natural, una firmeza sin esfuerzo, esa clase de presencia que parecía ocupar poco espacio y aun así equilibrar el entorno. Sofía no hacía ruido. No lo necesitaba. Caminaba con la precisión medida de quien siempre sabe dónde pisa.

Y ella, en pijama de cuadros, pantuflas mullidas y una tostada a medio sostener, sintió cómo sus mejillas se calentaban de inmediato.

—Buenos días —saludó Sofía al llegar a los buzones, con una voz grave, rasposa por el cansancio, pero educada.

Brooke parpadeó. Sonrió demasiado rápido.

—Buenos días —respondió, intentando parecer una persona funcional y no un desastre con carbohidratos en la mano.

Justo entonces, porque el universo tenía una fascinación malsana por humillarla, una carta se escurrió de entre sus dedos y cayó dentro del buzón equivocado con un sonido seco, definitivo.

—No —susurró Brooke, en un tono que sólo podía describirse como el lamento angustiado de un roedor en problemas.

Intentó meter la mano en la rendija, ignorando toda ley física y arquitectónica. Sofía la observó durante un segundo largo, con la expresión neutral de alguien que ha visto cosas verdaderamente caóticas a las tres de la mañana. Después, una sombra casi imperceptible de sonrisa tensó la esquina de sus labios.

— Creo que eso no va a funcionar —dijo, tranquila.

Brooke se apartó el cabello del rostro, exasperada consigo misma, con la tostada y con la humanidad en general.

—No soy buena con estas cosas —murmuró—. Ni con otras. Pero con estas especialmente.

Sin decir nada más, Sofía dejó su mochila en el suelo, se agachó en un movimiento eficiente, abrió el compartimiento auxiliar con una llave pequeña que llevaba en el cinturón —claro que tenía una— y recuperó la carta con la facilidad de quien desactiva problemas para vivir.

Se la entregó con un gesto breve.

—Gracias —susurró Brooke, que en ese momento habría aceptado desaparecer en un agujero temporal.

Y entonces, porque su cerebro odiaba el silencio incómodo —y porque la vida no siempre le daba segundas oportunidades— dijo lo primero que se le escapó de la boca:

—Hice beicon.

Sofía parpadeó. Una vez. Luego otra. Y finalmente sonrió —una sonrisa pequeña, cálida, luminosa en un modo completamente inesperado— que dejó ver un cansancio amable, un agotamiento que no restaba encanto sino que lo añadía.

—Suenas preparada para el sábado —dijo, ajustándose la correa del chaleco—. Bonito día, Brooke.

El modo en que pronunció su nombre —con esa gravedad suave, con ese acento que arrastraba las sílabas justo lo suficiente— la dejó quieta por un instante, sosteniendo la carta como si fuera un documento importante y no una factura que probablemente evitaría abrir.

Sofía caminó hacia las escaleras con ese paso seguro, medido, silencioso. Y Brooke, sin querer, bajó la mirada. No a propósito. Sólo… siguiendo el movimiento. Y descubrió, con un sobresalto que no supo clasificar, que el uniforme de paramédico parecía diseñado para enmarcar la forma atlética de Sofía con una precisión casi injusta.

No era atracción, por supuesto. Era, más bien, una observación objetiva. Científica. Antropológica. O eso se dijo Brooke, mordiéndose la lengua con la devoción de quien intenta convencer a su propio cerebro de una mentira necesaria.

Cuando la puerta del 4B se cerró detrás de Sofía, Brooke dejó escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, abrumada por la repentina —e irritante— consciencia de que su vecina era objetivamente muy guapa, y que la espalda y la postura impecable de paramédico no ayudaban a mantener la compostura de una persona en pantuflas.

—Perfecto —murmuró—. Justo lo que me faltaba: que el universo decida agregar esto. Genial. Súper conveniente.

Otra carta se deslizó de entre sus dedos, como si incluso el correo quisiera abandonar la escena, y Brooke, mirando hacia el techo con un suspiro derrotado, pensó: «El cactus, sin duda, habría entendido este desastre mejor que yo.»

***

Brooke regresó a su apartamento con el café en la mano, los nervios arremolinados en el estómago y una sensación extraña, tenue, como si el breve trayecto entre los buzones y su puerta hubiese tenido más peso del habitual. Quiso culpar al sueño, a la falta de desayuno o al exceso de pensamientos acumulados desde la noche anterior, porque cualquier explicación racional era mejor que admitir que, por algún motivo que no estaba lista para analizar, algo en esa mañana la había dejado ligeramente… descolocada.

Dejó la correspondencia en la mesa sin mirarla, como si pudiera posponer indefinidamente cualquier responsabilidad que no incluyera respirar, y se dejó caer sobre el sofá. Ahí, entre un cojín desinflado y una manta que olía a suavizante barato, encendió la laptop con la solemnidad de quien aprieta un detonador.

—Investigación —murmuró, como si decirlo en voz alta la volviera alguien profesional.
O valiente.

La pantalla azul iluminó su rostro y, por un instante, Brooke tuvo la absurda esperanza de que la computadora explotara, que el wifi cayera o que una paloma entrara por la ventana y le diera una excusa para no hacer esto. Pero nada de eso ocurrió. La vida, como siempre, seguía sin brindarle escapatorias dramáticas.

Abrió una libreta. Tomó un bolígrafo. Respiró hondo.

Y finalmente, con un temblor involuntario en el dedo índice, escribió en el buscador:

«Mejores apps de citas en Boston.»

La lista apareció de inmediato: las grandes, las medianas, las que prometían amor verdadero con algoritmos, las que prometían sexo

casual con dos emojis, y las que prometían… bueno, cosas que Brooke prefería no procesar a las diez de la mañana.

—Dios mío —susurró—. Esto es peor de lo que pensé.

Abrió la primera. Miró la pantalla. Observó perfiles de hombres que sonreían demasiado, que posaban con peces gigantes, que declaraban amar «la aventura» sin especificar qué tipo de aventura, y otros que parecían sacados directamente de una base de datos de agentes inmobiliarios.

«Fotos subiendo montañas, fotos en kayak, fotos de gimnasio… ¿la modernidad está obsesionada con la actividad física?», pensó con resignación, tomando notas en su libreta:

—Evitar hombres con peces.

—¿Por qué todos levantan pesas?

—¿Por qué nadie come carbohidratos?

Tomó un sorbo de café con leche para templar el nudo que sentía en el estómago y abrió la tercera app de la lista. La aplicación la recibió con una pantalla en blanco: espacios para fotos, descripciones, intereses, preguntas diseñadas para revelar lo que uno era o lo que quería fingir que era.

Brooke sintió un vértigo ridículo. Aquella pantalla no solo pedía datos: exigía una disponibilidad emocional que ella no estaba del todo segura de poseer.

Su dedo titubeó sobre el botón de «Crear cuenta» durante un segundo interminable, suspendido entre el impulso y el vértigo, y al final, incapaz de afrontar lo que implicaba ese gesto diminuto, cerró la ventana de golpe, como si la aplicación fuese un animal salvaje recién escapado de su jaula.

—No hoy —murmuró—. Dame un minuto. O un año. No sé.

Apoyó el cuerpo contra el respaldo del sofá, dejando que la laptop descansara en sus piernas mientras exhalaba un suspiro que parecía llevar dentro toda la confusión del día. Afuera, el cielo seguía gris, pesado, como si también dudara de sus propias decisiones. El

cactus moribundo del alfeizar, inclinado peligrosamente hacia un lado, la observaba con la resignación silenciosa de quien ha dejado de luchar contra su destino.

Brooke cerró la laptop con más fuerza de la necesaria, como si el golpe seco pudiera poner fin, de una vez y por todas, al zumbido insistente de las apps de citas, de las notificaciones que aún no llegaban, de la promesa absurda de «nuevas conexiones» que en esos momentos se le antojaban más amenaza que esperanza. El apartamento quedó en silencio, apenas atravesado por el rumor distante del tráfico y el leve crujido de la calefacción encendiéndose a intervalos.

Se dejó caer en el sofá sin elegancia, hundiéndose entre los cojines con un suspiro que se le escapó del pecho como un globo desinflado. Y entonces lo notó con toda claridad: el olor.

No era solo el olor de su perfume mezclado con el suavizante de la ropa y el café que todavía quedaba en la cocina; era un rastro más íntimo, más denso, esa mezcla de piel, sudor ligero y colonia masculina que se pegaba a las sábanas y a su propia piel aunque ya se hubiera duchado. Olor a noche con Landon. A sexo rápido. A algo que no alcanzaba a llamarse cariño pero que tampoco era del todo vacío.

Olor a costumbre.

Brooke cerró los ojos unos segundos, dejando que el peso de esa constatación le cayera encima. «Otra vez aquí», pensó, con ese tono interno que oscilaba entre el reproche y la ternura hacia sí misma. Otra vez había abierto la puerta. Otra vez había dicho que sí. Otra vez había dicho que solo sería «una vez más». Y otra vez había terminado con el cuerpo satisfecho a medias y el corazón con esa sensación de haber firmado un contrato que no recordaba haber leído.

Alargó la mano hacia la mesa de centro y palpó a ciegas hasta encontrar el teléfono. Lo deslizó hacia sí, encendió la pantalla y, durante un segundo, contempló el reflejo tenue de su rostro: ojeras, cabello revuelto, labios aún un poco hinchados por los besos de unas

horas antes. Le pareció verse como una protagonista de esas películas que ella misma criticaba en sus columnas: mujeres inteligentes haciendo elecciones afectivas que no se correspondían con su inteligencia.

Abrió la aplicación de mensajes. El chat con Landon estaba fijado arriba, no porque se escribieran a diario, sino porque ella nunca había tenido el valor de desanclarlo. Uno de esos gestos mínimos que nadie veía desde fuera pero que decían demasiado.

Deslizó el dedo hacia arriba, hacia el inicio del historial, hacia esa primera época que ya se sentía borrosa y, sin embargo, seguía ahí, comprimida en líneas de texto.

El primer mensaje que guardaba de él no era especialmente poético:

Landon: *Hey, soy el amigo de April. Llegaste bien a casa?*

Habían pasado… ¿siete años? Podía hacer el cálculo, pero prefería no hacerlo. Tenía 23 en aquel entonces, recordó, con una claridad que le pinchó una fibra sensible: trabajaba a medio tiempo haciendo correcciones y pequeñas notas para un blog asociado al periódico, y algunas noches las completaba atendiendo la barra de un café que se volvía bar después de las seis. Dormía poco, comía lo que podía y vivía con la sensación de estar a medio camino entre adulta funcional y desastre a punto de colapsar.

Y, además, acababa de terminar una relación de un año con su antigua roommate. Una historia confusa, intensa, encerrada entre cuatro paredes compartidas, que se había deshilachado a base de silencios evitados y discusiones a medianoche. Ella se había ido con otra; Brooke se había quedado con la habitación, las facturas y un montón de preguntas sin respuesta.

Fue April, su mejor amiga, quien decidió que necesitaba «aire fresco».

Recordó perfectamente aquella noche: April insistiendo en llevarla a un bar cerca de la firma donde trabajaba, diciendo que su amigo —«un abogado recién graduado, Brooke, usa corbata y

todo»— se uniría a ellas más tarde. Ella no quería conocer a nadie. No quería sonreír. No quería sentir que estaba «empezando de nuevo». Solo quería una cerveza, papas fritas y un rato de silencio.

Landon llegó media hora después, con una corbata mal anudada y esa sonrisa suya que parecía pedir disculpas y coquetear al mismo tiempo.

Brooke: *Sí, llegué. Gracias por la cerveza de hoy. Y por hacer que April dejara de cantar en público.*

Landon: *Lo hice por la integridad del bar. Pero de nada ;)*

Brooke sonrió cansada al releerlo; podía verse a sí misma, más joven, con el flequillo demasiado corto, las manos nerviosas jugando con el vaso mientras April hacía chistes, y él la miraba como si estuviera memorizando sus gestos, como si tuviera todo el tiempo del mundo para escucharla.

Lo que siguió fue rápido. Demasiado, pensó ahora.

Recordó la primera noche en que salieron los dos a solas, después de varias reuniones en grupo donde Landon, de forma casi instintiva, siempre encontraba la manera de ocupar el asiento junto al suyo. Él trabajaba en la misma firma donde había hecho su pasantía universitaria; hablaba de juicios, de clientes complicados y de jefes implacables con una mezcla peculiar de ambición fatigada y brillo competitivo que, en aquel entonces, le había parecido fascinante.

—Me da miedo que un día odie lo que hago y sea demasiado tarde para cambiar —había confesado él, con una honestidad que la tomó por sorpresa.

—Bueno, siempre puedes renunciar y abrir un puesto de hot dogs —respondió ella, con aquella ligereza suya que entonces estaba menos contaminada de cinismo.

Él se rió de una manera que no había vuelto a escuchar en años: abierta, limpia, como si nada en el mundo estuviera torcido.

Esa noche terminaron en su apartamento. No fue algo planeado, más bien un encadenamiento de decisiones: «¿Tomamos la última en tu casa?», «Hace frío», «Vivo cerca», «No quiero que cojas el metro tan tarde sola». Y ahí estaban, en su sofá —el mismo en el que ahora estaba tirada—, riendo por algo que ya no recordaba, y luego no riendo más, porque él se había inclinado hacia ella, y el mundo se había reducido al roce firme de su boca, a la forma en que sus manos le sostenían la cintura como si fueran a aprenderse de memoria su contorno.

Landon: *No puedo dejar de pensar en ti.*

Brooke: *Eso se le dices a todas.*

Landon: *No. A ti sí. A las demás no les escribo a las 2:17 a.m.*

Había química, recordó, y no lo negó. Una corriente eléctrica que la atravesaba cuando él le rozaba el brazo, cuando la miraba desde el otro lado de una mesa, cuando se reían tan fuerte que April se quejaba de que estaban olvidando que ella existía. Landon la hacía sentir, por primera vez en mucho tiempo, como si ella no fuese un borrador de algo, sino una versión definitiva, válida, suficiente.

Y ella lo hacía reír. Eso siempre le había importado: la capacidad de arrancar carcajadas genuinas, de convertir un día pesado en algo un poco más ligero con un comentario, un gesto, una mueca absurda.

Pasó el dedo por la pantalla, deslizando hacia momentos más adelante.

Landon: *Traje comida china. Abre.*

Brooke: *Pensé que estabas en la oficina.*

Landon: *Estoy huyendo de la oficina. Usa esto como prueba en mi contra si me convierto en un monstruo del trabajo.*

Lo veía aparecer con bolsas de comida, con café, con una botella de vino barato y promesas de ver «solo un capítulo más». La veía hablar de sus listas, de sus ideas, de la sensación de tener que demostrar siempre el doble en la redacción. Él escuchaba, asentía, le

daba argumentos, a veces consejos que ella no siempre pedía, pero que en ese momento agradecía.

Luego vino el «nos mudamos juntos». No de golpe, sino a base de cepillos de dientes duplicados, una sudadera suya permanente en el respaldo de una silla, libros suyos en el mueble del televisor, una cajita con corbatas al fondo del armario.

Cinco años. Cinco años de cumpleaños, de cenas apresuradas, de domingos compartidos entre ropa por doblar y maratones de series, de planes dichos en voz baja, casi como si tuvieran miedo de darles demasiada forma.

«Cuando ascendamos», decía él. «Cuando me den mi columna fija», decía ella. «Cuando tengamos más tiempo», decían ambos.

Y entonces, de a poco, las cosas empezaron a fisurarse.

Brooke pasó los dedos sobre la pantalla como si eso pudiera hacer menos cortante el recuerdo.

Primero fueron los mensajes más espaciados, las respuestas más cortas, las excusas de trabajo que ya no sonaban a planes compartidos sino a coartadas. Después, las noches en las que él no podía quedarse porque «mañana es un día pesado», las llamadas de madrugada donde ella escuchaba de fondo un murmullo de oficina y, a veces, una risa femenina que él atribuía a «una colega, Brooke, por favor, no empecemos».

Brooke: *¿Vas a llegar hoy?*

Landon: *Se nos complicó un caso. No me esperes.*

Brooke: *Llevas una semana diciéndome eso.*

Landon: *No es mi culpa. Sabes cómo es este trabajo.*

Ella lo sabía. Sabía cómo eran los trabajos absorbentes, cómo los jefes exigentes podían devorarte vivo. Sabía muchas cosas. Pero también sabía que algo en la forma en que él la miraba había cambiado. Menos asombro, más costumbre. Menos luz.

Y sin embargo, se quedó. Se dijo que las relaciones largas atravesaban baches. Se dijo que ella también tenía su parte de

responsabilidad, sus días de mal humor, sus manías, sus inseguridades. Se dijo —y esta parte aún le dolía admitirla— que no quería volver a empezar desde cero con nadie más.

Hasta que llegó la colega.

No hubo una sola escena dramática, ningún mensaje comprometedor a las tres de la mañana. Fue, más bien, una sumatoria de pequeñas cosas: una invitación que él no le contó, una foto en redes donde aparecía demasiado cerca de una mujer delgada, de sonrisa controlada, que ella no conocía; un comentario de April, lanzado sin maldad, mencionando que alguien lo había visto salir de un bar con «una rubia delgada, de esas que parecen vivir a base de ensaladas».

Brooke: *¿Hay algo que quieras contarme?*

Landon*: No empieces con eso.*

Brooke: *¿Con qué?*

Landon: *Con las historias que te inventas.*

Al final, no fue un mensaje lo que terminó la relación, sino una conversación en la que él, con el rostro cansado y la corbata mal anudada, le dijo que estaban discutiendo demasiado, que ya no eran los mismos, que quizá lo mejor era darse un tiempo. La palabra *tiempo* se le clavó como una espina dulce y amarga al mismo tiempo: una parte de ella se agarró a esa idea, tiempo, pausa, quizá luego, mientras otra intuía —más lúcida— que lo que él estaba pidiendo en realidad era libertad.

Recordaba —con vergüenza, con ternura hacia esa versión suya — haber asentido, haber dicho que sí, que entendía, que tal vez también lo necesitaba. Y recordaba, sobre todo, haber esperado. Semanas. Meses. Que ese tiempo expirara y él volviera.

Y, en cierto modo, volvió.

No como ella había imaginado —con flores, disculpas y una declaración transformada—, sino con mensajes sueltos, a destiempo,

justo cuando ella empezaba a creer que por fin estaba respirando sin él.

Landon: *Estoy cerca de tu edificio. ¿Puedo pasar un rato?*

Landon: *No puedo dejar de pensar en ti hoy.*

Landon: *Sé que es tarde. Solo quiero verte.*

Brooke, en el sofá, apretó los labios. Sabía leer entre líneas: «Estoy solo», «La otra no está disponible», «Necesito algo familiar donde recostarme». Lo sabía ahora; tal vez también lo había sabido entonces, pero se había contado otras versiones. «Nos extrañamos, tenemos historia, nadie me conoce como él.»

Y entonces, noches como la anterior se repetían: él llegaba, la besaba con la urgencia de lo conocido, la hacía reír un rato, hablaban de cosas livianas, evitaban cuidadosamente las palabras importantes. Hacían el amor —o algo que se le parecía pero no acababa de serlo—, y luego él se vestía, miraba el teléfono, decía que tenía que madrugar.

Brooke: *¿Te quedas?*

Landon: *No puedo. Mañana es pesado.*

Ella asentía, le abría la puerta, se quedaba escuchando el eco de sus pasos en el pasillo y, más tarde, volvía a meterse en el chat para releer mensajes antiguos, como si en ellos pudiera encontrar un manual de instrucciones para entender en qué exacto momento se habían desconectado.

El teléfono brillaba en sus manos. Volvió a las últimas líneas.

Landon: *B, ¿estás libre esta noche?*

Ese había sido el mensaje del día antes. Ella había tardado en responder, no porque no supiera qué decir, sino porque ya no tenía fuerza para mentirse con demasiada elaborada creatividad.

Brooke: *Sí.*

Una palabra. Bastó.

Lo demás vino solo: él, la puerta entreabierta, el cuerpo que ya conocía, los movimientos que su piel reconocía sin necesidad de instrucciones. Y ahora, el rastro de él todavía flotando en el aire, como una firma invisible que nadie más podía leer.

Brooke dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá, mirando el techo como si allí hubiera un texto impreso que ella pudiera editar. Sintió el nudo en la garganta, esa mezcla de nostalgia y fastidio consigo misma que se había vuelto demasiado familiar.

«¿Cómo se supone que escriba sobre citas nuevas, pensó, si sigo actuando como si mi historia estuviera en pausa y no terminada?»

Miró otra vez el mensaje de Landon, luego sus propios dedos, luego el apartamento silencioso. Pensó en Margaret, en la columna, en la absurda idea de crear un perfil en una app, en la presencia tenue de Sofía en el pasillo esa mañana —aunque aún no la hubiera catalogado como nada más que «la vecina paramédica»—. Pensó en todas las versiones posibles de futuro que había imaginado, y ninguna se parecía a la de una mujer de treinta, recostada en un sofá que olía a sexo y melancolía, releyendo mensajes de un hombre que nunca terminaba de quedarse ni de irse del todo.

El chat seguía abierto. Podía escribirle algo. Podía preguntarle si había llegado bien a casa, si había pensado en ella, si… cualquier cosa.

En vez de eso, bloqueó la pantalla del teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesa. El silencio, de repente, se sintió más honesto que cualquier palabra que pudiera escribir.

Brooke regresó a la mesa donde aún descansaba su laptop, la abrió sin demasiada convicción y observó cómo la pantalla recuperaba la luz con una lentitud casi deliberada, como si también ella dudara de lo que venía después. Fue entonces cuando el dispositivo vibró con un zumbido breve pero insistente, anunciando un mensaje entrante que, para su inmediata decepción, no provenía ni de Landon ni de Margaret ni de ninguna persona cuya presencia pudiera alterar de verdad el rumbo de su día, sino de una

notificación anónima y perfectamente prescindible que parpadeaba con descaro:

«Nuevos vecinos activos alrededor de ti. ¿Quieres ver perfiles cercanos?»

Brooke soltó un suspiro largo, profundo, resignado, convencida de que, si la vida tenía planes de burlarse de ella, estaba ejecutándolos con una precisión casi artística.

CAPÍTULO 2

SOFÍA

Sofía Cruz salió de la ducha envuelta en una nube tibia de vapor, con la toalla blanca anudada al torso, secándose el cabello negro —espeso, ondulado, rebelde incluso bajo el agua caliente— con una toalla pequeña mientras avanzaba por el apartamento con pasos lentos, descalzos, casi medidos. Había algo tranquilizador, casi ritual, en esos primeros minutos después de un turno nocturno: el silencio absoluto del hogar, la frescura del agua resbalando todavía por la piel, la sensación de volver a ocupar un espacio que le pertenecía solo a ella después de pasar horas inmersa en la urgencia de otros.

Se detuvo frente a la mesa pequeña del comedor, una mesa que nunca había usado para comer porque estaba permanentemente ocupada por herramientas, llaves Allen, tornillos, recortes de madera y, en el centro, Paco, su pez, nadando en círculos con la devoción solemne de quien ha decidido que la repetición es una filosofía de vida.

—Buenos días, compañero —murmuró Sofía, inclinándose sobre la pecera.

Destapó el frasco pequeño y dejó caer un par de bolitas de comida. Paco se lanzó hacia ellas con entusiasmo, moviendo la cola como si tuviera algo que celebrar, y Sofía no pudo evitar la ironía: ella, que pasaba media vida corriendo detrás de emergencias, yendo al gimnasio para despejar la cabeza, saliendo a trotar antes de que amaneciera… tenía como mascota a un ser que vivía en treinta centímetros de vidrio.

Pero últimamente, dentro del cansancio, había empezado a crecer algo más: una inquietud suave, persistente, que se había ido instalando en sus pensamientos sin pedir permiso. Alzó la vista hacia el mueble donde descansaba su laptop; llevaba semanas abriéndola entre turno y turno, entre sirena y sirena, aprovechando esos cinco minutos improbables en los que la ambulancia se quedaba quieta para ver videos de YouTube sobre acuarios —filtros biológicos, plantas vivas, rocas volcánicas, iluminación LED, camarones limpiadores, ecosistemas autosostenibles—, y lo que había comenzado como simple curiosidad se había convertido, sin darse cuenta, en un proyecto propio.

—Te voy a armar un palacio —murmuró, casi como una promesa, observando al pez dar vueltas con la solemnidad de quien desconoce por completo que está a punto de heredar un reino.

Sofía imaginó el acuario grande: cristal grueso, grava oscura, plantas reales, una cueva hecha de piedra, un sistema de filtración natural que murmurara suavemente por las noches. Algo que respirara. Algo que creciera. Algo que ocupara ese silencio denso que a veces parecía demasiado grande para ella sola.

Dejó el frasco sobre la mesa y cruzó hacia la cocina. Llenó un vaso con agua fría.
Bebió un sorbo largo, profundo, sintiendo cómo la frescura descendía por la garganta y se asentaba en su pecho todavía tibio.

Fue entonces, mientras dejaba el vaso sobre la encimera, cuando la escena de los buzones regresó sin pedir permiso, nítida y casi intacta en su memoria. Ella. La vecina. Brooke, con las pantuflas mullidas, la tostada temblando entre los dedos, la coleta improvisada y ese caos dulce que parecía envolverla como una pequeña nube personal. Pero no fue su imagen lo que apareció primero en la mente de Sofía, sino la frase—esa frase absurda, espontánea, pronunciada sin medir consecuencias—que había quedado suspendida en algún rincón improbable de su día:

«Hice beicon.»

Sofía cerró los ojos un instante; no porque la frase la perturbara, sino porque había sido tan inesperada, tan peculiar —tan genuina en su torpeza luminosa— que todavía hacía eco en su memoria con una insistencia casi humorística.

No era la primera vez que veía a Brooke. En realidad, la había cruzado más veces de las que su vecina probablemente recordaba: en el pasillo, en la lavandería, en el ascensor… y también en esos momentos en los que Sofía terminaba ayudando a medio edificio con cualquier desperfecto doméstico. No era exactamente la «handyman» oficial del lugar, pero todos sabían que, si algo se rompía antes de molestar al super, podían llamar a Cruz. Y Sofía, pragmática hasta la médula, nunca encontraba razones para decir que no.

En más de una de esas ocasiones la había visto acompañada por un hombre de traje: rubio, pulcro, demasiado perfumado para un edificio viejo y con ese aire de ejecutivo que parecía creerse mejor que el resto del mundo. Landon. Sí, lo había escuchado alguna vez en la conversación de pasillo.

Lo recordaba bien. Porque Brooke, al lado de aquel hombre, siempre parecía más pequeña, más contenida, como si intentara acomodarse dentro de un molde que no era suyo, como si alguien hubiese dibujado alrededor de ella un marco demasiado estrecho para su manera de respirar. Pero la Brooke de los buzones era otra. La Brooke de la tostada tibia, de las pantuflas mullidas, de la coleta improvisada que desafiaba cualquier lógica estética. La Brooke que pronunciaba un «hice beicon» con la naturalidad de quien confiesa un secreto sin darse cuenta, la que se sonrojaba sin aviso y dejaba escapar torpezas dulces que parecían brotarle de forma involuntaria. Esa Brooke… esa versión más desordenada, más humana, más suya… era la que se había quedado adherida a la mente de Sofía, aunque no pretendiera admitirlo.

Abrió los ojos y sacudió la cabeza, como si así pudiera espantar una imagen que no le servía de nada; tenía ya demasiadas cosas ocupándole la mente como para permitirse desvíos innecesarios.

Cargaba con insomnios que no confesaba, con pensamientos que prefería mantener enterrados en espacios donde no pudieran alcanzarla, con un dolor antiguo que algunos días le cerraba el pecho sin previo aviso, con un pez que merecía un hogar más grande que aquel rectángulo de vidrio… y con una vida lo bastante desordenada como para no sumar, a esa lista, distracciones con forma de mujer dulce, caótica y desconcertantemente memorable.

***

Sofía cruzó el umbral acomodándose la gorra roja sobre la cabeza, aquella que llevaba cada año en postemporada como si, de algún modo supersticioso, formara parte de una tradición familiar o de un contrato tácito con la ciudad. La chaqueta de cuero marrón se ajustaba a sus hombros y a su torso atlético con la familiaridad de algo usado durante años —moldeado por lluvia, frío y movimiento—, y los vaqueros gastados, firmes, ligeramente tensos en las piernas por razones más prácticas que estéticas, acompañaban sus pasos con un aire contenido que, sin proponérselo, llamaba la atención sin buscarla.

Su hermano Danny estaba apoyado en la barra con la soltura de quien conoce todos los rincones del lugar y saluda a los bartenders por su nombre. Cuando vio a Sofía acercarse, sonrió con esa mezcla de burla y cariño que sólo un hermano puede llevar sin sonar ofensivo.

—Mírala —dijo alzando el vaso—. Doce horas partiéndote la espalda y todavía entras como la imagen oficial de los Sox para la campaña de otoño.

Sofía soltó una risa leve, apenas un exhalar divertido, pero suficiente para ofrecerle a Danny la pequeña victoria de haberle sacado una sonrisa. Tomó asiento mientras el bartender, sin esperar pedido, dejaba frente a ellos dos cervezas heladas; los Cruz no necesitaban menú en noches de postemporada.

—A que pasemos esta ronda —brindó Danny, tocando el vaso de su hermana con un gesto casi ceremonial.

—A que no acabemos desilusionados en la primera entrada —respondió Sofía, dando un sorbo que le relajó los hombros aún tensos por el turno.

El bar estalló en un grito colectivo cuando un batazo resonó en la pantalla: un sonido redondo, seco, que los fanáticos interpretaron de inmediato como una jugada prometedora. Boston vivía para esos instantes.

Danny, sin perder el hilo, se inclinó hacia ella con aire conspirativo.

—Mamá dijo que no te atrevas a faltar mañana —comentó—. Que ni los muertos te sirvan de excusa.

Sofía dejó el vaso, girando ligeramente la muñeca.

—Debería evitar usar la palabra «muertos» cuando habla de mi trabajo.

—Dice que te curte el espíritu —replicó Danny entre risas—. Que ya estás tan acostumbrada que nada puede sacudirte.

Sofía negó con la cabeza, aunque una sombra se deslizó por su expresión—la sombra de un cansancio antiguo, profundo, que no tenía que ver únicamente con el turno nocturno. Sin embargo, aquello no era tema para esa noche ni para la barra.

Inspiró hondo, como quien toma impulso para decir algo que preferiría guardar, y finalmente habló:

—Vi al nuevo pretendiente de Mariela.

Danny, cuya sonrisa llevaba minutos instalada, dejó de mover el vaso.

—¿Qué pretendiente? Acabo de regresar a la ciudad, no me entero de nada.

—Exactamente —repuso Sofía, con una calma que ocultaba cierta incomodidad—. Pasé a ver a Juliana el otro día y el tipo estaba allí, en el apartamento. Lo saludé apenas, pero… —hizo un gesto leve con la mano, buscando la palabra exacta— tenía esa forma de plantarse en un sitio que no termina de inspirarme confianza.

Danny frunció el ceño con genuina preocupación.

—¿Cómo es el tipo?

Sofía tomó aire, apoyó los antebrazos en la barra y dejó que la descripción surgiera con la precisión natural que tenía para leer gente en segundos.

—Alto. Demasiado confiado. Esa sonrisa de «me las sé todas». Olía fuerte, como si se hubiera echado medio frasco de colonia barata. Y hablaba como si quisiera que todo el edificio lo escuchara. No me cayó bien.

Danny soltó una carcajada, aunque el gesto se apagó pronto.

—¿Mariela otra vez con sus… elecciones dudosas?

—Mariela no ha dejado esa fase desde los diecinueve —respondió Sofía, ya sin humor—. Y lo que me preocupa no es ella. Es Juliana.

Danny bajó la mirada al vaso, adoptando la expresión grave que ambos compartían cuando el tema tocaba territorio delicado.

—Ah.

Esa sola sílaba lo explicaba todo: la historia, el miedo, la familia sostenida por hilos invisibles.

—No quiero tipos que no conozco cerca de mi sobrina —dijo Sofía, firme, sin subir la voz—. Ni pensarlo.

Danny asintió con un movimiento lento, comprensivo.

—La niña está bien. Me escribió anoche. Quiere que le ayudes con un proyecto de ciencias: un volcán o algo que hace humo. Dice que sólo confía en ti para no arruinarlo.

Aquello —la simple idea de su sobrina esperando su ayuda— suavizó la expresión de Sofía de un modo que muy pocos eran capaces de percibir.

—Voy a estar mañana —aseguró, como si la palabra «mañana» llevara un compromiso sagrado.

En la pantalla, los Sox conectaron un doble que hizo retumbar el bar entero, y Danny levantó los brazos celebrando con un entusiasmo infantil, pero Sofía apenas lo notó; algo había desplazado su atención. Un recuerdo, una imagen de ella… la vecina.

La chica del piso de arriba que, esa mañana, había sostenido una tostada con el mismo desconcierto con que alguien sostiene una carta de renuncia inesperada. La misma que había peleado con los buzones como si estuviera librando una batalla perdida. La de las mejillas encendidas, el cabello revuelto y esas pantuflas suaves que no combinaban con nada… excepto con ella. Y, sobre todo, la frase que había pronunciado sin saber que iba a quedarse atrapada en un rincón improbable de su memoria: «Hice beicon».

Sofía bajó el vaso con una lentitud casi involuntaria, sintiendo cómo la comisura de sus labios se curvaba en una sonrisa que no tenía nada que ver con los Red Sox ni con el juego que seguía rugiendo en la pantalla.

Danny lo notó al instante; tenía un radar impecable para detectar anomalías emocionales en su hermana.

—¿Qué es esa cara? —preguntó, ladeando la cabeza—. Esa no es tu sonrisa de los Sox.

Abrió la boca para decir algo —lo que fuera—, pero no alcanzó a formular respuesta. Apenas estaba procesando el doble del equipo local cuando la puerta del bar se abrió de golpe, dejando entrar un remolino de aire frío y la figura de Brooke, su vecina, envuelta en su propio pequeño caos luminoso: coleta improvisada, labios mordidos con nervios, un abrigo que no lograba abotonarse del todo y, a su lado, avanzaba un hombre de unos cuarenta largos, pelo entrecano cuidadosamente peinado hacia atrás, bigotito fino como de época, y una chaqueta de los Red Sox que parecía recién salida del paquete, sin un solo pliegue que delatara uso real. Un tipo que no encajaba —ni con Brooke, ni con el bar, ni con el ambiente de la postemporada.

Sofía tensó la mandíbula sin darse cuenta.

Danny siguió la dirección de su mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó, extrañado—. ¿Conoces a esa chica?

Sofía ladeó la cabeza apenas, sin apartar la vista.

—Vive en mi edificio —respondió con un tono neutro que ocultaba más de lo que decía.

Brooke avanzó hacia el interior del bar con esa mezcla de torpeza dulce y determinación frágil que parecía acompañarla siempre, buscando una mesa vacía entre el ruido, los gritos de los fanáticos y el olor a cerveza derramada. El hombre que caminaba a su lado —rostro anguloso, cabello entrecano cuidadosamente estilizado, bigotito tan preciso que parecía dibujado, chaqueta de los Sox demasiado nueva para ser auténtica— iba un paso delante de ella, con una seguridad que rozaba la arrogancia, como si el mundo le debiera atención sin que él la solicitara.

Sofía no habría sabido explicar qué era exactamente lo que no le gustaba; sólo sintió cómo una nota tenue, casi imperceptible, se tensaba dentro de su pecho, como una cuerda afinándose sola. Algo en la postura del hombre, en esa forma de ocupar el espacio, demasiado expansiva, demasiado cómoda, demasiado… instalada.

«¿Un novio? ¿Un amigo? ¿Algo que, en realidad, no debería importarle?» El pensamiento surgió con la misma rapidez con la que intentó descartarlo, incómodo, innecesario, casi impertinente… y aun así ahí estaba, insistiendo en hacerse notar.

No debería importarle. No le importaba. No había motivos para que le importara. Y, aun así, ahí estaba: esa inquietud mínima, una curiosidad que se arrastraba bajo la costilla izquierda como una brasa que no se apagaba.

Brooke se detuvo cerca de la barra, habló con él —o lo intentó— y Sofía alcanzó a ver un gesto que le resultó demasiado familiar: el modo en que Brooke sujetó su bolso, apretándolo contra el cuerpo, no con incomodidad social, sino con la necesidad silenciosa de crear un límite. «He visto esto antes», pensó Sofía sin verbalizarlo, en

pasillos estrechos, en fiestas ruidosas, en turnos de madrugada. En lugares donde las alarmas internas hablan antes que la boca.

El hombre se inclinó hacia Brooke con una confianza invasiva, la clase de acercamiento que ignora el espacio ajeno porque asume que tiene derecho a cruzarlo. Su vecina retrocedió un centímetro. Apenas nada. Pero suficiente para activar la parte más instintiva del cuerpo de Sofía: esa que conoce el peligro mucho antes de que alguien lo anuncie.

El bar rugió con una jugada de los Sox, pero Sofía no escuchó el estruendo: su atención se centró en la escena frente a ella, donde Brooke —visiblemente incómoda— murmuró algo, señaló hacia el fondo del local y se dirigió hacia el baño de mujeres. El hombre tardó apenas tres segundos en seguirla.

Tres pasos de distancia. Mirando alrededor. Revisando el entorno. Comprobando que nadie le prestara demasiada atención.

Sofía sintió cómo la sangre le cambiaba de temperatura, un descenso súbito, afilado, que le recorrió la columna como una advertencia. Era el instinto. Puro. Limpio. Preciso. El mismo que había llegado a salvar vidas en callejones oscuros, en estacionamientos mal iluminados, en casas donde los gritos apenas se oían detrás de las paredes.

Algo estaba mal. Lo sintió antes de comprenderlo, antes de ponerle nombre, antes incluso de decidir si quería involucrarse. Una punzada sutil, una sombra bajo la piel: ese presentimiento que los paramédicos aprenden a escuchar, porque ignorarlo puede costar caro. Algo iba a pasar. O estaba a punto de hacerlo. Algo que no debía permitir que sucediera.

Dejó el vaso sobre la barra con un movimiento firme y controlado.

—Ya vengo —le dijo a Danny.

Él asintió sin pedir explicaciones; sabía leerle el cuerpo, sabía cuándo ese tono significaba que la conversación estaba suspendida por motivos que no necesitaban palabras.

Sofía avanzó por el bar con la misma compostura que usaba al caminar hacia una escena de emergencia: pasos tranquilos, respiración estable, mirada abierta. No corría. No levantaba la voz. Pero cada músculo estaba listo. Cada sentido alerta. Era una calma engañosa, impecablemente entrenada, que sostenía un pulso encendido por una alarma silenciosa que nunca la había traicionado.

Llegó justo cuando él alargaba la mano hacia la manija de la puerta.

—Está ocupado —dijo ella, apoyando la espalda contra la pared y cruzando los brazos con una serenidad engañosa.

El tipo la miró de arriba abajo, sorprendido primero, irritado después.

—Solo voy a ver si está bien.

—No debería estar aquí —replicó ella, con ese tono plano que no dejaba espacio para interpretaciones alternativas.

Él sonrió, una sonrisa de esas que pretendían ser encantadoras y solo lograban resultar peligrosas.

—¿Y tú quién eres? ¿La amiga? ¿La niñera?

Sofía abrió la boca para responder, sin tener del todo claro qué iba a decir —«vecina», seguramente; un término simple, útil, neutro —, pero no alcanzó a pronunciar sonido alguno.

La puerta del baño se abrió de golpe, y Brooke apareció en el umbral con el cabello más desordenado que antes y los ojos muy abiertos, como si el mundo fuese demasiado para procesarlo de una sola vez.

—Es mi ex —anunció Brooke con una rapidez sorprendente—. Tóxica. Peligrosa. Y con antecedentes. Será mejor que te vayas.

El tipo parpadeó, desconcertado. Luego sonrió, una sonrisa de esas que pretendían parecer encantadoras pero se quedaban a medio camino entre la condescendencia y algo claramente más oscuro.

—Entonces disfrutemos los tres —dijo él, avanzando un paso y extendiendo la mano hacia Brooke con una familiaridad que no le pertenecía—. Solo quiero…

No llegó a terminar la frase.

Sofía no alcanzó a procesar el absurdo teatral de la confesión de Brooke; no tuvo tiempo para sorprenderse ni para preguntar qué demonios acababa de pasar. Su cuerpo reaccionó antes que su mente, con la memoria precisa de años de aikido, de turnos nocturnos enfrentando lo imprevisible, de un instinto fino para identificar cuándo lo cotidiano estaba a punto de convertirse en peligro.

Atrapó la muñeca del tipo antes de que sus dedos rozaran a Brooke.

El movimiento fue limpio, silencioso, impecablemente ejecutado: giró el brazo en un ángulo exacto, sin violencia innecesaria, pero con una firmeza inapelable, y lo empujó hacia la pared con la fluidez de alguien que sabía trasladar energía ajena para neutralizarla.

El sonido que él emitió fue mitad protesta, mitad sorpresa.

—No la toques —dijo Sofía, con una calma peligrosa, tan baja que la palabra «tranquila» adquirió un borde de acero.

Él intentó zafarse, pero la presión en la articulación era clara, definitiva.

—Te conviene marcharte —añadió ella, sin elevar la voz.

Hubo un segundo exacto —una chispa de lucidez— en el que él comprendió que no podía ganar. Asintió rápido, gimió otro poco y cuando Sofía lo liberó, dio un paso atrás sin mirarlas directamente, como si temiera que cualquier contacto visual pudiera reactivar la amenaza.

Salió prácticamente huyendo.

El pasillo quedó en silencio.

Brooke, todavía con la mano en la manija del baño, la miró como si no estuviera del todo segura de lo que acababa de suceder.

—Santo cielo… —susurró—. ¿Eso fue… karate? ¿kung-fu? ¿o algún tipo de magia negra que enseñan en los turnos nocturnos?

Sofía respiró hondo, recuperando la compostura y bajando los hombros.

—Algo así.

Brooke parpadeó varias veces, tragó saliva y luego soltó una risa nerviosa que no supo contener.

—Gracias.

—De nada —respondió Sofía, aún con el pulso marcado por la tensión.

Brooke dio un paso hacia ella, más cerca de lo que Sofía esperaba.

—Creo que… —dijo Brooke, mirando hacia donde el hombre había desaparecido— esta cita terminó oficialmente.

Sofía asintió.

—Sí. Claramente.

Brooke respiró hondo, un aire tembloroso que parecía recién recuperado, como si su cuerpo apenas ahora comprendiera lo cerca que había estado de un problema del que habría salido magullada en orgullo, y quizá en algo más.

Sofía la observó un instante largo, calibrando el temblor sutil en sus manos, el modo en que su mirada evitaba volver hacia el pasillo, la tensión aún tensando la línea de sus hombros. No necesitó más para tomar una decisión.

—Si quieres… puedo acompañarte de regreso al bar —dijo con voz baja, controlada, ofreciéndole una salida sin invadirla.

Brooke miró hacia la zona principal: el bullicio de los fanáticos, el estruendo de la pantalla, las risas espesas de alcohol, la música que competía con los gritos entusiastas. El lugar que hacía apenas una hora parecía una mala cita, ahora se sentía como una trampa de ruido y agobio.

La vio tragar, apenas un movimiento en la garganta, pero suficiente para que Sofía entendiera el mensaje incluso antes de que Brooke abriera la boca.

—Creo que… —murmuró Brooke, respirando como si el aire se hubiese vuelto más denso—. Lo mejor es que me vaya a casa.

Sofía asintió, como si hubiera esperado esa respuesta. De pronto, su propia noche —la cerveza, el partido, la normalidad fugaz del bar con Danny— le pareció menos importante. Un leve titubeo cruzó sus pensamientos, pero lo desechó enseguida. No iba a dejarla caminar sola después de lo que acababa de pasar.

—Espérame aquí —dijo, tocando apenas el marco de la puerta del baño con dos dedos, un gesto instintivo para marcar presencia sin invadir espacio—. No tardo.

Brooke abrió los ojos, sorprendida, como si no entendiera por qué alguien haría eso por ella. Pero asintió.

Sofía caminó hacia la barra con paso firme, esquivando mesas y fanáticos exaltados sin perder la compostura que había afinado durante años en ambulancias y pasillos de hospital. Danny la vio acercarse y levantó las cejas.

—¿Todo bien? —preguntó, ya leyendo el cansancio diferente que tensaba su mandíbula.

—Sí —respondió ella, breve—. Me voy a acompañar a una… amiga.

Danny la miró con curiosidad, pero no preguntó nada. Tenía esa habilidad: entender cuándo Sofía ofrecería respuestas y cuándo no.

—Manda mensaje cuando llegues —dijo simplemente.

Sofía chocó su puño con el de él, gesto pequeño, familiar.

Luego regresó al pasillo con la misma determinación con la que vuelve al epicentro de una emergencia. Brooke seguía allí, abrazando su bolso contra el pecho como si el objeto pudiera protegerla de todo lo que acababa de ocurrir.

—Vamos —dijo Sofía, con una calma que era casi un refugio.

Brooke exhaló como si le hubieran abierto una ventana en el pecho, y juntas caminaron hacia la salida, dejando atrás el ruido, la cerveza, los gritos del partido y un pasillo que, por un instante, había contenido más peligro del que cualquier noche de citas justificaba.

***

El aire frío de finales de septiembre los recibió apenas salieron del bar, una bocanada de otoño temprano que olía a hojas húmedas y asfalto. Sofía guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero —una costumbre que tenía cuando necesitaba mantener el cuerpo en calma— y ajustó el paso al de Brooke, que caminaba a su lado con un silencio inquieto, casi frágil.

La ciudad seguía viva alrededor: autos que pasaban sin prisa, faroles que derramaban luz amarilla sobre las aceras, el eco distante de la multitud celebrando en algún otro bar donde los Red Sox seguían disputando la noche. Pero Brooke parecía ajena a todo; su atención estaba dirigida hacia un punto invisible frente a ella, y de vez en cuando fruncía el ceño o murmuraba algo incomprensible entre dientes, como si peleara consigo misma en una conversación sin testigos.

Sofía la observó de reojo. El cabello rubio recogido en un moño que ya había perdido la mitad de su estructura, el abrigo ligeramente torcido, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón como si buscara retener el calor o la dignidad o ambas cosas.

La dejó un par de metros más en ese estado antes de hablar.

—¿Sueles tener citas así? —preguntó con suavidad, sin juicio, solo curiosidad práctica—. Porque *eso*… era una cita a ciegas, ¿verdad?

Brooke se sobresaltó como si la pregunta hubiese roto un hechizo. Giró el rostro hacia ella, y aunque la calle no estaba iluminada como el bar, Sofía notó el rubor ascenderle por las mejillas, una ola tímida que subía desde el cuello y que la noche no lograba disimular.

—No —dijo Brooke muy rápido—. O sea, sí. Bueno… no. ¡No suelo! Quiero decir… —tragó aire, desesperada por organizar sus ideas— no suelo tener citas así. Ni citas de ningún tipo. No sé ni cómo se suponía que… en fin.

Sofía levantó apenas una ceja. Brooke, claramente, estaba muy lejos de terminar.

—Es que… —continuó, agitando las manos mientras caminaba— tengo este proyecto. Es nuevo. Mi jefa me lo asignó ayer. Súper ayer. Y yo pensé «¿por qué yo?», ¿sabes? Pero luego pensé que quizá es porque no tengo vida amorosa o porque siempre escribo sobre cosas que nadie lee o porque mi cactus está casi muerto y eso dice algo de mí…

Sofía trató de seguirle el ritmo mental. Lo intentó de verdad.

—Ajá —murmuró, porque había aprendido que a veces las personas solo necesitaban ese sonido: un lugar donde rebotar sus palabras.

—El punto —prosiguió Brooke, acelerando en la misma medida en que su vergüenza crecía— es que mi jefa quiere que escriba sobre citas modernas. Sobre apps. Sobre lo que pasa ahí afuera. Y yo juro que ayer, esta mañana, hace unas horas incluso, estaba segura de que no iba a crear una cuenta. ¡Segurísima! Pero entonces abrí la aplicación y me salió una ventana de «nuevos vecinos activos» y pensé «qué gracioso» y entonces… entonces…

—Entonces creaste el perfil —concluyó Sofía, intentando ordenar el caos.

Brooke asintió con tanta fuerza que el moño terminó de deshacerse.

—Sí. Sí, lo creé. Y… y… —frunció el ceño, tratando de recordar— creo que se llamaba Dexter. O Jasper. Algo con «er». O con «x». No sé. Parecía normal en las fotos. Tenía dientes. Supongo que eso fue lo que me convenció. Y ahora siento que debería tener un manual de usuario antes de abrir la boca…

Sofía necesitó tres segundos completos para asegurarse de haber entendido cada parte del discurso. Tres. Exactos. Y aun así, sentía que algunas sílabas habían pasado corriendo junto a ella a ciento veinte kilómetros por hora, riéndose mientras la rebasaban.

—Déjame ver si entendí —dijo por fin, con la voz baja, calma, firme. Se permitió un exhalar lento—. ¿Todo esto… —hizo un pequeño gesto con la mano entre ambas— …fue por trabajo?

—¡Sí! —Brooke afirmó con la misma energía con la que una persona afirmaría estar al borde de una crisis nerviosa—. ¡Trabajo! Trabajo horrible. Trabajo que detesto. Trabajo que me va a matar. Trabajo.

Sofía asintió despacio.

La noche avanzaba a su alrededor, tranquila, templada, ajena a la sobresaturación emocional de su vecina. Y, aun así, algo en aquel torbellino de palabras —esa mezcla de torpeza, sinceridad y nervios desbordados— le arrancó una sonrisa imperceptible, una que no se atrevió a mostrar del todo, pero que sintió nacer en algún lugar difícil de identificar.

—Entendido —respondió Sofía al fin—. Proyecto. Cita de aplicación. Tipo idiota.

—Exacto —susurró Brooke, todavía acelerada.

—¿Y siempre hablas así de rápido? —preguntó Sofía finalmente, con un tono neutro que no era burla, pero contenía una sombra de humor suave.

Brooke abrió los ojos, horrorizada.

—No. O sí. Bueno… solo cuando estoy nerviosa. O avergonzada. O cuando casi me siguen al baño hombres con bigotes sospechosos. O cuando…

—Entiendo —dijo Sofía, cortando con delicadeza la cinta infinita de su discurso.

Continuaron caminando en silencio unos pasos más, la calle extendiéndose frente a ellas como una franja tranquila entre

edificios familiares. El suyo ya asomaba al final de la cuadra, un rectángulo oscuro con ventanas que reflejaban la luz de los faroles.

Brooke exhaló, larga y lentamente, como si por fin se permitiera soltar el aire que llevaba reteniendo desde la cita, desde el bar, desde el baño, desde antes incluso.

Sofía, por su parte, no dijo nada. Observaba. Escuchaba. Procesaba.

Caminaron el último tramo en silencio, con el rumor distante del bar apagándose detrás de ellas, y la luz tibia de los faroles dibujando sombras largas sobre la acera. Y fue ahí, en ese tramo breve y casi insignificante, donde algo—muy leve, casi imperceptible—pareció desplazarse en el aire entre ambas, como si la noche hubiese decidido guardar un secreto que aún no estaban listas para comprender.

Poco después entraron al lobby del edificio y el sonido amortiguado de la puerta cerrándose detrás de ellas hizo que ambas respiraran un poco más hondo. Brooke presionó el botón del ascensor; el timbre sonó, mecánico y familiar, y las puertas se abrieron con un chasquido suave.

Subieron sin decir palabra. La luz amarillenta del ascensor hacía que la piel de Brooke pareciera aún más pálida después del susto, y que el cansancio de Sofía se acomodara con más fuerza en los hombros. El silencio no era incómodo, pero sí… expectante, como si un hilo invisible conectara los pensamientos de ambas sin necesidad de pronunciarlos.

En el cuarto piso, el ascensor se detuvo con un suspiro hidráulico.

Sofía dio un paso hacia afuera y luego, en un gesto casi automático, se volvió un poco hacia Brooke.

—Buenas noches —dijo, la voz más suave que de costumbre.

Brooke levantó la mirada, y su sonrisa —tímida, agradecida, un poco avergonzada todavía— iluminó el pequeño cubículo metálico con una calidez inesperada.

—Gracias —respondió, y en ese gracias cabían muchas cosas que no dijo: por intervenir, por aparecer en el momento justo, por no hacer muchas preguntas.

Sofía asintió, un movimiento leve, seco, pero sincero, y caminó hacia el 4B; escuchó las puertas cerrarse detrás de ella mientras Brooke seguía su ascenso hacia el quinto piso.

Una vez dentro de su apartamento, dejó caer la chaqueta de cuero sobre el respaldo del sillón y se quitó la gorra, dejándola sobre la mesa con un sonido blando. Un suspiro profundo salió de su pecho, largo, casi cansado en una forma que no tenía que ver sólo con el turno nocturno.

Había planeado una noche sencilla: un par de cervezas con Danny —que al fin regresaba a casa después de semanas en carretera—, un partido de los Red Sox y quizá, si tenía suerte, dormir cuatro horas seguidas sin que una sirena mental le activara los recuerdos que prefería dejar enterrados.

Pero no. El universo había decidido enviarle a Brooke Dawson, envuelta en ese caos dulce, en pantuflas imaginarias y miradas nerviosas, en citas a ciegas que amenazaban con terminar mal y en frases que todavía resonaban contra sus costillas.

«Hice beicon.»

Maldita sea.

Sofía se dejó caer de espaldas sobre la cama, cruzó los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos, dejando que el cansancio la envolviera al fin.

—Citas a ciegas… —murmuró—. ¿Qué carajos?

Y aunque no lo admitiría ni bajo juramento, algo en esa noche —absurda, inesperada y ligeramente peligrosa— la dejó más despierta de lo que habría querido.

CAPÍTULO 3

BROOKE

El domingo amaneció con una luz tenue que se filtraba a través de las cortinas como si la ciudad entera hubiera decidido hablar en susurros. Brooke abrió los ojos con un parpadeo lento, consciente del cansancio que seguía reposando en sus huesos, pero también de esa inquietud suave —casi imperceptible— que le impedía volver a dormirse.

Decidió, con una resolución más propia de una heroína que de alguien en pantuflas, que dedicaría la mañana a limpiar el apartamento. A profundidad. Como si restregar superficies pudiera ordenarle la vida.

Pero primero: café.

—Sin café no funciono —murmuró mientras encendía la cafetera, esperando el burbujeo familiar que anunciaba la única posibilidad real de productividad.

Mientras el aroma se extendía por la cocina, preparó su desayuno: avena instantánea y dos tostadas—un intento de nutrición equilibrada que contrastaba terriblemente con la montaña de beicon de la mañana anterior. Colocó todo sobre la mesa y, café en mano, se dejó caer en la silla, abriendo el periódico digital en su tablet para revisar la sección de farándula; nada como chismes de celebridades para empezar el día con la ilusión de que el caos ajeno siempre es más escandaloso que el propio.

Pero entonces…

La memoria la alcanzó sin aviso, tan nítida como si alguien hubiese presionado «repetir» en su cabeza.

Sofía, sujetando la muñeca del tipo con un movimiento rápido, limpio, contundente. Sofía giraba el brazo del hombre con una técnica que no necesitaba explicarse. Sofía, mucho más baja que él, empujándolo contra la pared como si no pesara nada.

Brooke se sorprendió sonriendo. Una sonrisa lenta, breve, de pura incredulidad.

—Santo cielo —susurró—. Lo hizo ver tan fácil.

Rió por lo bajo, incrédula aún de haber presenciado algo que parecía sacado de una película de acción… versión bar de barrio.

Sacudió la cabeza, volviendo a la tablet, decidida a continuar con lo que Margaret esperaba de ella: investigación de campo. O, en este caso, investigación digital. Abrió la app de citas, revisó un par de perfiles que parecían escritos por gente que no entendía el concepto de «descripción básica», y suspiró ante la certeza de que ese proyecto la llevaría directo a un colapso nervioso o a un libro de memorias.

Fue entonces cuando su teléfono vibró.

El sonido la hizo sobresaltarse—un salto torpe que derramó un poco de café sobre la mesa—antes de estirar la mano para tomar el celular.

April: ¿Almuerzo hoy? Te paso a buscar a las 2. Y no acepto un no.

Brooke ladeó la cabeza, sonriendo sin querer. Su amiga April siempre sabía cuándo aparecer.

Luego de responder al mensaje, dejó el móvil a un lado junto a la tablet y se levantó de la mesa, estirando los brazos sobre la cabeza con un suspiro largo que le aflojó los músculos tensos. Hora de limpiar. A fondo.

Puso música —una lista vieja que tenía desde hacía años, llena de canciones que usaba únicamente para estos rituales domésticos— y comenzó por la sala. Movió cojines, enrolló alfombras, recogió

tazas que no recordaba haber dejado por ahí. Después pasó al baño, luego al pasillo, luego al dormitorio.

Fue allí, hincada en el suelo mientras buscaba una caja de productos de limpieza bajo la cama, cuando sus dedos rozaron algo distinto: una caja rígida, de cartón grueso, adornada con una cinta que había perdido su color original.

La caja de «cosas importantes». De las *demasiado* importantes como para tirarlas, pero *demasiado* dolorosas como para tenerlas a la vista.

Se quedó inmóvil un instante, sintiendo cómo el corazón se le apretaba con un eco antiguo. No era el día para abrir aquella caja, ni para remover lo que guardaba, pero aun así —por una razón que no alcanzó a descifrar— la acercó hacia sí. Se sentó sobre los talones y levantó la tapa con una delicadeza casi ritual, como si temiera despertar algo que llevaba años dormido.

Dentro había álbumes de fotos, cartas dobladas, entradas de cine arrugadas, postales que habían viajado más que ella… y entonces, entre todo eso, vio la fotografía.

Una imagen amarillenta, gastada en las esquinas, de su madre a los veinte y tantos. Sonrisa amplia, cabello al viento, ojos llenos de una luz que Brooke nunca había logrado descifrar del todo. Una luz inquieta. Libre. Indomable.

—Hola, mamá… —susurró, casi sin voz.

El aire se volvió más espeso, más lento.

Su madre se había ido cuando ella tenía ocho años. Sin drama, sin explicaciones largas, sin anuncios anticipados. Una mañana estaba. La siguiente ya no.

Brooke recordaba la puerta cerrándose. Recordaba a su padre roto, tratando de sostenerse en una rutina que no podía protegerlo de sí mismo. Recordaba las cervezas que él juraba «no eran nada», pero que olían a todo lo que había perdido.

Con el tiempo, Brooke había recibido postales, todas escritas con mensajes breves, luminosos, casi felices. Su madre seguía viva. Seguía moviéndose por el mundo como si perteneciera más a él que a las personas que había dejado atrás.

Brooke, con la foto entre los dedos, sintió ese viejo tirón entre el pecho y la garganta. No sabía si era nostalgia, rabia o tristeza. Simplemente había una parte de ella que aún intentaba comprender cómo se vive cuando alguien te enseña a amar con la misma ligereza con que abandona.

Volvió a colocar la foto en la caja con un suspiro suave, no derrotado, pero sí agotado.

—Almuerzo con April —murmuró, intentando centrarse en algo práctico.

Cerró la caja, la deslizó de nuevo hacia ese rincón del clóset donde siempre había permanecido —visible, pero convenientemente ignorada— y se incorporó con lentitud, como si el piso hubiese cambiado de ángulo sin previo aviso. Caminó hasta la ventana, quizá buscando un punto de anclaje, pero afuera solo la recibió el mismo gris inmóvil de Boston, ese cielo que sabía mantenerse igual aunque el mundo interior de una persona se desacomodara sin permiso.

***

El café-bistró estaba lleno, pero no abarrotado: un murmullo amable de cubiertos, vapores de café tostado y conversaciones cruzadas que daban a la tarde un tono casi acogedor. Brooke empujó la puerta de cristal y el olor a pan recién horneado la abrazó como un recordatorio de que aún existían espacios seguros en el mundo.

April ya estaba allí —como siempre— sentada con la espalda recta, el codo apoyado sobre la mesa de madera clara y la mirada clavada en su móvil con expresión de estar evaluando al planeta entero y encontrándolo insuficiente. Llevaba el cabello recogido en un moño impecable, una camisa blanca perfectamente planchada y la inevitable sombra de eyeliner que nunca perdonaba.

Brooke avanzó hacia ella sintiendo, por un segundo, que todavía había sudor fantasma en su espalda producto de la limpieza profunda que había hecho en casa.

April alzó la vista, le dio un repaso de pies a cabeza y ladeó la cabeza con esa mezcla letal de juicio y cariño.

—Pareces alguien que ha visto cosas —dijo sin preámbulos.

Brooke dejó caer su bolso sobre la silla de enfrente y se dejó caer detrás.

—Tú no tienes idea.

—Tengo muchas ideas —corrigió April, dejando el móvil a un lado —. Pero quiero la tuya. ¿Qué te pasó en la cara? Tienes esa expresión de «hoy destruí un país pequeño con mis propias manos y no sé si fue buena decisión».

Brooke respiró hondo, buscando un punto de partida razonable.

—Margaret me asignó un proyecto —comenzó, y ya la mueca de April se estaba formando.

—Oh, no. —April frunció los labios—. ¿Qué cosa brillante se inventó ahora esa cabrona?

Brooke casi se atraganta con el aire.

—¿Puedes no decirlo tan fuerte?

—Si ella quisiera discreción, sería menos… ella. Continúa.

Brooke se inclinó hacia adelante, bajando la voz:

—Quiere que pruebe apps de citas. Y que escriba todo. Todas las citas. Todos los desastres. Todo.

April parpadeó. Dos veces.

—¿Tú? ¿En citas? ¿Ahora?

—Exacto —respondió Brooke, hundiéndose un poco en la silla.

—¿Y tú aceptaste? —insistió April.

Brooke se tapó la cara con ambas manos.

—¡No sé qué pasó! Estaba en la oficina, sudando, con Margaret mirándome fijamente y— no sé —de pronto estaba diciendo que sí y ahora tengo que… —gesticuló sin rumbo— salir con desconocidos. Y escribir sobre ellos. Y no morir en el intento.

April se inclinó hacia ella, apoyó el codo en la mesa y entrecerró los ojos como una investigadora frente a un espécimen extraño.

—Brooke… cariño… tú no puedes ni sostener una planta viva.

Brooke señaló hacia ella con indignación.

—¡Eso dolió!

—Espero que sí.

Brooke exhaló, derrotada.

—Intenté no hacerlo. De verdad. Juré que no haría un perfil. Me pasé la mañana jurándolo.

—Y aun así…

Brooke asintió.

—Ajá. Lo hice. Creé la maldita cuenta. Y… —hizo una pausa, torciendo la boca— quedé con un tipo.

April se incorporó de golpe, como si alguien hubiera jalado un resorte.

—¿Cómo que quedaste con un tipo?

—¡No grites!

—No estoy gritando. —Se cruzó de brazos— Estoy proyectando.

Brooke rodó los ojos y, en un ataque de honestidad súbita, dejó escapar la frase que llevaba atorada desde la mañana.

—Y también… —hizo un gesto vago con las manos— …estuve pensando en el trasero de mi vecina.

El silencio se instaló entre ambas con un peso casi cómico, y April, después de parpadear un par de veces como si necesitara procesar cada palabra, inclinó ligeramente la cabeza antes de preguntarle, con absoluta incredulidad:

—¿Perdón?

Brooke se tapó la cara con las dos manos y dejó escapar un gemido lastimoso.

—No es lo que crees.

—Creo muchas cosas.

—No, April. Es… es solo que… —el rostro de Brooke se encendió como una señal de emergencia— Sofía es paramédico, y apareció esta mañana toda… toda… —gesticuló sin palabras— uniformada, y yo estaba en pantuflas con una tostada en la mano y dije «hice beicon», y luego— ¡luego observé su trasero con demasiada atención!

—¿Estás escuchando lo que dices? —preguntó April, totalmente seria.

—¡No fue atracción! —se defendió Brooke con el fervor de alguien que claramente no estaba convencida de su propia negación — Fue… una observación antropológica.

April apretó los labios para no reírse.

—Ajá. Continúa, doctora Dawson.

Brooke agradeció mentalmente el cambio de tema implícito y tomó aire.

—La cita fue un desastre —confesó finalmente.

—Sabía que lo sería —respondió April con toda la autoridad de alguien que siempre tiene razón.

—Pero no por mí… —añadió Brooke, tamborileando con un dedo la mesa— sino por él. Jasper. O Dexter. O… no sé, tenía nombre de personaje de catálogo.

April arqueó una ceja.

—¿Y qué pasó?

Brooke tragó saliva y, sin darse cuenta, llevó una mano a su cuello.

—Intentó seguirme al baño.

La expresión de April se endureció.

—¿Qué?

Brooke asintió, la voz temblándole apenas.

—Y ahí apareció Sofía.

—¿La del trasero antropológico?

—¡April!

—Lo dijiste tú —respondió encogiéndose de hombros, aunque su rostro ya estaba en modo protector-amiga-lista-para-la-guerra—. ¿Qué hizo?

Brooke apoyó las manos sobre la mesa, como si aún necesitara aferrarse a algo para creerse lo que decía.

—Lo inmovilizó. A ese tipo que medía como metro ochenta. Le torció el brazo y lo estampó contra la pared. Con una sola mano.

April se inclinó hacia adelante.

—¿Es… ninja?

Brooke dejó caer la frente sobre la mesa.

—No lo sé. Solo sé que me salvó. Y que… —un suspiro se escapó sin permiso— no dejó que me pasara nada.

April se quedó observándola un instante, esa mirada que conocía demasiado bien: la de quien lee más de lo que uno dice. Y luego, con la precisión quirúrgica de alguien que no teme nombrar lo evidente, declaró:

—Brooke Dawson… tú estás en problemas.

Brooke levantó la cabeza, horrorizada.

—¡No estoy en problemas!

—Oh, cariño —dijo April, tomando su taza con una calma implacable—. Vas directo hacia ellos.

Brooke abrió la boca para protestar, pero no lo hizo. Porque, por un segundo, recordó la voz grave de Sofía diciendo «*Vámonos*», su mano en su espalda, el camino silencioso hasta el edificio, la despedida tranquila en el ascensor. Y ese recuerdo… ese recuerdo sí que era un problema.

***

Brooke caminó por la acera con pasos que no sabía si atribuir al impulso, al miedo o a una mezcla inquietante de ambos; la tarde se había ido diluyendo en un cielo grisáceo que parecía debatirse entre convertirse en lluvia o seguir fingiendo estabilidad, y ella se sentía exactamente igual. Tras despedirse de April con un abrazo tenso —y con la promesa no del todo firme de «irte contando todo»—, tomó el camino hacia el centro, decidida a demostrarle a Margaret Huxley que no era una cobarde emocional ni una desertora profesional, sino una mujer capaz de hacer su trabajo aunque eso implicara adentrarse en un ecosistema social para el que no tenía el manual.

Recordó, mientras avanzaba, aquella frase que Margaret había pronunciado con la precisión de un titular bien pulido: «Queremos que te adentres en apps, encuentros y situaciones reales; que muestres, sin filtros ni edulcorantes, lo que significa ser soltera en esta ciudad… y que lo hagas con tu propia voz.»

Brooke había respondido con un asentimiento que, visto en retrospectiva, había sido más un acto reflejo que una decisión consciente. ¿Situaciones reales? ¿Encuentros? ¿Ella? La misma mujer que, unos días atrás, no había logrado abrir un buzón sin causar un desastre y que esa misma mañana casi pierde una tostada mientras hablaba con su vecina paramédica.

Pero algo había cambiado desde entonces. Tal vez había sido la conversación con April, la risa inevitable que surgió al recordar el modo en que Sofía había detenido al manilarga de la noche anterior, o quizá la sensación, tenue pero real, de que intentar no podía salir tan mal como seguir atrapada en el mismo círculo vicioso que llevaba años repitiendo.

Así que, respirando hondo como quien se arma de valor para un examen final, empujó la puerta del primer lugar que vio: un *sports bar* iluminado por luces cálidas, pantallas gigantes que transmitían partidos de fútbol americano y de béisbol, y un murmullo constante que emanaba de mesas llenas de grupos ruidosos, parejas cansadas, solitarios con cerveza y mujeres de mirada filosa que parecían conocer ese ambiente mucho mejor que ella.

El golpe del aire acondicionado le erizó los brazos, y por un instante pensó en darse la vuelta y correr hacia su apartamento para esconderse detrás de su laptop, donde podía juzgar perfiles desde la distancia segura del anonimato. Pero permaneció donde estaba, plantada justo en la entrada con una determinación frágil, sí, pero determinación al fin.

Avanzó hacia la barra intentando no tropezarse con una mesa baja ni derribar un vaso ajeno —y casi logra ambas hazañas—; tomó asiento en un taburete de cuero que se pegaba un poco a la piel y, cuando el bartender se giró para atenderla, alzó la mano con una seguridad que no sentía ni remotamente.

—Una mimosa —dijo, y aunque su voz tembló apenas, sonó lo suficientemente clara como para que el hombre asintiera sin hacer preguntas.

Brooke exhaló, sintiendo cómo se aflojaban los hombros que había tensado durante todo el trayecto.

Había entrado. Había dado el paso. Había comenzado, por fin, a adentrarse en el mundo de las «situaciones reales». Y aunque no podía saberlo aún, esa decisión —pequeña, temblorosa, cargada de un optimismo que todavía no se atrevía a reclamar como suyo— estaba a punto de conducirla por un camino que ni las apps ni Margaret habían anticipado.

Llevaba casi media hora en el bar cuando empezó a concederse la posibilidad —una posibilidad frágil, pero real— de que quizá, sólo quizá, aquella incursión en el mundo de las citas presenciales no estaba resultando tan catastrófica como había imaginado. El hombre de vaqueros oscuros y camisa azul arremangada que se había

acercado con un educado «¿este asiento está ocupado?», le había transmitido la mezcla exacta de corrección e inocuidad necesaria para que ella, impulsada por una valentía que no sabía de dónde provenía y una torpeza social que la acompañaba siempre, aceptara su compañía.

De reojo, había evaluado dos aspectos esenciales: era guapo y no tenía mirada de lunático. Con ambos requisitos razonables cumplidos, decidió permitirle su asiento, su conversación y parte de su tarde.

Él se presentó con una sonrisa tan perfectamente calibrada que parecía haber sido ensayada frente al espejo.

—Gus —dijo—. Agente de bienes raíces.

Gus.

Aquel nombre le dio un pequeño tropiezo en el cerebro, como si hubiera pisado un escalón invisible. «¿Quién en pleno siglo XXI seguía presentándose como 'Gus'?» Sonaba a un tío lejano que colecciona sellos o al ayudante bonachón de un dibujo animado de los noventa. Pero Brooke, que llevaba años intentando conducirse por el mundo con un mínimo de educación social, sonrió, estrechó correctamente la mano que él le ofrecía y respondió con su nombre sin mostrar la duda que la atravesaba.

La negociación por la primera bebida fue un ritual tan absurdo como inevitable. Él quiso invitar; ella lo rechazó con cortesía; él insistió con una sonrisa; ella volvió a rechazarlo, incómoda ante la idea de deberle algo a un desconocido; y finalmente llegaron a un acuerdo que parecía sacado de un manual de etiqueta para adultos que intentan comportarse como gente razonable

—Una ronda yo —propuso él— y la siguiente tú.

Brooke aceptó, y entre risas nerviosas, pequeños gestos de incomodidad mutua y un par de brindis que intentaron disimular la torpeza de la situación, la conversación fue tomando forma.

Gus se mostró encantador en ese modo genérico en que lo son los hombres que han hecho de su simpatía una herramienta

profesional; ella, por su parte, habló demasiado rápido, se interrumpió tres veces, pidió disculpas otras tantas y, para su sorpresa, él no pareció espantarse.

Para cuando el reloj marcó una hora y media, ella tenía las mejillas ligeramente calientes —no sólo por el alcohol, que rara vez consumía con tanta despreocupación, sino por la extraña sensación de estar haciendo algo que Margaret probablemente consideraría material literario digno de publicarse— y Gus parecía más confiado, más cercano, más dispuesto a acompañarla a la salida cuando ella decidió que era momento de marcharse.

Y así, entre risas amplificadas por el alcohol, comentarios innecesariamente coquetos de su parte y una colección de torpezas que ya eran parte natural de su manera de moverse por el mundo, ambos se encaminaron hacia la salida del bar, sin que Brooke pudiera prever que la noche —que hasta entonces había sido simplemente incómoda— estaba a punto de inclinarse peligrosamente hacia zonas para las que no había manual, ni crónica, ni preparación previa posible.

Cuando se levantaron para irse, Gus tomó la iniciativa con el entusiasmo de quien cree que está ganando. La acompañó hasta la salida del bar, y aunque ella aseguró varias veces que vivía «muy cerca» y podía caminar sola, él insistió en llevarla, con esa seguridad paternalista que se sentía amable en la superficie y ligeramente imperativa por debajo.

Brooke cedió.

Y veinte minutos después se encontró en el interior del edificio, riendo por inercia mientras Gus la guiaba hacia el ascensor, lanzándole comentarios que oscilaban entre seductores y torpemente ensayados. Cuando él apoyó la mano en la pared del ascensor para inclinarse hacia su cuello —otra vez el cuello, siempre el cuello—, Brooke contuvo un impulso irracional de buscar colmillos. «Un vampiro…», pensó, medio divertida, medio alarmada, mientras él dejaba un beso húmedo y ruidoso que la hizo encogerse un poco.

Cuando las puertas se abrieron en el quinto piso, Brooke salió casi de puntillas, tratando de recuperar el control de su propio cuerpo. Extendió la mano hacia la cerradura, falló. Gus tomó la llave, abrió la puerta con la soltura de quien se siente invitado y la miró con una sonrisa ladeada que pretendía ser encantadora.

—Listo —dijo—. Nada que no pueda resolver un caballero.

Caballero, mis narices, pensó Brooke, mientras retrocedía medio paso.

—Gracias por traerme —murmuró, posando la mano en el pecho de él para marcar distancia—. Creo que… eh… es mejor que termine aquí. Buenas noches.

Gus no se movió.

En cambio, atrapó la mano de ella —su palma cálida, su dedo pulgar rozando la piel con una familiaridad no solicitada— y llevó la muñeca de Brooke a su boca, dejando un beso húmedo en la parte interna. Brooke dio un respingo involuntario. Él sonrió, satisfecho, y volvió a inclinarse hacia su cuello, como si la piel de ella hubiera emitido un llamado sobrenatural.

—Oye, espera… —intentó Brooke, empujándolo con suavidad.

—Vamos, relájate —respondió él, con una risa baja—. Déjate llevar.

Brooke apretó los labios.

—No suelo acostarme en la primera cita —dijo, con una dignidad tambaleante.

Él soltó una carcajada suave, pegada de condescendencia.

—¿Cita? Ni siquiera llegamos a eso, tonta.

La palabra cayó como un golpe registrado y firmó el final de su tolerancia.

Brooke respiró hondo, dispuesta por fin a decir algo que tal vez hubiera puesto límites o, al menos, hubiese frenado el desastre… pero no llegó a hacerlo: una sombra se deslizó detrás de Gus,

silenciosa al principio, una presencia que avanzó con paso seguro, firme, contenido, y que él aún no había percibido, aunque Brooke sí. Y en el instante en que la reconoció, el alivio la recorrió de pies a cabeza como una oleada súbita, tan poderosa que casi le aflojó las rodillas.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Sofía.

Gus se giró apenas, frunciendo el ceño.

Y ahí estaba: Sofía Cruz, con los brazos cruzados sobre su pecho y las piernas separadas, llevaba la chaqueta de cuero abierta, el cabello aún húmedo por la noche, y esa expresión estoica —entre aburrida y alerta— que hacía que cualquier persona sensata reorganizara sus prioridades al instante.

Gus, aún medio ladeado en dirección a Brooke y con la chaqueta arrugada por el forcejeo torpe del ascensor, se volvió hacia Sofía con una expresión que oscilaba entre la irritación y la confusión, como si no terminara de comprender por qué había aparecido una tercera persona en la ecuación.

—¿Quién mierda eres tú? —escupió él.

Brooke abrió la boca, todavía algo mareada por los tragos y por el momento extraño, y respondió con el mismo automatismo atolondrado que había usado aquella noche del bar, cuando el bigotito había intentado seguirla al baño:

—Es mi ex —soltó, señalando a Sofía con un movimiento torpe de la mano—. Tóxica y peligrosa. Lo mejor es que te vayas.

Sofía se quedó completamente inmóvil. No porque pareciera afectada —al menos no a los ojos de Brooke—, sino porque la palabra «ex», dicha con tanta improvisación dramática, pareció caer sobre ella como un balde de agua helada. Brooke, incluso en su borrachera incipiente, detectó el leve parpadeo, el instante de desconcierto absoluto, como si Sofía se preguntara en qué universo paralelo acababa de aterrizar. «Tóxica». «Peligrosa». «Dios mío. ¿Quién inventaba esas cosas en tiempo real? Ah, sí: ella misma.»

Gus la miró entonces, como si tratara de descifrar si aquello era un chiste, una advertencia seria o parte de algún juego extraño en el que él no había pedido participar. Y después, con esa brusquedad de hombre demasiado seguro de sí mismo, soltó la pregunta que cruzó el aire como un dardo absurdo:

—¿Pero acaso eres lesbiana? —preguntó, sin sutileza, sin filtro, sin gracia.

Brooke abrió los ojos, lista para tartamudear algo que probablemente habría sido un desastre verbal. Pero Sofía no le dio tiempo.

—¿Y acaso tú eres sordo? —respondió ella con un tono tan plano y firme que la pregunta dejó de ser graciosa y se transformó en sentencia—. Dijo que te fueras.

Hubo un instante suspendido en el que ninguno de los tres respiró. Gus la miró primero a Sofía, después a ella, después otra vez a Sofía, como si intentara calcular cuánto músculo había bajo esa chaqueta de cuero o cuántos problemas podría acarrearle desafiarla. La tensión se instaló en el pasillo como una sombra densa, hasta que, finalmente, él carraspeó, enderezó la camisa y decidió retirarse con la dignidad herida de quien ha perdido una discusión que no sabía que estaba librando.

La noche, de pronto, pareció contener el aliento. Un silencio denso, cargado de algo que aún no tenía forma, se deslizó entre ellas como una sombra expectante. No era un final. Apenas un pliegue, un punto de inflexión, el instante previo a que todo comenzara a moverse en una dirección que ninguna de las dos sospechaba todavía.

CAPÍTULO 4

SOFÍA

La estación olía a café recalentado, a desinfectante y a la mezcla indefinible de sudor viejo y cansancio fresco que sólo quienes trabajaban allí eran capaces de reconocer sin inmutarse. El turno del domingo estaba a punto de terminar y el ambiente —aunque siempre alerta— tenía ese aire de tregua rara que a veces regalaba el fin de semana.

Sofía cerró la puerta tras ella mientras se dejaba caer en una de las sillas plegables del área común, estirando las piernas con un suspiro profundo que resonó más cansado de lo que pretendía. En la mesa, alguien había dejado una caja de donuts que, según el cartel improvisado, había traído «la mamá de Lee, bendita sea». A veces, la estación se sostenía más por la buena voluntad de las madres ajenas que por el presupuesto municipal.

—¿Sobreviviste? —preguntó Reynolds, el paramédico más veterano del equipo, apoyado contra la máquina de café con una taza en la mano.

—A duras penas —respondió Sofía, dejándose caer hacia atrás—. Si me dan una llamada más de «tengo mareo y creo que voy a morir», renuncio.

—No seas dramática, Cruz —se rió Galloway, que estaba limpiando el desfibrilador portátil—. Solo tuvimos una fractura, dos crisis de ansiedad y un tipo que se tragó un pendiente.

—Por accidente —añadió Martínez, levantando un dedo como si aquello justificara algo.

—¿Cómo te tragas algo por accidente? —preguntó Sofía, levantando una ceja.

—Se lo estaba enseñando a la novia —respondió Martínez—. Estornudó. Fue muy rápido.

—Quiero olvidar esa información de inmediato —murmuró Sofía, y todos rieron.

A Sofía le gustaba ese sonido. Le gustaba la camaradería suave que se formaba entre turno y turno, entre vidas que no podían salvar y las que sí. La estación era, en su forma más extraña, un lugar donde podía respirar sin explicaciones.

Se recostó contra la encimera metálica de la sala de descanso, todavía envuelta en el eco tibio de la adrenalina residual del turno, cuando escuchó la voz burlona de Reynolds desde su silla.

—Oye, Cruz —llamó, alzando la ceja con ese tono que usaba cuando iba a meterse donde no debía—. ¿Hoy sí vas al almuerzo con tu familia o vas a sacar la misma excusa de siempre?

Sofía abrió la boca para responder por inercia.

—Tengo turno.

—Tu turno terminó hace exactamente tres minutos —intervino Galloway sin apartar la vista del crucigrama que estaba resolviendo —. Y ya sabemos que no estás de guardia doble. No esta vez.

Sofía bajó la mirada a su reloj. Tres minutos. Exactamente tres.

Una oleada breve —casi imperceptible, pero cálida— le cruzó el pecho. Era domingo, llevaba encima una semana brutal, pero también, por primera vez en quién sabe cuántos fines de semana, el reloj estaba de su lado. Podía llegar a tiempo. Su madre, quizá, no tendría motivo para mirarla con esa mezcla de alivio y regaño que siempre la hacía sentirse como si tuviera doce años otra vez.

—Voy —dijo al fin, guardándose el móvil en el bolsillo como quien toma una decisión que le endereza la columna.

—Milagro —canturreó Jennings desde la máquina de café, levantando su vaso como si brindara—. Que alguien lo anote. Cruz llegará a tiempo.

—Cállate —murmuró Sofía, pero una sonrisa le suavizó la boca mientras se ponía de pie.

Cruzó la sala en dirección a los vestidores con ese tipo de energía tranquila que aparece sólo cuando el cuerpo entiende que, por fin, puede relajarse. Tenía el cabello húmedo pegado a la nuca, el torso todavía tensionado por la rutina del turno, pero también un leve entusiasmo que hacía días no sentía: el alivio de una tarde familiar que no tendría que robarle al cansancio ni a la falta de tiempo.

En el vestidor, abrió su casillero, sacó los vaqueros claros y ajustados, la camiseta burdeos que siempre le favorecía y la chaqueta de cuero marrón que le había regalado su padre. Se soltó el cabello primero, notando el peso natural de sus ondas, pero luego, casi sin pensarlo, lo recogió en un moño improvisado.

Práctico. Cómodo. Listo.

Era domingo. Le esperaba un almuerzo familiar. Y, por primera vez en mucho tiempo, parecía que lograría llegar a la hora señalada.

***

El trayecto hacia el barrio donde vivían sus padres le provocaba una sensación particular, casi física, como si algo en ella se aflojara apenas dejaba atrás las avenidas más transitadas. Sofía condujo con las ventanillas entreabiertas, dejando que el aire fresco de primera hora de la tarde disipara el cansancio del turno. Cuando estacionó frente al edificio —un condominio de viviendas de tres pisos, discreto y familiar—, sintió cómo los músculos, tensos desde el amanecer, cedían por fin un poco.

La puerta se abrió antes de que pudiera tocar el timbre.

—¡Nena! —exclamó Elena, envolviéndola en un abrazo rotundo, cálido, cargado de olores que Sofía habría reconocido con los ojos cerrados: especias de cocina dominical, perfume floral suave y algo más, algo inconfundible que sólo su madre tenía. Esa mezcla de hogar y nostalgia.

Sofía apoyó la barbilla en el hombro de Elena un segundo más del necesario.

—Hola, má —murmuró.

Luis, su padre, apareció detrás, limpiándose las manos con un paño de cocina, el delantal puesto como si fuera una segunda piel.

—Dios te bendiga, hija —dijo, dándole un beso en la mejilla.

—Hola, pá —respondió Sofía, casi automáticamente, inclinándose para recibir su bendición.

Un ritual breve, íntimo, que siempre le asentaba el corazón.

Desde la sala llegó el sonido de explosiones mal sincronizadas: Danny, como de costumbre, viendo una película de acción tan ruidosa como predecible. Al verla entrar, levantó la cerveza a modo de saludo, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Pensé que ibas a llegar mañana al mediodía —bromeó, con esa risa suya que siempre sonaba a desafío fraternal.

Sofía le enseñó el dedo medio mientras dejaba las llaves en la mesa de entrada.

—Cállate. Estoy aquí, ¿no?

—Milagro de domingo —canturreó él—. Abran paso a la criatura bendita.

Sofía rodó los ojos, pero la sonrisa se le escapó igual.

El timbre sonó y Elena, con la emoción amplificada de anfitriona, fue a abrir. Sofía escuchó primero la voz cantarina de su hermana mayor, Mariela, y luego los pasos ligeros que reconocería en cualquier parte del mundo.

—¡Tití Sofi! —exclamó, abrazándola con la fuerza de alguien que todavía no sabe medir sus afectos.

Sofía la levantó un poco del piso, haciendo un sonido exagerado como si el peso fuera imposible de cargar.

—Ay, Dios… ¿qué te dan en la escuela? ¿Plomo? ¿Hierro? ¿Tú estás creciendo o te están inflando?

Juliana rió, brillante, y Sofía juraría que ese sonido era capaz de curar heridas que ni ella sabía nombrar. Y detrás de ellas, apoyado

en el marco de la puerta como si estuviera posando para un catálogo, llegó Mauro.

Mitad cubano, mitad puertorriqueño. Alto, barba recortada al milímetro, brazos tatuados en tinta negra y una camisa que claramente había sido diseñada para quedar más ajustada de lo necesario. Una cadena dorada descansaba sobre su pecho, y otra más fina brillaba sobre la clavícula exponiendo el tatuaje que se escapaba del cuello de la camiseta.

—Buenas —dijo él con voz grave, marcando presencia, sonriendo apenas lo justo.

Luis lo saludó con cordialidad, Elena con su clásico gesto amable, Dani con un movimiento de cabeza que en él equivalía a una revisión preliminar. Sofía, en cambio, mantuvo su expresión neutral, esa que usaba cuando necesitaba evaluar algo sin parecer que lo hacía.

—Sofi —intervino Mariela, con tono demasiado ligero—. Ya conoces a mi novio.

—Ajá —respondió Sofía, sin añadir nada más.

Mauro sonrió como si hubiera pasado una prueba.

—Mucho gusto otra vez, Sofía —dijo, acercándose a estrecharle la mano con un apretón entre firme y territorial.

Sofía correspondió sin exagerar. Sus instintos, sin embargo, levantaron una ceja interna.

Se sentaron alrededor de la mesa entre el sonido de platos tocándose, cubiertos chocando, sillas moviéndose. Elena servía porciones generosas sin aceptar negativas, Luis contaba historias viejas de cuando vivían en Jamaica Plain, Danny hacía comentarios sobre la película mientras comía, y Juliana describía su proyecto de ciencias con una emoción que iluminaba todo el comedor.

Sofía, mientras tanto, observaba en silencio.

Mauro hablaba fuerte, gesticulaba demasiado, reclamaba espacio sin pedirlo y miraba el teléfono con una frecuencia irritante. Su risa

era un poco más alta de lo necesario, sus cumplidos a Mariela un poco más públicos de lo cómodo, y más de una vez hizo un comentario que rozó lo presuntuoso.

—Este reloj me lo traje de Miami —dijo en un momento, sosteniendo la muñeca en alto como si la mesa hubiera pedido una demostración—. Edición limitada. Casi nadie tiene uno.

Danny lo miró de reojo, apenas moviendo una ceja. Sofía, en cambio, simplemente partió un pedazo de tostones sin cambiar la expresión.

—*Nice* —dijo con tono neutro.

No era una palabra de aprobación. Tampoco de desaprobación. Era una palabra que no decía nada… pero dejaba claro que ella no estaba impresionada.

Mariela, acostumbrada a evitar tensiones, dio un golpecito en la mesa.

—Bueno, vamos a comer, que se enfría.

Y comieron.

La comida estaba perfecta. Cada bocado sabía a domingo, a tradición, a algo que Sofía no sabía cuánto necesitaba hasta que lo tenía frente a ella.

Pero incluso la calidez de la mesa no pudo disolver del todo esa sensación: algo en Mauro no encajaba. No era una alarma fuerte. Era un sonido tenue, una vibración mínima, un músculo interno tensándose apenas… pero suficiente para que Sofía la registrara, la guardara y la vigilara sin decir una palabra.

***

La noche había caído sin aviso, con ese frío húmedo de Boston que se filtraba entre las costuras de la chaqueta aunque uno creyera estar preparado. Sofía cruzó la calle hacia su edificio todavía con el cuerpo tibio por el almuerzo de su madre, el olor a ajo y cilantro adherido a la memoria, y el eco suave de las risas de Juliana siguiéndola como un amuleto. Había sido un domingo bueno.

Extrañamente bueno, incluso con la presencia de Mauro rondando como un recordatorio ruidoso de todo lo que preferiría evitar.

Ajustó la mochila al hombro mientras subía el pequeño escalón de la entrada, lista para activar el piloto automático que la llevaba del cansancio al silencio de su apartamento… cuando algo, una presencia en movimiento, llamó su atención desde la distancia.

Brooke.

La reconoció por la forma en que caminaba: no exactamente torpe, pero sí un poco desequilibrada, como si su propio cuerpo estuviera negociando con la gravedad. Iba apoyada contra un hombre—uno que Sofía nunca había visto—y eso ya decía lo suficiente. No era el del bar de hace dos noches, tampoco el hombre trajeado que visitaba a su vecina de vez en cuando. Este era otro. Más joven. Más seguro de sí de lo que le correspondía. Y demasiado… encima.

La mano del hombre descansaba en la parte baja de la espalda de Brooke, subiendo cada tanto sin permiso, y sus labios, húmedos, insistentes, se inclinaban sobre el cuello de ella con un afán que le revolvió el estómago a Sofía.

Una alarma interna se encendió en su pecho, esa misma chispa que en la ambulancia le decía cuándo algo estaba mal aunque no pudiera explicarlo. La observó bien. Brooke tambaleó ligeramente. Él la sostuvo—o más bien la apretó—como si quisiera que ese cuerpo que casi no se mantenía recto fuera una oportunidad.

Sofía apretó la mandíbula.

El «proyecto de citas modernas». Brooke lo había mencionado con nerviosa euforia mientras caminaban la noche anterior. Un proyecto que, evidentemente, la estaba empujando a meterse en cada situación que el sentido común habría descartado.

Ellos llegaron a la puerta del edificio. Sofía apresuró el paso, pero lo suficientemente despacio como para no delatar que había empezado a seguirlos.

Tomaron el ascensor. Sofía no lo pensó dos veces. Subió por las escaleras.

Cinco pisos. Su especialidad no era correr maratones, pero su cuerpo había sido entrenado para resistir turnos de doce horas, crisis interminables, pacientes en peso muerto y noches que parecían nunca acabar. Subió los escalones en silencio, respirando por la nariz, manteniendo la tensión justo donde la necesitaba.

Cuando llegó al quinto piso, escuchó el *ding* suave del ascensor y el arrastre de cuerpos torpes contra el pasillo estrecho. Se mantuvo en la sombra del recodo, observando.

Brooke estaba frente a su puerta, luchando con la llave que no acertaba a entrar. El hombre—cuyo nombre Sofía desconocía, pero ya había fichado como «problema»—le quitó la llave con un gesto exageradamente «caballeroso» y abrió la puerta como si fuera suya.

Brooke giró hacia él, con el equilibrio incierto del alcohol y un gesto confuso en el rostro, mientras apoyaba la mano sobre el pecho del hombre.

—Gracias por traerme a mi casa. Buenas noches… —dijo ella, con una sonrisa que temblaba más de lo que convencía.

Él no se movió. No devolvió el gesto. No dijo buenas noches. En cambio, atrapó la muñeca de Brooke, inclinándose para besarle la piel interna con una torpeza húmeda y apresurada. Ella se sobresaltó. El hombre rió, bajo, casi ronroneante, y la atrajo hacia sí con un tirón que no tenía nada de sutil.

—Vamos… —susurró contra su cuello—. Relájate. Solo déjate llevar.

Sofía dio dos pasos hacia adelante. Instintivos. Firmes. Silenciosos. Pero no llegó a intervenir todavía.

Brooke empujó al hombre con suavidad, intentando recuperar el control.

—No —murmuró, con la voz quebrándose apenas—. Yo no… No me acuesto en la primera cita.

Él rió. Un sonido desagradable, pegajoso.

—¿Cita? —repitió, condescendiente—. Ni siquiera fue una cita, tonta.

Tonta.

La palabra le atravesó a Sofía con una claridad hiriente. Algo se alineó dentro de ella. Algo que no provenía de la lógica ni del pensamiento, sino del instinto más antiguo: proteger lo que estaba en peligro. Aunque no fuera «suyo». Aunque no tuviera por qué hacerlo.

Brooke abrió la boca para replicar. Sofía ya no esperaba.

Caminó hacia ellos desde la penumbra del pasillo, su sombra proyectándose sobre la escena justo cuando el hombre se inclinaba de nuevo sobre Brooke.

Él no la vio venir.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Sofía, con una voz grave, firme y muy, muy controlada.

El hombre volteó, sobresaltado.

—¿Quién mierda eres tú? —soltó, sin soltar todavía la muñeca de Brooke.

Brooke, roja de vergüenza, alcohol y humillación, buscó una salida verbal.

Brooke abrió la boca —los labios aún brillantes por la humedad del aire, el pulso desordenado, la respiración inestable— y dijo, con la convicción tambaleante de alguien ligeramente ebria y completamente improvisada:

—Es mi ex —soltó, señalando a Sofía con un gesto torpe, como si hubiera elegido ese rol al azar—. Tóxica y peligrosa. Lo mejor es que te vayas.

Sofía se quedó completamente quieta.

Era la segunda vez que Brooke soltaba aquella mentira, y aunque no le doliera —¿por qué habría de hacerlo?—, la palabra *ex*, lanzada

con esa espontaneidad desordenada, le cayó encima como un chorro de agua helada. Sofía no reaccionó más que con un parpadeo mínimo, un instante de parálisis casi imperceptible… pero suficiente para que un único pensamiento cruzara su mente con claridad nítida: «¿qué demonios está pasando aquí?»

Pero antes de que pudiera ordenar sus pensamientos, el tipo— ese hombre que no era el del bar anterior, ni el trajeado de otras noches, sino *otro*— la miró, intentando leer si todo aquello era una broma, una amenaza o parte de un juego en el que no recordaba haberse inscrito.

Y entonces, con esa torpeza arrogante que sólo dan la cerveza y una autoestima inflada, se volvió hacia Brooke y cuestionó:

—¿Pero acaso eres lesbiana?

La palabra cruzó el pasillo con la sutileza de un ladrillo lanzado contra una ventana, rompiendo el aire en mil astillas invisibles. Sofía la sintió impactar en algún punto indefinido entre el estómago y el pecho; no porque le importara lo que ese tipo pensara —aquel desconocido no tenía poder alguno sobre ella—, sino por la violencia torpe, ignorante y ridículamente confiada con la que había sido pronunciada. Una pregunta arrojada sin cuidado, sin respeto, sin contexto. Una pregunta que no buscaba respuestas, sino incomodar.

Brooke abrió los ojos de par en par, como si le hubieran quitado el aliento de golpe, y tomó una bocanada de aire para intentar armar una respuesta que ya empezaba a desmoronarse en su lengua.

Sofía no le dio la oportunidad.

—¿Y acaso tú eres sordo? —respondió, tan firme y plana que la frase pareció materializar un filo invisible en el aire—. Dijo que te fueras.

Silencio. Un silencio espeso, eléctrico.

El hombre la miró primero a ella, luego a Brooke y después volvió otra vez a ella, como si estuviera evaluando —con torpeza, con ese instinto cobarde que aparece cuando el ego se tambalea— si tendría

alguna oportunidad real de imponerse, si valía la pena siquiera intentar desafiarla.

Sofía no se movió. No necesitaba hacerlo. Su presencia sola parecía ocupar el pasillo entero.

Él carraspeó, incómodo, alisándose la camisa como si ese gesto inútil pudiera devolverle una dignidad que ya no le pertenecía, y dio un paso atrás; luego otro, y otro más, en un retroceso torpe que dejaba clara su prisa por abandonar el terreno. Finalmente se giró sin despedirse y descendió por las escaleras, tragado por la penumbra del edificio con la misma rapidez con la que había perdido el control de la situación.

Sólo entonces Sofía exhaló. No un suspiro, no un gesto dramático: una respiración controlada, técnica, la forma en que el cuerpo lee el peligro disipándose.

Brooke seguía allí, anclada en el umbral, con las mejillas encendidas —no quedaba claro si por el susto, la vergüenza o el alcohol—, la coleta torcida y la llave temblando entre los dedos como si no recordara del todo qué hacer con ella.

Sofía la observó un segundo más, no para juzgarla ni para medirla, sino para asegurarse de que estaba completa, de que sus manos no temblaban más de lo razonable y de que su respiración no delataba un miedo más profundo del que ella misma admitía.

Cuando por fin habló, lo hizo despacio, con la voz baja y firme, una inflexión que no era la que usaba en emergencias… pero que tampoco estaba lejos.

—¿Estás bien?

Brooke tragó saliva, ladeó la cabeza y, con una voz ligeramente pastosa, apenas sostenida, murmuró:

—Sí… creo que sí. Gracias.

Hubo un destello de algo vulnerable en sus ojos —quizá gratitud, quizá vergüenza, quizá la suma exacta de todo lo que había pasado esa noche— y antes de que Sofía pudiera procesarlo, Brooke añadió:

—¿Quieres… pasar?

El ofrecimiento salió tan torpe, tan inesperado, que por un segundo Sofía no supo si había escuchado bien. La invitación no sonaba a coqueteo, ni siquiera a cortesía; sonaba a una mezcla extraña entre necesidad y confusión, a alguien que aún no confiaba en sus propios pies para mantenerse erguida.

Sofía suspendió la respiración, evaluando la escena: el pasillo silencioso, el eco del peligro recién disipado, la llave aún atrapada entre los dedos de Brooke, esa fragilidad tibia que se colaba por las grietas de su compostura.

No debería. No tenía por qué. Pero también sabía —por instinto, por oficio, por naturaleza— que dejarla sola en ese estado sería una irresponsabilidad.

—Solo un momento —dijo finalmente.

No era una promesa. Era una decisión práctica. Alguien tenía que asegurarse de que Brooke no terminara cayéndose de boca en su propia entrada. Cruzó el umbral detrás de ella, cerrando la puerta con suavidad.

***

Sofía observó cómo Brooke trataba de sostenerse en pie, todavía con la respiración irregular y el pulso acelerado, los ojos brillosos del alcohol, el susto y esa vergüenza que parecía empañarle incluso la voz. Cuando intentó caminar hacia la cocina, balbuceando algo sobre preparar café, Sofía reaccionó por puro instinto: la sujetó por los antebrazos, la giró con suavidad pero con firmeza suficiente para impedirle seguir avanzando.

—No —dijo, en esa voz práctica, inapelable—. Si alguien va a preparar café, voy a ser yo. Tú siéntate antes de caerte.

Brooke abrió la boca para protestar. No llegó a articular palabra. Se dejó caer en el sofá, como si las piernas hubieran recordado de golpe que llevaban demasiado rato sosteniéndola.

Desde la cocina, mientras llenaba la cafetera, Sofía levantó la voz:

—¿Has comido algo?

El silencio que siguió era respuesta suficiente, pero aun así, después de unos segundos llegó un «no…» débil, casi infantil, apagado por la vergüenza.

Sofía chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Con razón —murmuró—. Eres un peligro con piernas.

El aroma del café llenó el apartamento. Algo cálido, terrenal, más estable que cualquiera de las decisiones que Brooke había tomado aquella noche. Sofía sirvió una taza, tomó una botella de agua del refrigerador y regresó al salón.

La escena que encontró la dejó quieta a mitad de paso.

Brooke forcejeaba con su abrigo, atrapada en una batalla ridícula contra una manga rebelde; al vencerla, intentó quitarse la blusa, torpemente, como si estuviera peleando a la vez con el tejido, con el calor y con las leyes de la física. El cabello se le había soltado en mechones desordenados y las mejillas ardían con ese tipo de rubor que no se sabe si viene del alcohol o del caos.

Sofía se detuvo en seco. Literalmente. Con la taza en la mano. Y el ceño fruncido.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó, sin moverse, como si cualquier paso pudiera empeorar la escena.

Brooke alzó la cabeza, los ojos brillantes y la respiración corta.

—Tengo mucho calor —murmuró—. Quiero quitarme esta maldita ropa.

A Sofía se le aflojó un músculo que no sabía que tenía tenso. Un latido fuerte, seco, le golpeó el pecho por dentro. Tragó saliva y, sin decir nada, dejó la taza del café en la mesita de centro, cruzó la habitación con una rapidez contenida y tomó una botella de agua fría del refrigerador.

Regresó a la sala, se sentó junto a Brooke y, con un gesto suave pero seguro, la guió a que la mirara.

—Toma —dijo.

Brooke bebió obediente. Algunas gotas resbalaron por la comisura de sus labios, bajaron por la curva suave de la barbilla, descendieron por el cuello… y continuaron su camino, lenta, irresistiblemente, hasta perderse más abajo, donde la blusa se abría un centímetro de más.

Sofía sostuvo la botella con una mano firme. La otra, que descansaba sobre su propia rodilla, tembló apenas. Sus pupilas se dilataron en un reflejo involuntario, casi imperceptible, pero suficiente para que lo sintiera como un campanazo interno.

«Contrólate», pensó.

Brooke era su vecina. Su vecina borracha. Y ella no era una idiota.

—Bebe un poco de café —dijo, colocándole la taza en las manos.

Brooke bebió un sorbo. Después otro. Suficiente para que la respiración se le estabilizara, aunque no tanto para que dejara de tambalear.

Cuando Sofía la ayudó a incorporarse para llevarla al dormitorio, Brooke se aferró a su antebrazo como si fuera un ancla. Caminaron despacio por el pasillo; Sofía sostenía la taza en una mano y el peso casi completo de Brooke en la otra.

—Estoy bien —balbuceó Brooke, justo antes de tropezar con sus propios pies.

—No, no lo estás —respondió Sofía, sujetándola por la cintura.

Abrieron la puerta del dormitorio. O la abrió Brooke. O se abrió sola. No quedó claro.

Lo que sí quedó claro es que Brooke tropezó con la alfombra, Sofía intentó contrarrestarlo y, en el intento, el equilibrio de ambas se fue al demonio. La mano de Sofía —la que aún sostenía la taza de café— buscó el aire, falló, y el sonido del impacto fue suave pero

definitivo. La taza golpeó la alfombra, rodó un par de centímetros y quedó de lado, derramando un hilo oscuro que se absorbió lentamente en las fibras mientras las dos caían de golpe sobre la cama.

Sofía quedó encima.

Brooke soltó una risa. Luminosa. Inoportuna. Borracha.

Una risa que le vibró a Sofía justo bajo las costillas.

Por un instante —uno solo, afilado y suspendido— Sofía sintió que el aire se le volvía demasiado denso en los pulmones. Brooke estaba cálida y suave bajo ella, el olor de su perfume se mezclaba con el sudor tenue del alcohol y el vértigo de la caída, y por un segundo sus rostros quedaron peligrosamente cerca.

Demasiado cerca.

Sofía tragó, cerró los ojos, reunió toda la disciplina de los entrenamientos de aikido, de los años en ambulancias, de la vida entera contenida en autocontrol… y rodó suavemente hasta apartarse.

Se sentó al borde de la cama, respiró hondo y dejó que su pulso regresara a un ritmo que no traicionara lo que acababa de sentir.

Brooke, todavía riéndose entre dientes, intentó decir algo, pero las palabras se le derritieron en un murmullo y, apenas unos minutos después, ya estaba profundamente dormida, con la mano extendida hacia donde Sofía había estado un momento antes.

Ella la observó en silencio, y luego, le acomodó con suavidad los mechones que se habían pegado a su frente, deslizándolos hacia atrás con una delicadeza instintiva, casi ritual. Entonces la giró con un cuidado paciente, procurando que quedara recostada de lado, en esa postura segura que evitaba mareos y sobresaltos. Finalmente, tomó la manta ligera doblada al pie de la cama y la extendió sobre ella con un gesto lento, envolviéndola en un abrigo tibio que aseguraba que no volviera a enfriarse.

Sofía se levantó despacio, sintiendo los músculos reaccionar recién ahora al esfuerzo de la noche. Caminó hacia la puerta y se detuvo antes de salir.

Miró el apartamento.

Los cuadros torcidos pero escogidos con cariño. El cactus moribundo junto a la ventana. Las mantas suaves. Los libros apilados como si estuvieran en conversación perpetua. El caos dulce que definía a Brooke.

Y, sin quererlo del todo, una sonrisa se le dibujó apenas en una comisura, esa curva mínima que aparecía sólo cuando algo la descolocaba más de lo debido. Negó con la cabeza, un gesto lento, cansado, como si quisiera quitarse de encima el eco de la noche. Los hombros le pesaban; el corazón, curiosamente, no. Había tensión aún en sus músculos, pero también una quietud extraña, una calma que no correspondía a la situación y que, sin embargo, se instaló con terquedad.

Abrió la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido. El pasillo estaba en silencio, sumido en esa penumbra cálida de los edificios viejos donde cada sombra parece guardar una historia. Sofía salió, cerró detrás de sí y permaneció un segundo inmóvil, respirando hondo, como si necesitara que el aire frío del exterior la devolviera a su eje.

No sabía por qué ese apartamento —ese caos ordenado, esas luces tenues, ese aroma a café mezclado con perfume dulce— empezaba a sentirse como un territorio familiar. Tampoco sabía por qué esa mujer, con su torpeza luminosa y su tendencia a meterse en problemas de proporciones épicas, se le había quedado debajo de la piel con tanta facilidad.

Lo que sí sabía —y lo reconocía con una mezcla de incredulidad y un miedo antiguo que le rozaba las costillas— era que esa mujer estaba empezando a importarle. No mucho, no de una forma que pudiera llamarse sentimiento, pero sí lo suficiente como para instalarse en la periferia de sus pensamientos, como para asomar en cada pausa, en cada silencio, en cada intento de distraerse con otra

cosa. Y ese descubrimiento, tan sutil como implacable, era terreno peligroso para alguien como ella, alguien que llevaba años entrenada a no abrir puertas que luego no sabría cerrar.

Caminó hacia las escaleras, guardando las manos en los bolsillos, dejando atrás la puerta 5C y prometiéndose —sin mucha convicción — que no volvería a pensar en Brooke Dawson esa noche. Al menos no demasiado.

CAPÍTULO 5

BROOKE

El ascensor del *Boston Daily Herald* se abrió con un zumbido cansado, como si también estuviera lidiando con su propio lunes. Brooke cruzó el umbral con las gafas de sol puestas —demasiado puestas, demasiado temprano— y con el inequívoco andar de alguien cuya alma seguía tirada boca abajo en una cama ajena, implorando cinco horas más de sueño.

La redacción ya estaba despierta. O, al menos, lo intentaba.

Los reporteros jóvenes se movían de un lado a otro con sus *lattes* al borde del derrame y las acreditaciones colgando del cuello como medallas ganadas por sobrevivir. El sonido constante de teclas, teléfonos y conversaciones entrecortadas se mezclaba con el murmullo de la radio interna que leía titulares. En una esquina, el equipo de política discutía si usar o no un adjetivo en un titular; en otra, los de deportes celebraban un triunfo que parecían haber producido ellos mismos.

Brooke pasó por su cubículo —«pasó» siendo un eufemismo para mirarlo con culpa y seguir caminando— y tomó una dirección que su cuerpo conocía de memoria: el despacho de Margaret Huxley, jefa de la sección de crónicas humanas, leyenda semioficial del periódico y tormento personal de cualquier reportero que creyera tener talento antes de que ella se lo confirmara o destruyera.

—Adelante —se oyó desde el interior, la voz de Margaret tan firme y medida como siempre.

Brooke empujó la puerta de vidrio y entró, encontrándose con aquella escena tan característica como intimidante: Margaret Huxley inclinada sobre su monitor, los dedos moviéndose por el teclado con

la precisión meticulosa de un metrónomo humano, sin necesidad de mirar hacia la puerta para saber exactamente quién había entrado.

La oficina era un refugio organizado con precisión casi quirúrgica: estantes llenos de libros de periodismo y literatura, un par de diplomas estratégicamente colocados, una taza que decía *«La tirana más dulce del mundo»* y una ventana amplia que dejaba ver el bullicio gris de la ciudad.

Margaret finalmente alzó la mirada… y se detuvo.

Una ceja ascendió con elegancia quirúrgica.

—¿Alguna razón por la que vienes vestida como estrella caída de after-party? —preguntó, apoyando el codo sobre la mesa y entrelazando los dedos—. ¿O estamos inaugurando una nueva estética para las reuniones de los lunes?

Brooke se quitó las gafas con un ademán que aspiraba a parecer digno, pero lo único que consiguió fue dejar al descubierto dos ojeras monumentales, oscuras y definidas como si alguien hubiese decidido pintárselas con brocha gorda.

—Estoy bien, gracias —dijo, mintiendo con la convicción de quien entrega un billete falso esperando que nadie se fije en la marca de agua.

Inspiró hondo, cuadró los hombros y continuó con un gesto cansado de resignación.

—Bueno… *bien* dentro de lo que cabe. Podría haber sido peor. No estoy muerta, técnicamente, y supongo que eso cuenta como un logro personal.

Margaret exhaló algo que apenas podía calificarse como risa: más un breve escape de aire, seco y preciso, que una expresión de humor. Tenía ese talento casi inquietante: reír sin alterar jamás el equilibrio de la conversación.

—Dawson —dijo, dando un golpecito suave sobre la mesa, un gesto minúsculo pero con el peso exacto de una orden—. Siéntate. Y empieza desde el principio. ¿Qué hiciste este fin de semana para

venir aquí escondiéndote detrás de unas gafas de sol como si estuvieras solicitando asilo político?

Brooke se dejó caer en la silla con la elegancia de una bolsa de compras olvidada. Cerró los ojos un instante, inhaló profundamente y, cuando volvió a abrirlos, la mirada de Margaret estaba esperándola como un bisturí preparado.

—Intenté cumplir con lo que me asignaste —comenzó—. Ya sabes… lo de las citas modernas: apps, desconocidos, experiencias reales, mostrar la vida sentimental contemporánea sin filtros, «tu voz auténtica», bla, bla… —repitió, imitando la cadencia de Margaret con tanta precisión que la mujer volvió a arquear la ceja, esa ceja famosa por despedazar pasantes—. Y creo que… bueno… digamos que me «sumergí» demasiado rápido.

Margaret no parpadeó. Tenía esa serenidad elegante de quien ya había lidiado con jóvenes reporteros neuróticos, políticos corruptos, tres divorcios y aún encontraba tiempo para hacer pilates a las seis de la mañana.

—Define *«sumergirte»*.

La palabra cayó con la precisión de un bisturí.

Brooke tragó aire, enderezándose con la dignidad temblorosa de quien está a punto de confesar un crimen menor.

—Fui a una cita con un tipo que conocí en una app, y luego tomé unos cuantos tragos con un hombre llamado Gus —explicó Brooke, moviendo la mano en un gesto amplio que intentaba resumir un fin de semana entero en una sola línea torpe—. Lo conocí en un bar, por cierto. Y casi me matan. —Hizo una pequeña pausa, como si revisara mentalmente el guion del desastre—. O me besan hasta borrarme la epidermis —añadió, encogiéndose de hombros—. Todavía no lo tengo del todo claro. Fue un fin de semana… confuso.

—Ajá. —El tono de Margaret indicaba que aquello era apenas el encabezado del desastre.

Brooke continuó, ya sin frenos, como si alguien hubiese abierto una compuerta verbal:

—Me siguieron al baño, me cargaron hasta la puerta del edificio, me llamaron lesbiana, me confundí, casi pierdo la llave de mi apartamento y… —bajó la mirada, derrotada por la lista— …mi vecina tuvo que rescatarme. *Dos veces.* En menos de cuarenta y ocho horas.

Margaret entrecerró los ojos, y Brooke reconoció ese gesto al instante: no era simple curiosidad. Era el tipo de mirada que Margaret reservaba para los artículos prometedores, para los giros inesperados, para algo que podía convertirse en material real. No tenía cómo saber qué estaba pensando exactamente —nadie lo sabía nunca—, pero sí sintió ese cambio en el aire, esa alerta silenciosa que indicaba que algo, en su relato, había captado la atención de su jefa más de lo habitual.

—Tu vecina —repitió Margaret, saboreando la palabra con ese interés clínico que reservaba para los elementos inesperados de una historia—. ¿Y qué clase de vecina es?

Brooke se removió de la silla.

—Normal. Digo… no tanto. Es… —buscó una palabra—. Es amable, aunque un poco ruda. No sé… ella me ayudó mucho. Mucho.

—Hm —Margaret ladeó apenas la cabeza, como si evaluara un espécimen recién descubierto—. ¿Edad aproximada?

—Treinta y algo. Quizá.

—¿Profesión?

—Paramédica.

—Interesante. —Un destello calculador cruzó los ojos de Margaret—. Una paramédica como figura secundaria en tu crónica podría ser… útil. El contraste, el rescate, y esa tensión moral. El cuerpo…

Brooke arqueó las cejas.

—El cuerpo… ¿qué?

—El cuerpo narrativo, Dawson —respondió Margaret con total naturalidad—. No todo es erotismo. Aunque, francamente, si lo fuera, también funcionaría.

Brooke hundió la cara entre las manos.

—¡Es una locura!

—No exageres —replicó Margaret, acomodándose las gafas—. Solo intento entender los elementos de tu fin de semana para determinar cómo aprovecharlos. Tu vecina apareció en medio del caos. Los lectores aman una buena irrupción inesperada. ¿La veremos de nuevo?

Brooke sintió cómo el estómago le hacía un nudo ridículo.

—Creo que sí —murmuró.

Margaret sonrió como quien acaba de ver una pieza encajar con elegancia en un rompecabezas complicado; luego cerró su laptop con un gesto medido, casi ceremonioso. Cuando volvió a mirarla, sus ojos grises —siempre inquisitivos, siempre alerta— se clavaron en los de Brooke con la misma precisión de una editora marcando un error imperdonable.

—Ahora escúchame bien.

Brooke se enderezó un poco.

—¿Sí?

—No arruinaste el fin de semana. Ni siquiera estuviste cerca de arruinarlo. —Hizo una pausa breve, calibrada—. Hiciste exactamente lo que te pedí: meterte en el caos, ser honesta y observar. Experimentar. Pero, Brooke… —inclinó la cabeza, estudiándola como si fuera un manuscrito intrigante— …esto va a requerir que sigas viva. Así que intenta, por el amor al periodismo, no volver a involucrarte con hombres incapaces de entender la palabra «no».

Brooke tragó saliva.

—Lo intentaré.

Margaret permitió una sonrisa mínima. Tan discreta que parecía un fenómeno meteorológico que sólo ocurre una vez cada solsticio.

—Bien. Ahora vete. Tengo una reunión en siete minutos y tres almas desdichadas que despedazaré con afecto profesional. Y Brooke…

Ella se detuvo en la puerta.

—Sí, jefa.

—Toma café. Mucho. Y dúchate antes del cierre. Hueles a… ¿whisky barato?

—Era mimosa.

—Eso lo empeora.

Brooke salió tambaleando un poco, como si el lunes la hubiera atropellado sin reducir la velocidad. Detrás de ella, en la oficina impecable, iluminada por la tenue luz del monitor, Margaret Huxley dejó que la sonrisa regresara por un segundo más.

Una sonrisa rara. Íntima. Casi secreta. Porque había algo en esa historia que recién comenzaba a tomar forma. Algo que olía a caos. A crónica. A novela. Y, sobre todo… a posibilidad.

***

Brooke se instaló en su mesa habitual de la cafetería —una esquina estratégica desde la que podía observar la fila, la puerta y, en días particularmente paranoicos, la salida de emergencia—. Dejó la tablet a un lado mientras la mesera depositaba frente a ella su orden de siempre: ensalada césar, agua con limón, y, como si fuera un acto de rebeldía silenciosa, un pedazo de pie de queso que justificaba con la excusa de que necesitaba azúcar para pensar.

Tomó el tenedor, removió la lechuga con aire resignado y, luego de un primer bocado que sabía a lunes, desbloqueó la tablet.

El universo de las apps de citas la recibió con un destello azul. Fotos, descripciones, promesas, egos inflados, sonrisas sospechosamente blancas. Brooke analizó, descartó, volvió a analizar, descartó otra vez. Uno tenía un pez espada como foto de

perfil. Otro posaba sin camiseta frente al espejo del gimnasio. Otro citaba frases motivacionales en cursiva.

—Absolutamente no —murmuró mientras rechazaba con velocidad quirúrgica.

Después de veinte minutos de navegar entre el océano de despropósitos románticos, abrió su propio perfil. Lo repasó con ojo crítico: edad, ocupación, intereses, fotos… y allí, en medio de todo, una palabra que llevaba años definiéndola de manera automática.

Heterosexual.

Brooke dejó el tenedor apoyado en el borde del plato y soltó una exhalación larga, casi cansada. Tomó un sorbo de agua con limón, sintiendo el frío descender por su garganta mientras su mente, traicionera como siempre, emprendía su propio recorrido: su vida, los últimos años, su ex novia y ex roommate, el bucle interminable de Landon, la rutina que la asfixiaba, la cama vacía que cada noche se hacía más grande, la incómoda sensación de que ya no encajaba en la historia que llevaba demasiado tiempo contándose a sí misma.

Y luego, inevitablemente, pensó en Sofía. En su voz calma. En la fuerza precisa de sus manos. En cómo había llenado el pasillo la noche anterior. Y antes de que su cerebro encontrara un motivo para detenerla, su dedo borró la etiqueta «heterosexual» y seleccionó «bisexual».

Sin dramatismos. Sin epifanías. Solo… honestidad.

Presionó *enter*.

El sistema tardó apenas unos segundos en procesar el cambio antes de notificarle dos nuevas solicitudes de contacto. Brooke arqueó una ceja. Eso había sido rápido. Muy rápido. *Demasiado* rápido.

Abrió el primer perfil: un hombre de unos cuarenta años, cabello rojizo, pecas, ojos verdes. Sonreía como si estuviera posando para un catálogo de ropa otoñal. Brooke no pudo evitar pensar: «seguro es irlandés y católico; probablemente toca la gaita o tiene un primo dueño de un pub».

Deslizó hacia el siguiente.

Una mujer.

Cabello negro, brillante. Ojos enormes y expresivos. Una sonrisa tan perfecta que parecía iluminada desde atrás. Treinta y pocos. Vegana. Practicante de yoga. Budista. Viajera. Rodeada de paisajes tan hermosos que daban ganas de pedirle su itinerario de vida.

Brooke se detuvo un instante, parpadeando.

Luego, con una mezcla de curiosidad, nervios y algo más que no quiso nombrar, presionó «aceptar». Después levantó el tenedor, tomó otro bocado de ensalada, e intentó —sin éxito— ignorar el pequeño cosquilleo que le recorrió la columna.

Porque, al fin y al cabo, nadie había especificado que su artículo tenía que ser exclusivamente sobre citas con hombres. ¿O sí?

***

A las seis de la tarde, después de una conversación breve pero cálida con su padre —que incluía los saludos repetidos, las pausas largas y ese «cuídate, hija» que siempre la desarmaba un poco—, Brooke salió de la ducha envuelta en vapor y una toalla que olía a suavizante barato. Cenó de pie en la cocina, un sándwich improvisado de atún y huevo que no ganaría ningún concurso culinario, pero que cumplía con el requisito básico de mantenerla en pie. Luego, ya en su habitación, se dejó caer sobre la cama con un suspiro que parecía arrastrar el lunes completo.

Encendió la televisión. Su reality favorito llenó la pantalla con voces exageradas, risas enlatadas y dramas predecibles que, por alguna razón, le daban una comodidad que nada más conseguía. Era ruido familiar. Caos controlado. Una forma de no pensar demasiado.

Tomó la tablet de la mesita de noche y la desbloqueó.

Una nueva solicitud y un mensaje privado.

Ambas mujeres.

Parpadeó. Apenas anoche había cambiado su perfil, y al parecer el algoritmo —o el universo con su humor particular— no había

perdido un solo segundo. Abrió la primera solicitud: una mujer morena, de rizos voluminosos y perfectamente definidos, piel luminosa y una sonrisa amplia que parecía capturada por un fotógrafo profesional. *Fotógrafa, amante del cine independiente, fanática de las plantas.* Brooke asintió en silencio, como quien evalúa un artículo prometedor en una tienda online sin estar del todo segura de necesitarlo.

Pero fue el mensaje en su bandeja lo que le aceleró el pulso.

La misma mujer de la sonrisa impecable —demasiado impecable, casi inquietante en su perfección— había escrito. La vegana, yogui, budista, viajera coleccionista de atardeceres ajenos. Y el mensaje era breve, directo, elegante: «Te ves como alguien con buenas historias. ¿Café el viernes por la tarde?»

Brooke tragó saliva.

La frase no era extraordinaria. No tenía metáforas brillantes, ni misterio, ni un sarcasmo juguetón. Pero había algo en ella —algo en la seguridad limpia de esas palabras, en la calma que transmitían sin esfuerzo— que hizo que Brooke se quedara quieta, sintiendo cómo el aire en la habitación cambiaba de densidad, como si la pregunta hubiera movido una pieza invisible dentro de ella. Como si un engranaje, uno que llevaba años detenido, hubiera decidido empezar a girar otra vez.

El reality siguió sonando de fondo, indiferente a la pequeña revolución que le estaba empezando a cosquillear bajo la piel.

Brooke tecleó una respuesta ingeniosa —un comentario rápido sobre lo absurdo que era que ambas hubiesen dado *match* justo a la hora en que ella intentaba ver su reality favorito— y la envió sin pensar demasiado. La otra mujer respondió de inmediato, con la misma energía ligera y segura que desprendía en sus fotos. Un intercambio llevó a otro: bromas sobre yoga, sobre lo terrible que era Boston en invierno, sobre lo difícil que resultaba convivir con gente que no sabía hacer café decente.

Brooke sonrió. Una sonrisa lenta, satisfecha, de esas que se sienten primero en el pecho y después en la boca. No era coqueteo descarado —todavía— pero tampoco era inocente. Era… agradable. Sencillo. Cálido. Una conversación sin presión, sin fantasmas, sin promesas que pesaran más de la cuenta.

Finalmente, cuando la conversación empezó a espaciarse, Brooke envió un «Hablamos mañana» acompañado de un emoji discreto —demasiado discreto, quizá— y cerró la aplicación. Luego, dejó la tablet a un lado sobre la mesita de noche.

Se recostó contra el cabecero, los dedos entrelazados sobre el vientre, sintiendo el leve zumbido de satisfacción que deja una conversación que no salió mal, que no se torció, que no la dejó con la sensación de que había hecho algo mal desde el primer minuto.

Y entonces la pregunta apareció, sin estridencias, como quien abre una puerta que llevaba demasiado tiempo entornada. Una duda silenciosa, inevitable, que se instaló en mitad de la habitación como si siempre hubiera estado allí: «¿Por qué demonios había evitado volver a salir con mujeres todos estos años?»

La respuesta no necesitó ser convocada; acudió sola, rápida, certera, como un reflejo:

Landon.

Por esa historia confusa y extensa que había devorado más de lo que Brooke estaba dispuesta a reconocer en voz alta. Y por Dina —su ex novia, ex roommate, huracán con piernas—, la primera gran sacudida que, casi sin que ella lo notara, la había empujado hacia los brazos de Landon en primer lugar.

Dina, que había convertido su apartamento en un campo minado emocional; que exigía atención constante, validación constante, deseo constante. Una maniaca sexual, como Brooke solía describirla entre bromas a medio matar y sesiones de terapia a medio entender.

Suspiró, dejándose caer de lado sobre las almohadas. La ciudad seguía rugiendo al otro lado de las ventanas, pero en su cuarto todo estaba quieto. Limpio. Controlado.

Una notificación silenciosa encendió de nuevo la tablet: el último mensaje leído. Un «Fue un gusto hablar contigo :)».

Brooke sonrió sin mostrar los dientes. «Quizá, pensó, ya era hora de reescribir algunas cosas.» Y entonces, simplemente, apagó la luz.

***

El martes había sido uno de esos días interminables en la redacción: reuniones que se alargaron más de lo previsto, un cierre que casi descarrila y correos que parecían multiplicarse por generación espontánea. Para cuando el reloj marcó las cinco y media, Brooke sentía que llevaba encima no solo la jornada laboral completa, sino también el peso residual de un fin de semana que todavía vibraba en los bordes de su memoria.

Quizá por eso —o quizá porque los mensajes de las últimas cuarenta y ocho horas habían despertado en ella una chispa que creía extinta— decidió que no quería pasar otra noche encerrada en su apartamento. Que no quería volver a hundirse en la cama a ver reality shows mientras esperaba un mensaje que ya no debía esperar. Que podía, por primera vez en mucho tiempo, salir simplemente porque tenía ganas.

Así que ahí estaba, frente al espejo, cepillando su cabello castaño claro con una dedicación que casi la sorprendía. El maquillaje: decente. Sus ojos color miel, más llamativos de lo habitual, grandes y expresivos bajo la línea fina del delineador. Sus labios… carnosos, sí, pero con una mancha traicionera de lápiz labial que limpió enseguida con una toallita, refunfuñando en voz baja.

Su ropa también decía algo distinto esa noche: un punto más atrevida que lo que solía usar entre semana, un atrevimiento sutil pero deliberado, como si quisiera recordarse a sí misma que aún podía sentirse deseable, interesante, viva.

Un bar queer. Una copa. Conversar sin expectativas. Reír si se daba. Y, con algo de suerte, obtener material para el artículo sin terminar siendo perseguida por otro hombre con complejos de vampiro.

Tarareando una canción trágica de Taylor Swift —porque, sinceramente, ¿quién no quería sentirse protagonista de un puente dramático de Taylor?—, salió del apartamento rumbo al ascensor.

Justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse, la Sra. McCallister —la vecina del apartamento contiguo, envuelta en su suéter color lavanda y esa ternura senil que siempre olía a galletas y alcanfor— entró con un paso lento pero decidido. Le dedicó a Brooke una sonrisa cálida, de esas que parecían envolverla como un abrazo suave y que, sin saber por qué, siempre le aligeraban un poco el día. Brooke se la devolvió, sintiendo cómo el ánimo se le acomodaba en el pecho, casi como si la señora fuera un amuleto involuntario contra los impulsos dudosos y las malas decisiones que solía coleccionar.

Cuando llegaron al lobby, la Sra. McCallister se despidió con un movimiento dulce de la mano y se encaminó hacia la lavandería, arrastrando con ella un carrito que chillaba en cada giro.

Brooke, en cambio, avanzó hacia la puerta principal, aún tarareando, aún imaginándose cómo sería entrar sola a un bar queer sin que la tragara la timidez.

No vio la silueta que venía de frente. No vio el uniforme. No vio el cansancio compacto y silencioso que la acompañaba.

Lo que sí sintió fue el impacto: un pecho firme contra su hombro, un desbalance violento, el suelo acercándose con una rapidez alarmante.

Hasta que dos brazos fuertes la atraparon por la cintura.

—¡Ay! —exclamó Brooke, con el corazón saltándole a la garganta.

La sujetaron con una precisión casi cinematográfica, un movimiento limpio, seguro, como si quien la había capturado hiciera eso todos los días… lo cual, dadas las circunstancias, probablemente era cierto.

Brooke alzó la vista y, en un solo instante, el mundo pareció detenerse lo justo para que su cerebro procesara la aparición súbita de Sofía Cruz: vaqueros negros ceñidos y ligeramente desgastados,

una camiseta gris que dejaba ver el trazo sutil de sus músculos, las botas negras —viejas, marcadas por el uso, pero firmes como ella— y el abrigo de cuero marrón que le caía sobre los hombros con esa naturalidad que sólo tienen las prendas demasiado vividas. Las ojeras dibujadas con la precisión de quien ha pasado el día entero corriendo detrás del desastre ajeno… y, aun así —o quizá por eso mismo—, demasiado guapa para irrumpir de manera tan abrupta en un lobby mal iluminado y absolutamente desprevenido para semejante visión.

La imagen no llegó en fragmentos, sino como un golpe de información revelándose de una sola vez: la postura firme de quien no sabe descansar, el cansancio tallado en los ojos, la fuerza contenida en cada gesto… y esa belleza serena, inesperada, que hacía que incluso la luz amarillenta del lobby pareciera menos cruel.

Se quedó allí, suspendida entre sus brazos un segundo más del estrictamente necesario.

—Yo… —balbuceó, sintiendo que la vergüenza le subía desde el estómago hasta las orejas—. Iba… de salida.

Sofía soltó una risa baja —cansada, casi ronca— mientras la sostenía por los brazos, impidiendo que Brooke terminara estampada contra el piso o, peor, contra la puerta de cristal.

—Me pude dar cuenta… vecina —musitó, con una calma tan natural que a Brooke le pareció injusto que alguien pudiera sonar así mientras la tenía prácticamente desmayada entre los brazos.

La enderezó con suavidad, asegurándose de que pudiera mantenerse de pie. Brooke sintió el rubor treparle por las mejillas con una intensidad casi indecente; su cabello, revuelto por el choque, cayó sobre sus hombros en una especie de desastre estilizado que no había planeado. Se aclaró la garganta.

—G-gracias —consiguió decir, aunque su voz salió más suave, casi infantil. Y entonces, como si su cerebro hubiese recordado que la ley de la vergüenza existía, notó que Sofía estaba quieta. Inmóvil. Mirándola de arriba abajo con un escrutinio tan curioso como

desconcertante, como si intentara averiguar si Brooke estaba disfrazada, poseída o simplemente en modo catástrofe habitual.

Brooke hizo un gesto torpe con la mano, como quien intenta disipar una nube invisible.

—Yo… saldré a tomar unos tragos —dijo con la esperanza absurda de que aquello explicara todo: el maquillaje, el top atrevido, el nerviosismo que le palpitaba detrás de las rodillas.

Sofía arqueó una ceja —esa ceja, la que parecía tener vida propia—, y una media sonrisa tensó apenas la comisura de su boca.

—¿Otra cita a ciegas? —preguntó con un tono tan tranquilo que parecía ser sólo curiosidad… aunque Brooke juraría que había algo más ahí, algo que no alcanzaba a descifrar.

El rubor regresó. Más fuerte. Más profundo. Más humillante.

—No, no, no… —negó con la cabeza, tal vez demasiado rápido—. No he quedado con nadie.

Pero, como siempre que estaba nerviosa, su boca decidió emanciparse del cerebro.

—Es solo que… —hizo un gesto vago, levantando ambas manos — he estado pensando en probar otra cosa. Ir a un bar queer, ya sabes. Si los dos hombres con los que he «salido»—hizo las comillas en el aire, como si quisiera liberar la palabra de su propio significado — se han comportado como unos idiotas, entonces pensé que… que quizá debería ir a un lugar donde pueda conocer mujeres.

Sofía parpadeó, lenta, deliberadamente.

Brooke continuó, ya sin posibilidad de detener la verborrea:

—Sí. Puede que conozca a una mujer guapa, divertida, sin barba, y… que no quiera meterme mano de una —remató, tragando saliva mientras la palabra «mano» se le quedaba atorada en la lengua como una decisión mal tomada.

Sofía no dijo nada, sino que asintió con la cabeza y dio un paso a un lado, lo suficiente para despejar la salida. Brooke avanzó un poco, todavía con el pulso alterado por el susto… y quizá por la

proximidad injustamente cómoda de aquella mujer. Antes de cruzar por completo el umbral, sintió la mirada de Sofía fija en ella: atenta, inquisitiva, como si estuviera calibrando la escena con la precisión de alguien acostumbrada a leer situaciones antes de que exploten.

Tragó saliva, consciente de que su blusa ligeramente ajustada, su maquillaje impecable y sus labios recién retocados gritaban *voy a tomar una decisión dudosa*. Y Sofía, claro, lo notaba.

La paramédica se inclinó apenas hacia adelante, lo justo para que su voz llegara a ella sin que el eco del lobby la devorara.

—Solo ten cuidado —dijo, con esa calma que siempre parecía esconder un manual de emergencias detrás—. Hay mujeres que también meten mano de una.

A Brooke se le erizó la piel antes de poder controlar la reacción. No sabía si por la advertencia, por el tono, o por el hecho absurdo de que Sofía Cruz acababa de decir la palabra *mujeres* con una naturalidad que la desarmó más que cualquier comentario que hubiese recibido en meses.

No alcanzó a responder.

Sofía ya se había girado, con el uniforme aún oliendo a turno recién terminado, y caminaba hacia el ascensor sin mirar atrás, como si darle consejos de supervivencia nocturna a su vecina fuera parte natural de su rutina.

Brooke, en cambio, se quedó inmóvil en la puerta principal, la mano aún sobre el pomo, sintiendo cómo toda su brillante determinación de «bar queer, nueva vida, nueva etapa» empezaba a tambalearse con una facilidad vergonzosa.

De pronto, su plan ya no parecía tan… optimista. Ni tan lógico. Ni tan genial.

Y mientras veía a Sofía desaparecer detrás de las puertas del ascensor, tuvo la sospecha absurda —e incómoda— de que esa mujer acababa de arruinarle, en menos de diez palabras, toda la seguridad que había construido frente al espejo.

O quizá… se la había cambiado por algo distinto. Algo que aún no se atrevía a nombrar.

***

El taxi se detuvo con un frenazo suave frente a un rótulo de neón violeta que parpadeaba con descaro contra la noche húmeda de Boston. *The Velvet Fox* —así se llamaba el lugar— brillaba como una promesa incierta, un refugio moderno para almas cansadas, curiosas, extraviadas… o simplemente necesitadas de un trago antes de enfrentar su propia vida.

Brooke bajó del asiento trasero con una mezcla de nervios y entusiasmo torpe, ajustándose la chaqueta con manos que no terminaban de decidir si temblaban por el frío o por la idea de estar allí, sola, frente a una puerta que parecía latir al ritmo del bajo de la música. Vio gente entrar riendo, algunos en pareja, otros en grupos, otros solos como ella; rostros iluminados por el neón, sombras que hablaban, se tocaban, se movían.

Respiró hondo, apretó el bolso contra el cuerpo, y cruzó la entrada del local como quien se empuja hacia una versión de sí misma que todavía no conoce.

La atmósfera en el interior era una mezcla calculada de luces cálidas, madera oscura y una lista de reproducción lo suficientemente sofisticada como para insinuar buen gusto sin volverse pretenciosa. Había parejas, grupos de amigos, gente bailando sin exigencias de perfección. Había risas, un aroma suave a perfume caro —femenino, floral, eléctrico—, y un ambiente que, aunque seguro, la hizo sentir expuesta, como si todos supieran que era su primera vez allí.

Y puede que de algún modo lo supieran. Porque Brooke notó algo raro mientras avanzaba: su propia mente empezó a clasificar todo lo que veía. «Lesbiana. Gay. Bisexual. No sé. Probablemente no binario. Tal vez drag en descanso». Como si las etiquetas fueran luces de neón flotando encima de cada cabeza, como si fueran necesarias para entender el terreno que pisaba. Un hábito mental ridículo, prejuicioso, aprendido de manera silenciosa e inconsciente,

pero que sólo ese lugar —con todas sus posibilidades— le estaba obligando a confrontar.

Respiró hondo. Se dijo que estaba exagerando. Que era sólo un bar. Que podía relajarse.

Se dirigió a la barra ignorando por completo su impulso automático de pedir una mimosa—las palabras de Margaret— se lo impidieron. Pasó varios segundos repasando la carta de bebidas como si se tratara de un examen sorpresa que determinaría su futuro.

Al final levantó la vista hacia el bartender, una mujer con tatuajes geométricos en ambos brazos que parecían contar historias secretas bajo la piel.

—¿Recomendación para alguien que quiere algo… sofisticado, pero no fuerte? —preguntó Brooke, orgullosa de que su voz sonara casi estable.

La bartender la evaluó con una mirada experta, como si detectara la esencia alcohólica adecuada sólo con ver la forma de sus hombros.

—Un *French 75*. Gin, limón, un toque de azúcar y champán. Bonito, elegante y no te tumba de inmediato.

—Perfecto —dijo Brooke, mintiendo con convicción. No tenía idea de qué era un French 75, pero sonaba a algo que Margaret aprobaría.

Se lo entregaron en una copa alta, burbujeante, con la rodaja de limón flotando como si posara para un catálogo de coctelería. Brooke dio un sorbo. Fresco, ácido, chispeante. Mejor que la mimosa. Por bastante.

Se instaló en un taburete, dejó el bolso a su lado y, para matar los nervios, tomó un puñado de maní del frasco comunitario frente a ella. Veinte minutos después, seguía alternando entre su bebida, el maní, la música, las observaciones sociológicas involuntarias y la absurda sensación de que debía tener un manual —propio, actualizado— sobre cómo comportarse en un bar queer.

Y entonces lo oyó:

Una voz grave, ligeramente rasposa, que atravesó la música saturada del bar como un filo limpio, sin pedir permiso ni disculpas:

—Comer de ese envase es casi un suicidio.

Brooke parpadeó, el maní a medio camino entre la barra y su boca, y giró la cabeza con la lentitud de quien teme haber sido sorprendida cometiendo un pecado mortal en público.

Y ahí estaba la mujer.

Una figura recortada contra el neón violeta del local, cabello negro cortado en un bob impecable que brillaba como ala de cuervo bajo las luces, ojos de un azul imposible —ese tipo de azul eléctrico que parece encenderse desde adentro— y una expresión escéptica, casi divertida, mientras señalaba con la barbilla el frasco de maní.

Brooke tragó lo que tenía en la boca. O intentó hacerlo.

—¿Perdón?

La desconocida señaló el frasco de maní como si estuviera señalando una evidencia forense.

—Todo el mundo mete la mano ahí. *Todo el mundo*. No tienes idea de cuántas cosas viven en ese recipiente.

Brooke abrió los ojos en estado de pánico silencioso, tomó una servilleta y escupió discretamente lo que aún masticaba. La mujer soltó una risa baja, cálida, que vibró contra el ritmo del bar como una nota más profunda.

—Soy Megan, por cierto —dijo, inclinándose apenas—. ¿Y tú?

Brooke parpadeó, torpe, consciente de que tenía restos de maní en la lengua y probablemente el rubor más evidente de toda la Costa Este.

—Brooke —respondió, con una voz que sonó demasiado pequeña para su propio gusto.

La pelinegra sonrió, como si encontrara aquello encantador.

No lo dijo, pero se notaba.

Brooke y Megan habían comenzado a hablar casi sin darse cuenta, como dos desconocidas que tropiezan con una conversación del modo en que otros tropiezan con un escalón. Primero lo básico: nombres, trabajos, por qué habían terminado allí un martes cualquiera. Luego, con sorprendente naturalidad, el diálogo se expandió hacia territorios más íntimos y absurdamente específicos: las rutas de viaje favoritas de Megan, su perro mestizo que dormía como un humano y roncaba como un demonio; el cactus de Brooke, que llevaba meses amenazando con morir pero se negaba a hacerlo por pura terquedad botánica; y, cómo no, las citas fallidas que habían empujado a Brooke a aceptar un French 75 que supuestamente era «suave» pero que ya comenzaba a hacerle cosquillas en la sangre.

Megan reía con una facilidad contagiosa, una risa cálida, rasposa, casi peligrosa. Cada cierto tiempo inclinaba la cabeza hacia un lado para mirarla mejor, como si estuviera evaluando qué tan real era esta mujer que confesaba desastres románticos a un ritmo cómico. Brooke, animada por la música, el alcohol y la sonrisa lenta que Megan parecía reservar sólo para ella, sintió una ligereza que hacía semanas no recordaba.

Hasta que Megan, sin preámbulos, señaló la pista de baile con un leve gesto del mentón.

—¿Bailas?

Brooke no solía bailar en público. Ni en privado. Ni en ningún contexto donde hubiera testigos. Pero algo en la pregunta —o quizá en el calor que subía por su cuello— la hizo asentir.

—Sí. —Y sonó más segura de lo que se sentía.

Cruzaron la pista saturada de cuerpos, luces violetas y la vibración del bajo que parecía subir desde el piso hasta las costillas. Al principio, la música electrónica las obligó a moverse sin pensar demasiado, a dejar que el ritmo marcara los pasos. Brooke sintió la adrenalina recorrerle la columna: ese pequeño eufórico «sí» que aparece cuando una decisión impulsiva empieza a sentirse como la correcta.

Megan se movía con una seguridad hipnótica, fluida, como si hubiese nacido sabiendo exactamente dónde colocar cada mano, cada cadera, cada mirada. Y Brooke, que en otras circunstancias habría estado haciendo una lista mental de todas las formas en las que podía hacer el ridículo, simplemente la siguió.

Cuando la música cambió, tornándose más lenta y densa, Megan acortó la distancia entre ellas con una naturalidad que la dejó sin aire. Las manos de la pelinegra se apoyaron suavemente en las caderas de Brooke; no para empujarla ni apresurarla, sino como quien sostiene un secreto recién descubierto. Brooke, embriagada por el ambiente y por las dos copas de French 75, se volteó instintivamente, pegando la espalda a su pecho. Sintió cómo Megan se inclinaba, cómo su aliento le rozaba el cuello y, de pronto, la línea inconfundible de sus labios marcándole la piel.

Brooke pensó, una vez más, en vampiros.

«¿Qué tienen todas estas personas últimamente con mi cuello?»

La idea pasó fugaz, disuelta de inmediato cuando las manos de Megan comenzaron a dibujar el contorno de sus caderas, ascendiendo apenas, descendiendo de nuevo con una precisión que la desarmó. Sintió cómo la respiración se le entrecortaba; nervios, sí, pero también algo más primitivo, más eléctrico, que no quiso nombrar todavía.

Entonces Megan habló. Justo al oído. Justo donde la piel era más sensible.

—¿Te gustaría ir al baño?

Brooke parpadeó, confundida durante un segundo entero, a punto de responder que no tenía ninguna urgencia fisiológica todavía. Pero la mano de Megan, la forma en que la acariciaba con una lentitud calculada, la intención en su tono, todo lo aclaró de inmediato.

No se refería a orinar.

Un nudo cálido y denso le subió por la garganta, y cuando intentó responder, sólo emergió un **sí** ahogado; Megan sonrió contra

su cuello y, sin prisa, le tomó la mano.

***

El pasillo del baño estaba alumbrado por un neón azul que parpadeaba con una cadencia caprichosa, dándole a todo un aire de escena clandestina. Brooke entró primero, aún con las mejillas encendidas por la música, por las manos de Megan, por la mezcla incómoda de alcohol y audacia. Detrás de ella escuchó la puerta vaivén cerrarse, y entonces vio salir de uno de los cubículos a dos chicas jóvenes, despeinadas, riendo con descaro, los dedos entrelazados como si hubieran ganado algo en ese breve encierro. Una de ellas le lanzó una sonrisa cómplice a Brooke, que por poco tropieza con la loseta.

Megan no perdió el ritmo. Le tomó la mano —con seguridad, con esa firmeza que a Brooke le hizo perder la respiración por un segundo— y la condujo hacia el cubículo más apartado, el adaptado para personas con movilidad reducida.

—¿Aquí? —susurró Brooke, tragando saliva—. Este… este es el de impedidos. No deberíamos…

Megan inclinó la cabeza y rozó su cuello con los labios, un roce leve, apenas una sombra de presión.

—Es más espacioso —murmuró, con una voz que parecía hecha para ese tipo de lugares prohibidos.

Brooke sintió cómo las rodillas le temblaban. Espacioso. Sí. Eso tenía sentido. Algún tipo de sentido primario. Se dejó guiar. Entraron. Megan cerró la puerta tras ellas con un chasquido seco, el tipo de chasquido que, en retrospectiva, siempre suena como advertencia.

El momento *debía* ser eléctrico. Debía tener ese magnetismo cinematográfico que tantos describían con orgullo en sus anécdotas de bar; debía ser sexy, atrevido, el punto exacto en el que Brooke Dawson inauguraba, oficialmente, su nueva era. Pero no lo fue.

No pasó ni un minuto antes de que el caos —ese caos inequívocamente suyo, fiel como una sombra— irrumpiera sin pedir

permiso, desbaratando cualquier posibilidad de erotismo coreografiado. Porque el cubículo, aunque más espacioso, seguía siendo un cubículo; y Megan, ansiosa y práctica, la empujó suavemente contra la pared con una seguridad que a Brooke le encendió todos los nervios del cuerpo… pero también le desbarató el equilibrio.

Sus bocas intentaron encontrarse, pero Megan se inclinó demasiado rápido; Brooke giró la cara al mismo tiempo para decir algo y terminaron rozándose los dientes en un choque que las dejó medio aturdidas. Megan soltó una risa breve, tensa, que pretendía ser sexy; Brooke dejó escapar un «ay» que no pertenecía a ninguna fantasía adulta.

Luego vino el intento de sincronizar manos, caderas, alientos. Y fue aún peor.

Megan, impaciente, trató de atraerla por la cintura, pero el bolso cruzado de Brooke quedó atrapado entre ambas; Brooke intentó quitárselo con torpeza, golpeó sin querer el dispensador de jabón y casi pierde el equilibrio. Megan murmuró algo en voz baja —tal vez un «relájate», tal vez un «por favor»— al tiempo que intentaba subirle la blusa. Brooke, presa del pánico escénico, levantó los brazos y terminó dándole un codazo accidental en la clavícula.

Megan respiró hondo, como quien intenta rescatar un incendio ya perdido, y volvió a inclinarse hacia su cuello, pero Brooke, en un movimiento reflejo, se apartó apenas un centímetro. Lo suficiente para romper el ritmo. Lo suficiente para romperlo todo.

—Mira… —comenzó Megan, ajustándose la respiración, intentando una última aproximación.
Pero la frase murió en su boca.

Se enderezó despacio, alisó la camiseta ajustada, volvió a cerrar el broche del pantalón de cuero con una rapidez casi quirúrgica y soltó un suspiro que no estaba cargado de enojo, pero sí de resignación.

—Creo que es mejor dejarlo aquí —dijo finalmente Megan, con la voz tan serena que dolió un poco más.

Brooke abrió la boca para disculparse, para explicarse, para decir algo inteligente o al menos coherente, pero lo único que salió fue un asentimiento torpe, apenas audible.

Megan le dedicó una sonrisa educada —demasiado educada para el contexto, demasiado fría para la intención inicial—, luego abrió la puerta del cubículo y salió sin dramatismos, sin reproches, sin mirar atrás. La dejó allí: medio encendida, medio avergonzada y completamente confundida.

Y mientras el eco de sus tacones se desvanecía por el baño, Brooke permaneció inmóvil, sostenida al borde del lavabo como si ese pedazo de cerámica fuera lo único capaz de evitar que su dignidad se deslizara hasta el suelo. Intentaba procesar cómo era posible que incluso el sexo salvaje en un baño público —ese clásico del caos sexy, casi un rito iniciático— pudiera degenerar en un episodio digno de un informe de seguridad industrial.

Entonces recordó la advertencia de Sofía, dicha con aquella calma imperturbable y esa sombra de ironía que ya empezaba a reconocerle: «Hay mujeres que también meten mano de una». Y por primera vez en la noche, Brooke no supo si quería reír, llorar… o llamar a su vecina.

CAPÍTULO 6

SOFÍA

Era martes a media tarde, ese tramo incierto del día en que el sol empieza a perder fuerza entre los edificios y la ciudad adquiere ese tono gris amarillento que anuncia que el tráfico empeorará, las radios seguirán sonando y la ciudad —como siempre — no dará tregua. Sofía ya llevaba nueve horas de turno cuando la radio portátil vibró con ese tono áspero y urgente que se clavaba en el pecho antes de que pudiera procesarlo.

—Despacho a Unidad 14— posible arma blanca, masculino inconsciente, esquina de Dorchester Ave con West Broadway. Llamada aún activa.

Galloway, que conducía, soltó un bufido resignado mientras se ajustaba el cinturón y pisaba el acelerador con la precisión de quien conoce de memoria el límite entre la prisa y el peligro.

—¿Otra pelea a esta hora? —murmuró, girando violentamente hacia la avenida—. Boston está compitiendo para ganar un premio a la estupidez colectiva.

Sofía ya se ponía los guantes, la mente cambiando de marcha con la naturalidad de quien ha repetido ese proceso miles de veces; un instante estaba cansada, hambrienta, pensando en el almuerzo familiar del domingo; al siguiente, toda ella era foco, cálculo, control.

—Mantén la radio abierta —dijo, mientras una ráfaga de sirena despejaba el camino—. Si la llamada sigue activa, el agresor podría estar ahí.

La ambulancia tomó velocidad, esquivando autos que se abrían como olas partidas por un casco de barco. Sofía sentía el movimiento vibrarle en los huesos: la sacudida del chasis, el rugido

del motor, la adrenalina subiendo por los brazos en una especie de calor agudo que siempre la obligaba a respirar con más control. Había aprendido a no anticipar. Anticipar era peligroso. En este trabajo, lo único seguro era que nada lo era.

—Dos minutos —anunció Galloway.

Sofía observó por la ventana: edificios de ladrillo viejo, grafitis recientes, un grupo de chicos cruzando sin mirar, el viento arrastrando un papel arrugado por la acera. Boston en modo martes. Boston en su eterna contradicción.

La voz por radio regresó, tensa:

—Despacho a Unidad 14: la persona que llamó está llorando. Dice que el agresor salió corriendo. La víctima no responde.

Eso bastó para que el pulso de Sofía adoptara ese ritmo firme y contenido que precedía a cada escena crítica.

Llegaron.

Galloway frenó con un chirrido y Sofía ya estaba bajando antes de que la ambulancia se detuviera del todo. En la acera, junto a la entrada de una tienda de comestibles, una joven temblaba agarrándose los brazos, señalando hacia un hombre desplomado en el pavimento, apenas protegido por un charco oscuro que avanzaba hacia la calle.

Sofía se arrodilló junto a él, evaluando sin perder un segundo: varón, unos treinta, palidez extrema, respiración casi imperceptible, herida en el costado. No un simple corte. Profunda. Angular. Arma larga, probablemente una navaja modificada. Demasiada sangre para el tiempo transcurrido.

—Galloway, compresas —ordenó, la voz firme, sin temblor, sin duda.

Presionó la herida. El hombre emitió un gemido débil, la cabeza cayendo hacia un lado.

—Señor, ¿me escucha? —preguntó Sofía, inclinándose sobre él—. Soy de EMS. Está a salvo. Lo tenemos.

Mentira piadosa. Nadie estaba a salvo con esa cantidad de sangre perdida. Pero a veces no era la verdad lo que mantenía viva a una persona, sino la voz que la sostenía.

Detrás de ella, la chica seguía llorando, repitiendo entre hipos incoherentes: «No quería, no quería, estaban discutiendo, él…»

Galloway regresó con el equipo. Sofía trabajó rápido: compresión directa, vendaje de contención, revisión secundaria para descartar otra herida, control de vía aérea. El hombre empezó a perder la conciencia otra vez.

—No te me vayas —murmuró Sofía, presionando con más fuerza —. Aguanta. Estamos aquí. Aguanta.

La sirena de una patrulla retumbó al fondo. La policía llegó. Una oficial joven se acercó al perímetro que ya se había formado alrededor.

—¿Están seguros? ¿El agresor…?

—No está —respondió Sofía sin levantar la vista—. Pero necesito el camino libre. Vamos a trasladarlo. Ahora.

—Sof —Galloway la miró, sabiendo leer entre las líneas del protocolo—. Está entrando en shock.

—Lo sé. Subámoslo. Ya.

La camilla descendió. Con movimientos casi coreografiados, lo acomodaron y elevaron, controlando la línea del cuello, la presión, el ritmo.

Justo cuando lo subían a la ambulancia, el hombre abrió los ojos un segundo —dos— y logró enfocar los de ella.

—D-dijo que… volvería…

Sofía no reaccionó. No podía permitirse reaccionar. Solo colocó una mano firme sobre su hombro.

—Conmigo estás a salvo —dijo—. Respira. Déjanos trabajar.

La puerta se cerró.

Galloway tomó el volante. Sofía se posicionó junto al paciente, una mano en la vía aérea, la otra en la herida, monitoreando signos vitales con la concentración absoluta de quien está sosteniendo una vida con las manos desnudas.

El motor rugió.

La ciudad se movió alrededor de ellos, como si Boston misma cediera el paso a la urgencia que viajaba dentro de esa caja blanca acelerando contra el tiempo.

Sofía sintió la adrenalina recorrerle el cuerpo, la responsabilidad anclarse en los brazos, y el pensamiento —pequeño, fugaz— de que, en esa línea fina entre sostener y perder a alguien, era donde siempre encontraba la versión más nítida de sí misma.

El hombre volvió a desvanecerse. Sofía ajustó la presión, revisó la vía, contó los segundos.
Boston atravesaba por la ventana como una película rápida.

Y ella, en medio de todo, trabajaba con esa calma férrea que había aprendido a golpes, turnos interminables y noches demasiado largas.

Porque en su mundo —un mundo de sirenas, de heridas abiertas, de vidas en el filo— el margen de error no existía.

Y este martes no sería la excepción.

***

Dos horas después, la ambulancia se detuvo en la bahía de la estación con un suspiro metálico, como si el propio vehículo compartiera su agotamiento. Sofía bajó primero, estirando la espalda con un gesto que hablaba de tensión acumulada en músculos que ya no distinguían entre un martes y un domingo. Galloway descendió detrás de ella, cerrando las puertas traseras con un golpe seco que resonó en el aire helado de media tarde.

—Dios… —murmuró él, quitándose los guantes—. ¿Tú crees que ese hombre la cuente?

Sofía se pasó una mano por la frente, donde el sudor se mezclaba con la humedad del clima, y soltó un suspiro que parecía arrastrar las últimas dos horas completas: la carrera contrarreloj, el tráfico detenido en el puente, la esposa gritando en la acera, los dedos de ambos presionando un pecho que dejaba de respirar cada treinta segundos, las descargas del desfibrilador iluminando el interior de la ambulancia como un parpadeo desesperado.

—No lo sé —admitió, con esa honestidad cruda que se reserva para los compañeros que han visto la misma muerte, en el mismo asiento, a la misma distancia—. Tenía todo en contra. Pero… lo sacamos con pulso. Y eso ya es algo.

—Algo —repitió Galloway, como si masticara la palabra para descubrir si podía consolarse con ella.

El comentario llamó la atención inmediata de Martínez y Reynolds, que estaban a unos metros limpiando equipo. Ambos los miraron con esos ojos de veteranos que reconocen cuando una llamada viene cargada de sombras.

—¿Fue cierto lo que escuchamos? —preguntó Martínez, acercándose—. ¿Un colapso en Quincy Market? ¿Sin respiración por más de cinco minutos?

—Seis —corrigió Galloway, dejando caer el casco sobre una mesa —. Seis larguísimos minutos.

Reynolds silbó con los dientes.

—Jesús.

Sofía no añadió nada. Solo caminó hacia el lavabo industrial de la pared y abrió el grifo para quitarse la sangre —mínima, pero suficiente para recordarle que el mundo no es un lugar amable— de las manos. El agua fría le recorrió los dedos y, por un instante, casi le pareció que la piel seguía cargando electricidad del desfibrilador.

—¿Y tú cómo estás, Cruz? —preguntó Reynolds, cruzándose de brazos.

—Cansada —respondió Sofía, pero su voz no era un quejido. Era un hecho. Un diagnóstico. Una realidad inevitable de aquel trabajo —. Ha sido un día largo.

Galloway soltó una risa sin humor.

—Eso es quedarse corto.

Martínez negó con la cabeza y palmeó el hombro de Sofía al pasar.

—Dense una ducha, vayan a dormir… y esperen que el próximo turno no sea peor.

Ella no respondió; sabía por experiencia que los deseos bienintencionados no ponían freno al caos. Solo secó sus manos con una toalla inquietantemente áspera y miró a su alrededor. La estación parecía siempre igual: el murmullo de radios, el olor a desinfectante barato mezclado con café recalentado, las botas alineadas junto a los casilleros, las voces cansadas que hablaban de fútbol, de hijos, de turnos futuros… y de la muerte, siempre allí, siempre cerca, como un huésped silencioso.

Sofía caminó hacia los vestidores. Cada músculo protestó. Cada paso la recordó del peso de aquella tarde. Lo único que deseaba era simple, casi primitivo: una ducha caliente que borrara el sudor y el susto, y luego su cama, su almohada, doce horas seguidas sin una sirena atravesándole los sueños.

—Voy directo a casa —dijo, al pasar junto a Galloway.

—Hazlo —respondió él—. Mañana será otro día.

Sofía asintió, sintiendo cómo la fatiga le caía encima como una manta gruesa. Y mientras empujaba la puerta del vestidor, tuvo un solo pensamiento claro, firme, urgente:

Dormir. Dormir hasta que el mundo dejara de girar tan rápido. Dormir hasta que su cuerpo dejara de temblar por dentro. Dormir… sin imaginar que, una hora más tarde, el destino la interceptaría justo en el umbral de su edificio, con el rostro sorprendido de una vecina que trastocaba su rutina sin pedir permiso.

***

Sofía abrió la puerta de su apartamento y, antes incluso de quitarse la chaqueta, caminó hacia la pecera iluminada junto a la ventana. Paco—indestructible, testarudo, inexplicablemente vivo—nadó hasta la superficie como si llevara horas esperando ese gesto, así que ella depositó un par de escamas en el agua y observó cómo el pez se lanzaba sobre ellas con entusiasmo desproporcionado.

Después cruzó la cocina casi en piloto automático, abrió el refrigerador y confirmó lo que ya sospechaba: nada. No leche, no frutas, no nada. Solo un limón seco y un *tupper* cuyo contenido prefería no identificar. Con un suspiro derrotado, estiró el brazo hacia la despensa y tomó una caja de cereal, sirviéndose un cuenco lleno que terminó comiendo a puñados, de pie, sin leche ni dignidad.

Ese gesto, ese cansancio doméstico, trajo consigo un recuerdo que no esperaba. Su ex. La rutina compartida. Las listas de compras pegadas con imanes en la nevera. La facilidad con la que ella llenaba los silencios de la casa y organizaba el caos cotidiano que Sofía jamás había sabido manejar.

Un nudo leve le subió por la garganta. No por dolor, exactamente, sino por la nostalgia torpe de lo que había sido simple, funcional… y que ahora sólo existía como un eco.

Sacudió la cabeza, queriendo apartar esa sensación, y en su lugar apareció otra imagen igual de inoportuna: su vecina, ese torbellino con piernas que casi la arrolla en la entrada del edificio unas horas antes. Recordó el golpe ligero, la torpeza adorable, el perfume cálido que le rozó la nariz.

«Pero qué bien olía», pensó.

Y en cuanto escuchó sus propias palabras resonar en su mente, soltó una risa breve, incrédula, mientras negaba con la cabeza.

Suspiró hondo, se pasó una mano por la cara y tanteó los bolsillos del abrigo —el mismo que aún llevaba puesto desde antes de alimentar a Paco— para asegurarse de que las llaves estaban ahí; las agitó apenas y el tintineo leve le ofreció una minúscula sensación

de orden dentro del cansancio acumulado del día. Se quedó un momento inmóvil en medio de la cocina, el cuenco vacío todavía entre los dedos, mientras la fatiga le recorría la espalda con la aspereza de un turno interminable.

Tenía sueño, sí… pero también un hambre tan insistente que el estómago le crujió como si reclamara justicia. Miró de reojo el refrigerador —ese desierto doméstico que se negaba a cambiar por arte de magia—, y abrió la aplicación de comida a domicilio con la resignación de quien se entrega a una opción mediocre, solo para cerrar el teléfono dos segundos después, harta de ver menús tristes que prometían llegar en treinta minutos, pero que en realidad lo harían tibios, envueltos en plástico y oliendo a decepción.

No. Necesitaba comida real. Caliente. Con sabor. Algo que la devolviera al cuerpo después del caos del turno, que la anclara al mundo de una forma sencilla y terrenal. Se agachó para ajustar mejor los cordones de las botas —un gesto mecánico, casi meditativo— y caminó hacia la pecera, inclinándose apenas sobre Paco. El pez flotaba cerca de la superficie, observándola con esos ojos redondos y opacos que parecían emitir juicios silenciosos sin pronunciar jamás una palabra.

—Vuelvo en un rato —murmuró Sofía, consciente de lo absurdo que era informarle a un pez sus planes, pero incapaz de omitir el ritual.

Apagó la luz de la sala y salió al pasillo, donde el aire olía a detergente barato y a la cena temprana de algún vecino que sin duda tenía la vida más organizada que ella. Tomó las escaleras —el ascensor siempre decidía rendirse en los momentos más inoportunos — mientras pensaba en el restaurante mexicano de la esquina: las tortillas calientes recién hechas, el arroz suelto, el guacamole con limón, esa salsa suave que adormecía los labios lo justo como para sentir que uno seguía vivo.

Antes de dormir diez horas seguidas, necesitaba comer como Dios manda.

Salió al pasillo y empujó la puerta principal del edificio con el hombro, abriéndose paso hacia la calle. El aire de octubre la recibió con una frialdad viva, casi punzante, que se coló por el cuello de su abrigo y le refrescó la piel como una mano helada. La ciudad olía a otoño, a hojas húmedas acumuladas en las aceras, a pan recién horneado mezclado con el humo tenue de los carritos de comida que resistían la temporada baja. El cielo, un gris azulado, parecía inclinarse sobre las calles como una cúpula de metal pulido.

Caminó la cuadra larga que separaba su edificio del pequeño restaurante mexicano de la esquina, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo mientras escuchaba el murmullo distante de los autos, el crujir de las hojas bajo sus botas, y el rumor suave de conversaciones que provenían de ventanas abiertas. A veces Boston tenía ese encanto extraño: podía ser fría y gruñona, pero también generosa, acogedora, como una ciudad que te reconocía incluso cuando no querías ser reconocida.

Al llegar al restaurante —una fachada pintada en tonos cálidos, entre naranja envejecido y rojo terracota— inhaló el olor familiar que siempre escapaba por la puerta cada vez que alguien entraba o salía: tortillas calientes, comino, cilantro fresco, carne a la plancha, el toque dulce del tomate cocido y una pizca lejana de chile ahumado. El cartel de neón parpadeaba en el ventanal como un corazón inquieto.

Empujó la puerta y entró.

La recibió el sonido de platos chocando, una canción vieja de Juanes sonando en un altavoz cansado, y el saludo casi automático de la mujer que atendía la barra.

—¡Sofi! —dijo, con ese entusiasmo cálido que solo se reserva para clientes frecuentes—. ¿Lo de siempre?

—Claro —respondió ella con una media sonrisa, mientras se dejaba caer en un taburete.

La mujer le colocó una cerveza fría frente a ella, el vidrio perlado por el contraste con el ambiente tibio del local, y le dejó el menú

aunque ambas sabían que Sofía no iba a leerlo. Aun así, lo abrió por inercia, como si hojearlo formara parte de un ritual necesario para poner orden en su mente.

Estaba ahí, con la cerveza en la mano, los brazos descansando sobre la barra, cuando el teléfono vibró en el bolsillo del abrigo. Sacó el móvil, vio el nombre de su hermana en la pantalla y atendió sin pensarlo.

—Dime, Mari.

La voz de Mariela llegó entrecortada por algún ruido de fondo, probablemente secadores y risas; seguro estaba aún en el salón de belleza antes de cerrar.

—¿Cuándo vas a poder ayudar a Juli con el proyecto de ciencias? —preguntó sin preámbulos—. La nena lleva todo el día hablando del volcán ese que tú dijiste que iban a hacer juntas. Que sí humo, que sí explosión… tú sabes.

Sofía apoyó el codo en la barra y masajeó su sien con el pulgar.

—Salgo libre mañana —respondió—. Si la traes a las cinco, la ayudo.

—Perfecto —dijo Mariela, sin ocultar el alivio—. Te llevo también comida, pa' que no estés viviendo a fuerza de cereal como siempre.

Sofía dejó escapar una risa nasal.

—No vivo así. Solo hoy.

—Ajá, Sofi. Claro.

El murmullo agudo del secador volvió a colarse en la llamada, junto con el chorro de voz excitada de Juliana, que parecía gritar «¡Dile que quiero lava de colores!». Sofía sonrió sin querer.

—Dile que sí —murmuró—. Que haremos lava de todos los colores que quiera.

—Te llamo mañana —dijo Mariela—. Te quiero.

—Yo también.

Colgó, dejó el teléfono sobre la barra, y tomó un trago largo de cerveza. La espuma fría se deslizó por su garganta como un respiro necesario, casi medicinal. Afuera, la noche de Boston seguía rugiendo en un murmullo bajo, y dentro del restaurante el calor, el olor y la música parecían envolverla como un recordatorio de que todavía quedaban pequeños refugios en sus días demasiado largos.

***

Un par de horas después, Sofía empujó la puerta del edificio con la inercia tranquila de quien ha cenado bien y sólo desea llegar a su cama, pero el plan se detuvo en seco cuando vio —otra vez— al torbellino humano que era Brooke Dawson.

Allí estaba: descalza, tambaleante, con los tacones colgando de los dedos y el cabello medio suelto, medio en guerra consigo mismo. Caminaba por el suelo frío del lobby como si éste fuera una alfombra mullida, murmurando algo entre dientes que Sofía no alcanzó a descifrar. Tal vez una canción. Tal vez un insulto. Tal vez ambas cosas.

Sofía se detuvo. Parpadeó una vez. Y luego la siguió a corta distancia, en silencio, como quien protege a un cachorro atolondrado que insiste en acercarse al tráfico.

—Esa mujer es un desastre… —pensó, casi con ternura, casi con resignación.

Brooke avanzó dos pasos más antes de detenerse en seco, como si un sensor invisible hubiese detectado la presencia a sus espaldas. Se volteó con el equilibrio precario de un cervatillo recién nacido. Sus ojos—ligeramente vidriosos, rímel corrido, mejillas encendidas— se fijaron en Sofía.

—Tenías razón —dijo con la seriedad trágica de una heroína shakespeariana borracha—. Las mujeres también meten mano de una.

La frase cayó en el aire y, contra toda lógica, la risa brotó de Sofía. Una risa real, limpia, casi luminosa. La sacudió por dentro sin pedir permiso. Brooke también rió, primero con torpeza… luego con

un quiebre. Después llegó el sonido: un hipido ahogado, un sollozo, otro. Y otro más.

Sofía sintió cómo el terror le subía por la columna. Preferiría cargar un paciente de noventa kilos escaleras arriba que lidiar con una mujer llorando. Pero Brooke no dejó espacio al análisis: dio un paso, otro, y de pronto su cabeza estaba apoyada en el hombro de Sofía, como si ese lugar le perteneciera.

Ella se quedó inmóvil. El instinto decía «huye». El cuerpo… no obedeció.

Respiró hondo. Lentamente. Luego pasó un brazo por encima de Brooke, con esa mezcla imperfecta de torpeza y protección que hacía años no usaba. Olía a champú floral, a bar, a perfume cálido y a algo más indefinible, algo que se le metió bajo la piel sin pedir permiso.

—¿Qué pasó esta vez? —preguntó Sofía en voz baja, casi maternal, casi contrariada por su propio tono.

Brooke se sonó la nariz de la manera menos elegante del planeta y negó con la cabeza.

—Pasa que soy un desastre, Cruz…

Sofía sintió un gesto suave en la comisura de sus labios; no llegó a ser sonrisa, pero estuvo cerca.

—Ven —murmuró, guiándola hacia el ascensor con una mano firme en su espalda—. Te acompaño arriba.

Brooke dejó escapar una risa rota, como si aun pudiera usar el humor para sostenerse.

—¿Otra vez? Si seguimos así, voy a tener que contratarte como guardaespaldas.

—Muy caro —respondió Sofía, entre divertida y agotada, mientras presionaba el botón del ascensor—. No podrías pagarme.

Las puertas se cerraron con un susurro mecánico, y Brooke apoyó la frente contra el panel metálico como si necesitara que algo firme la sostuviera mientras recuperaba el aliento. Sofía la miró de

reojo, cuidando que su expresión no traicionara la preocupación que ya tenía instalada debajo de la piel.

Era ya la tercera vez que la veía en ese estado—desordenada, temblorosa, al borde del derrumbe—y también la tercera en que Sofía, sin planearlo, sin quererlo del todo, permanecía a su lado; una repetición silenciosa que empezaba a revelarle que había algo, indefinido pero insistente, que la empujaba a quedarse cuando lo sensato habría sido marcharse.

Y mientras el ascensor subía con su habitual pereza metálica, vibrando en cada piso como si discutiera consigo mismo antes de continuar, Sofía se sorprendió pensando —sin querer reconocerlo del todo— que había algo en Brooke Dawson peligrosamente inevitable, una especie de fuerza centrífuga que la arrastraba hacia su caos luminoso sin previo aviso, sin lógica, sin permiso, y que quizá lo más sensato habría sido tomar distancia… pero ahí estaba, de nuevo, en ese ascensor estrecho, sintiendo cómo la noche se plegaba alrededor de ambas como si insistiera en entrelazar sus caminos.

***

Sofía sostuvo la puerta con el antebrazo para que Brooke pudiera entrar sin golpearse con el marco —lo que, dadas sus circunstancias actuales, parecía un riesgo real— y la siguió hasta el sofá, vigilando cada paso como quien acompaña a una criatura salvaje que puede tambalear en cualquier dirección. Brooke cayó sobre los cojines con un suspiro largo, casi melodramático, hundiéndose en ellos como si el mundo entero, de pronto, pesara demasiado.

—Quédate aquí —murmuró Sofía, asegurándose de que no fuera a deslizarse hacia el suelo—. No te muevas mucho.

Se dirigió a la cocina, empujando la penumbra suave que se encendía a su paso, y abrió el refrigerador con la expectativa resignada de encontrar el mismo caos vacío de la otra noche. Pero no. Se detuvo, un poco desconcertada, al encontrarse con un interior casi ejemplar: verduras frescas, tofu bien sellado, frutas acomodadas como en un catálogo, etiquetas veganas alineadas con disciplina quirúrgica, un bloque de mantequilla vegetal de color

dudoso… incluso contenedores marcados con fechas precisas, como si alguien hubiese decidido organizar la vida desde la nevera hacia afuera.

—Al menos tú sí hiciste compras —murmuró, dejando escapar una mezcla de alivio y ligera resignación, porque cocinar con productos veganos no era precisamente su especialidad, pero cualquier cosa sería mejor que dejar a Brooke con el estómago vacío otra vez.

Sacó un par de huevos —normales, gracias al cielo— y los dejó sobre la encimera. Luego tomó la mantequilla vegetal, una botella de agua fría y un trozo de jengibre que encontró en el compartimento inferior. Mientras abría cajones buscando un cuenco, la voz de Brooke llegó desde la sala: un tarareo suave, errático, que en algún momento intentó ser una canción, perdió el ritmo y volvió a empezar, como una radio mal sintonizada con entusiasmo.

Sofía sonrió, apenas.

Ese sonido no debería haberle provocado nada. Y sin embargo, allí estaba: una vibración cálida, leve, que se instalaba en su pecho con una familiaridad peligrosa.

Partió el jengibre, lo colocó en una olla con agua y la llevó al fuego, dejando que el aroma cítrico comenzara a llenar la cocina. Luego, con movimientos automáticos, rompió los huevos en un recipiente y mezcló, resignándose al sabor incierto de la mantequilla vegana que chisporroteó en la sartén cuando la dejó caer.

El tarareo en la sala subió un poco el tono. Brooke, aparentemente, estaba encontrando inspiración musical en su borrachera.

Sofía ladeó la cabeza, escuchando.

—Es increíble que sigas viva, Dawson —murmuró, sin rastro de dureza, más como un suspiro que como un reproche.

Volvió a la sartén, movió los huevos con un gesto paciente, casi maternal, mientras el vapor del té comenzaba a perfumar el aire.

El apartamento era cálido. Demasiado cálido, quizá. Ordenado en algunas zonas, caótico en otras. Libros apilados, velas medio consumidas, una manta tirada en el brazo del sofá. Todo impregnado de la presencia de Brooke: dulce, inquieta, imperfecta, ruidosa incluso cuando no hablaba.

Y allí estaba ella, muerta de cansancio, hambrienta, con el cuerpo todavía vibrando por la adrenalina del día… preparando huevos revueltos y té de jengibre para una mujer que, inexplicablemente, no dejaba de necesitarla.

No pensó en eso demasiado tiempo. No estaba lista para pensarlo.

Se limitó a servir el plato, apagar el fuego y tomar la taza caliente entre sus manos antes de dirigirse, con pasos lentos y firmes, hacia la sala.

Sofía tomó aire antes de salir de la cocina; equilibraba con una mano el plato de huevos revueltos —que olían ligeramente a mantequilla vegana y a algo indefinible que prefería no cuestionar— y con la otra la taza de té humeante. Brooke la esperaba en el sofá, sentada de medio lado, con el pelo revuelto y una expresión que oscilaba entre la resaca emocional y el entusiasmo atolondrado de alguien que ya no está plenamente en control de su propio cuerpo.

—Aquí tienes —dijo Sofía, colocándole el plato con cuidado en el regazo.

Brooke lo olfateó como si fuera un experimento de laboratorio y frunció la nariz.

—Huele… raro.

—Mantequilla vegana —respondió Sofía con un encogimiento leve de hombros—. No me culpes a mí.

—April hizo las compras… —murmuró Brooke, como si ese detalle lo explicara todo.

Sofía asintió sin comprender nada, porque no tenía idea de quién demonios era April, pero la mención sonó lo bastante convincente

como para no pedir aclaraciones. Le ofreció después la taza caliente.

—Bebe un poco. Te va a ayudar.

Brooke tomó la taza entre las manos como si fuera demasiado pesada, hizo un mohín dramático y dio un sorbo diminuto, dejando escapar un ruido que podría interpretarse como protesta infantil o como agradecimiento. Esa indecisión absurda le arrancó a Sofía una sonrisa que intentó ocultar mirando a un lado.

Y entonces sonó el timbre.

Un sonido breve, cortante, demasiado fuerte para el estado en que estaba Brooke.

Sofía se tensó de inmediato, sintió ese pequeño sobresalto instintivo que nunca terminaba de apagarse después de tantos años en emergencias.

—¿Esperas a alguien? —preguntó sin apartar la vista de la puerta.

Brooke la miró con los ojos entrecerrados, como si enfocarla requiriera un esfuerzo enorme, y se encogió de hombros, torpe, desorientada.

—No… creo.

Sofía reprimió un suspiro, se enderezó y dejó que el automatismo protector hiciera lo suyo. Caminó hacia la puerta, la abrió con la precaución silenciosa que solía tener en escenas de riesgo y, por un instante breve pero agudo, sintió un pinchazo detrás del esternón.

En el umbral estaba el hombre rubio de traje al que había visto más de una vez en el pasillo, siempre saliendo o entrando con Brooke, siempre demasiado perfumado, siempre con esa seguridad pulida de quien se sabe bien vestido y acomodado en la vida. Esta vez no llevaba corbata —el cuello de la camisa abierto, el cabello perfectamente peinado— y aun así mantenía el mismo aire de «soy importante» que Sofía había registrado sin querer las otras veces.

Tenía ojos fríos, inquisitivos, y el semblante de alguien acostumbrado a que las habitaciones se acomoden a su alrededor.

Se quedó mirando a Sofía con desconcierto inmediato, casi ofendido, como si la presencia de una desconocida en ese apartamento fuera una violación a un territorio que él daba por sentado.

Retrocedió medio paso, miró el número del apartamento, frunció el ceño y volvió a mirarla.

—¿Y…Brooke? —preguntó, como si ella fuera una extensión de la pregunta.

Sofía sostuvo su mirada con una calma que no tenía nada que ver con tranquilidad.

—Está cenando en la sala —respondió, abriendo un poco más la puerta para dejar espacio.

Él cruzó el umbral sin terminar de agradecer. Su perfume —mezcla cara de madera y cítrico— llenó el pasillo diminuto. Sofía dio un paso atrás para no rozarlo; algo en ese hombre destilaba territorialidad, algo áspero, algo que despertó un reflejo protector en su pecho que no le gustó nada.

—Soy Sofía —dijo, porque la cortesía era un hábito difícil de abandonar—. La vecina.

Él apenas la miró. Un vistazo rápido, evaluador, como quien determina que cierto dato no le será útil.

—Landon —murmuró, ya dirigiéndose hacia el salón, atraído por el sonido suave de Brooke tarareando una melodía ininteligible.

En un latido, la temperatura del apartamento pareció desplazarse apenas —un cambio mínimo, pero preciso—, como si el aire hubiese contenido la respiración antes que cualquiera de ellas. Había algo allí, algo que Sofía no sabría explicar con palabras concretas, pero que su cuerpo reconoció al instante: no era peligro físico, no era amenaza inmediata… era otra clase de tensión, más íntima, más subterránea, la clase que se instala entre dos personas con demasiada historia y silencios acumulados.

Se quedó un momento junto a la puerta cerrada, inhalando despacio, dejando que su pulso marcara el compás de esa intuición

incómoda. Su cuerpo, entrenado para leer emergencias, identificaba señales que su mente aún no alcanzaba; una alerta tenue, persistente, que le decía que aquel hombre —esa presencia tan pulida y tan fuera de lugar— era un tipo de problema distinto.

Uno que no se resolvía con torcer una muñeca ni con empujar a nadie contra una pared. Uno que, por razones que prefería no analizar todavía, la incomodaba más de lo que debería.

Y desde el sofá, la voz temblorosa de Brooke —sonriente, torpe, vulnerable— pronunció un:

—Landon… ¿qué haces aquí?

Sofía cerró un poco más los dedos alrededor del pomo, sintiendo el metal frío contra la palma, y guardó silencio; no porque no tuviera nada que decir, sino porque una incomodidad súbita —sorda, instintiva, difícil de nombrar— le subió por el pecho con la misma claridad con que algunas alarmas interiores saben encenderse sin pedir permiso. No tenía pruebas, no tenía derecho a cuestionar nada, pero aun así… había algo en aquella aparición, en ese hombre, que simplemente no le gustaba. Ni un poco.

CAPÍTULO 7

BROOKE

Esa fue la primera idea que consiguió abrirse paso entre la neblina cálida y espesa que le ocupaba la cabeza. La segunda fue la manera en que Landon la miraba: con una expresión que no alcanzaba a descifrar, como si no supiera si reírse, regañarla o pedir una ambulancia. Brooke parpadeó—una, dos, quizá tres veces—intentando fijar la vista en el hombre que, durante años, había sido hogar, huracán y hábito. Un hábito que su cuerpo aún no había aprendido a desaprender.

Tenía el plato de huevos tibios apoyado en el regazo, la taza de té humeante entre los dedos, los muslos un poco dormidos por el peso del día. Y el corazón… el corazón haciendo ese salto torpe e irritante que siempre hacía cuando Landon aparecía sin previo aviso, como si una parte mínima —ridícula, mal entrenada— creyera que él seguía siendo algo suyo.

—Hola… —logró decir, aunque la palabra salió envuelta en vapor y torpeza, como si hubiera chocado contra el aire antes de tomar forma.

Landon avanzó un paso. Lateral. Cuidadoso. Como si temiera pisar algo frágil, invisible, que pertenecía únicamente a ella. Se inclinó apenas, estudiándola con esa mirada suya que, a veces, parecía capaz de leerle el alma, y en otras ocasiones—como ahora—parecía un examen para el que él no recordaba haber estudiado.

—¿Qué… pasó aquí? —preguntó, modulando cada sílaba con una prudencia que Brooke conocía demasiado bien.

Ella abrió la boca. Nada. Intentó incorporarse un poco. Mala idea. El mundo se inclinó, suave pero insistente, como un carrusel torcido

buscando balance.

—Nada —dijo por fin—. Estoy… bien.

La palabra cayó al centro de la habitación como un botón mal cosido, incapaz de sostener nada.

Sofía estaba cerca. Brooke lo sintió antes de verla: esa presencia silenciosa, sólida, que parecía estabilizar el aire a su alrededor. No habló—no era su estilo—, pero Brooke percibió el modo en que la habitación parecía volverse más segura cuando ella estaba a unos pasos. Podía casi sentir el peso tranquilo de su atención, pendiente sin ser invasiva, lista para actuar si ella volvía a perder el equilibrio… o si Landon decía algo inconveniente.

Landon pasó una mano por su cabello, un gesto rápido, tenso; no llevaba la compostura habitual, y esa mínima señal la desconcertó más de lo debido. Exhaló como quien intenta ordenar las piezas de un rompecabezas ajeno.

—Brooke… —dijo con voz baja, rodeada de algo que podía ser preocupación o cansancio, o ambas cosas mezcladas—. ¿Estás segura de que estás…?

Su mirada descendió: primero al plato. Luego a la taza. Luego a ella.

Y entonces, a su cuello.

Brooke sintió el rubor treparle por la piel como una verdad inoportuna. No sabía exactamente qué había detectado él —el rímel corrido, el perfume ajeno mezclado con el suyo, o la evidencia general de que su vida era un desastre con piernas—, pero algo cambió en su expresión. Algo pequeño, casi imperceptible, que a ella le recorrió la columna con una mezcla de vergüenza, desafío y un cansancio viejísimo que ya no quería seguir cargando.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, y su voz salió más frágil de lo esperado.

Landon tardó. Siempre tardaba cuando estaba eligiendo palabras como si sostuviera un bisturí.

—Pasaba cerca —respondió—. Y… quería verte.

Brooke sintió cómo la frase le golpeaba el pecho con la familiaridad de un tropiezo.
Él ajustó el ceño —Landon jamás lo fruncía; lo modulaba, como todo en su vida—, y en esa mínima línea vertical Brooke leyó algo que no supo descifrar.

«¿Me mira así por mi pinta?», pensó, consciente de la blusa torcida, el rímel derramado y la nube de fracaso sentimental que probablemente flotaba sobre ella. «¿Por el olor a bar gay… y mantequilla vegana…?» «¿O porque…?»

No terminó la idea.

Landon tragó saliva, organizando en su mente un rompecabezas que ella tampoco entendía.

Brooke, en un intento torpísimo por aligerar el ambiente, levantó el plato como si exhibiera una obra de arte.

—¡Mira! Estoy… cenando.

Los huevos se deslizaron peligrosamente hacia un borde. Sofía extendió una mano como un reflejo profesional. Landon parpadeó. Sofía no dijo nada. No tenía que hacerlo: su sola presencia —recta, firme, casi imperturbable— llenaba el espacio de un silencio denso que parecía material.

Brooke lo sintió. Incluso medio borracha, lo sintió: la tensión. Una cuerda invisible, tensada entre tres puntos.

Landon la miró a ella. Luego a Sofía. Ella captó perfectamente el gesto: una evaluación rápida, un asomo de desconfianza y algo más… algo primitivo que no supo nombrar.

Sofía sostuvo su mirada; no era un desafío ni una amenaza, sólo una firmeza tranquila, sólida.

Brooke carraspeó.

—Ustedes… ¿se conocen?

—Sabes que no —respondió Sofía, sin adornos.

—No… —murmuró Landon, incómodo.

Brooke, presa del impulso más peligroso de su repertorio —hablar cuando estaba nerviosa— soltó:

—¡Sofía salvó mi vida! ¿Sabías eso?

Sofía entrecerró los ojos apenas un instante. Landon, por su parte, los abrió un poco más, sorprendido.

—Dos veces —añadió Brooke, levantando dos dedos con solemnidad alcohólica—. En menos de cuarenta y ocho horas. Creo que estoy batiendo un récord mundial.

La pelinegra bajó la mirada hacia el suelo; él, en cambio, apretó la mandíbula en un gesto tenso y contenido.

—Brooke —dijo él—. Tienes que cuidarte. No deberías beber tanto. ¿Estás segura de que estás bien?

Ella quiso responder «sí», pero lo que salió fue:

—Estoy… eh… viva.

Landon suspiró, visiblemente frustrado; acaso también un poco aburrido.

—Te llamaré mañana. Descansa.

Brooke asintió, y él dio media vuelta; justo antes de cruzar la puerta, lanzó a Sofía una mirada de reojo que no obtuvo respuesta, porque ella permaneció inmóvil, sólida como siempre. La puerta se cerró detrás de él, dejando un silencio suspendido que pareció vibrar un segundo más antes de deshacerse, y Brooke exhaló despacio, sintiendo que algo —no sabía qué— había cambiado de lugar dentro de ella.

El plato vacío quedó en la mesita y el sofá la recibió con un suspiro, como si al fin pudiera rendirse al cansancio que no solo le pesaba en los músculos, sino en algún lugar mucho más profundo. Al alzar la mirada hacia Sofía, advirtió un cambio pequeño pero evidente: la tensión que antes endurecía sus hombros había comenzado a disiparse, y la línea firme de su mandíbula se había

relajado apenas, como si la tormenta que acababa de atravesar la habitación hubiera sido más llevadera de lo que parecía.

—Puedes sentarte —murmuró, haciendo un gesto hacia el sillón frente a ella.

Sofía dudó apenas un instante —el suficiente para que Brooke lo notara incluso a través del mareo— antes de caminar hacia allí y tomar asiento, con esa cautela tranquila que parecía provenir más de su entrenamiento como paramédica que de la situación en sí.

Y entonces Brooke, sin pensarlo, sin prepararse, sin darse tiempo a medir nada, abrió la boca… y empezó a hablar.

Hablar de verdad.

—Landon y yo… —empezó, y en cuanto pronunció su nombre sintió cómo el impulso la arrastraba, una avalancha inevitable—. Estuvimos juntos cinco años. Cinco. Y fue… no sé. Yo tenía veintitrés cuando lo conocí, aún tratando de sostener dos empleos, saliendo de una relación con Dina —mi ex, mi roommate, mi huracán personal— y él apareció con ese aire de hombre que sabe exactamente hacia dónde va su vida. —Movió una mano en un gesto amplio, torpe, buscando palabras que parecían escurrírsele—. Con él todo parecía más fácil, más claro, más… ordenado. Como si, de repente, hubiera encontrado una respuesta sin saber todavía cuál era la pregunta.

Sofía la escuchaba sin interrumpir, con esa quietud atenta que no exigía nada pero que, de algún modo inexplicable, invitaba a decirlo todo. No asentía, no opinaba, no gesticulaba; simplemente permanecía allí, presente, sólida, como un punto fijo en medio del torbellino verbal de Brooke. Y esa ausencia de juicio —esa forma tan delicada de dejarle el espacio abierto— la animó a seguir hablando.

Brooke inhaló hondo, como si necesitara llenar los pulmones para sostener el peso entero de lo que estaba a punto de confesar, y dejó que las palabras siguieran saliendo, temblorosas entre el cansancio, el alcohol y una sinceridad que rara vez se permitía, mucho menos

frente a alguien que apenas conocía pero cuya presencia, por motivos que aún no entendía, resultaba extrañamente segura.

—Y entonces… —se encogió apenas de hombros, como si el gesto pudiera aliviar un peso que llevaba demasiado tiempo cargando— todo se volvió una especie de ciclo sin final, Una repetición tan predecible que ya sólo me cansaba, porque Landon me dejó, sí… pero lo hizo a su manera: tan limpia, tan perfecta, tan ordenada, que casi parecía que me estaba ofreciendo un recibo y garantía extendida en vez de romper conmigo, casi como si hubiese ensayado la ruptura frente al espejo: «no somos compatibles», «mereces algo distinto», «estamos en etapas diferentes»; ya sabes… su poesía masculina, tan razonable en apariencia, tan imposible de debatir sin quedar como la loca del cuento.

Inspiró hondo, sintiendo el temblor apenas perceptible en sus manos.

—Pero nunca terminó de irse del todo —continuó, con una honestidad que le raspó la garganta—; siempre vuelve, siempre aparece cuando estoy mejor, cuando ya casi no duele, cuando siento que puedo respirar sin pensar en él, y entonces se mete de nuevo en mi vida como si nada, en mi cama, en mi cabeza… en todo, como si fuera un hábito que no sabe morir o un fantasma que se niega a dejar la casa.

Sofía continuó callada, sentada al borde del sillón, con los codos apoyados en las rodillas. La escuchaba con esa quietud suya, firme, que hacía que incluso el caos se sintiera contenido.

Brooke tragó saliva.

—Y lo peor —retomó— es que una parte de mí… —cerró los ojos un instante— …siempre lo deja pasar. Porque soy idiota. Porque lo conozco desde hace años. Porque sé cómo huele su ropa, cómo se pone cuando está nervioso, cómo me mira cuando está triste. —Soltó un suspiro quebrado—. Y sí. —Se cubrió la cara con ambas manos—. Lo más probable es que esta noche haya venido por eso. Por… —hizo un gesto vago hacia la habitación— …lo de siempre. Y no sé si eso me duele, o si me alivia no haber dejado que pasara.

Sofía se acomodó un poco, sin acercarse del todo pero tampoco apartarse, manteniendo esa distancia medida que parecía su forma natural de habitar cualquier espacio, y Brooke bajó lentamente las manos, obligándose a mirarla con el rímel corrido, los ojos brillosos y una vulnerabilidad que ya no tenía fuerzas —ni voluntad— de disimular.

—Y luego está lo de hoy. —Se rió, pero fue una risa rota, torpe—. Porque claro, como si no fuera suficiente desastre, pensé que ir a un bar queer sería… no sé… seguro. Diferente. Una señal del universo de que debo volver a salir con mujeres. Porque… bueno… —se mordió el labio— sí, soy bisexual. Aunque a veces siento que lo olvido. O que lo entierro. O que Landon me lo borró a fuerza de existir.

Brooke dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá y soltó una exhalación larga, como si al hacerlo aflojara un nudo que llevaba horas —o días— tenso dentro del pecho.

—Y ahí estaba Megan —continuó—. Piernas interminables, ojos azules, maquillaje perfecto, energía de «te arrastro a un callejón y lo recordarás toda la semana». Y yo pensé: *oh, genial, la vida me está dando otra oportunidad*. Y ella me saca a bailar, y yo me dejo, porque… bueno… French 75. Y las cosas se ponen intensas, y yo me pongo nerviosa, y terminamos en un baño público y…

Se cubrió la cara otra vez.

—Y fue un desastre total. El caos Dawson en toda su gloria. No coordinamos, no encajamos, ella perdió la paciencia, yo me quedé en blanco… y al final se fue, dejándome ahí, en ese cubículo, con el orgullo herido, el rímel llorado y el ego sexual por el piso.

Sofía desvió apenas la mirada hacia la taza de té en la mesa, como si agradeciera tener algo concreto donde posarla.

Brooke dejó caer los brazos a los costados, derrotada.

—Soy un fracaso, Cruz —murmuró, sin dramatismo, solo con ese cansancio que parecía abrigarle los huesos—. Un desastre andante. Todo lo que he hecho estos últimos días lo prueba. Y tú… tú

apareces como si fuera tu maldita responsabilidad sacarme del agujero. Aunque no debería serlo. Aunque no tiene ningún sentido que lo sea.

Sofía permaneció en silencio durante todo su desahogo, como si entendiera —sin necesidad de que nadie se lo explicara— que lo único que Brooke era capaz de sostener en ese momento era su propia voz. No la interrumpió, no opinó, no corrigió nada. Simplemente la escuchó con esa quietud firme, que parecía su manera de estar presente sin invadir, calibrando con una precisión desconcertante cuánto ruido podía soportar alguien que ya venía rota de otros días.

Y cuando Brooke, finalmente, se quedó sin palabras —o sin valor para seguir escarbando—, cuando lo único que quedó en el aire fue un hilo fino de respiración temblorosa y el cansancio instalado detrás de sus ojos, Sofía inspiró despacio, como si acabara de procesar un diagnóstico del que no quería abusar.

Se levantó del sillón con una calma casi meditativa, cruzó los pocos pasos que la separaban del sofá y se sentó a su lado. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos: en esa distancia exacta que Sofía parecía dominar, la que no invade pero sostiene. Apoyó los antebrazos sobre las piernas y se inclinó apenas hacia adelante, una postura sencilla pero firme, lo bastante serena como para anclar la habitación entera.

Brooke sintió cómo el aire cambiaba, cómo todo —el cansancio, el alcohol, la vergüenza— parecía acomodarse de otra manera alrededor de esa presencia tranquila. No era una mirada de lástima. No era juicio. Era… algo distinto. Algo que a Brooke le resultaba tan inesperado como desconcertante.

—Creo que deberías hidratarte y dormir —dijo al fin, con una voz baja, segura, de esas que parecen amortiguar el mundo—. Mañana verás las cosas de otra manera.

Brooke la miró, asintiendo en silencio, sintiéndose por primera vez en toda la noche como alguien que podría, quizá, sobrevivir al día siguiente. Intentó incorporarse —torpe, lenta, tambaleante— y

susurró un «gracias» que se le escapó más vulnerable de lo previsto. Gracias por estar ahí, por rescatarla, por escucharla una vez más.

La morena se incorporó con esa calma suya —precisa, medida— y se quedó un segundo más frente al sofá, como evaluando si Brooke iba a volver a tambalearse o si podía dejarla sin riesgo inmediato de colapso emocional o físico.

—Ten cuidado —dijo al fin, en un murmullo suave que rozaba lo maternal, pero sin invadir—. Y camina despacio.

Brooke asintió, sintiendo cómo un nudo extraño —mitad vergüenza, mitad alivio— le subía por la garganta sin pedir permiso.

Sofía abrió la puerta sin hacer ruido, un gesto casi elegante en su discreción.

Y se marchó.

***

El miércoles amaneció tarde para Brooke. O mejor dicho: ella amaneció tarde, porque el sol llevaba horas pegando en las cortinas como un reproche luminoso. Abrió los ojos con la misma elegancia de un cadáver reanimado y se quedó inmóvil un instante, tratando de descifrar si el mundo seguía girando o si era su cabeza la que se movía por cuenta propia.

—Nunca más —gruñó, apenas un hilo de voz—. Nunca. Más.

Lo dijo como quien firma un acuerdo legal con el universo, aunque sabía perfectamente que ese contrato se rompería en cuanto la vida le pusiera una copa enfrente.

Se incorporó con dificultad, sintiendo el peso de la resaca como un ladrillo caliente detrás de los ojos, y avanzó hacia la cocina arrastrando los pies. Encender la cafetera se volvió una operación quirúrgica: cada botón parecía más brillante, más ruidoso, más hostil de lo habitual. Cuando por fin el aroma a café empezó a llenar el apartamento, Brooke dejó caer la frente contra el gabinete con un suspiro largo, casi agradecido.

Solo entonces desbloqueó el móvil.

Primero el correo. Spam, spam, una newsletter que nunca recordaba haber aceptado, un recordatorio de la suscripción del gimnasio que llevaba seis meses sin pisar. Nada nuevo.

Luego, las apps de citas.

Varias notificaciones parpadeando. Mensajes de chicas que anoche le habían parecido diosas brillantes y que ahora le parecían un borrón de emojis mal escogidos y energía muy optimista para una mujer que no podía ni sostener su propia dignidad.

Pasó a la bandeja de mensajes.

April.

Brooke parpadeó, forzando a sus ojos a enfocarse.

«¿Llegaste bien? Avísame cuando estés viva. O al menos semiviva.»

Dejó caer el móvil sobre la encimera y se tapó la cara con ambas manos. Tenía recuerdos borrosos de haberle enviado notas de voz a su amiga… y no quería, bajo ninguna circunstancia, reproducirlas ahora.

Respiró hondo, tomó el café y volvió a agarrar el teléfono con la resignación de quien abre la puerta a un fantasma que ya sabe que está ahí.

Otro mensaje de texto.

De Landon.

Simple. Corto. Sin adornos. Como siempre.

«Llámame cuando estés mejor.»

La frase se le quedó atrapada detrás de las costillas, hundiéndose despacio como una piedra en un estanque.

Brooke cerró los ojos.

La resaca seguía ahí.

Pero esa sensación —esa mezcla incómoda de irritación, nostalgia y un cansancio emocional que parecía escocerle justo

debajo de la piel— era algo distinto. Algo peor. Algo que no tenía que ver con el alcohol, ni con la noche anterior, ni con Megan, ni siquiera con Landon… aunque él siempre ayudaba a que todo empeorara.

Brooke dejó el móvil boca abajo sobre la encimera, apretó los párpados con la punta de los dedos y se obligó a inhalar despacio, como si el aire pudiera recolocar su cerebro. Justo entonces, el timbre sonó.

Una vez.

Clara.

Definitiva.

Brooke parpadeó, desorientada, y miró hacia la puerta como si esperara que esta le explicara qué demonios estaba pasando. No esperaba a nadie. No tenía fuerzas para nadie. Ni ganas. Pero aún así, sus pies se movieron solos, arrastrándola por el pasillo con la dignidad tambaleante de una resaca legendaria.

Abrió.

Y ahí estaba Sofía.

Perfecta. Impecable. Con el uniforme limpio, planchado, la coleta tirante, las botas bien atadas. Brooke sintió —sin saber por qué— que algo dentro de su pecho se acomodaba y se alborotaba al mismo tiempo.

Sofía levantó una mano, sosteniendo un contenedor que soltaba un leve vapor por la tapa.

—Buenos días —dijo, con esa voz suya tan firme y suave a la vez —. Solo pasaba a ver cómo estabas.

Brooke se sujetó al marco, consciente de que llevaba el cabello hecho un nido y probablemente olía a arrepentimiento.

—Estoy… viva —respondió, porque no encontraba nada mejor. Luego añadió, demasiado rápido—. Pasa, si quieres.

Pero Sofía negó con la cabeza.

—No puedo —contestó con una disculpa en los ojos—. Tengo turno en veinte minutos. Solo quería dejarte esto.

Le extendió el contenedor.

—Es una sopa «levanta muertos». Mano de santo para la resaca. —Hizo una pausa mínima—. Créeme, la he puesto a prueba.

Brooke rió… o algo parecido a una risa. Una especie de exhalación rota que se le quedó atragantada en la garganta, amenazando con convertirse en lágrimas. No iba a llorar, se repitió con una terquedad casi ceremonial; no frente a Sofía Cruz, y definitivamente no por segunda vez.

Tomó el paquete con cuidado, como si fuese algo que pudiera romperse o, peor, algo que pudiera derretirla.

—Gracias… —susurró, más emocionada de lo que habría querido admitir.

Sofía asintió apenas, evaluándola con esa precisión paramédica que siempre parecía saber más de lo que Brooke decía.

—Descansa. Hidrátate. Y come —dijo, en un tono que no permitía negociación.

Luego dio un paso atrás. Después otro.

—Nos vemos luego, vecina.

Y antes de que Brooke pudiera responder, Sofía ya estaba caminando hacia el ascensor, la espalda recta, el paso seguro, como si un huracán no la hubiese abrazado la noche anterior ni hubiese cruzado su puerta esa mañana con una sopa que, inexplicablemente, se sentía como un gesto demasiado grande para una casi desconocida.

Brooke cerró la puerta despacio, apoyó la frente en la madera y dejó escapar un suspiro que no sabía muy bien cómo clasificar.

La sopa calentaba sus manos.

Y algo más —algo indefinible, peligroso, reconfortante— empezaba a calentarle el pecho.

***

El café bistró estaba tibio de conversaciones ajenas y olor a pan recién horneado, ese tipo de ambiente que solía tranquilizar a Brooke… salvo hoy, cuando lo único que la mantenía de una pieza era aferrarse a la taza caliente con ambas manos y rezar para que la cafeína le devolviera un mínimo de dignidad.

April llegó puntual, con su blazer impecable —elegante sin ser caro, tan funcional como ella—, los tacones marcando el piso con una precisión casi militar y esa mirada de *«no pienso dar rodeos»* que siempre antecedía un interrogatorio.

En cuanto se sentaron y pidieron lo de siempre —sándwich para una, ensalada para la otra, aunque Brooke sabía que April siempre envidiaba el pan—, su amiga entrelazó los dedos sobre la mesa y la observó con ese gesto afilado de quien está lista para diseccionar un problema sin anestesia.

—¿Qué carajos hacías emborrachándote un martes? —soltó, sin esperar a que el camarero se alejara del todo—. Y, más importante… ¿quién diablos es Megan Piernas Eternas?

Brooke dejó caer la frente en la mano con un suspiro largo y absolutamente resignado.

—Dios… no deberías dejarme enviarte audios cuando estoy borracha —murmuró.

—Tarde —replicó April, arqueando una ceja—. Había demasiada información y a la vez ninguna. Así que empieza. Desde el principio. Y no me ocultes nada: ya escuché lo del rímel y lo del baño, pero necesito contexto emocional, narrativo y, sinceramente, un poco de chisme.

Brooke inhaló como quien se prepara para un salto sin red. Y habló. Habló de todo. De Megan, del baño, del caos, de la vergüenza, del déjà vu emocional con Landon, de Sofía apareciendo como si la vida le hubiera asignado la guardia permanente de su desastre personal. No necesitó entrar en detalles —April ya la conocía demasiado bien, ya llenaba los huecos con una precisión

que a veces daba miedo—, así que se limitó a darle el resumen completo, la versión editorial de su noche digna de un panel de emergencia.

Cuando terminó, April parpadeó dos veces, como si procesara simultáneamente el desastre, la comedia y la estadística implícita en lo que acababa de escuchar.

—Brooke… —dijo, llevándose una mano al pecho con fingida solemnidad—, eres el Titanic emocional del siglo XXI.

Brooke dejó caer la frente sobre su mano, exhalando como si con ese suspiro se fuera media vida.

—Gracias… supongo.

April se inclinó hacia adelante, con esa mezcla suya de ironía, cariño y brutal honestidad.

—No es un insulto. Bueno, sí. Un poco. Pero también es un diagnóstico. —Señaló la taza de café de Brooke—. Tienes icebergs emocionales por todas partes: tu ex, la chica del baño, tu guapísima vecina paramédica… ¿Sofía, verdad?

Brooke asintió, sintiendo otra oleada de calor treparle por el pecho.

—Sí. Ella.

April dejó caer el cuerpo contra el respaldo y soltó un bufido entre risa y resignación.

—Perfecto. Magnífico. Me alegra saber que mientras yo paso mis días archivando demandas y escuchando a abogados gritar por impresoras, tú estás protagonizando un triángulo, un cuadrado amoroso y posiblemente una serie limitada de HBO.

Brooke se tapó la cara con ambas manos.

—Voy a vomitar.

—No. —April dio un sorbo a su bebida con una calma casi provocadora—. Eso ya lo resolviste ayer, por lo visto. Ahora te toca arreglar tu vida.

Brooke parpadeó, desconcertada por la naturalidad con la que su amiga soltaba semejante sentencia.

—¿Arreglar… mi vida? —repitió, como si la frase fuera un idioma extraño.

April dejó la taza en la mesa con un golpecito seco, la clase de golpe que anunciaba que iba a repartir verdades como quien reparte citaciones judiciales.

—Sí, cariño. Tu vida. Esa cosa que llevas arrastrando desde hace meses como si fuera un carrito de supermercado con una rueda rota. —Le dio un vistazo de arriba abajo—. Empieza por decidir qué demonios quieres. Y de paso… —su mirada se afiló con una chispa peligrosa— …ponle un freno a la cabrona de tu jefa.

Brooke abrió la boca, tragándose aire y sorpresa a la vez.

—April…

—¿Qué? —alzó las cejas, ya ofendida como si Brooke la hubiera acusado de herejía—. No me mires así. Alguien tenía que decirlo. Esa mujer tiene un máster en manipular, presionar y usar los tacones como armas. Y mira que yo soy una persona pacífica, pero si sigue asignándote «proyectos especiales» como si fueras su marioneta personal, voy a tener que intervenir.

Brooke dejó escapar una risa —cansada, rota, pero risa al fin— y ladeó la cabeza, estudiando a su amiga.

—¿Y desde cuándo tú y…? —empezó.

April no la dejó terminar. Levantó una mano con una elegancia gélida que no combinaba para nada con el comentario previo.

—Desde nunca —contestó April, demasiado rápido, como si ya llevara la defensa preparada—. Solo digo que tu jefa tiene pinta de estrangular gente con su propio cinturón en sus ratos libres.

Brooke la miró con una ceja arqueada, dejando que el silencio hiciera su trabajo.

—Claro… —dijo al fin, ladeando la cabeza— por alguna razón siempre olvido que tú fuiste su asistente.

April apretó los labios, como si acabara de recordar una guerra que nadie más había librado.

—*Solo un año*, Brooke. Un año. Y todavía tengo pesadillas con sus tacones acercándose por el pasillo —bufó, señalando con el tenedor como si apuntara un arma—. Así que perdóname si soy objetiva, pero esa mujer es un villano de Disney con presupuesto ilimitado.

Brooke rió, pese a la resaca, pese a todo.

Y April, orgullosa de haber arrancado esa risa, se recostó en la silla con aire victorioso.

—Bien —dijo, retomando el hilo con la precisión de quien no pierde de vista el objetivo—. Ahora volvamos a lo importante: tú. Tu desastre emocional. Tu triángulo absurdo. Y esa vecina tuya que, sinceramente, parece hecha de acero inoxidable.

El corazón de Brooke dio un pequeño sobresalto, traicionero, completamente fuera de su control.

Sofía.

Y por primera vez, no supo si esa punzada en el pecho era una alerta… o algo muy distinto.

CAPÍTULO 8

SOFÍA

Sofía llegó a su apartamento pasadas las cinco, con esa mezcla de cansancio y automatismo que se instala después de un turno largo pero no desastroso… el tipo de jornada que no deja heridas visibles, aunque sí la necesidad urgente de silencio. Sabía que ese silencio duraría poco: Mariela llegaría en cualquier momento con Juliana para trabajar en el bendito proyecto de ciencias, ese que llevaba dos días posponiendo por culpa de los horarios.

Se deshizo del abrigo y, casi sin pensarlo, comenzó a ordenar el espacio. Pasó un paño por la mesa del comedor, retiró un par de recibos, enderezó una pila de revistas médicas y abrió YouTube en su teléfono, buscando un tutorial decente que explicara cómo demonios construir un ecosistema cerrado en un frasco sin hacerlo explotar en el proceso. Mientras cargaba el video, tomó nota mental —otra vez— de que debía empezar la pecera nueva de Paco. El diseño ya estaba. La medida. Hasta el presupuesto. Solo faltaba construirla. Y tiempo. Siempre faltaba tiempo.

Suspiró.

Antes de que la ansiedad ecológica la atrapara, llamó a la pizzería de la esquina. Juliana viviría a base de pizza si la dejaran, y Sofía no estaba en condiciones mentales ni físicas de negociar verduras con una niña de nueve años. Ordenó la de siempre: mitad pepperoni, mitad queso extra. Fácil. Sin complicaciones.

Colgó. Y justo cuando se disponía a revisar los materiales del proyecto, un pensamiento cruzó su mente con la suavidad impredecible de un recuerdo ajeno.

Huevos revueltos.

Los de anoche. Veganos. Torcidos. Temblorosos en el plato de Brooke.

Brooke…

El nombre se deslizó dentro de ella como un reflejo involuntario, capaz de detenerla en seco mientras apoyaba las manos sobre el respaldo de la silla. Vio su propio apartamento, ordenado, tranquilo, casi clínico… y luego recordó el caos dulce y agotado del de Brooke. La blusa torcida. El rímel corrido. El olor a bar, a nervios, a derrota. La manera en que la miró antes de que Sofía se fuera, como si ese gesto mínimo —llevarle comida, prepararle té— hubiera sido algo más grande de lo que era.

Sofía frunció el ceño, incómoda con la dirección que tomaban sus pensamientos.

No debería estar pensando en eso.

No debería estar pensando en ella.

Pero ahí estaba. Brooke Dawson, metiéndose en su cabeza como si ese espacio también fuera un pasillo estrecho del edificio donde pudiese tropezar sin avisar.

Sofía negó suavemente con la cabeza, intentando reacomodarse dentro de sí misma.

La mesa, el proyecto, la pizza, la sobrina. Eso era lo importante.

Aun así, no logró evitar que un detalle —pequeño, absurdo— se colara en su conciencia como una brasa tibia:

La forma en que Brooke sonrió cuando le llevó la sopa esa mañana. La vulnerabilidad suave, casi infantil, con la que sostuvo el contenedor. Y cómo Sofía, sin querer admitirlo, se había quedado un segundo de más en la puerta antes de marcharse.

—Concéntrate —murmuró para sí, apagando el eco del recuerdo antes de que pudiera tomar forma.

Pero el nombre seguía allí, en el borde de su mente. Como una nota fuera de lugar en una melodía que ya empezaba a aprenderse de memoria.

***

Mariela tocó el timbre a las cinco en punto, y Sofía, con esa intuición que rara vez fallaba, supo incluso antes de abrir que algo no encajaba del todo. Cuando abrió la puerta, la vio allí: su hermana, con su porte extravagante incluso después del día largo… usando gafas oscuras a pesar de que el sol ya había caído, y sosteniendo las llaves del coche con una rigidez poco habitual. A su lado, Juliana —normalmente de risa fácil y energía inagotable— estaba extrañamente quieta, como si hubiera apagado una parte de sí para no llamar la atención.

La alarma se encendió en el pecho de Sofía con la rapidez de un monitor cardíaco, pero la apagó al instante. No era el momento. No frente a su sobrina. No en el umbral.

—Hola —dijo, con esa calidez contenida que siempre usaba cuando algo no estaba bien y nadie quería decirlo todavía.

Se inclinó para besar a Mariela en ambas mejillas —costumbre vieja, automática—, y su hermana sonrió, aunque la comisura izquierda tembló un poco. Detalle pequeño. Detalle que Sofía registró sin que se le moviera un músculo.

Luego abrió los brazos para Juliana.

Su sobrina se acercó despacio, demasiado despacio para ser ella, y la abrazó con un gesto breve, suave, como si su cuerpo entero estuviera calibrando el espacio. Nada del salto alegre, del «tía Sofíaaaaa» que solía rebotar por el pasillo. Nada.

—¿Lista para construir un volcán? —preguntó, fingiendo normalidad como una profesional.

Juliana asintió sin levantar mucho la mirada.

Mariela respiró hondo, como si esa exhalación fuera lo único que la mantenía en pie.

—Bueno… —dijo, acomodándose el bolso en el hombro—. Te la dejo. Tengo que pasar por la farmacia y luego regresar a casa a terminar unas cosas. Paso por ella a las ocho, ¿sí?

—Claro —respondió Sofía con una sonrisa que intentó ser estable.

Su hermana inclinó la cabeza, murmuró un «gracias» casi inaudible y se marchó. El sonido de los tacones alejándose por el pasillo fue demasiado rápido para una tarde tranquila. Demasiado nervioso.

Sofía cerró la puerta. Se giró.

Y encontró los ojos de Juliana, enormes y opacos, observándola como si no supiera por dónde empezar. Algo se tensó, inevitablemente, en el fondo de su pecho; una alarma distinta a la adrenalina del turno, más honda, más oscura. Aun así, decidió no preguntar… no todavía.

Juliana caminó hacia la sala sin decir una palabra, arrastrando la mochila como si pesara más de lo que debería, y tomó asiento frente a la mesa donde Sofía había dispuesto los materiales del proyecto. Ella se acercó con una sonrisa suave, midiendo cada gesto como si temiera romper algo invisible.

—Pedí pizza —dijo, en un intento discreto de encender alguna chispa.

El efecto fue pequeño, casi imperceptible… pero ahí estuvo: Juliana giró el rostro, y por un segundo, sus ojos recuperaron una luz tímida, un destello de la niña que solía lanzarse sobre ella entre risas y comentarios atropellados.

Sofía tomó asiento a su lado, cargó el tutorial en su teléfono y lo dejó correr en silencio mientras desplegaba los materiales: cartón, papel periódico, pinturas, pegamento, bicarbonato, vinagre. Le explicó para qué serviría cada cosa, con una paciencia que a veces no tenía ni para ella misma. Juliana asentía en intervalos tímidos, moviendo las manos con cautela, como si estuviera esforzándose por no fallar en algo que no entendía del todo.

—Muy bien —dijo Sofía, mezclando agua con harina en un tazón —. Esto será nuestra «pasta mágica». Te va a gustar.

Juliana estiró los dedos hacia la mezcla, finalmente curiosa. La tensión en sus hombros cedió un par de milímetros.

A los pocos minutos sonó el timbre. La pizza.

Sofía fue a buscarla, pagó al repartidor y regresó con la caja, colocándola en la alfombra para que ambas pudieran seguir trabajando sin detenerse. Juliana tomó una porción sin esperar invitación, y Sofía agradeció en silencio ese gesto: comer con apetito era una señal. Una pequeña, pero señal al fin.

Mientras moldeaban la estructura del volcán y pintaban los relieves con tonos tierra, Sofía fue observándola de reojo. Sus movimientos se volvían más seguros, su respiración más pareja, su expresión menos cerrada. La niña parecía, por fin, volver a habitar su propio cuerpo.

Y fue entonces, aprovechando ese espacio de calma frágil pero real, que Sofía decidió tantear terreno.

—¿Qué tal van las cosas con Mauro y tu mami? —preguntó con suavidad, como si hundiera la mano en agua turbia sin saber qué encontraría.

Juliana se encogió de hombros, exactamente como Sofía había anticipado, aunque el gesto fue tan leve, tan contenido, que le atravesó el pecho con una punzada de inquietud.

—Bien… creo —murmuró la niña, sin alzar la vista, concentrándose con excesivo empeño en alisar un pedazo de plastilina roja que no necesitaba ser alisado. Su voz era un hilo, apenas audible. Su labio inferior se torció un poco, como si quisiera sostener algo que estaba a punto de desbordarse.

Sofía respiró despacio, recordándose que la delicadeza también era una forma de primeros auxilios.

—Juliana… —dijo con suavidad, acercándose un poco más, sin invadir—. Sabes que puedes hablar con tu tití, ¿verdad? Que tu tití siempre te va a cuidar.

La niña se quedó quieta. Completamente quieta.

Cuando alzó la mirada, sus ojos ya estaban vidriosos, y ese brillo contenido —esa mezcla de vergüenza, alivio y tristeza que sólo aparecía cuando una niña no sabía cómo nombrar lo que le pesaba— hizo que Sofía sintiera que el piso bajo ella cambiaba de temperatura. Juliana asintió, una vez. Luego otra. Y otra más, casi imperceptible, como si necesitara convencer a su propio cuerpo de que estaba a salvo allí.

No dijo nada. Solo volvió a su maqueta, metiendo las manos en la arcilla con la concentración tensa de quien necesita seguir haciendo algo para no quebrarse.

Sofía la acompañó en el silencio. Una pausa larga, viva, que pesaba pero no dolía.

Cuando retomó el trabajo, su voz salió más baja, pero tan firme como siempre:

—Y recuerda lo que tu tío Danny y yo siempre te decimos…

Juliana, sin levantar la vista, completó la frase con un susurro obediente, casi automático, que revelaba cuántas veces la había repetido en su cabeza:

—…cerrar la puerta de mi cuarto con llave.

Sofía sintió un tirón en el estómago. No era miedo exactamente, pero se le parecía demasiado.

Y aun así sonrió, suave, de ese modo que uno usa para aflojarle el mundo a alguien sin asustarlo más.

—Eso mismo, mi cielo —dijo, guiándole la mano para colocar la estructura del volcán—. Siempre.

No dijo más. Pero ambas sabían que no hacía falta.

***

Sofía nunca habría esperado volver a escuchar el timbre tan pronto —no cuando Mariela había asegurado que regresaría hasta las ocho—, así que caminó hacia la puerta con la ligera sospecha de que el repartidor habría olvidado algo. Pero al abrir, no encontró una gorra roja ni una caja extra de pizza: encontró a Brooke Dawson.

Brooke estaba allí, en el umbral, con una coleta improvisada, el cabello escapándose en mechones suaves alrededor del rostro, las mejillas rosadas como si hubiese subido corriendo una o dos escaleras de más, y una sonrisa tímida que parecía pedir permiso para existir. En las manos llevaba el contenedor vacío de la sopa.

—Vine a traerte esto —dijo, alzándolo apenas—. Y… por cierto, la sopa levanta muertos estaba de muerte. Literalmente. Creo que ahora mismo estoy viva gracias a ti.

Sofía sintió que la comisura de su boca cedía, apenas un milímetro, en una sonrisa pequeña pero inevitable. Y con un gesto breve de la cabeza, la invitó a pasar.

Brooke cruzó el umbral con una mezcla de curiosidad y torpeza entrañable, y antes de que Sofía pudiera advertirle nada, ya estaba fijándose en sus manos.

—Oh —dijo Brooke, señalando los dedos de Sofía—. Estás… azul. ¿Estás bien? ¿Te picó un pulpo radiactivo?

Sofía parpadeó.

—Es tinta —respondió, inclinando apenas la cabeza hacia la sala —. Proyecto de ciencias. Estoy ayudando a mi sobrina.

El brillo de sorpresa en los ojos de Brooke se suavizó en una sonrisa genuina.

—¿Proyecto de ciencias? Uf… —negó con la cabeza, riéndose de sí misma—. Yo era pésima en eso. Una vez intenté hacer un «ecosistema en frasco» para la feria de ciencias y… bueno… —hizo un gesto circular, como buscando la palabra adecuada— terminó oliendo tan mal que mi papá me obligó a dejarlo en el balcón y jurar que no volvería a experimentar con «microbios felices».

Sofía no pudo evitarlo: soltó una exhalación que casi parecía risa.

Brooke se adelantó unos pasos, asomándose a la sala.

Juliana estaba sentada en la alfombra, rodeada de papel periódico, pegamento, pinturas y una estructura incipiente que podría convertirse en un volcán… con mucha suerte. Cuando levantó

la vista y vio a la desconocida, Sofía esperó —por inercia— la reserva habitual, el silencio tenso, el gesto retraído.

Pero Brooke se arrodilló a su altura con una espontaneidad que parecía natural, como si hubiera entrenado toda su vida para hablar con sobrinas ajenas.

—Hola, soy Brooke —dijo con una sonrisa que era tan cálida como torpe—. Solo para que lo sepas: si esto explota, voy a fingir que estuve en otro apartamento.

Juliana soltó una risa —no una tímida, ni una forzada, sino una risa real, fresca, que le iluminó los ojos por primera vez en toda la tarde— y Sofía… no supo exactamente qué le pasó en el pecho. Algo se aflojó. Algo se encendió. Algo suave, inesperado, que no se parecía a la alarma del turno ni al peso de la preocupación.

Brooke comenzó a conversar con Juliana y, durante casi diez minutos, Sofía observó a su sobrina responder una pregunta tras otra, no con la efusividad típica que normalmente la acompañaba, sino con esa mezcla de timidez y cautela que ella ya había previsto desde el primer instante; aun así, había en la presencia cálida —y un poco torpe— de Brooke algo que parecía aflojar, muy lentamente, esa rigidez en los hombros de su sobrina, como si la luz suave de la periodista fuera derritiendo, sin proponérselo, la capa de reserva que la niña había traído puesta desde la puerta. Y entonces, de manera tan inesperada que Sofía sintió un breve latido en el pecho, Juliana levantó la mirada del proyecto y preguntó, con una voz pequeña pero firme, si Brooke podía quedarse a ayudarles.

Brooke abrió los ojos de par en par, como si acabaran de ofrecerle un pase VIP a un universo paralelo, y giró hacia Sofía con un entusiasmo tan transparente que casi daba risa: buscaba aprobación, sí, pero también algo más profundo, una señal de que no estaba invadiendo un espacio que no le pertenecía. Sofía sostuvo su mirada un segundo —sólo uno— y luego asintió con una sonrisa ladeada, de esas que se le escapaban cuando no estaba intentando ser dura.

—Una ayuda extra nunca viene mal —dijo, señalando la mesa cubierta de materiales—. Y además… tenemos pizza.

La reacción de Brooke fue inmediata y absolutamente Dawson: dio un pequeño saltito, apenas perceptible pero innegablemente infantil, que hizo que Sofía tuviera que bajar la cabeza un instante para ocultar una carcajada que amenazaba con escaparse. Cuando volvió a levantar la mirada, la periodista ya se acercaba a la mesa, lista para instalarse, y Sofía —incapaz de resistir el impulso— se inclinó ligeramente hacia ella y murmuró, lo suficientemente bajo para que Juliana no escuchara:

—Lo que sí no puedo ofrecerte es un French 75.

Brooke se quedó congelada. Literalmente congelada. Los ojos muy abiertos, las mejillas encendidas de inmediato, los labios apenas separados, como si su cerebro hubiese tardado un segundo adicional en comprender la broma. Y cuando finalmente lo hizo —cuando entendió que Sofía estaba bromeando a costa suya, que la estaba molestando con suavidad, con intención, con algo parecido al humor cómplice— una sonrisa torpe, preciosa, enteramente humana se le derramó por la cara.

—Ah… —susurró, aún sonrojada— …muy graciosa.

—A veces —respondió Sofía, encogiéndose apenas de hombros antes de volver la atención a Juliana.

Brooke tomó asiento en la alfombra, acomodándose entre cartones, marcadores y restos de pizza como si estuviera entrando en un territorio sagrado y doméstico que no le pertenecía, pero al que se le había concedido acceso por invitación especial. Observó el trabajo de Juliana con una concentración inesperada, inclinándose para preguntar qué hacía cada pieza, escuchando con atención, ofreciendo ideas absurdas pero encantadoras que hicieron que la niña —por segunda vez— soltara una risa verdadera, limpia, sin rastro de cautela.

Y Sofía… Sofía lo vio. Sintió cómo esa pequeña explosión de alegría le recorría el pecho de una manera que no debería haberle

importado, pero que, sin remedio, le importó. Había algo en Brooke —en su torpeza luminosa, en su forma de llenar el aire con vida incluso cuando no estaba en su mejor versión— que transformaba la sala, que suavizaba la gravedad acumulada en el cuerpo de Juliana y también, de maneras que Sofía prefería no analizar todavía, en el suyo.

Así que respiró hondo, se permitió ese instante extraño y cálido, y luego volvió al trabajo, guiando a ambas con instrucciones suaves y precisas, mientras la tarde se llenaba de risas, tinta, cartón… y una sensación que no debería haber sido peligrosa, pero que ya empezaba a sentirse inevitable.

***

A las 8:10, el timbre volvió a sonar. Sofía, que ya había estado pendiente del reloj, se levantó con calma y le pidió a Brooke —con una mirada breve, confiada— que se quedara un momento con Juliana mientras ella atendía la puerta. Brooke asintió de inmediato, casi con una seriedad tímida que Sofía encontró… curiosamente dulce.

Cuando abrió la puerta, Mariela estaba en el umbral con el bolso apretado demasiado cerca del pecho y las gafas oscuras todavía puestas —un gesto innecesario a esa hora, tan fuera de lugar que volvió a encender todas las alarmas que Sofía había intentado mantener en silencio. Se inclinó para saludarla con los dos besos de siempre y, sólo entonces, habló con la voz baja pero firme, como si cada palabra tuviera que abrirse paso a través del pecho antes de salir.

—Mari… —dijo, manteniendo el tono controlado— si el macho con el que andas saliendo le hace algo a mi sobrina…

Mariela abrió la boca, completamente descolocada, y luego la cerró de inmediato, como si intentara calcular qué parte de sí había quedado expuesta. Sus mejillas se encendieron de vergüenza, y negó, primero una vez, luego otra, cada vez más rápido.

—No, Sofi… no es así. Mauro no… —tragó saliva—. Tuvimos una discusión, sí. Pero la nena no vio nada. Te lo juro.

Sofía la observó en silencio durante un segundo más, evaluando el temblor mínimo en la mandíbula de su hermana, el modo en que sus manos seguían apretando el bolso como si fuera un escudo. Finalmente, sin soltar del todo la dureza del gesto, dejó que algo se suavizara en su voz.

—Sabes que si necesitas mi ayuda, puedes buscarme, Mari —dijo —. En serio.

Mariela bajó la mirada, los hombros encogiéndose apenas.

—Lo sé —susurró—. Gracias.

En ese momento, Juliana apareció detrás de Sofía, con las manos aún manchadas del proyecto y el cabello un poco alborotado. Sofía se agachó para abrazarla, apretándola con una ternura que buscaba, de alguna forma, blindarla contra todo aquello que no estaba diciendo en voz alta.

—Pórtate bien —murmuró contra su cabello.

—Siempre —respondió Juliana, intentando sonar más firme de lo que se sentía.

La niña se separó, lanzó un saludo tímido con la mano hacia Brooke —que le respondió con una sonrisa amplia y un levantamiento exagerado de cejas que, para sorpresa de Sofía, arrancó a Juliana una risita auténtica— y entonces caminó hacia su madre.

Antes de irse, Mariela, tras las gafas oscuras, lanzó una mirada fugaz en dirección a Brooke. Rápida. Medida. Como quien evalúa algo que no esperaba encontrar allí.

Y Sofía lo notó.

Por supuesto que lo notó.

Mariela murmuró un «hasta luego», tomó de la mano a su hija y ambas desaparecieron por el pasillo.

Sofía se quedó en el umbral un segundo más, respirando despacio, sintiendo cómo dos preocupaciones distintas —una familiar, otra… no tanto— se acomodaban a la vez en su pecho.

Poco después regresó a la sala todavía con el pulso un poco alto —la conversación con su hermana siempre le dejaba un residuo amargo bajo la lengua—, pero la escena que encontró la obligó a aterrizar: Brooke estaba agachada, recogiendo con una paciencia inesperada los pinceles, los diarios viejos, los pedazos de cartón y la botella de vinagre que habían quedado del volcán inconcluso; tenía el cabello suelto en mechones rebeldes y una expresión concentrada que no terminaba de encajar con su naturaleza torpe. De algún modo, esa mezcla de caos y dedicación la descolocó más de lo que habría admitido.

—Ya guardo esto —anunció Brooke, levantándose con la caja de pizza en una mano y media docena de pinceles en la otra—. Tú limpia la mesa, que aquí hubo guerra.

Sofía dejó escapar una exhalación breve, una risa ligera que no pretendía existir pero apareció igual, como si algo en esa mujer supiera colarse siempre por las grietas.

Trabajaron en un silencio cómodo, casi doméstico, hasta que Brooke tomó los dos pedazos de pizza que quedaban —tristes, doblados sobre sí mismos— y caminó hacia la cocina para guardarlos. Sofía escuchó el chirrido del refrigerador abrirse, un segundo de pausa…

Y entonces:

—¡Cruz! —la voz de Brooke retumbó por todo el apartamento, lo bastante fuerte como para que Sofía diera un pequeño brinco—. Tu refrigerador es un poema… pero uno de terror psicológico. ¿Estás haciendo ayuno espiritual? ¿Entrenando para vivir en Marte? ¿Sobreviviendo a base de aire y optimismo?

Sofía sintió cómo el rubor le subía por el cuello en una ola rápida, traicionera e imposible de controlar.

—No he tenido tiempo de hacer la compra —dijo, encogiéndose de hombros con un gesto que pretendía restarle importancia al desastre alimenticio.

Brooke dejó de hablar de golpe —lo cual ya era un acontecimiento— y Sofía supo exactamente por qué: desde la cocina llegó un murmullo, el sonido familiar del vidrio golpeando el mueble.

—¿Y… eso? —preguntó Brooke, con un tono que mezclaba fascinación y sorpresa.

Sofía apenas levantó la voz desde la sala.

—Es Paco.

Hubo un silencio breve, seguido del sonido suave de Brooke inclinándose más de la cuenta.

—¿Paco? —repitió, casi riéndose—. ¿Tienes un pez?

—Mi compañero de apartamento —aclaró Sofía, sin moverse del sitio, como si fuera una explicación más que suficiente.

Brooke murmuró algo ininteligible —o quizá demasiado suave como para distinguirlo— y cerró la puerta del refrigerador con un gesto teatral que Sofía ya anticipaba. Cuando regresó, traía la determinación iluminándole la cara, ese brillo impulsivo que anunciaba problemas… o favores que se convertirían en problemas más adelante.

—Vamos al supermercado —declaró, tomándole el brazo con una energía que por poco la arrastró—. Te ayudo. Amo hacer compras. Es terapéutico. Como… Pilates, pero con verduras.

Sofía arqueó una ceja, su expresión más elocuente, la que usaba con Galloway cuando él intentaba convencerla de algo ridículo.

—Anoche —recordó, con ese tono seco que partía cualquier excusa en dos— dijiste que quien te hace la compra es una tal April…

Brooke se sonrojó de inmediato. Tan rápido, tan visible, que Sofía no pudo evitar sentir una punzada de desconcierto.

—Ah… bueno… April es mi amiga. A veces me ayuda porque… —gesticuló en el aire, buscando una palabra que no encontró— … porque soy un desastre organizativo, ok. Pero yo puedo hacerlo. Quiero hacerlo. Contigo. Será divertido.

Sofía se soltó con suavidad —ni fría ni distante, simplemente prudente— y negó despacio.

—No te preocupes. Iré mañana cuando salga del turno.

Pero Brooke ya había entrado en modo Dawson: ojos grandes, sonrisa luminosa, convicción absoluta.

—Sofía, tu refrigerador parece un escape room. Y tú me cuidaste. Varias veces. Déjame ayudarte con esto. Prometo no provocar una tragedia griega en el pasillo de productos frescos.

Sofía abrió la boca para negarse. La cerró. La abrió otra vez. Y finalmente soltó un suspiro que sabía a resignación… y a un calor pequeño, incómodo, que prefirió no examinar demasiado.

—Está bien —concedió, cruzándose de brazos para recuperar al menos una apariencia de control—. Pero vamos rápido. Y solo lo necesario.

Brooke dio un salto. Literal.

Sofía parpadeó, sin decidir si reírse, suspirar o pedir ayuda profesional.

—¡Sí! —celebró Brooke.

Mientras tomaba sus llaves, Sofía no pudo evitar preguntarse en qué momento exacto había empezado a decirle que sí a una mujer que era, objetivamente, un caos ambulante.

Y por qué, cada vez más, ese caos le resultaba tan… fácil de acompañar.

***

El supermercado estaba más lleno de lo que Sofía habría deseado para un miércoles por la tarde, pero Brooke entró como si acabara de pisar Disneyland: ojos brillantes, pasos ligeros, esa

energía absurda que parecía generarse sola dentro de ella, independientemente del cansancio del mundo.

Sofía empujó el carrito con una resignación tranquila, esa que sólo se activa cuando una ya sabe que está perdiendo el control de la situación y, por razones desconocidas, no le molesta tanto como debería. Brooke, en cambio, avanzaba por el pasillo de productos frescos con la determinación de una mujer en misión espiritual.

—Ok, empecemos por lo básico —dijo, alzando un paquete de tofu como si fuera un premio—. Esto es buenísimo. Proteína limpia. Cero grasa. Cero culpa.

Lo dejó caer en el carrito.

Sofía lo tomó y, sin prisa, lo devolvió a la repisa.

Brooke parpadeó.

Muy lento.

—Cruz… —dijo con el tono que usaba una maestra de primaria cuando un niño decide comerse la pega—. ¿Por qué lo sacaste?

Sofía ladeó la cabeza, mordiéndose el interior de la mejilla para contener una sonrisa que amenazaba con escaparse.

—Porque no me gusta —respondió, simple, clara, honesta—. Y quiero proteínas de verdad.

Brooke lo procesó durante dos segundos largos, hasta que la palabra que flotaba en el aire cayó por fin.

—¿Proteínas de verdad? —repitió, casi en un susurro.

Sofía asintió, tomó un paquete de pechuga de pollo y lo dejó en el carrito. Luego añadió, como quien confiesa un secreto irrelevante pero peligroso:

—Y beicon. Mucho beicon.

Brooke se sonrojó. No un sonrojo tímido, no: uno cálido, rápido, casi eléctrico, que le subió por las mejillas hasta la raíz del cabello. Inexplicable. Innecesario. Y, por alguna razón, extremadamente encantador.

—Beicon… —repitió, como si la palabra hubiera adquirido de pronto un significado insinuante que ni siquiera Sofía había considerado.

La paramédica apartó la mirada antes de que Brooke notara el pequeño tirón en el estómago que le provocó esa reacción. Se aclaró la garganta y empujó el carrito hacia adelante.

—Sí. Beicon. Huevos. Pan. Cosas normales, Dawson.

Brooke asintió con fervor, como si le acabaran de revelar un misterio ancestral, y se lanzó a escoger alimentos con una concentración tan intensa que Sofía tuvo que esforzarse para no reírse. Cada vez que Brooke tomaba un producto vegano, ella lo miraba de reojo, esperaba dos segundos y luego lo regresaba discretamente a su lugar. Cada vez, inevitablemente, Brooke lo notaba.

—¡Cruz! —exclamó al fin, incrédula—. ¿Tienes algo en contra del hummus?

—No —respondió Sofía, impasible—. Tengo algo en contra de fingir que eso llena.

La risa de Brooke estalló de forma tan natural que Sofía sintió un calor extraño, ligero, en el pecho. Como si hubiera olvidado cuánto podía gustarle ese sonido.

Siguieron avanzando por los pasillos, Brooke llenando el carrito con frutas, avena y cosas que crujían de forma sospechosamente saludable, mientras Sofía añadía carne, pasta, arroz, salsa, queso… todo lo que podía garantizarle una comida decente después de un turno de doce horas.

Y en algún punto —entre los tomates y las cajas de cereal— Sofía se dio cuenta de que estaba… bien. Ligera. Cómoda. Como si hacer la compra, esa tarea que solía detestar con fervor, de repente fuera más fácil porque había alguien a su lado hablando de trivialidades, escogiendo productos como si fueran tesoros, ofreciendo sugerencias ridículas y sonriendo de una manera que le aflojaba un poco el nudo que a veces cargaba en el pecho.

No quiso pensarlo demasiado.

No todavía.

Brooke, sin darse cuenta de nada, tomó una caja de cereal azucarado con emoción infantil.

—¿Y esto? —preguntó, levantándola en el aire.

Sofía la observó un momento, incapaz de evitar la sonrisa que, esta vez, no tuvo fuerza para contener.

—Eso sí —dijo, quitándole la caja para colocarla en el carrito—. Eso se queda.

Brooke sonrió como si le hubieran regalado el mundo en miniatura.

Y Sofía, por primera vez en días, sintió que su día también había cambiado un poco. Aunque no fuera capaz de decir exactamente por qué.

CAPÍTULO 9

BROOKE

Era jueves a media tarde y la redacción tenía ese zumbido particular que siempre surgía cuando el día estaba lo suficientemente avanzado como para que todos estuvieran cansados, pero no tanto como para que se rindieran. Brooke estaba sentada ante su escritorio, rodeada de tazas vacías, post-its que ya no recordaba haber escrito y un documento de Word que, por primera vez en días, no le devolvía ansiedad, sino una chispa de orgullo.

Había pasado la última hora afinando detalles, ajustando comas, puliendo frases y dándole forma a lo que, con un atrevimiento que aún no entendía, había titulado: «Manual imperfecto para sobrevivir al caos de las citas modernas (y no morir en el intento)».

Era ingenioso. Era sincero. Era, sorprendentemente, útil.

Y era suyo. Tan suyo que, al releer el último párrafo, se encontró sonriendo. Una sonrisa real, sin esfuerzo, que le calentó el pecho como un pequeño logro secreto.

Suspiró.

Y ese suspiro —lento, profundo, casi blando— le abrió un pliegue en la memoria y, de golpe, estuvo pensando en Sofía: en el supermercado, en el carrito lleno de contradicciones veganas y antojos de beicon, en la forma en que la paramédica había alzado una ceja cuando la vio emocionarse con una caja de cereales sin gluten. En cómo, sin saber por qué, se había sentido… ligera. Rara. Extrañamente bien.

Estaba sonriendo otra vez cuando su móvil vibró y la pantalla iluminó la mesa con una notificación inconfundible.

Nuevo mensaje de Joy — treinta y tres años, yogui, vegana, viajera incansable y coleccionista empedernida de atardeceres.

Brooke parpadeó, casi sorprendida de que el mundo exterior siguiera avanzando mientras ella peleaba con adjetivos y titulares. El mensaje era breve…

Joy: ¿Entonces seguimos con el café de mañana? Tengo un lugar perfecto.

Brooke tragó saliva, sintiendo cómo la realidad se dividía en dos rutas paralelas: la del artículo que prometía caos interesante… y la de su vida, que parecía empeñada en producirlo en tiempo real, sin pausa, sin anestesia.

Sin embargo, antes de responder, antes siquiera de pensarlo demasiado, su cerebro —traicionero— le ofreció una imagen nítida: Sofía Cruz, apoyada en el carrito de compras, mordiendo el interior de su mejilla para no reírse de ella.

Brooke cerró el móvil apenas un instante, sin comprender del todo por qué ese recuerdo había acudido tan rápido ni por qué, con una inmediatez casi vergonzosa, le había calentado las mejillas.

***

El despacho de Margaret Huxley siempre parecía existir en un microclima propio: más frío que el resto de la redacción, más silencioso, más intimidante. Brooke entró despacio, sosteniendo su portátil como si fuera una ofrenda, mientras Margaret leía —sin levantar la vista— la primera entrega de la serie. No era simple concentración: era disección. Quirúrgica. Implacable.

—Interesante comienzo —murmuró al fin, pasando a la siguiente página con una lentitud que a Brooke le pareció deliberada—. Todavía no sé si es brillante… o si estás a dos pasos de un colapso nervioso. Pero definitivamente es legible. Y eso ya es más de lo que la mitad de esta redacción produce en un día bueno.

Brooke sonrió, ese tipo de sonrisa que nace del miedo y de la esperanza mezclados en la misma dosis incómoda.

—Gracias… creo.

Margaret entrecerró los ojos, afilando la mirada como si pudiera leer las frases que Brooke había borrado, las dudas que no había tipeado, los temblores que sí.

—Tu voz está más clara aquí —dijo—. Más honesta. Más consciente de sí misma. Eso es bueno. Ahora necesito consistencia. Y más caos.

Alzó una mano antes de que Brooke pudiera replicar.

—Caos útil. Caos con propósito. Caos que venda.

Brooke asintió, aunque estaba casi segura de que todavía olía a té de jengibre y mantequilla vegana.

—Estoy trabajando en eso —explicó—. Mañana tengo una cita.

Margaret levantó la vista, ahora sí, con un brillo de depredadora literaria.

—¿Cita con quién?

Brooke carraspeó.

—Con… un bombón.

Margaret asintió lentamente, como si catalogara la palabra en un archivo mental bajo «elementos aprovechables».

—Bien. Los lectores aman un buen bombón. Asegúrate de observarlo todo. Desde sus silencios hasta sus malos modales. Si es guapo, mejor. Eso siempre vende más.

Brooke sintió un calor absurdo subiéndole por el cuello.

—Es *ella*, por cierto —corrigió, con un hilo de voz que intentó sonar casual—. Es mujer.

Margaret alzó una ceja, apenas un milímetro, como quien ajusta un dato irrelevante en un archivo mental.

—Perfecto —dijo simplemente, volviendo a la pantalla—. Las lectoras suelen involucrarse más cuando la competencia es atractiva.

Brooke pestañeó. Una vez. Dos.

—Entonces… —empezó, intentando recomponer su dignidad—. Lo tendré en cuenta.

Margaret hizo un gesto con la mano, como si sellara un contrato invisible.

—Eso espero.

Margaret siguió leyendo… hasta que se detuvo en seco, frunció ligeramente el ceño y apoyó el codo en su escritorio como quien prepara una intervención quirúrgica verbal.

—Tu vecina.

Brooke parpadeó.

—¿Mi… vecina?

—Sí, Brooke. La paramédica. La mujer que te recoge cada vez que tropiezas con la vida. La que te rescató *dos veces* en menos de cuarenta y ocho horas. No me digas que no va a aparecer en esta serie.

Brooke abrió la boca. Nada salió. La cerró. Nada. La volvió a abrir.

—No sé si… encaja —balbuceó.

Margaret soltó un suspiro que, de alguna manera, logró sonar pedagógico *y* condescendiente.

—Las mejores historias no son las que planeas. Son las que te atropellan. Y por lo que tengo entendido, tu vecina tiene un talento especial para aparecer en el preciso momento en que estás en peligro de… bueno… ser tú misma.

Brooke apretó los labios. Una parte de ella —una parte muy poco sensata— recordó el hombro firme de Sofía, su olor a jabón limpio, la voz baja diciéndole *ten cuidado y camina despacio*.

—Ya le dije que sea mi guardaespaldas —bromeó Brooke, intentando suavizar el nudo absurdo que se le hacía en el pecho—. Con eso de que siempre me salva…

Margaret levantó lentamente una ceja.

Brooke esperó la risa.

No llegó.

—No estoy bromeando —dijo Margaret, con una seriedad tan inesperada que Brooke se irguió sin darse cuenta.

—¿Qué?

—Llévala —repitió Margaret, ahora con ese tono que mezclaba manipulación fina con absoluta convicción—. A tu cita de mañana.

Brooke estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se detuvo al ver la expresión pulida e imperturbable de su jefa.

Margaret no estaba jugando.

—¿Quieres que lleve a mi vecina paramédica… *a mi cita*?

—Correcto —respondió ella, como si estuviera pidiéndole un memo, no un caos emocional—. Si algo sale mal, tendrás un testigo. Y un rescate garantizado. Y si todo sale bien, seguramente habrá tensión narrativa entre ustedes. Los lectores devoran esas dinámicas.

Brooke se quedó muda. Literalmente muda.

Margaret cerró el archivo, entrelazó los dedos sobre la mesa y la miró con una precisión quirúrgica.

—Brooke. Eres un desastre adorable. Lo hemos aceptado. Pero si vas a lanzarte a esta serie, al menos asegúrate de no morir en el proceso. Llévala.

Brooke tragó saliva.

Muy fuerte.

—Voy a… pensarlo —mintió.

Margaret sonrió apenas. Un gesto mínimo. Un eclipse.

—No tardes. El caos no espera.

Y Brooke salió del despacho sintiendo que, de todas las locuras en su vida reciente, esa —pedirle a Sofía Cruz que fuera su guardaespaldas emocional— podía ser la más peligrosa.

Y la más tentadora.

***

Brooke dejó el plato en el fregadero y apoyó ambas manos en la encimera, como si necesitara ese punto de anclaje para ordenar el revoltijo que llevaba en la cabeza. La cena había sido ligera —demasiado ligera, quizá—, pero no tenía hambre; tenía pensamientos. Pensamientos que volvían una y otra vez al despacho de Margaret, a su tono impasible, a su frase absurda y peligrosamente lógica: «Llévate a la vecina. Que te sirva de guardaespaldas.»

En su momento Brooke había reído, por supuesto. ¿Cómo no? Era ridículo. Era absurdo. Era tan *Margaret Huxley* que parecía un chiste privado.

Pero después, ya en la soledad de su apartamento, mientras respondía mensajes de April insistiendo en que retomara las clases de yoga («vamos el sábado, no acepto excusas»), mientras atendía la llamada de su padre contándole que se reuniría con los viejos amigos de los bolos, mientras leía —sin abrir del todo— el mensaje de Landon… ahí, entre cada ruido cotidiano, la idea había empezado a asentarse. A tomar forma. A tener sentido.

Claro que no podía pedirle a Sofía *eso*. No oficialmente. No verbalmente.

Pero… tampoco era tan descabellado, ¿no?

Mientras buscaba respuestas en el vapor de la taza de té, alguien tocó el timbre.

Brooke frunció el ceño. A esa hora no esperaba a nadie: no era día de visita de Chuck, April no aparecía sin previo aviso, Landon nunca tocaba, solo enviaba mensajes. Una punzada breve le recorrió el estómago.

Fue hacia la puerta, se pasó una mano por el cabello para asegurarse de que al menos estaba presentable, y abrió.

Y allí estaba Sofía.

Con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, el cabello recogido en una coleta alta, los ojos cansados —pero brillantes, como si el día no los hubiera conseguido apagar del todo— y una sonrisa pequeña, tímida, casi improbable.

Brooke se quedó quieta. No porque no supiera qué decir, sino porque nunca antes había visto esa sonrisa dirigida hacia ella. Una sonrisa que no era la profesional, ni la paciente, ni la de «Dios mío, esta mujer es un desastre». Era otra cosa. Algo más suave. Más… *humana*.

—Hola —dijo Sofía, con una voz más cálida de lo habitual, como si también le sorprendiera estar allí.

Brooke tardó dos segundos en recordar cómo se hablaba.

—H-hola… —logró responder, sintiendo cómo algo, muy dentro, daba un pequeño salto inesperado.

Abrió más la puerta para dejarla pasar, apartándose apenas un paso, lo suficiente para que Sofía cruzara el umbral. Y, por supuesto —porque su cerebro la odiaba—, lo primero que notó fue el vaivén discreto pero perfectamente delineado del trasero de Sofía en esos vaqueros negros que parecían diseñados por científicos. Se reprendió mentalmente en cuanto la vio avanzar hacia el interior.

Concéntrate, Dawson. Es ayuda, no pornografía.

Sofía hizo lo que siempre hacía al entrar a un espacio ajeno: lo observó con atención tranquila, como si registrara mentalmente cualquier cosa fuera de lugar. Brooke, de pronto demasiado consciente del desastre organizado que era su sala, se apresuró a hablar.

—¿Quieres algo de tomar? ¿Agua, té, vino…? Puedo calentarte la cena si—

—No, gracias —la interrumpió Sofía, sacando las manos de los bolsillos solo para volver a meterlas enseguida, un gesto pequeño… y, sorprendentemente, nervioso—. Ya cené. Y no voy a quedarme mucho.

Brooke parpadeó. No por lo que dijo, sino por *cómo* lo dijo. Sofía nunca sonaba así. No titubeaba. No se enredaba en palabras. No buscaba aire antes de hablar.

Sofía inhaló, sosteniendo la mirada en un punto impreciso cerca del sofá, y entonces:

—Estoy trabajando en la nueva pecera de Paco —anunció, como si estuviera declarando un diagnóstico médico—. Es un proyecto… ambicioso. Ya sabes… tutorial de YouTube incluido.

Brooke sonrió, porque era imposible no hacerlo.

La paramédica continuó, y fue ahí donde algo, algo casi imperceptible, cambió en su postura: los hombros bajaron apenas, la voz perdió un poco de firmeza, como si se adentrara en un territorio que le resultaba incómodo.

—Y estaba pensando que… —Sofía se detuvo, buscó la palabra, frunció el ceño un segundo y continuó— …ya vi lo bien que se te dan las manualidades.

Brooke tragó saliva tan fuerte que fue un milagro que no se oyera en todo el apartamento. *Manualidades.* La palabra pasó por su mente como un relámpago con connotaciones peligrosas que prefirió ignorar.

—Podrías ayudarme con ese proyecto —terminó Sofía—. Con… el nuevo hogar de Paco.

Brooke la miró. Miró su nerviosismo contenido, esa mezcla rara entre fuerza y vulnerabilidad, entre control y algo que se asomaba por debajo, suave, inesperado. Y sintió un pinchazo cálido en el pecho. Una ternura que no pidió permiso.

Y entonces ocurrió.

La idea.

La más absurda, brillante, inevitable idea.

Brooke se enderezó, apoyó una mano en la pared como si necesitara sostener el peso repentino del plan que comenzaba a armarse.

—Sofía… —inició, con la voz un poco más baja—. Puedo ayudarte. Con la pecera. Con el proyecto. Con Paco y su reino acuático.

Los ojos de Sofía se entrecerraron apenas, alerta.

Brooke sonrió.

—Pero… quiero proponerte algo a cambio.

Sofía la miró con esa atención silenciosa que la desarmaba más que cualquier palabra.

—Mañana tengo una cita —explicó Brooke, acomodándose un mechón detrás de la oreja, intentando sonar casual y fallando estrepitosamente—. Con una chica. Se llama Joy. Es… preciosa. Es vegana, hace yoga, colecciona atardeceres, probablemente respira mejor que yo.

Sofía no dijo nada. Pero un músculo en su mandíbula se tensó.

Brooke continuó:

—Y… bueno… ya sabes cómo han sido mis citas recientes. *Desastres.* Caos. Emergencias médicas literales. Y por alguna razón misteriosa del universo… tú siempre terminas rescatándome.

Sofía resopló muy suavemente. Casi un oh, por Dios, aquí vamos de nuevo.

—Así que pensé… —Brooke se animó, los ojos brillándole como cuando estaba a punto de decir una estupidez creativa— …que podrías acompañarme. No en la misma mesa. Ni siquiera cerca. Solo… estar en el lugar. De lejos.

Silencio.

Brooke tragó saliva.

—Y si las cosas se ponen raras… pesadas… si Joy resulta ser otra mujer que mete mano de una… yo te mando un mensaje y tú simplemente… caminas hacia mí.

Más silencio.

—Y pones cara de ex tóxica y peligrosa —finalizó Brooke, orgullosa de su brillantez.

Sofía cerró los ojos un segundo.

Brooke juró que había contado tres pulsaciones en su cuello antes de que los volviera a abrir.

Sofía negó apenas con la cabeza —un gesto mínimo, casi imperceptible—, y Brooke sintió cómo el aire se le quedaba suspendido en el pecho, como si la respuesta negativa fuera algo que su cuerpo hubiera anticipado pero no querido aceptar.

—No creo que sea buena idea que yo… me involucre en tu «proyecto» —dijo Sofía al fin, con esa voz serena que usaba para sostener el mundo sin alterarlo.

Brooke reaccionó de inmediato, impulsada por esa mezcla de ansiedad, esperanza y dramatismo que la definía desde la cuna.

—Pero… ¡piénsalo! —se apresuró a decir, levantando las manos como si pudiera modelar la lógica en el aire—. Eres paramédica, eres como… mi bote salvavidas personal. O un amuleto. O un sistema anti desastres. Mira, ya sé que suena absurdo, pero no me juzgues todavía.

Sofía arqueó la ceja. Brooke lo tomó como un «continúa», aunque probablemente fuera un «detente».

—Solo sería una vez —insistió ella, avanzando un paso—. Te quedas en una mesa a distancia prudente, pides lo que quieras —señaló con las manos, amplia, dramática—. Y si la cita se pone rara, incómoda, o demasiado… intensa, yo te envío un mensaje. O una señal. Algo tipo… «necesito que vengas a poner cara de ex tóxica y peligrosa». Una actuación pequeña. Te saldría genial.

Sofía abrió la boca; Brooke no la dejó.

—Además, tú ya tienes experiencia rescatándome —añadió, en tono casi solemne—. Lo haces muy bien, Cruz. Eres como… —buscó una palabra, la encontró, se arrepintió, la dijo igual— …mi guardaespaldas emocional.

Sofía exhaló, lenta. Negó otra vez. Brooke sintió cómo se le agitaba el corazón en un acto reflejo de necedad pura.

—Sofía, por favor —insistió, dando otro paso, esta vez más cerca, demasiado cerca—. No tienes que hablar, ni intervenir, ni pelearte con nadie. Solo… estar. Un poco. Por si acaso.

La paramédica volvió a negar. Brooke, sin saber de dónde sacaba tanta valentía —o tanta estupidez—, alzó la mano y la tomó suavemente de la suya, guiándola hacia el sofá.

—Ven, siéntate —pidió, apenas por encima de un susurro.

Sofía dudó, pero no se apartó. Caminó hasta el sofá y se sentó, rígida al principio; Brooke se acomodó frente a ella, tan cerca que podía notar pequeños detalles que hasta ese momento habían pasado desapercibidos: las motitas doradas en los ojos marrones de Sofía que brillaban con la luz del apartamento, el pequeño lunar justo encima de su ceja izquierda, la forma en que respiraba más profundo cuando estaba incómoda, el olor cálido y suave —dulce, limpio— que la envolvía y que de pronto se volvió peligrosamente difícil de ignorar.

Brooke tragó saliva.

Y supo, con absoluta claridad, que estaba demasiado cerca.

Demasiado cerca.

Pero no se movió.

—Ayúdame —pidió en voz baja, casi temblorosa, como si la palabra le saliera directamente desde alguna parte expuesta—. Solo esta vez. Y yo te ayudo con la casa nueva de Paco. Un trato justo, ¿no?

Sofía sostuvo su mirada un segundo más de lo que era razonable, como si buscara algo en ella que Brooke no sabía si podía ofrecer. Luego desvió la vista, retiró lentamente su mano de entre las de Brooke y dejó que un suspiro escapara de su pecho, resignado… pero no frío.

—Está bien —murmuró al fin—. Pero solo esta vez.

Brooke sonrió, no una sonrisa educada ni nerviosa ni teatral, sino una sonrisa auténtica, limpia, que le atravesó el pecho con una claridad inesperada, y supo —con esa certeza que da el vértigo— que lo que acababa de conseguir no era solo un trato, sino el inicio de algo más, algo aún sin nombre ni forma, pero inevitable.

***

Ayudar a Sofía Cruz con la pecera de Paco parecía, en teoría, un plan sencillo: un par de instrucciones, algo de agua, una estructura básica, quizá un filtro o dos. En su cabeza, Brooke imaginaba algo adorable, casi Pinterest: luces LED suaves, plantas falsas flotando con elegancia y un pez contento nadando en círculos como si viviera en una comedia romántica acuática.

La realidad la golpeó en cuanto Sofía abrió la caja de materiales.

Había tubos, engranajes, silicona industrial, cables, un manual que parecía escrito por ingenieros rusos en plena Guerra Fría, y—por alguna razón que Brooke no logró descifrar—una pequeña sierra.

Una sierra.

—Esto… —murmuró Brooke, señalando el arsenal—, ¿seguro que no estás construyendo un submarino? ¿Un robot? ¿Una bomba casera?

Sofía soltó un resoplido que era casi una risa, una risa suave, escondida, imposible de ignorar.

—Es una pecera —respondió, como si eso explicara la presencia de herramientas suficientes para remodelar un baño—. Una pecera de veinte galones. Con filtración interna. Y un sistema de iluminación programable.

Brooke se encogió un poco.

—Claro. Simple. Cosa de todos los días. Como armar un reactor nuclear doméstico.

Sofía negó con la cabeza, pero Brooke alcanzó a ver el brillo entretenido en sus ojos. Y ese brillo, ese pequeño destello dorado

que la vecina solía esconder bajo capas de calma paramédica, le hizo sentir calor donde no debía.

Brooke carraspeó.

Respira, Dawson. No seas imbécil. No te enamores de la mujer que sabe usar una sierra. No otra vez.

—Pásame eso —dijo Sofía, señalando un tubo grueso de plástico.

Brooke lo tomó. O más bien, lo intentó. Porque el tubo decidió rodar por la alfombra justo cuando ella iba a agarrarlo, y Brooke, en un intento por atraparlo, terminó haciendo un movimiento que podría describirse como *una mezcla extraña entre una cabrita hiperactiva y un robot que aún está en fase beta.*

Sofía la atrapó del brazo justo antes de que cayera de boca contra la pecera vacía.

Otra vez.

Sofía siempre la atrapaba justo a tiempo.

Brooke deseó—muy brevemente, muy imprudentemente—que la soltara más tarde.

—Estoy bien —dijo Brooke, aunque su dignidad había muerto en combate hacía al menos veinte segundos.

—No pareció eso —respondió Sofía, con esa neutralidad perfecta que solo ella podía usar para disimular que estaba riéndose por dentro.

Brooke asintió con solemnidad.

—El tubo es traicionero. No es culpa mía.

—Claro —murmuró Sofía.

«Esa palabra, en esos labios… querida diosa lesbiana, ¿por qué era tan sexy una simple sílaba?»

Brooke se concentró en respirar.

Sofía volvió al proyecto como si nada la perturbara jamás: de rodillas en la alfombra, el cabello recogido en una coleta alta, la

camiseta gris levantándose apenas cuando se inclinaba hacia adelante, dejando ver una franja de piel firme, cálida, peligrosamente atractiva.

Brooke apartó la mirada tan rápido que casi se le descuadró el cuello.

—¿Puedes sostener esto? —preguntó Sofía, ofreciéndole una pieza larga de acrílico.

Brooke la tomó. Y por un segundo, demasiado breve, demasiado intenso, ambas manos—la de Sofía y la suya—rozaron el mismo punto en el borde.

Brooke sintió un chispazo eléctrico cruzarle los dedos.

Sofía solo retiró la mano con naturalidad.

Por supuesto. Porque Sofía no era una idiota, Brooke sí.

—Perfecto —dijo la paramédica, y comenzó a aplicar silicona con una precisión que Brooke jamás había logrado en ninguna actividad manual, excepto quizá comer sushi sin que se le cayera.

—¿Quieres que… lo sostenga así? —preguntó Brooke, intentando no parecer una poser inútil.

—Sí. Pero firme —indicó Sofía, sin levantar la vista.

Brooke tragó saliva y apretó los dedos sobre el acrílico.

—¿Así está bien? ¿Demasiado firme? ¿Poco firme? No quiero romperlo. Aunque supongo que puedo aprender, si la vida me enseña que debo romper cosas para progresar espiritualmente…

Sofía levantó la mirada, arqueando la ceja con ese talento suyo tan… devastador.

—Brooke.

—Sí.

—Solo sostén el acrílico.

—Ah. Sí. Eso hago. Sostengo. Acrílico. Soy acrílica.

Sofía presionó los labios juntos, claramente conteniendo la risa.

Brooke sintió el corazón intentar escaparse por la tráquea.

Sofía volvió a aplicar la silicona con la precisión metódica de quien podría ensamblar un satélite si se lo pidieran, y Brooke —por más que intentara concentrarse en el tutorial de YouTube, en la pecera a medio montar, en cualquier otra cosa— acabó observándola igual, atrapada por esos detalles que se revelaban poco a poco: la línea elegante de sus pómulos, el arco definido de sus cejas, la concentración absoluta que fruncía apenas su entrecejo y la forma en que una hebra suelta de su coleta se balanceaba contra la curva de su cuello cada vez que inclinaba la cabeza para revisar el borde del vidrio.

Y, por supuesto, el olor.

No el primero que había notado días atrás —aquel perfume cálido y limpio mezclado con cansancio y adrenalina—, sino algo más tenue y doméstico, como la versión nocturna de Sofía: un aroma suave que sugería jabón de avena, champú caro que no pretendía serlo y un fondo templado que Brooke no sabía clasificar… solo sabía que la hacía inclinarse un poco más hacia ella, como si ese olor tuviera una gravedad propia.

Miró hacia otro lado, disimulando con el arte torpe de quien nunca aprendió a disimular.

—Listo —dijo Sofía al fin—. Puedes soltarlo.

Brooke soltó el acrílico como si fuera una granada.

—Perfecto —añadió Sofía, levantándose. Brooke también se levantó… o intentó. Se tropezó con un cable. Sofía la sujetó otra vez.

Brooke cerró los ojos un segundo.

—Estoy bien —insistió.

—Lo sé —respondió Sofía—. Eres… resistente.

Brooke parpadeó. ¿Ese era un cumplido? ¿O una forma elegante de decir «torpe pero simpática»?

Sofía se apartó apenas un paso. Brooke sintió el hueco dejado por su cercanía como un impacto físico.

—Mañana —dijo Sofía, volviendo a las herramientas—, ¿a qué hora es tu cita?

La palabra «tu» sonó rara. Casi… personal.

Brooke se aclaró la garganta.

—A las siete. En un cafecito en Back Bay. Joy… la chica… es muy zen. Vegana. Flexible. Literalmente, hace yoga aéreo.

Sofía alzó la ceja.

—Peligroso.

—¿Por qué?

—Demasiada altura —respondió con total seriedad.

Y Brooke se echó a reír. Una risa completa, rota, suave, inevitable.

Sofía la miró entre divertida y desconcertada.

Brooke tomó aire.

—Gracias por ayudarme con eso.

Sofía bajó la vista hacia la pecera incompleta, hacia los cables y los tubos y el futuro hogar de Paco.

Luego la miró a ella directamente.

—Gracias por ayudarme tú a mí.

Brooke sintió el corazón hacer ese movimiento extraño que Margaret describiría como «material narrativo valioso».

Y pensó, por primera vez, que tal vez Sofía no solo sería su guardaespaldas. Tal vez Sofía ya era algo más. Algo sin nombre, todavía. Algo que no quería entender… aún.

CAPÍTULO 10

SOFÍA

El turno había sido un desfile frenético de urgencias —un choque múltiple en el viaducto, un atragantamiento en un restaurante que casi termina en tragedia, una llamada falsa que los dejó maldiciendo en silencio—, pero finalmente, a media tarde, Sofía y Galloway estacionaron la ambulancia en la bahía de la estación con el cansancio adherido a la piel como una segunda camiseta. Él se dejó caer en el asiento del copiloto con un suspiro satisfecho, mientras desconectaba el cinturón con la parsimonia de quien ha sobrevivido a la mañana por pura terquedad.

—Hoy salgo libre —anunció, con una sonrisa que le subió hasta las sienes—. Mi esposa y yo celebramos ocho años. Cena en el sitio caro, el de las porciones mínimas y el vino que no sé pronunciar.

Sofía permitió que una sonrisa cansada le suavizara el rostro.

—Felicidades, viejo. Ocho años es… bastante.

—Bastante milagro, querrás decir —rió él, estirándose como un gato satisfecho—. ¿Y tú? ¿Planes? ¿O piensas tirarte en el sofá con Paco a ver videos de peceras?

Sofía cerró la puerta de la ambulancia, sintiendo cómo el metal vibraba contra su palma. Una parte de ella quiso responder con la verdad; otra parte, más sensata, la frenó justo a tiempo.

—Tengo un plan, sí —dijo, como si no fuera nada—.

Y entonces, inmediatamente después, la frase se le estrelló en la mente con el peso del absurdo.

Un plan.

Claro.

Un plan que consistía en presentarse, de modo voluntario, como guardaespaldas emocional de su vecina —una mujer que caminaba como un desastre adorable, hablaba como si el mundo fuera un escenario improvisado y la miraba con unos ojos que Sofía prefería no interpretar demasiado—. Un plan que no era un plan, sino un sí impulsivo que ahora parecía un sinsentido que llevaba su nombre escrito.

Galloway la estudió un segundo, sospechando quizás que había algo más detrás de esa respuesta tan neutra… pero finalmente solo asintió, satisfecho de que cada quien tuviera su vida bajo control, al menos en apariencia.

Sofía se recogió el cabello en una coleta rápida, intentando ignorar la punzada de conciencia que le recordaba que nada, absolutamente nada de esto, encajaba con la persona que ella solía ser.

Un plan.

Ajá.

Patético no era exactamente la palabra… pero tampoco estaba tan lejos.

Empujó la puerta del vestuario con el hombro, el cansancio instalado en cada articulación como una segunda piel. El turno había sido largo —más largo de lo que debería permitirse un viernes— y ahora lo único que quería era una ducha caliente que le aflojara los músculos antes de enfrentarse a lo que fuera que estaba a punto de hacer por su vecina.

Guardaespaldas emocional.

Dios.

El pensamiento volvió como un mal chiste, y Sofía negó para sí misma mientras dejaba el bolso en el banco metálico. Galloway se habría reído durante semanas si lo hubiera dicho en voz alta.

Abrió la ducha y el vapor llenó el pequeño cubículo en cuestión de segundos. Se deshizo de la ropa con movimientos automáticos,

casi mecánicos, y cuando el agua caliente le cayó sobre los hombros, el día entero se desprendió de ella en capas, como si la ciudad entera—sus accidentes, sus urgencias, sus certezas rotas—se escurriera por el desagüe.

Y ahí, en el silencio templado del agua golpeando la cerámica, apareció el recuerdo.

No porque quisiera, sino porque así funcionaban ciertos fantasmas.

Vanessa.

Su nombre cruzó la mente de Sofía sin permiso, con la misma suavidad que siempre había tenido al pronunciarlo, incluso años atrás. Bastó ese solo pensamiento para que el vestuario industrial y el olor a desinfectante se transformaran, por un instante, en una terraza pequeña de Jamaica Plain iluminada por luces de Navidad a medio colgar; bastó cerrar los ojos para oír de nuevo aquella risa —alta, cálida, imposible— que había llenado esa noche de verano como si fuera un idioma propio.

La primera cita.

Vanessa había llegado tarde, maquillada de prisa y con un mechón rebelde escapando de la coleta. Había pedido disculpas en mitad de una carcajada mientras explicaba que había quemado la lasaña del vecino por intentar «regañarla telepáticamente desde la cocina». Sofía, que por entonces todavía funcionaba a base de rigidez y protocolos emocionales, había tardado casi diez minutos en entender que esa mujer vivía en un universo propio donde todo era más brillante, más ruidoso, más vivo.

Recordó la música sonando desde un parlante diminuto, Vanessa tomándola de las manos sin pedir permiso, girándola torpemente sobre la terraza hasta que la luna y las risas de ambas terminaron disolviéndose en un beso que le había cambiado el eje al mundo.

Recordó también cómo cantaba con dos tragos encima, voz ronca, desafinada y feliz, mientras inventaba letras a mitad de

camino porque ninguna canción le pertenecía tanto como la historia que decidía contar en ese instante.

Recordó el refrigerador siempre lleno —siempre lleno— de frutas, de salsas, de platos que Sofía jamás habría tenido el tiempo ni la paciencia para cocinar. Recordó cómo Vanessa bailaba por la cocina descalza, cómo la abrazaba por la espalda mientras ella preparaba café, cómo convertía hasta el martes más roto en algo que parecía tener sentido.

Y luego, inevitablemente, recordó lo demás: la ausencia que se instaló como una sombra en los rincones del apartamento, el silencio espeso que sustituyó a la música y a las risas, la voz quebrada de Galloway aquella mañana gris en la estación cuando pronunció su nombre con una gravedad que Sofía comprendió al instante, el hospital con su olor a desinfectante y miedo, y la colisión que no pudieron revertir, ese instante irreversible que le arrebató a Vanessa y dejó un espacio que ninguna rutina, ningún turno interminable y ninguna distracción había logrado llenar desde entonces.

Recordó que hacía dos años que no escuchaba esa risa y sin embargo la seguía oyendo en los momentos más inesperados, como ahora, debajo de la ducha, justo antes de salir a cumplir un favor absurdo para una vecina caótica.

El agua caliente siguió corriendo, implacable, mientras la memoria hacía su trabajo habitual: venir, doler, quedarse un momento… e irse.

Sofía apoyó la frente contra la pared húmeda, respiró hondo y dejó que el recuerdo se desvaneciera con la misma delicadeza con la que había llegado. No era tristeza pura lo que sentía —eso había quedado atrás después de tantas noches difíciles— sino algo más suave, más templado, como la marca tenue de una cicatriz que ya no pide atención, pero sigue ahí, definiendo el mapa.

Finalmente cerró el grifo, tomó la toalla y se obligó a volver al presente.

Era viernes. Tenía planes. Planes que no sabía explicar sin morir de vergüenza… porque implicaban vigilar discretamente a una mujer que le había pedido, con ojos grandes y una lógica cuestionable, que la rescatara en caso de que su cita saliera mal.

Sofía se vio a sí misma en el espejo empañado, el cabello recogido, las ojeras profundas, la mirada firme.

Patética no era, y prudente tampoco encajaba del todo en la ecuación, pero aun así —y contra cualquier lógica que se suponía regía su vida— se descubría dispuesta a hacerlo; y lo inquietante no era el acto en sí, sino la certeza creciente de que había un motivo muy claro detrás de esa disposición absurda, un motivo con nombre y apellido, con rímel corrido y una capacidad casi científica para meterse en problemas que desafiaba cualquier estadística médica que ella hubiera estudiado. Brooke Dawson.

***

El restaurante elegido por la cita de Brooke —*según Brooke, un sitio perfecto porque «Joy vibra en modo bohemio»*— resultó ser un espacio sorprendentemente acogedor, cálido en exceso para el gusto pragmático de Sofía, con lámparas colgantes hechas de vidrio soplado, mesas de madera que parecían haber sido recuperadas de algún taller artesanal, y un murmullo constante de conversaciones que intentaban sonar profundas. Desde su rincón apartado, una mesa minúscula que parecía haber sido reservada para clientes que querían ser ignorados —o espiar discretamente—, Sofía observó el lugar con cautela: demasiadas velas encendidas, demasiados vinos de origen impronunciable, demasiadas plantas que nadie regaba en público. No era su ambiente; ella prefería algo más concreto, más directo, más… real. Un plato de nachos grasientos y un partido de los Red Sox, por ejemplo.

Sin embargo, allí estaba. Con una cerveza que había empezado fría y que ahora se había transformado en una declaración tibia de mala elección, sentada de lado para poder tener a la vista la mesa donde Brooke y su cita conversaban. Conversaban mucho. O quizá era Joy la que hablaba y Brooke la que asentía con esa sonrisa suya,

luminosa incluso desde la distancia. El contraste le resultó tan inesperado que Sofía casi rió: la chica de la app —pelo negro azabache, largo, delicadamente ondulado, sonrisa perfecta, postura impecable— parecía sacada de un anuncio de meditación guiada, mientras Brooke, incluso en esa distancia, en ese rol de «primera cita prometedora», irradiaba algo que escapaba a cualquier intento de perfección.

Y fue allí, entre un sorbo forzado de cerveza y un intento poco convincente de concentrarse en su plato —una especie de pasta vegetariana que Brooke había recomendado y que Sofía ya lamentaba haber pedido—, cuando la conciencia le cayó encima con peso quirúrgico: *qué demonios hacía allí*. Debería estar en su apartamento, tirada en el sofá, disfrutando el partido, gritando a la pantalla cuando los Red Sox desperdiciaran otra jugada que parecía imposible arruinar. Y, sin embargo, había cambiado todo eso por sentarse en un restaurante bohemio, esperando que su teléfono vibrara con un mensaje que dijera algo tan ridículo como: «es tu momento de brillar como la ex tóxica y peligrosa».

Patético. Y aun así, allí estaba. Vigilante. Atenta. Ridículamente disponible.

La vibración del móvil resonó sobre la mesa como un disparo en medio de un duelo. Sofía lo miró, ya con el pulso elevándose de una manera que no pensaba admitir ni bajo tortura; al ver en la pantalla el mensaje de Brooke —*«Ahora. Por favor»*— dejó el plato a un lado, respiró hondo y se levantó con la determinación silenciosa de quien ha entrenado años para entrar en escenas de caos… aunque jamás en mesas de citas fallidas.

A mitad de camino, se obligó a caminar normal. No correr. No parecer ansiosa. Solo *avanzar*, ignorando el pensamiento absurdo y traicionero de que estaba a punto de interpretar el papel más ridículo de su vida: el de ex tóxica que viene a «marcar territorio». Todo por una mujer que no sabía comer pizza sin llorar ni elegir tacones sin romperse un tobillo.

Cuando llegó a la mesa, Joy levantó la vista, primero con una sonrisa automática —la misma sonrisa perfecta que parecía venir de fábrica—, pero en cuanto posó los ojos sobre Sofía, esa curvatura se tensó, apenas perceptible, aunque suficiente para que Sofía sintiera que la estaban evaluando como si fuera un objeto de decoración que no combinaba con el resto.

Brooke, por supuesto, entró en pánico al instante.

—Ah… eh… *hola* —balbuceó, tan rápido que casi se atraganta con su propio aire—. Qué… qué sorpresa. No esperaba… *esto*.

Sofía apoyó una mano en el respaldo de la silla de Brooke —no demasiado cerca, pero lo suficiente para que pareciera una decisión deliberada— y logró una expresión que, esperaba, se acercara al concepto sociológico de *amenaza contenida*.

—Brooke —dijo, con voz tranquila, neutra, profesional—. Necesito hablar contigo un momento.

La reacción de Joy fue un poema. Un poema de terror psicológico.

—¿Disculpa? —preguntó, ladeando la cabeza con una suavidad que no alcanzaba a disimular la molestia—. ¿Quién… eres?

Brooke tragó saliva. Sofía sintió que la mesa entera vibraba con los nervios ajenos.

—Ella es… eh… —Brooke se quedó en blanco. Un blanco nuclear. Un vacío espiritual.
Sofía decidió intervenir antes de que su vecina improvisara alguna barbaridad —*«mi primo lejano», «mi terapeuta», «mi dealer emocional»*—.

—Soy Sofía —dijo, inclinando apenas la cabeza hacia Joy—. La ex.

Joy parpadeó una vez. Dos veces. Tres.

—¿La… ex? —repitió, con un tono tan medido que podría haber sido empleado por un cirujano antes de anunciar una mala noticia.

Brooke asintió, demasiado rápido para resultar creíble.

—Sí. Mi ex. Bueno, *una* ex. No la única. Pero sí… esta. Una de ellas. De las importantes. Pasó por mi vida como… como un… —Sofía vio claramente el instante en que la mente de Brooke buscó una metáfora, encontró cien, descartó noventa y nueve y se aferró, trágicamente, a la peor— …huracán. Pero un huracán… útil. Ya sabes.

Brooke seguía hablando. Y hablando. Y hablando.

Sofía, plantada al lado de la mesa como si acabara de irrumpir en un interrogatorio federal y no en una cita romántica, observaba cómo las palabras salían de la boca de Brooke con una fluidez que desafiaba por completo todo lo que sabía sobre inhibiciones sociales.

Joy parpadeó, no una sino dos veces, como si intentara distinguir si aquello era humor, trauma o ambas cosas mezcladas en un cóctel extraño. Sus ojos —muy grandes, muy delineados, muy seguros de sí mismos hasta hace treinta segundos— ahora tenían un matiz nuevo: cautela.

Sofía entendió ese matiz. Lo veía en los pacientes cuando alguien decía *«solo me duele un poquito»* antes de desmayarse.

Brooke, por supuesto, no lo notó.

—Y bueno —continuó, ya completamente fuera de control—, aquí está. Mi huracán. Mi ex… —La voz le subió medio tono. Luego otro. Luego otro más—. Pero estamos bien. ¿Verdad, Sofía?

Sofía respiró hondo, preparándose para entrar en el personaje menos compatible con su existencia: *la ex tóxica*.

Miró a Joy. Luego a Brooke. Luego otra vez a Joy.

Y dijo, con la voz más serena que pudo reunir:

—Ajá.

Fue un *ajá* calculado. Con peso. Con una sombra vaga de amenaza… o al menos eso intentó, porque era difícil amenazar a alguien cuando la única intención real era sacar a Brooke de un aprieto sin reírse en su cara.

Brooke asintió con tanta fuerza que el pendiente izquierdo tintineó.

—¿Ves? —añadió, señalándola con ambas manos, como si Sofía fuera una prueba viviente en un juicio—. Civiles. Maduras. Centraditas. Todo súper sano.

Sofía cerró un segundo los ojos. Solo un segundo. Lo suficiente para preguntarse, con un nivel de paciencia que bordeaba la santidad, *por qué diablos había aceptado esto*.

Joy inclinó la cabeza. No parecía convencida. Para nada.

—Entonces… ¿ustedes dos ya no están juntas? —preguntó, eligiendo cuidadosamente cada palabra como si desactivara una bomba.

Brooke soltó una risa nerviosa que tuvo la misma consistencia emocional que un papel mojado.

—No, no, no. Para nada. Ya no. O sea, sí… pero no. Fue. Ya no es. Ahora solo somos… amigas. ¿Verdad, Sofía?

Sofía quería decir *«no tengo idea de lo que somos en este momento»*, pero optó por la opción más simple.

—Correcto.

Joy entrecerró los ojos. La evaluaba. Era impresionante la rapidez con la que el zen vegano podía transformarse en instinto de supervivencia pura.

Brooke, en un intento desesperado por reforzar su absurda narrativa, apoyó una mano sobre el antebrazo de Sofía. Un contacto ligero. Cálido. Breve.

Peligroso.

—Ella me cuida —añadió, como quien confiesa un secreto que nadie había pedido—. Mucho.

Sofía no supo qué hacer con ese calor inesperado en el pecho. Ni con el temblor casi imperceptible que recorrió la voz de Brooke. Ni

con la forma en que Joy las miraba ahora: no con sospecha… sino con una curiosidad nueva, distinta, afilada.

La clase de curiosidad que podía arruinar una cita en cuestión de segundos.

Sofía tragó saliva, sintiendo que había llegado el momento de intervenir de verdad.

Se inclinó un poco hacia Joy —lo justo para que pareciera natural, pero lo suficiente como para marcar un límite— y con la voz baja, tranquila, profesional, dijo:

—Todo está bien. Solo necesitaba asegurarme de que Brooke estuviera cómoda. Ya me voy.

Joy la observó, intentando leer entre líneas. Sofia sostuvo la mirada, sólida, sin parpadear.

Joy cedió primero.

Brooke lo sintió. Lo celebró con una sonrisa torpe.

Sofía dio un paso atrás para retirarse… pero entonces escuchó a Brooke susurrar:

—Gracias.

Solo eso. Pero dicho con un tono tan vulnerable, tan real —tan Brooke— que Sofía se quedó un segundo más del necesario.

Demasiado.

Y Joy lo notó.

***

El zapping era inútil. Sofía lo sabía, pero aun así seguía presionando el botón del control remoto como si, con suficiente insistencia, algún canal pudiera ayudarla a olvidar la absoluta ridiculez que había protagonizado en aquel restaurante bohemio, con luces cálidas y mesas diminutas que parecían diseñadas para conversaciones íntimas, no para irrupciones dramáticas en calidad de *ex tóxica de utilería*.

Habían pasado horas desde aquello.

Horas.

Y ni un mensaje.

Ni una llamada.

Nada.

Brooke podía estar en su apartamento, dormida como un lirón. Podía estar borracha en algún bar. Podía —aunque esa idea le tensó el estómago más de lo que estaba dispuesta a admitir— haber decidido continuar la noche con Joy y su sonrisa automática. Podía estar en cualquier parte y, sin embargo, el silencio se sentía como una interrogante suspendida justo sobre el pecho de Sofía.

Cambió de canal otra vez.

Otro partido repetido. Otra película antigua. Otro programa de cocina que prometía *la mejor lasaña del mundo* y que sabía que jamás intentaría preparar. Nada servía.

Y entonces el timbre sonó.

Una sola vez. Casi tímido. Como si quien estuviera al otro lado dudara de merecer ser escuchada.

Sofía dejó el control sobre el sofá y se incorporó, sintiendo ese latido extraño —ese que aparecía solo con una persona concreta— golpearle justo bajo la clavícula. Caminó hasta la puerta con una mezcla de cautela y… algo más suave, algo que prefería no analizar a medianoche.

Abrió.

Y ahí estaba Brooke.

Coleta deshecha, mejillas rosadas por el frío de Boston o por otra cosa que Sofía no quería interpretar demasiado rápido, abrigo abierto, manos metidas en los bolsillos como si necesitara contener toda la energía nerviosa que vibraba alrededor de su cuerpo. Y una sonrisa pequeña, tan modesta que apenas se sostenía en el borde de sus labios, pero que a Sofía le cayó encima como un alivio que no sabía que había estado esperando.

—Hola —dijo Brooke, con voz suave, una voz casi avergonzada de existir.

Sofía se hizo a un lado sin pensarlo, dejándole espacio para entrar. El gesto fue instintivo, tan natural como respirar.

—Pasa —murmuró.

Brooke dio dos pasos dentro del apartamento, miró alrededor como si buscara pruebas de que la estaban recibiendo de verdad y luego soltó un suspiro que sonó sospechosamente a liberación.

Hubo un intercambio de cortesías breves —un *¿llegaste bien?* de Sofía y un *no quería molestarte* de Brooke— y luego un silencio que, lejos de incomodar, parecía expandirse para abrir espacio a lo que venía.

Brooke jugó un segundo con la manga de su abrigo.

—Antes de contarte… cómo terminó todo —empezó, tragando saliva como si necesitara lubricar palabras complicadas— debería… explicarte por qué te envié la señal. La… *señal*. Ya sabes.

Sofía cruzó los brazos, apoyándose apenas en el marco de la cocina, en un intento fallido de parecer indiferente o profesional, como si realmente hubiera ido al restaurante solo para cumplir un papel y no porque… bueno. Porque era Brooke.

—Te escucho —dijo.

Brooke abrió los ojos grandes, como si aún no creyera lo que había vivido esa noche.

—Pues… —respiró hondo, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un segundo, como quien prepara su alma antes de pronunciar una tragedia— Joy me estaba invitando a… algo. A una… experiencia.

Sofía arqueó una ceja. Solo una. Y Brooke, por alguna razón, siempre notaba ese gesto.

—¿Una experiencia? —repitió Sofía, con la calma entrenada de quien ha escuchado excusas imposibles en ambulancias a las tres de la mañana.

—Sí. Una cosa… tántrica. Pero no «tántrica normal», sino tántrica con otra persona. Y tal vez otra más. Honestamente creo que había una mención a un tambor. O un cuenco tibetano. No estoy segura. Todo pasó tan rápido… —Brooke hizo un gesto con las manos, como si intentara reconstruir aquel caos en el aire— y yo… yo entré en pánico. Literalmente pánico. Y pensé: «¿qué hago?» Y pues… te escribí. Porque tú siempre… ya sabes… me rescatas.

El corazón de Sofía dio un salto que fingió no sentir.

—Claro —dijo únicamente. Nada más. Nada menos.

Brooke abrió los ojos, mordiéndose el labio, incapaz de ocultar la vergüenza ni ese destello de diversión desordenada que siempre surgía cuando relataba sus desgracias.

—Y bueno… eso. Salí corriendo. Literalmente. O sea, no *corriendo*, pero sí… corriendo emocionalmente. Ya entiendes.

Sofía la observó.

La coleta torcida. El rubor en las mejillas. La tensión mínima en los hombros. La forma en que sus dedos jugaban con el borde del bolsillo, inquietos.

Y, por un momento breve pero poderoso, sintió algo parecido a ternura mezclada con una fascinación completamente inconveniente.

—¿Y Joy? —preguntó al fin.

Brooke soltó una risa tan suave y tan cansada que parecía un suspiro disfrazado.

—Creo que se fue a meditar con su cuenco tibetano… —dijo Brooke, llevándose una mano a la frente con solemnidad dramática —, o con sus amigos tántricos, o con quienquiera que practique esos rituales que requieren más flexibilidad emocional que física.

Sofía parpadeó una vez, despacio. No porque no entendiera la broma, sino porque su cerebro intentaba procesar simultáneamente *esa* imagen, *la otra* imagen —la de Joy proponiendo un trío— y el hecho indiscutible de que Brooke Dawson estaba sentada en su sofá,

despeinada, sonrojada, gesticulando como si narrara un evento paranormal.

El quiebre fue inevitable: un suspiro que era mitad risa, mitad incredulidad.

Brooke levantó la mirada, como si buscara confirmación de que su comentario no había sido un desvarío absoluto.

Sofía negó con la cabeza, pero con una suavidad casi indulgente.

—No sé qué es peor —murmuró—: que alguien tenga amigos tántricos o que tú atraigas este tipo de experiencias como si fueras un imán para el caos.

Brooke abrió la boca para responder, pero solo salió un sonido indefinido, entre protesta y risa, mientras se hundía un poco más en el sofá… como si quisiera desaparecer en el respaldo.

—Y después de que te fuiste —continuó, haciendo un gesto circular con la mano como si quisiera resumir un desastre en una frase—, Joy empezó a comportarse rara. Rarísima. Esas sonrisas que parecen sinceras pero no lo son, ¿sabes? Como cuando alguien te ofrece té de jengibre y en realidad te está dando castigo líquido.

A Sofía se le escapó una exhalación breve, el equivalente a su risa.

Brooke siguió, animada por lo que fuera que había visto en el rostro de Sofía.

—Y entonces, de pronto, me suelta que no le gustan los rollos con exes celosas. Así, directo. Como si yo fuera el tipo de persona que se deja arrastrar por dramas ajenos. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. O sea… técnicamente no soy ese tipo de persona. Bueno. No siempre. Pero esta vez ni siquiera contaba. Porque tú…

Se detuvo.

Sofía inclinó apenas la cabeza. No dijo nada. Pero algo dentro de ella se tensó, un hilo fino y sensible que vibró de forma inesperada.

—Porque tú no eres mi ex —terminó Brooke, casi atropellando las palabras—. Y tampoco estabas celosa. Y además Joy estaba completamente equivocada.

Sofía no estaba segura de por qué la frase anterior le provocó esa sensación extraña, un tirón leve detrás del esternón, como si algo hubiera sido jalado sin permiso.

Brooke respiró hondo, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—Lo más absurdo —prosiguió Brooke, llevándose un mechón detrás de la oreja sin mirar a ningún sitio en particular— es que me dijo que notaba *mucha* química entre nosotras. —Hizo una pausa, tragando saliva, con la vista fija en sus propias manos como si temiera levantarla—. Entre tú y yo, quiero decir. Química de pareja… lo cual es ridículo, claro. Porque eso es imposible. Somos amigas… bueno, vecinas. Amigas. ¿Socias, tal vez? No sé. —Soltó un suspiro torpe, casi una risa nerviosa—. En fin.

Sofía la observó por un segundo demasiado largo. Un segundo en el que su cerebro analítico trató de archivar esa información en la categoría correcta. No lo logró.

Brooke, nerviosa, llenó el silencio.

—Y al final se despidió. Así, de golpe. Dijo que había sido un gusto conocerme, que esperaba que resolviera mis… vínculos —torció la boca— y se fue. Y yo ahí, con mi dignidad en descuento y la cuenta del restaurante completa.

Sofía parpadeó, procesando.

No sabía qué le sorprendía más: que Joy hubiera imaginado una dinámica que no existía… o que Brooke pareciera tan afectada por la idea de que *sí* pudiera existir.

Acomodó la espalda contra el sofá, despacio, intentando parecer neutra.

—¿Pagaste toda la cuenta tú sola? —preguntó, con una seriedad que en realidad era su forma de suavizarle el golpe.

Brooke levantó las manos.

—¡Sí! Pagué sushi orgánico, vino biodinámico y un postre vegano que sabía a arrepentimiento. Arrepentimiento con cacao.

Sofía soltó una risa pequeña, incapaz de contenerse.

Brooke la miró entonces, con esa mezcla de vergüenza, orgullo y vulnerabilidad que Sofía todavía no sabía cómo manejar sin querer extender la mano y sostenerle algo, lo que fuera, aunque no se lo pidiera.

La noche se deslizó entre ellas como un paréntesis.

Brooke se encogió un poco, más tranquila, más ella.

—Gracias —murmuró después de un rato, sin mirarla directamente—. Por aparecer. Por venir cuando te lo pedí.

Sofía soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Y respondió, con la voz baja, casi un susurro:

—Para eso era el trato, ¿no?

Pero incluso mientras lo decía, supo —con una claridad que la incomodó profundamente— que ya no tenía nada que ver con el trato.

Y Brooke, sin saberlo, sonrió como si lo hubiese escuchado igual.

CAPÍTULO 11

BROOKE

El sábado por la tarde, Brooke estaba sentada frente a su escritorio, rodeada de tazas a medio vaciar y notas dispersas que intentaban —sin demasiado éxito— organizar sus impresiones del encuentro con Joy. Había escrito ya tres versiones distintas del mismo párrafo y ninguna lograba capturar el caos razonablemente elegante que, según Margaret, debía transmitir. Volvió a leer sus apuntes, subrayó una frase, tachó otra, y terminó soltando un suspiro tan largo que su portátil pareció exhalar con ella.

El móvil vibró junto a su codo.

Un mensaje de Landon.

¿Podemos vernos esta noche?

Brooke cerró la pantalla sin responder, como si el solo acto de ignorarlo pudiera aplazar indefinidamente todo lo que significaba hablar con él. No estaba segura de querer esa conversación. No estaba segura de querer ninguna conversación que no incluyera comida y su cama.

Sintió otra vibración en el móvil, esa notificación brillante y casi insolente de la app de citas que insistía en recordarle que el mundo seguía girando sin esperar a que ella resolviera su propio caos interno, y al abrirla encontró tres solicitudes nuevas —dos hombres y una mujer— desfilando ante sus ojos como si todo aquello no la estuviera agotando un poco más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Apoyó la frente en la mano antes de deslizar el dedo por la pantalla; el primero parecía coleccionar fotos de gimnasio; el segundo, de motocicletas; la mujer, por su parte, posaba con un

perro y un filtro de flores que prometía más alergias que compatibilidad. Revisó los perfiles con la desgana de quien revisa el correo no deseado y se preguntó, con una mezcla de cansancio y lucidez tardía, si realmente valía la pena ese esfuerzo mecánico por encontrar a alguien que encajara en la historia que ella decía querer. Si *de verdad* entre todos esos rostros, todos esos intentos, se escondía la persona ideal.

Se dejó caer hacia atrás en la silla.

Y entonces —porque la mente tiene un sentido del humor particularmente cruel— recordó la noche anterior.

Recordó la escena de la noche anterior en el apartamento de Sofía, la luz cálida del salón filtrándose sobre ambas mientras se sentaban juntas en el sofá, demasiado cerca para pretender que era casual, lo bastante lejos como para fingir que no lo notaban. Recordó cómo, al inclinarse Sofía para escucharla, el leve roce de su brazo había encendido un cosquilleo absurdo en su piel, un calor que no tenía ninguna justificación práctica. Recordó su olor —limpio, sereno, un perfume discreto que no buscaba atención pero la desarmaba igual— y la forma en que su respiración parecía ajustarse, expandirse o contraerse, dependiendo de cuánta distancia hubiera entre ellas.

Y recordó, sobre todo, la frase que había pronunciado en voz alta, como si fuese una verdad absoluta:

«No tenemos química.»

Qué estupidez monumental.

Porque el cosquilleo que se le había instalado en el pecho cada vez que Sofía la miraba —o incluso cuando no la miraba, solo estaba ahí, respirando cerca— contaba una historia distinta. Una que no sabía escribir. Una que no entraba en ninguna estructura de artículo, ni en ninguna categoría de aplicación de citas.

Brooke se pasó una mano por la frente, frustrada consigo misma, consciente de lo ridículo, imprudente e, incluso, inevitable que resultaba todo aquello, porque lo peor —o quizá lo mejor— era que

lo sabía y, aun así, seguía deslizando a la derecha en lugares donde tal vez ya no tenía nada que buscar.

***

Landon llegó pasadas las seis —puntual, pero con esa puntualidad nerviosa que siempre anunciaba tormenta— y, en cuanto Brooke abrió la puerta, la sujetó entre los brazos con una fuerza casi desesperada, un abrazo que no era saludo sino auxilio, un pedido silencioso que ella reconoció antes incluso de corresponderle. Todo en él —la rigidez de sus hombros, la forma en que exhaló contra su cuello, el temblor leve en sus dedos— le advirtió que otra vez venía roto, que otra vez esperaba que ella recogiera los pedazos.

Brooke se tensó un segundo, se permitió sentir el estremecimiento automático —viejo reflejo, vieja costumbre— y luego lo separó con suavidad, colocándole una mano firme pero amable en el antebrazo para guiarlo hacia la sala.

—Pasa —dijo, intentando que la voz no sonara tan cansada como se sentía.

Landon obedeció sin soltar del todo esa melancolía pegajosa que arrastraba como un abrigo mojado. Se dejó caer en el sofá, pasó una mano por su cabello y la miró con esa mezcla de culpabilidad y necesidad que a Brooke siempre le provocaba un pinchazo incómodo detrás de las costillas.

—¿Cómo estás? —preguntó él—. La última vez que te vi estabas… bueno… bastante inestable.

Brooke sintió el rubor treparle por el cuello. Inestable. Qué palabra tan generosa para «borracha llorosa en proceso de autodestrucción social».

—Ya estoy mejor —respondió, ofreciéndole una sonrisa automática que no le engañó a nadie—. ¿Quieres algo de tomar?

Landon negó con la cabeza, mirando al vacío como si allí hubiera una grieta que todavía no sabía cómo nombrar.

Brooke se sentó a su lado, conservando una pequeña distancia —no por protocolo, sino porque últimamente su piel entendía demasiado bien qué significaba permitirle acercarse— y esperó.

Él tardó unos segundos, respiró hondo y finalmente habló con voz temblorosa:

—Lauren y yo lo dejamos.

Brooke no reaccionó de inmediato. No porque no lo sintiera, sino porque ese discurso —esa revelación trágica, ese anuncio de ruptura absoluta— se había repetido tantas veces, con tantas variaciones y dramatismos, que su primer impulso fue revisar mentalmente el historial de «lo dejamos» para saber en cuál capítulo estaban ahora.

—¿Estás seguro? —preguntó con cautela, casi con suavidad—. ¿No será otra de esas fases… ya sabes… «separados para pensar»? Ya han vuelto antes. Muchas veces.

Pero Landon negó con la cabeza, apretando la mandíbula con una mezcla de furia y dolor que no le había visto antes.

—No. Esta vez no. Esta vez se fue de verdad. Las cosas… las cosas se fueron a la mierda.

Brooke escuchaba a Landon hablar —o quizá solo emitir un lamento continuo y poco estructurado— mientras su mirada se perdía en un punto absurdo del cojín, preguntándose en qué momento de su vida se había convertido, otra vez, en terapeuta improvisada de su ex. Él aseguraba que esta vez sí, que lo de Lauren había terminado, que no era una de sus pausas dramáticas ni uno de sus rituales cíclicos de ruptura y reconciliación. Brooke asentía, porque era lo que siempre hacía, aunque por dentro una parte de ella se sentía cansada, vieja, casi ridícula por ser precisamente ella quien sostenía al hombre que alguna vez había querido… pero que ya no sabía dónde encajaba en su vida. Quizá ni él mismo lo sabía.

De pronto, sin transición lógica entre la tragedia amorosa y lo siguiente, Brooke sintió los labios húmedos de Landon presionarse contra su cuello. Un roce suave, conocido, automático, como un reflejo aprendido más que un deseo real. Era tan típico de él: podía

llorar por Lauren durante dos horas y, en el minuto siguiente, intentar meterse bajo su piel como si nada. Brooke contuvo el aliento; por costumbre, abrió un poco las piernas para que él se acercara más, para darle paso a un guion que ambos habían repetido demasiadas veces. Las manos de Landon encontraron su cintura, su boca subió hacia la mandíbula, el calor de su respiración le rozó la piel.

Pero entonces la mente de Brooke hizo lo que llevaba haciendo días: traicionarla… o salvarla.

Porque no vio a Landon.

Vio otra cosa. Otro rostro. Otra sonrisa. Ese gesto leve, casi imperceptible, que Sofía hacía cuando intentaba disimular algo que le preocupaba. La forma en que la luz encontraba el dorado escondido en sus ojos. La seriedad hermosa de su perfil cuando se concentraba. Y, sobre todo, la manera inexplicable en que Brooke se sentía más en calma —y más nerviosa— sentada a su lado que en cualquier otra parte.

El contraste fue tan brusco que el cuerpo de Brooke se tensó antes de que pudiera pensarlo; tomó aire, apartó ligeramente a Landon y negó con la cabeza.

—No —dijo, con una firmeza que rara vez usaba con él—. Esto no está bien.

Landon se detuvo como si le hubieran cortado el sonido. El rubor le subió rápido por el cuello y se dejó caer en el sofá con un suspiro derrotado, frotándose el rostro con ambas manos.

—Perdón… —murmuró, exhausto de sí mismo—. No sé qué estoy haciendo. Estoy hecho mierda, Brooke.

Ella lo observó, y por primera vez en años, lo vio realmente cansado. No el cansancio melodramático que él solía exhibir, sino algo más hondo, más humano, más triste.

Brooke abrió la boca para decir algo —cualquier cosa— cuando el timbre sonó.

Una única vez. Breve. Casi tímida. Y su pulso dio un salto traicionero.

Se apartó un mechón del rostro y se dio un segundo para alisarse la camiseta antes de abrir la puerta; no esperaba encontrarse a nadie y, desde luego, no esperaba que la visión al otro lado del umbral le hiciera perder el aliento de esa manera tan absurda: Sofía estaba allí, con una ceja manchada de sangre seca, un raspón que le cruzaba la mejilla y los labios tensos, como si todavía le doliera algo que no era estrictamente físico. Llevaba un botiquín en la mano, sostenido con esa firmeza práctica que la caracterizaba, y aun así había algo frágil en su postura que hizo que el estómago de Brooke descendiera unos centímetros.

—¿Qué pasó? —preguntó, la voz demasiado alta, demasiado preocupada, demasiado… genuina.

Sofía pidió pasar con un gesto breve y Brooke se hizo a un lado, dejando que el cuerpo de ella rozara el suyo apenas lo necesario para avanzar. Y sin embargo, fue suficiente para notar cómo Sofía se tensaba en cuanto la sala apareció a la vista y allí, en medio del sofá, Landon levantó la vista como un perro sorprendido bajo la lluvia. La reacción fue mínima, casi imperceptible, pero Brooke la vio: el endurecimiento de la espalda de Sofía, esa leve inclinación de la cabeza hacia un costado, como si le doliera algo más que el raspón.

—Perdón —murmuró Sofía, sin terminar de mirar ni a Landon ni a ella—. No sabía que estabas… ocupada.

Brooke negó enseguida, quizá demasiado rápido.

—No, no, está bien. Puedes quedarte.

Sofía dudó un instante, apenas un parpadeo vacilante, antes de asentir. Landon se puso de pie, claramente incómodo, con una expresión que Brooke conocía bien: la mezcla entre orgullo herido y territorialidad mal disimulada. Sofía bajó el rostro como si no quisiera entrar en ningún tipo de escena. Brooke, de pronto

agotada, les pidió a ambos que se sentaran, pero fue Landon quien habló primero.

—Creo que… ya me voy —dijo él, acercándose para darle un beso breve, tibio, un beso que no tenía nada del significado que solía buscar, y que sin embargo logró ruborizarla por reflejo, quizá porque sabía que Sofía estaba allí, mirando.

Brooke murmuró algo parecido a un «si quieres», pero no insistió. Landon prometió llamarla, se marchó sin mirar atrás y la puerta se cerró con un clic más liberador de lo que ella admitiría en voz alta.

Cuando se giró, Sofía la observaba con una intensidad que hizo que la garganta de Brooke se secara. No era juicio. No era celos. Era… algo más complicado, algo que nunca habría esperado ver en ese rostro tan controlado.

—Siéntate —dijo Brooke, apenas un susurro, y Sofía obedeció, dejando el botiquín sobre la mesa antes de acomodarse en el sofá con la rigidez de quien intenta contener un temblor interno.

Brooke se sentó a su lado, no demasiado cerca, pero lo suficientemente próximo como para sentir la vibración leve de la respiración agitada de Sofía.

—Cuéntame —pidió—. ¿Qué pasó?

Sofía tragó saliva, buscó palabras y estas salieron rotas, desordenadas, llenas de esa mezcla de rabia y miedo que Brooke jamás le había escuchado. Habló de Mariela, de Mauro, de un grito que no debió existir, de un golpe que no debió ocurrir jamás, de Juliana llorando en una esquina. Y Brooke sintió cómo algo en su pecho se apretaba, no solo por lo que escuchaba, sino por la forma en que la voz de Sofía se quebraba en determinados puntos, como si cada recuerdo fuera una astilla que aún dolía.

Sin pensarlo, pasó un brazo por encima de los hombros de Sofía y la atrajo hacia sí. Sofía no se resistió; apoyó la frente en su clavícula, dejó escapar un insulto ahogado, otro más, y Brooke le sostuvo el rostro entre las manos cuando las lágrimas resbalaron,

limpiándole con los pulgares los rastros de algo que nunca había querido verla sufrir.

—Intenté curarme yo misma —dijo Sofía al cabo de un momento, con una sonrisa torcida que no alcanzaba los ojos—, pero mis manos no están tan firmes como me gustaría. Y pensé que quizá tú podrías… ayudarme. Son superficiales, lo prometo.

Brooke sintió algo parecido a un latido en el cuello, una respuesta involuntaria a la vulnerabilidad de esa petición. Asintió, sonrió con ternura —la clase de ternura que jamás habría permitido que Landon viera— y murmuró:

—Siempre quise ser enfermera.

Sofía rió, y el gesto le dolió en los labios, lo cual hizo que riera un poco más, como si la contradicción fuera graciosa. Brooke se disculpó a media voz, retiró las manos de su rostro solo para abrir el botiquín, y se dispuso a limpiarle las heridas con una torpeza meticulosa, siguiendo cada indicación de ella como si fuera una receta sagrada.

Sofía apenas reaccionó cuando Brooke apoyó la gasa en su mejilla; se mantuvo inmóvil, demasiado inmóvil, como si la quietud fuera la única forma de mantener sus emociones dentro del cuerpo y no derramarlas sobre el sofá. Brooke trabajaba despacio, siguiendo al pie de la letra cada instrucción, consciente de la cercanía, del olor tenue a jabón, del calor que irradiaba la piel de Sofía incluso a través de la punta de sus dedos.

—Dime si te duele —murmuró Brooke, con la voz baja, casi reverente.

—Estoy bien —respondió Sofía, aunque el temblor imperceptible bajo su piel contaba otra historia.

Brooke deslizó la gasa un poco más arriba, rodeando el raspón con torpeza cuidadosa, y entonces, sin pensarlo —sin poder evitarlo — su pulgar rozó la mejilla herida con una caricia que no tenía nada de técnica médica. Fue un gesto mínimo, involuntario, pero

suficiente para que Sofía cerrara los ojos un instante, como si el mundo se le hubiera reducido a ese punto de contacto.

Y, de pronto, Sofía atrapó su pulgar.

No lo apretó. No lo jaló. Simplemente lo sostuvo… lo sostuvo con la delicadeza imposible de alguien que sabe partir huesos sin pestañear pero que, en ese preciso momento, parecía temer romper algo mucho más frágil.

Brooke sintió cómo el corazón le subía a la garganta, cómo el aire se volvía espeso, cómo todo —el botiquín abierto, la luz tenue del salón, incluso la sombra de la sangre seca en la ceja de Sofía— se plegaba alrededor de ellas dos, atrapándolas en un paréntesis del que no quería salir.

Y las motas doradas.

Dios, las motas doradas en los ojos de Sofía.

Siempre las había visto, siempre las había intuido, pero nunca de tan cerca, nunca con esa claridad que la dejaba sin defensa alguna. Sofía abrió los ojos, lentamente, y la mirada que le devolvió cayó sobre Brooke como una verdad que llevaba semanas evitándose.

Brooke no lo aguantó.

No pudo.

Se inclinó y la besó.

Fue un beso tembloroso, torpe en el borde, suave en el centro, nacido del vértigo y de esa acumulación de silencios que la habían estado desbordando desde hacía días. Sofía se tensó —Brooke lo sintió de inmediato: el leve endurecimiento de los hombros, la respiración contenida, el impulso casi imperceptible de retroceder— y Brooke, aterrada, empezó a murmurar una disculpa que no llegó a terminar.

Porque Sofía la calló con un segundo beso.

Uno distinto.

Uno que no temblaba.

Uno que pedía.

La boca de Sofía se abrió contra la suya con una intensidad contenida durante demasiado tiempo, y la lengua que rozó sus labios lo hizo con un permiso silencioso, un permiso que Brooke concedió sin pensarlo, devolviendo el beso como si su cuerpo hubiera estado esperándolo desde siempre, como si ese instante hubiese sido la única dirección posible de todas las decisiones que había tomado últimamente.

El mundo se redujo a calor.

A respiraciones entrecortadas.

A la mano de Sofía en su nuca, firme, segura, guiándola hacia un territorio que Brooke no sabía cómo nombrar. Brooke deslizó la mano por el cuello de Sofía, sintió la vibración leve de un suspiro contenido, siguió descendiendo por la clavícula hasta posarla, temblorosa, en su pecho.

Sofía se estremeció.

Un estremecimiento profundo, casi eléctrico.

Y entonces… se apartó.

No de golpe. No con rechazo. Sino con una suavidad tan dolorosa y tan cuidadosa que, por un segundo, Brooke deseó que hubiese sido brusca, porque al menos así sabría dónde pararse. Ahora, en cambio, solo podía mirarla, jadeante, con el labio inferior todavía húmedo, mientras intentaba descifrar la mezcla de emociones que cruzaban el rostro de Sofía: deseo, sí, pero también contención, sombra, miedo… y algo parecido al arrepentimiento.

Y ese algo fue lo que más le heló la sangre.

Porque Brooke, en ese instante, supo —con la certeza punzante de lo inevitable— que Sofía le encantaba. Mucho más de lo que debería. Mucho más de lo que estaba preparada para admitir en voz alta.

Pero lo que había en los ojos de Sofía…

Eso no sabía interpretarlo.

Y la incertidumbre le cayó encima como un peso imposible de nombrar.

Sofía apartó los labios primero, no de forma brusca —ella nunca hacía nada de forma brusca—, pero sí con esa precisión contenida que usaba cuando necesitaba poner distancia antes de perderse. Brooke sintió el aire fresco golpearle la boca, y apenas logró sostener su mirada antes de que Sofía hablara, en voz baja, rota en los bordes.

Sofía apartó la mirada primero, como si necesitara buscar aire en algún rincón de la sala donde Brooke no existiera; se incorporó un poco, aún demasiado cerca, aún con el aliento tibio entre ambas.

—Brooke… —comenzó, y el temblor casi imperceptible en su voz fue suficiente para que algo dentro de Brooke se tensara como un hilo—. Esto… nosotras… no creo que sea buena idea. Somos amigas. O… algo así. Y yo soy, según tus propias palabras, tu guardaespaldas emocional. Tú estás en plena fase de *citas a ciegas*, y es normal que estés confundida, y yo… —respiró hondo, buscando firmeza— yo no sé si puedo abrirme a algo así ahora.

Brooke asintió, aunque el movimiento le dolió en algún lugar que no tenía nombre. Tragó saliva, obligándose a no llorar, a no suplicar, a no hundirse.

—Claro… —murmuró, intentando que sonara ligero, como un chiste, aunque la voz le salió apenas hilada—. Y yo que pensé que, mínimo, debí haberme puesto un *spray* de aliento nivel exorcismo.

Fue un comentario torpe, triste, un intento de humor que se deshizo en cuanto tocó el aire.

Sofía cerró los ojos un instante, como si también le doliera.

Se puso de pie despacio, evitando tocarla, evitando mirarla demasiado. Brooke sintió un puño cerrarse en su garganta mientras la seguía con la mirada, sentada aún en el mismo sitio donde hacía segundos estaba besando a la mujer que ahora parecía desmoronarse desde dentro.

—Gracias… por esto —dijo Sofía al fin, señalándose la ceja herida, el pómulo limpio, la venda recién puesta; su voz apenas un hilo—. De verdad.

Brooke solo logró asentir.

Sofía tomó el botiquín, respiró como si el aire pesara, y se encaminó hacia la puerta.

Y cuando salió —sin un roce, sin una promesa, sin una mirada de vuelta— el departamento se quedó extraño, demasiado quieto, como si alguien hubiera apagado algo esencial.

Brooke se dejó caer en el sofá, los ojos ardiendo, no llorando del todo pero tampoco pudiendo sostener el peso de no hacerlo, preguntándose en qué momento exacto había empezado a sentirse tan poca cosa frente a una mujer que nunca había prometido nada… y aun así había logrado romperle algo sin tocarla.

***

Brooke no sabía en qué momento exacto del domingo había perdido la compostura, pero sospechaba que ocurrió alrededor de la cuarta cucharada de helado, cuando sus ojos empezaron a arder y su voz adquirió ese timbre tembloroso que anunciaba drama inminente. No era extraño, considerando que llevaba dos noches durmiendo mal, una mañana ignorando mensajes que no quería leer y, ahora, una tarde entera sentada en el sofá con una cubeta de helado entre las piernas como si fuera una fuente de estabilidad emocional.

April llegó —como siempre— sin tocar, usando la llave extra que Brooke le había dado «solo para emergencias» y que April interpretaba con la libertad artística de *«toda tu vida es una emergencia, cariño»*. Entró con una bolsa de compras y un café helado, se detuvo en medio de la sala, ladeó la cabeza y soltó un suspiro tan profundo que podría haber apagado una vela.

—Brooke Dawson —declaró, como si presentara un caso ante un jurado—. ¿Por qué pareces un cuadro impresionista de mujer devastada?

Brooke hundió más la cuchara en el helado.

—No estoy devastada —mintió, sin convicción.

—Claro —April dejó la bolsa en la mesa, se quitó el abrigo y se sentó a su lado, cruzando las piernas con elegancia desganada—. Y yo soy la heredera legítima de *Vogue*. Cuéntamelo todo. En orden cronológico, con nombres, fechas y notas al pie si es necesario.

Brooke inhaló profundamente, como si se preparara para sumergirse en agua helada.

—Bueno… —empezó—. Mi cita con Joy fue un desastre.

April arqueó una ceja.

—Eso ya lo sabía. Dijiste en tu audio que la mujer quería invitarte a un ritual tántrico con un tercero. Que, francamente, suena a título de documental de Netflix.

—Sí —Brooke apretó los labios—. También llevó su cuenco tibetano. No me preguntes. Ni siquiera sé si era un cuenco tibetano o un bowl de ensalada con aspiraciones espirituales.

April se rió.

—Continúa.

—Luego… —Brooke se removió—. Landon apareció. Ya sabes cómo es él. Triste, dramático, emocionalmente inestable…

—Como un cachorro mojado que aprendió a manipular gente en la universidad.

—Sí. Ese. Y bueno… estaba devastado por Lauren. Me abrazó. Me contó su vida. Lloró. Y… —cerró los ojos, avergonzada— intentó besarme.

April chasqueó la lengua.

—Brooke. Por favor dime que lo pateaste simbólicamente por un balcón.

—Lo detuve. Es decir… sí empezó a besarme, pero lo detuve. No quería… no podía.

April la miró con atención, como si buscara grietas en una escultura de mármol.

—Y no podías porque… —sugirió.

Brooke sintió el calor subirle por el cuello.

—Porque pensé en Sofía —admitió, con la voz pequeña—. Y después de eso, ya no pude seguir.

April se echó hacia atrás en el sofá, como si necesitara distancia para procesar.

—Ajá —murmuró—. Ya llegaremos a Sofía. Continúa.

Brooke apretó la cubeta entre las manos.

—Y entonces ella llegó. Lastimada. Con sangre en la ceja. Un raspón horrible en la mejilla. Parecía… —tragó saliva— parecía que necesitaba ayuda. Pero cuando vio a Landon, se tensó. Y luego… luego pasó todo tan rápido que ni siquiera sé por dónde empezar.

April levantó una mano.

—Respira. Y empieza por el beso.

Brooke abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabes…?

—Porque te conozco desde antes de que supieras usar correctamente un rizador de pestañas. Y porque tienes esa cara de «he arruinado mi vida con un beso maravilloso».

Brooke dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—Fue… fue intenso. Muy intenso. Ella me besó. Yo la besé. Y luego… se apartó. Me dijo que estaba confundida, que éramos amigas, que no quería cruzar límites. Me dio las gracias por curarla. Y se fue.

April se quedó en silencio unos segundos, algo raro en ella.

—Ay, Brooke —murmuró al fin, con una mezcla de cariño y desesperación—. Eres un poema trágico con piernas.

Brooke hundió de nuevo la cuchara en el helado sin mirar realmente el tazón, como si el movimiento fuese automático, un reflejo básico para sostenerse en pie. April, recostada en el otro extremo del sofá, la observaba con esa mezcla de paciencia y juicio silencioso que solo las amigas de larga data sabían ejecutar. Brooke abrió la boca para explicarse, pero en vez de eso le salió un suspiro tembloroso, y entonces las palabras comenzaron a derramarse sin control.

—No sé, April… —murmuró, fijando la vista en un punto neutro de la pared—. Creo que hay algo defectuoso en mí. Mi madre me dejó, ¿recuerdas? Y luego Dina… y Landon siempre fue esta puerta giratoria que me hacía dudar de todo. Y ahora ella… —hizo un gesto vago con la mano, como si la palabra *ella* fuera un objeto frágil que podía romperse si la pronunciaba de forma demasiado clara— ahora Sofía me rechaza. O me… desvía. O me… esquiva como si yo fuera una señal de tránsito. En fin. Supongo que es mi talento natural: la gente llega, me quiere un rato, se cansa y se va.

April parpadeó un par de veces, como si intentara determinar qué parte del discurso necesitaba más atención urgente.

—Ajá —dijo al fin, y el sonido fue quirúrgicamente preciso, casi un bisturí—. Entonces, para resumir: tu terapeuta interior del siglo XIX acaba de despertarse de la siesta y decidió dirigir esta narrativa trágica, ¿cierto?

Brooke frunció el ceño, cuchara en alto.

April continuó, con la voz suave… pero con filo.

—Cariño, Sofía no te *rechazó* —apoyó los pies en la mesa, con total descaro—. Te dijo que estaba asustada, confundida, emocionalmente en modo autopiloto, y que no sabe si puede abrir algo que claramente le duele. Tú lo tradujiste a tu idioma dramático habitual: «no soy suficiente, nunca lo seré, todo el mundo me abandona, bla bla bla». Es tu dialecto favorito.

Brooke abrió la boca para protestar, pero April levantó una mano.

—Y sobre los otros abandonos: tu madre se fue porque era una irresponsable emocional, Dina porque era una narcisista con certificado, y Landon porque es… Landon. Ninguno de esos casos es culpa tuya. Y *ninguno* tiene que ver con Sofía. —Se inclinó hacia ella, los ojos verdes fijos, brillantes—. Así que deja de usar tu vida como evidencia en un juicio que tú misma has amañado.

Brooke bajó la cuchara, de pronto demasiado consciente de lo ridícula que sonaba su letanía fatalista.

—Solo… —se frotó la sien, sin encontrar la palabra exacta— … solo se siente como si hubiera una maldición. Un patrón. Un… algoritmo defectuoso.

—Pues actualízalo —respondió April, sin perder el ritmo—. Porque si vas a seguir responsabilizándote de cada persona emocionalmente incompetente que se cruza por tu camino, necesitaré más helado. Y quizá un cóctel.

Brooke dejó escapar una risa débil, agradecida por el sarcasmo que siempre la aterrizaba.

April le arrebató el móvil con la destreza de una prestidigitadora y abrió la app de citas.

—Muy bien —dijo April, mientras deslizaba perfiles con el pulgar como quien hojea un catálogo de arte moderno que no pidió—. Dejemos de lamentarnos por tus tragedias griegas y veamos qué ofrece el mercado. Necesitas una victoria. O dos. O, por lo menos, alguien que no te invite a rituales tántricos colectivos.

Brooke dejó caer la cabeza hacia atrás y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Nunca vas a dejar de recordarme eso, ¿verdad?

—Jamás —respondió April con solemnidad teatral—. Es material histórico. De museo.

Brooke suspiró, recogiendo la cucharita del helado como si fuera un instrumento de defensa emocional.

—Solo… —titubeó— me pregunto qué siente Sofía en este momento. Porque yo no sé qué siento. Bueno… sí sé. Pero no debería sentirlo. Y además está mi trabajo, Margaret quiere contenido de calidad, auténtico, desgarrador, y yo estoy aquí comiendo helado como si eso fuera a resolver mi vida sentimental.

April rodó los ojos con una gracia casi profesional.

—Brooke, escúchame bien. La vida no se arregla con una sobredosis de helado, ni besando exes dramáticos que lloran en tu cuello, ni atendiendo a paramédicas hermosas que aparecen sangrando en tu puerta como si tu apartamento fuera una sala de emergencias emocional. —Le arrebató la cubeta con una mezcla perfecta de autoridad y afecto—. Necesitas hacer algo distinto. Algo que no sea castigarte o repetir lo mismo de siempre.

Brooke arqueó una ceja.

—¿Qué? ¿Meditar con Joy?

—Dios me libre —replicó April, ya rebuscando en su bolso—. Hablo de esto.

Sacó su propio teléfono y lo sostuvo en alto, como si fuera un arma secreta o un instructivo para reconstruir la voluntad humana.

—¿Aplicaciones de citas? —Brooke negó—. April, estoy agotada. Últimamente parece que solo conozco gente rara. O guapísima, pero peligrosa. O guapísima, pero emocionalmente inalcanzable. O…

—Guapísima, paramédica, vecina —enumeró April.

Brooke le lanzó una mirada homicida que solo consiguió que April sonriera más.

—Vamos —dijo ella, mostrando la pantalla—. Aceptemos solicitudes. Rechacemos otras. Divirtámonos. No por tu columna. No por tus traumas románticos. Sino porque, honestamente, cariño… necesitas salir de tu cabeza antes de que te declares guerra civil interna.

Brooke suspiró.

—No creo que funcione.

—No es para que funcione. Es para recordarte que existes más allá de los besos que no entiendes y los exes que no te sueltan.

Brooke se dejó caer contra el respaldo, agotada.

—Está bien. Un rato.

April sonrió como si hubiera ganado un premio.

—Perfecto. Empecemos con este —dijo, deslizando una solicitud hacia la derecha—. Se llama Kevin. Parece normal. Dice que le gustan los perros y las películas malas. Un buen comienzo.

Brooke negó con la cabeza, pero no pudo evitar reír.

—Muy bien. Ahora esta —dijo April, deslizando otra foto—. ¿Cómo se llama? Ah, Olivia. Tiene cara de chica que te arrastraría a una librería y te haría comprar novelas de casi cuatrocientas páginas. Me cae bien.

Brooke no comentó, porque una parte de ella —una parte demasiado grande— solo pensaba en una mujer que no estaba en ninguna app, que no sonreía con filtros pastel, que no fingía serenidad budista.

Una mujer que llegaba sangrando a su puerta, que se contenía incluso cuando la besaba, que la miraba como si doliera, como si temiera algo, como si quisiera algo más pero no pudiera nombrarlo.

April deslizó otra solicitud.

—¿Y este? ¿Lo aprobamos?

Brooke no respondió de inmediato. Levantó la vista del móvil, respiró hondo y dijo, con voz baja:

—Intentémoslo. Supongo.

April apoyó la cabeza en su hombro.

—Muy bien, cariño. Pero, mientras tanto… —pausó dramáticamente—, también deberías pensar qué vas a hacer con la vecina sexy de mirada intensa.

Brooke cerró los ojos.

—No lo sé —susurró—. No sé nada de nada.

—Pues empieza por saber esto —dijo April, acariciándole suavemente el brazo—: tú vales la pena. Incluso cuando no sabes qué haces. Incluso cuando besas a la persona equivocada en el momento equivocadísimo. Incluso cuando te enamoras de quien no deberías.

Brooke tragó saliva.

—No he dicho que esté enamorada.

April sonrió como un gato satisfecho.

—No tienes que decirlo.

Y Brooke, incapaz de discutir, se dejó caer contra su amiga, mientras las solicitudes seguían apareciendo en la pantalla, cada una prometiendo algo distinto… pero ninguna de ellas tan peligrosa —ni tan tentadora— como la mujer que vivía justo un piso más abajo.

CAPÍTULO 12

SOFÍA

La estación olía a café recalentado, desinfectante barato y a una racha de suerte dudosa: los chicos llevaban casi una hora jugando póquer y, por lo que Sofía alcanzó a ver desde su rincón, Galloway estaba perdiendo con la misma dignidad con la que habría aceptado un disparo anestésico en una nalga. Ella observaba la partida solo para mantener las manos ocupadas con la botella de agua, pero su mente no estaba allí; se había pasado el fin de semana esquivando los recuerdos de un beso que no debería haber ocurrido, un beso que había intentado catalogar —sin éxito— como error, impulso, confusión… cualquier cosa que no fuera lo que realmente había sentido.

Cuando uno de los chicos lanzó un «¡all in!» demasiado confiado y Galloway soltó un gemido de derrota anticipada, Sofía decidió que necesitaba moverse antes de ahogarse en su propio cerebro. Se puso de pie con la excusa más segura que tenía: trabajo. Trabajo físico. Trabajo que no permitiera pensar.

—Voy a lavar la unidad —anunció, más para sí misma que para el resto.

—¿Otra vez? —preguntó McCarthy sin levantar la vista de sus cartas—. Juraría que la lavaste el viernes.

—La ensuciamos hoy —respondió Sofía con ese tono práctico que nunca invitaba a más preguntas.

Tomó un par de guantes de nitrilo, un cubo y el carro de limpieza. En aquella estación —como en la mayoría que había conocido— el mantenimiento profundo lo hacía el personal destinado a ello, pero la ambulancia era otra cosa: la unidad la limpiaban ellos

mismos, siempre. Era una costumbre casi tácita, un acuerdo silencioso entre paramédicos; revisar superficies, reponer suministros, desinfectar la camilla y los monitores era menos una obligación que una forma de respeto hacia la herramienta que cada día podía separar la vida del desastre. Sofía no necesitaba pensarlo demasiado: sabía qué hacer, dónde estaba todo, qué había que revisar. Era rutina. Y, sobre todo, era una buena excusa para poner las manos en algo que no fuera… *eso*. Ese recuerdo que intentaba esquivar desde el viernes.

Y a Sofía le venía perfecto. Una ambulancia jamás juzgaba. Una ambulancia jamás preguntaba: «¿Por qué la besaste?». Una ambulancia jamás decía: «Eso fue un error».

Atravesó el pasillo hasta el garaje, donde el eco de las sirenas apagadas siempre traía una calma extraña, casi mineral. La unidad 14 estaba aparcada en su lugar habitual; Galloway había dejado la camilla a medio subir, típico en él. Sofía suspiró, enganchó la camilla en el riel, la bloqueó y comenzó a preparar la solución desinfectante.

Mientras rociaba la superficie metálica y los bordes de la camilla, su mente —traicionera— regresó a lo mismo: el jueves, el sofá, la piel cálida bajo sus dedos, el temblor inesperado en su propio estómago cuando los labios de Brooke se encontraron con los suyos. No tenía derecho a sentir eso. No tenía espacio en su vida para sentir eso. No estaba lista para… nada de eso.

Empapó una toalla de microfibra, empezó a limpiar el monitor cardíaco, moviéndose con precisión mecánica.

«Amigas», había dicho. «Vecinas. Socias emocionales por accidente». Tonterías que ahora sonaban huecas en su cabeza. Y aun así, recordaba la mirada en los ojos de Brooke cuando se alejó; esa mezcla de vulnerabilidad y humor roto que la había acompañado toda la noche, incluso en sueños.

—Concéntrate, Cruz —murmuró, cerrando el compartimento de sueros.

Pero la ambulancia no podía competir con un recuerdo terco.

Ni con unos labios suaves.

Ni con una culpa antigua que parecía despertar cada vez que algo amenazaba con importarle demasiado.

Se inclinó dentro de la unidad, limpiando los rieles del piso, agradeciendo la frialdad del metal bajo sus guantes, porque al menos eso era algo que sí podía controlar.

Poco después, le entró un mensaje de texto mientras enjuagaba el panel lateral de la unidad: el tono breve, seco, reconocible de su hermano Danny. Sofía se detuvo un instante, secándose el guante contra el muslo para poder desbloquear la pantalla. «*Acabo de llegar. Me contaron lo de Mauro. Tenemos que hablar.*» Un nudo, pequeño pero persistente, se le formó bajo el esternón. Otro frente abierto. Otra conversación pendiente. Guardó el móvil sin responder —no por falta de ganas, sino porque no confiaba en lo que pudiera escribir con la cabeza llena de imágenes que todavía olían a viernes y a sangre mal limpiada— y siguió fregando la unidad con movimientos lentos, casi mecánicos.

Galloway apareció a su lado sin anunciarse, como solía hacer cuando quería saber algo sin parecer que quería saberlo. Tomó un paño del carrito, lo humedeció y empezó a repasar la puerta trasera, hombro con hombro con ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó con esa voz baja que usaba cuando no quería que el resto de la estación se enterara.

Sofía negó, demasiado rápido.

—Nada.

Galloway soltó una risa suave, incrédula, sin dejar de limpiar.

—Cruz, por favor. Te conozco desde que los dos éramos internos. Cuando dices «nada» con esa cara, siempre es *algo*.

Sofía apretó la mandíbula, sopesando cuánto contar… y cuánto callar. Al final, eligió un punto intermedio.

—Es mi hermana —admitió, en voz baja—. Y el idiota con el que sale. Ya sabes… el de los aires de macho alfa y cerebro de mosquito.

Hubo… un incidente. El viernes.

Galloway detuvo el movimiento del paño apenas un segundo. Luego asintió despacio, como si piezas sueltas encajaran de pronto.

—Ajá —murmuró, retomando la limpieza—. Ya sabía yo que esos moretones no eran cosa del cuadrilátero.

Sofía bufó, sin humor, y siguió fregando la superficie metálica, como si pudiera arrancarse de las manos la impotencia que le había quedado desde aquella tarde. El paño chirrió contra el acero, un sonido áspero, casi terapéutico.

—Juliana estaba allí —añadió, más en un murmullo que en una afirmación—. Eso fue lo peor.

Galloway asintió con una gravedad que no necesitaba palabras.

—Pero —añadió él, inclinándose apenas para mirarla de reojo— eso no es todo lo que te tiene así.

Ella se quedó inmóvil. Literalmente inmóvil. La esponja goteó entre sus dedos y cayó un chorro fino al piso. Galloway no insistió con palabras, solo la miró con ese gesto que había perfeccionado tras años de turnos compartidos: *sé cuándo te estás mintiendo y cuándo me estás mintiendo*.

Y, claro, la mente de Sofía hizo exactamente lo que ella no quería que hiciera.

La llevó de vuelta al sofá del apartamento de su vecina.

Al pulgar de Brooke deslizándose por su mejilla.

A la forma en que había respondido a ese beso como si hubiera estado conteniéndolo desde hacía meses.

A la mano de Brooke descendiendo por su cuello, despacio, temblorosa, pidiéndole permiso sin pronunciar una sola palabra.

A su propio cuerpo diciendo sí antes de que su cerebro pudiera procesar las implicaciones.

A la sacudida, al miedo, a la súbita necesidad de apartarse porque hacía demasiado tiempo que no se sentía tan viva… y tan

vulnerable.

Sofía abrió la boca para decir algo —lo que fuera, una evasiva, un intento de explicación, un chiste torpe, cualquier cosa que la sacara de ese abismo—, pero en ese instante el tono agudo de la alarma cortó el aire, vibrando en las paredes del garaje y en el estómago de ambos.

«Llamado entrante. Código 3. Posible paro cardiorrespiratorio.»

Galloway dejó el paño sobre el carro y giró hacia ella.

—Hablamos después, Cruz —dijo con un gesto breve.

Sofía asintió sin confiarse a la voz. Cerró las puertas de la unidad, tomó aire, se obligó a centrar la mente en la urgencia que la esperaba afuera.

Pero mientras corría hacia el asiento del conductor, hubo un pensamiento que, inexplicablemente, se abrió paso entre el ruido de la adrenalina.

Después. Dijo después.

Y ese después, por primera vez, la asustó más que cualquier llamada de emergencia.

***

La cafetería bistró estaba abarrotada a esa hora del día: olor a café recién molido, vasos chocando, voces superpuestas, y en medio de todo, un círculo de personas rodeando un cuerpo extendido sobre el suelo. Sofía avanzó abriéndose paso con la soltura automática que dan los años de servicio, pero aun así sintió ese pequeño giro en el estómago cuando, al inclinarse para ver mejor, reconoció la figura inclinada sobre el torso del hombre.

Brooke.

Su Brooke—no, *su* nada, la vecina imprudente, la mujer con rímel corrido y labios que no podía dejar de recordar—estaba arrodillada junto al paciente, aplicando compresiones torácicas con un ritmo sorprendentemente firme. Su cabello caía hacia adelante,

desordenado, rozándole las mejillas; un mechón rebelde se pegaba a su frente sudada. Sus manos, más pequeñas que las de Sofía, presionaban con técnica bastante decente, aunque ya se notaba la fatiga incipiente en la rigidez de sus hombros.

A su lado —pero ligeramente hacia atrás— estaba otra mujer, impecablemente vestida, de blazer beige y camisa perfectamente planchada, con el cabello rojizo recogido en un moño que ni el caos había logrado despeinar. Contaba en voz baja, marcando las compresiones de Brooke como si llevara toda la vida supervisando emergencias. No tocaba al paciente, pero controlaba el ritmo con la precisión de un metrónomo y la actitud de quien está acostumbrada a poner orden en cualquier habitación.

Sofía se arrodilló al borde del círculo, evaluando al paciente en cuestión de segundos. Galloway tomó posición a su lado, preparando el ambú mientras Sofía evaluaba pulso carotídeo.

Nada.

—Buen trabajo —dijo Sofía, mirando a Brooke mientras tomaba su lugar sin interrumpir la cadencia—. Yo sigo.

Brooke levantó la vista. Y esa mirada—rápida, eléctrica, casi dolida—le atravesó el pecho a Sofía como un recuerdo no deseado. Había pasado el fin de semana entero intentando enterrar esa sensación; y ahora ahí estaba, viva como una descarga.

Brooke se retiró hacia atrás, apoyándose en las manos, respirando agitada. Durante un instante, sus ojos no se despegaron de Sofía, como si hubiera estado esperándola. Como si su sola presencia la hubiese desmoronado y recompuesto a la vez.

Sofía lo vio. Lo sintió. Y le tembló, apenas, el pulso.

A su izquierda, la mujer del *blazer* —probablemente su amiga o su nueva cita, quién sabe— también observaba. Sus ojos verdes pasaron de Sofía a Brooke, luego de vuelta a Sofía, con esa rapidez analítica de quien capta más de lo que debería en menos tiempo del adecuado. No era solo curiosidad. Era lectura. Era juicio. Era… *interés*, aunque no del tipo que reconforta.

Sofía no tuvo tiempo de descifrar nada más porque, al inclinarse para tomar posición frente al paciente —justo frente a Brooke, al otro lado del cuerpo— la escena se acomodó de un modo que no había previsto: quedaron frente a frente, separadas solo por un torso inmóvil, por la respiración contenida del círculo de curiosos, y por todas las cosas que no habían dicho desde aquella noche.

La distancia era profesional.

El temblor no.

Brooke se echó un poco hacia atrás para darle espacio, pero no apartó la mirada; y Sofía, que jamás perdía foco en una emergencia, sintió el tirón seco en la caja torácica cuando esos ojos castaños —ojos que sabía de memoria sin quererlo— la siguieron en cada movimiento, como si verla trabajar fuera tan necesario como respirar.

Sofía colocó las manos sobre el esternón del paciente, entrelazó los dedos, fijó los hombros y comenzó las compresiones con la cadencia firme que podía ejecutar incluso dormida. Contó mentalmente, respiró por la nariz, evitó mirar al frente.

Pero mirar al frente era mirar a Brooke.

Y Brooke la estaba observando.

Con la boca entreabierta por el esfuerzo, con los pómulos encendidos, con ese gesto de vulnerabilidad y determinación mezcladas que Sofía habría reconocido incluso sin oxígeno en la sala.

Galloway apareció en su campo visual, colocó el ambú y se arrodilló a su lado.

—Monitor —pidió Sofía sin levantar la vista.

La mano de Galloway pasó frente a ella con el desfibrilador; él conectó electrodos mientras Sofía no perdía ritmo. Brooke observaba cada paso sin intervenir, pero Sofía podía sentir —como una presión lateral en el aire— que seguía allí, que seguía *viéndola*, que seguía

absorbiendo cada gesto técnico como si no supiera dónde más poner las manos.

Y luego estaban los ojos verdes de la mujer del blazer, que desde el otro ángulo también lo notaban, también lo analizaban… y también parecían atar conclusiones impropias para el momento.

Sofía mantuvo la vista en el paciente, porque era lo único que podía hacer sin que el mundo se le desordenara.

—Analizando ritmo —anunció Galloway.

—Aparten —ordenó Sofía.

Brooke retrocedió unos centímetros, obediente, aunque sus ojos nunca abandonaron el rostro de Sofía. El vistazo rápido que cruzaron —esa fracción de segundo donde algo tembló entre ambas— bastó para que Sofía sintiera que el aire cambiaba densidad.

Descarga.

El cuerpo se arqueó ligeramente. Algunos espectadores murmuraron; otros dieron un paso atrás. El olor a café del bistró se mezcló con el de la adrenalina y la transpiración ajena, formando esa atmósfera densa y familiar que Sofía conocía demasiado bien.

—Retomar compresiones —dijo Sofía, y ahora sí, alzó la vista hacia Brooke.

Fue un instante mínimo, pero suficiente para notarlo todo: el temblor residual en los hombros de la periodista, el esfuerzo por mantener la respiración bajo control, la urgencia silenciosa que había en sus ojos. Había visto ese tipo de mirada cientos de veces —gente en shock, gente que lucha por mantenerse útil—, pero nunca con ese brillo particular que le provocaba una punzada absurda bajo la clavícula.

Sofía se obligó a volver al paciente.

—Entra en protocolo —indicó a Galloway, que ya tenía el ambú preparado.

Él asintió, encajó la máscara y comenzó las ventilaciones al ritmo exacto que Sofía marcaba con sus compresiones. La coordinación

era automática, un engranaje pulido por años de trabajo conjunto.

—Análisis —pidió ella.

El monitor emitió un pitido agudo. Galloway apartó las manos. Sofía levantó las suyas.

Asistolia.

No era la peor noticia, pero tampoco era la mejor.

—Continuamos —ordenó.

Compresiones. Ventilaciones. Otro ciclo.

Sofía sentía la ligera resistencia del esternón bajo la base de sus manos, el desgaste en los músculos de sus antebrazos, el sudor deslizándose por su nuca. Y aun así, en algún rincón de su percepción periférica, estaba la certeza absoluta de que Brooke no apartaba los ojos de ella. Una mirada que no interrumpía su concentración, pero sí encendía un eco extraño, incómodo, que deseó no sentir justo allí.

—Tenemos pulso débil —informó Galloway después del siguiente análisis.

—Bien. Preparamos traslado. —Sofía alzó el rostro hacia la multitud—. Denos espacio, por favor.

La mujer del blazer retrocedió de inmediato, aún jadeando por el esfuerzo previo. Brooke también dio un paso atrás, aunque no se movió demasiado; se quedó allí, arrodillada sobre el piso del bistró, con las manos aún temblorosas y una expresión que mezclaba alivio, incredulidad… y algo más que Sofía prefería no descifrar.

Los camareros se apresuraron a abrirles paso. El murmullo se transformó en un silencio expectante cuando Sofía y Galloway, con movimientos sincronizados, alzaron al hombre a la camilla portátil.

—¿Lo llevarán al St. Mary’s? —preguntó Brooke, con voz ronca.

Sofía asintió sin mirarla directamente, porque mirarla directamente era, en ese momento, demasiado.

—Sí. Necesita evaluación inmediata.

Galloway empujó la camilla hacia la salida. Sofía lo siguió, pero justo al cruzar la puerta se permitió un último vistazo.

Brooke estaba de pie ya, apoyada en una mesa para recuperar el aliento. La mujer del blazer le tocaba el brazo, murmurándole algo, pero los ojos de Brooke estaban en Sofía. Fijos. Intensos. Como si acabara de recordar algo importante. Como si hubiese dejado algo sin decir.

Sofía tragó en seco. No podía permitirse pensar. No ahí. No ahora.

—Cruz —llamó Galloway desde la ambulancia.

Ella giró, subió al vehículo y cerró las puertas con un golpe seco.

Mientras encendían sirenas y partían hacia el hospital más cercano, Sofía mantuvo las manos ocupadas, los ojos en el monitor, la mente en el protocolo.

El corazón, sin embargo, aún latía un compás distinto. Uno que no tenía nada que ver con la emergencia.

Y todo que ver con la mujer que acababa de salvar una vida… y, sin darse cuenta, había puesto la de Sofía patas arriba una vez más.

***

Eran las 5:00 en punto de la tarde cuando Sofía abrió la puerta de su apartamento. Se moría de hambre, pero primero se dirigió hacia Paco aún con el hambre clavada en el estómago y el cansancio pegado a los hombros… y entonces la vio. Brooke estaba allí, con el cabello algo revuelto por el viento del pasillo, la mirada color miel brillando como si no hubiera pasado ni un día desde el desastre de aquel viernes, y Sofía sintió —con un fastidio dirigido únicamente hacia sí misma— cómo el pulso se le aceleraba antes de poder frenarlo.

Por un instante fugaz, primitivo, su mente sugirió algo tan absurdo como devastador: «*si tan solo pudiera olvidarlo todo y besarla hasta que este vacío deje de doler*.» Parpadeó, espantando

el pensamiento como si fuera humo, y la saludó con un gesto breve antes de hacerse a un lado para dejarla pasar.

Brooke entró con ese paso nervioso que ya le era familiar, una energía inquieta que llenaba cualquier habitación más rápido que el aire.

—Hoy estuviste increíble —dijo de inmediato, con una sonrisa que parecía auténtica, emocionada, orgullosa. Como si estuviera felicitando a una atleta olímpica y no a una paramédica que solo hacía su trabajo.

Sofía sintió el rubor subirle por el cuello, inevitable.

—Solo hice lo que me toca —murmuró, encogiéndose de hombros. Después, para evitar quedarse demasiado expuesta, añadió—: Tú sí que actuaste rápido. Fue tu intervención la que realmente marcó la diferencia. —Y con una sonrisa torcida, apenas —. Eres una heroína, Brooke Dawson.

El sonrojo ahora cambió de rostro.

Brooke bajó la mirada, jugueteando con el borde de su camiseta por un segundo, antes de recuperar el aliento suficiente para hablar.

—Tengo una nueva cita —anunció, como quien hace un brindis inseguro.

Sofía tragó saliva. La punzada fue instantánea, pequeña pero precisa, como un alfiler en el esternón.

—Ah —dijo, sin permitir que su voz revelara nada—. Qué bien.

Brooke asintió con entusiasmo renovado.

—Es un tipo de treinta y tantos. Tiene un perro, practica deportes extremos, usa el pelo largo como roquero de los ochenta… —sonrió, amplia—. Tiene buena pinta.

Sofía volvió a asentir, esta vez con el rostro perfectamente neutral. Había aprendido hace tiempo a disimular heridas que nadie debía ver.

Brooke la observó unos segundos, y luego, finalmente, fue al punto.

—Vine porque quería saber si… si nuestro trato sigue en pie.

El silencio se ensanchó entre ambas. Sofía bajó la mirada a sus botas, respiró hondo, y negó despacio.

—Brooke… no creo que sea buena idea después de lo que pasó.

Pero Brooke levantó una mano, casi con urgencia.

—Vamos, Sof —soltó, con un tono más ligero del que debería existir para ese tema—. Fue solo un beso. Ya está. No es la gran cosa. La gente se besa todo el tiempo, ¿no? —Rió nerviosa—. Estoy segura de que incluso le das besos a… a Paco. Y no pasa nada.

Sofía pestañeó, incrédula un momento.

¿Paco?

La molestia ardió, tenue pero nítida. Para ella no había sido «solo un beso». Y desde luego no andaba por ahí besando a su pez.

Aun así, se mordió cualquier réplica. No porque no la tuviera… sino porque temía que si hablaba, se quebraría en algún punto entre la ira y la tristeza.

—De verdad creo que no es buena idea —repitió, con una calma que no sentía.

Brooke dio un paso más, acortando la distancia. Sus manos cálidas atraparon las de Sofía con una suavidad inesperada, casi reverente. El perfume dulce, tenue, la envolvió. Y de nuevo ese cosquilleo —ese maldito cosquilleo— se instaló bajo su vientre, una alarma que era también un llamado.

—Por favor —dijo Brooke, mirándola directo a los ojos, sin máscaras—. Necesito que estés ahí conmigo. Una vez más.

Sofía cerró los ojos un instante, no para evitar la mirada de Brooke… sino para evitar decir la verdad: *que no era buena idea porque cada vez que Brooke la miraba así, ella perdía una parte de su coraza y no sabía cómo recuperarla*.

Todavía tenía las manos atrapadas en las de Brooke cuando el timbre sonó, cortando la tensión como un bisturí fino. Un alivio inmediato —y a la vez una frustración absurda— le recorrió la columna. Soltó a Brooke con suavidad, murmuró un *«ahora vuelvo»* que sonó más firme de lo que se sentía, y caminó hacia la puerta agradeciendo, por una vez, la existencia de interrupciones inoportunas.

Cuando abrió, lo primero que vio fue la gorra de los Red Sox; lo segundo, una barba espesa y una sonrisa tan grande que casi borraba el pasillo entero.

—¡Sofi! —exclamó Danny, y antes de que ella pudiera prepararse, ya la había envuelto en un abrazo que la levantó unos centímetros del suelo.

—Danny, bájame —protestó, medio riendo, medio intentando mantener la dignidad.

Él la dejó en el suelo, pero sin soltarle los hombros, estudiándola con esos ojos oscuros que siempre parecían saber demasiado. Fue entonces cuando la vio: Brooke, allí en medio de la sala, manos entrelazadas, mejillas sonrosadas, el cabello como si una pequeña tormenta le hubiese pasado por encima… y mirándola a ella con esa mezcla de ternura y nerviosismo que Sofía trataba —sin éxito— de no interpretar.

Danny arqueó una ceja. Una sola. Suficiente para que Sofía sintiera el rubor subirle por el cuello como si alguien le hubiera conectado un cable directo al corazón.

—Ah —dijo él, lentamente, con esa voz engolada que usaba cuando estaba a punto de burlarse—. No sabía que estabas ocupada...

Sofía quiso hundirse en la tierra.

—Brooke —dijo, con más prisa de la necesaria—, este es mi hermano, Danny. Danny, esta es… Brooke. Mi vecina.

—Así que tú eres Brooke —dijo Danny, estrechándole la mano con exagerada cordialidad.

Brooke se acomodó un mechón detrás de la oreja, un gesto que Sofía ya reconocía como señal de que estaba al borde de un colapso simpático.

—Sí… bueno… soy Brooke. La vecina. Digo, no solo la vecina, también… amiga. O… algo. No sé. —Tragó saliva—. Encantada.

Danny la observó como si estuviera revisando una radiografía complicada.

—Amiga —repitió, mirándola primero a ella y luego a Sofía—. Ya veo.

Sofía le lanzó una mirada afilada. Él, por supuesto, la ignoró con la maestría de quien lleva treinta años haciéndolo.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Danny, inocente en apariencia, pero sus cejas arqueadas delataban que estaba midiendo terreno.

—Yo… —Brooke abrió las manos, como si necesitara justificar cada molécula de su presencia—. Hoy vine a… bueno, a hablar de un trato. Un trato entre amigas. Nada… serio. Nada raro. —Se rió, nerviosa—. O sí raro, pero no raro malo. Solo raro normal. Ay, Dios.

Sofía deseó que el suelo la tragara. O que la ambulancia les asignara un llamado urgente. O ambas cosas.

Danny emitió un sonido que solo podía describirse como un «ajá» cargado de implicaciones.

—Un trato, ¿eh? —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Y qué clase de trato hacen dos amigas un lunes por la tarde… tan cerquita?

Sofía casi le pisa el pie para que se callara.

—Nada —intervino rápido—. Nada importante. Brooke está… organizando sus citas. Y yo… la ayudo un poco.

Danny parpadeó.

Una vez.

Dos.

Luego miró a Brooke.

—¿Citas? ¿Con… chicos o chicas?

Brooke abrió los ojos como si le hubieran pedido resolver cálculo integral sin calculadora.

—Pues… ambos —respondió, demasiado sincera para su propio bien—. Estoy en una fase de autodescubrimiento, creo. O en crisis. O en colapso. No lo tengo muy claro.

Danny soltó una carcajada. Sofía quiso estrangularlo con su propia gorra.

—Me encanta —dijo él—. Sofi, deberías contarme más seguido cuando estás metida en estas telenovelas.

—No es una telenovela —masculló Sofía. Luego añadió, para sí misma: *al menos no todavía*.

Brooke, sin saber qué hacer con las manos, terminó señalando a Paco, que nadaba tranquilamente en su pecera.

—Ese es Paco —anunció, como si fuera relevante—. Soy… su tía política voluntaria.

Danny abrió aún más los ojos.

—Ah, bueno, esto mejora por minutos.

—Danny —advirtió Sofía, apretando la mandíbula.

—¿Qué? —dijo él, levantando las manos en señal de paz—. Solo trato de entender. Y me parece admirable que se apoyen en sus… aventuras amorosas. Casi familiar, diría yo.

Brooke se ruborizó; Sofía sintió ese rubor en su propio estómago, como si fuera contagioso.

—En realidad —dijo Brooke, torciendo el labio en una sonrisa tímida—, vine a asegurarme de que… bueno… de que Sofía siga siendo mi guardaespaldas emocional. Es solo eso. Nada más.

Danny volvió a mirarla a ella.

Lento.

Intenso.

Molesto.

—¿Guardaespaldas? —repitió, con un tono que requería más explicaciones de las que Sofía estaba dispuesta a dar—. ¿Desde cuándo haces de guardaespaldas, Sof?

Sofía exhaló, harta.

—Desde que esta mujer —señaló a Brooke con un gesto leve— se mete en situaciones que terminan en emergencias médicas, prácticas de yoga sospechosas o… experiencias tántricas de dudosa legalidad.

Brooke se cubrió el rostro con ambas manos.

—¡Fue una invitación, no un crimen! —protestó ahogada en vergüenza.

Danny apoyó las manos en las rodillas, inclinándose hacia adelante, riendo ya sin filtros.

—Sofi… hermana… —dijo entre carcajadas— ¿y tú vas a estas citas para qué? ¿Para salvarla o para vigilarla?

Sofía abrió la boca.

No salió sonido alguno.

Brooke miró a Sofía.

Sofía miró a Brooke.

Y ahí, justo en ese segundo, hubo algo —una chispa, un tirón, un error matemático en el universo— que Danny captó de inmediato, porque su sonrisa se suavizó, y por primera vez desde que había entrado dejó de bromear.

—Ah —dijo simplemente.

Sofía sintió que el aire se volvía demasiado estrecho.

—No es lo que piensas —dijo rápido, demasiado rápido.

—Claro que no —respondió Danny, pero su tono sugería que pensaba exactamente eso.

Brooke dio un paso atrás, nerviosa, jugueteando con la manga de su suéter.

—Yo debería… —empezó.

—No —la interrumpió Sofía, sin saber exactamente por qué—. Quédate.

Brooke levantó la vista, sorprendida. Danny volvió a dirigirles esa mirada que mezclaba ternura, burla y una pizca de preocupación fraternal.

Y Sofía, atrapada entre ambos, entre los ojos miel de Brooke y la comprensión incómodamente precisa de su hermano, sintió que la escena se le escapaba de las manos… como todo últimamente.

***

Danny habló un rato más con Brooke —preguntas sueltas, alguna broma ligera, ese modo suyo de tantear a la gente para medir si le cae bien o no—, y Brooke respondía como podía, nerviosa pero encantadora a su manera, con esa verborrea atropellada que parecía surgirle de los bolsillos, mientras Sofía observaba la escena sintiendo una mezcla desconcertante de orgullo, incomodidad y… algo más cálido que prefería no nombrar todavía.

Finalmente, Danny se acercó a ella, bajó un poco la voz —lo justo para que Brooke no escuchara— y murmuró que ya se iba, que no quería interrumpir, pero que más tarde necesitaban hablar en serio sobre *lo de Mariela*. Sofía asintió despacio, con ese nudo familiar en el pecho que le aparecía cada vez que pensaba en su hermana; chocaron los puños —el gesto de siempre, el que no habían perdido ni en los días más duros— y entonces Danny le dedicó a Brooke una última sonrisa pícara, casi evaluadora, antes de salir por la puerta.

Y de pronto, el apartamento quedó en silencio.

Sofía lo sintió como un golpe suave, un cambio de temperatura: estaba otra vez a solas con Brooke, y eso —desde hacía unos días— parecía modificar el aire, volverlo más denso, más consciente, más peligroso para su autocontrol. Brooke seguía de pie cerca de la

puerta, sonrojada, jugueteando con la manga de su camiseta como quien busca un escudo improvisado; alzó la vista hacia ella y soltó una risa torpe, apenas un exhalar.

—Perdón —dijo—. Creo que acabo de perder la capacidad de comportarme como un ser humano funcional frente a tu hermano.

Sofía sintió que algo se aflojaba dentro de ella, una pequeña línea de tensión que se convertía en ternura sin pedir permiso. La sonrisa le llegó sola.

—Lo hiciste bien —respondió, con una suavidad que intentó disimular—. Danny intimida… pero solo cuando quiere.

Brooke abrió más los ojos, como si eso no le sirviera de consuelo en lo absoluto.

—¿Y hoy quería?

—Un poco —concedió Sofía—. Pero solo porque… —se detuvo, porque no debía decir más, porque decir más sería abrir una puerta para la que todavía no estaba lista.

Brooke esperó, inclinada hacia adelante, los ojos color miel fijos en ella como si todo dependiera de su siguiente palabra.

Sofía respiró hondo.

—…porque me conoce —terminó—. Y sabe cuándo estoy… descolocada.

El rubor en las mejillas de Brooke subió un tono más, casi tan evidente como la punzada que Sofía sintió en el estómago. Hubo un silencio breve —cargado, incómodo, dulce— hasta que Brooke volvió a hablar, con la voz más firme de lo que Sofía esperaba.

—Gracias por… por no mandarme a freír espárragos después de lo de hoy. Y… —hizo un gesto torpe con las manos— gracias por aceptar ayudarme. Con lo de las citas. O con lo que salga mal en las citas. O con… bueno, conmigo siendo yo.

Sofía soltó el aire en una pequeña risa, apenas un soplo.

—Dije que lo pensaría —la corrigió, aunque su tono no tenía ni una gota de dureza—. Y lo pensé. Mucho. Demasiado. Pero sí… —bajó la mirada solo un instante antes de volver a alzarla—. Voy a ayudarte.

Brooke abrió la boca en una sonrisa que no pudo contener; una sonrisa amplia, luminosa, infantil en su entusiasmo, la clase de sonrisa que Sofía había intentado olvidar desde el viernes y que, sin embargo, al verla ahí, tan cerca, le provocó un aleteo inesperado bajo las costillas.

Y entonces Brooke dio un paso hacia ella. Un paso pequeño, sí, pero suficiente para que Sofía sintiera el calor de su cuerpo, el perfume dulce que llevaba siempre, el roce apenas perceptible de su respiración. Brooke levantó los brazos con timidez —como pidiendo permiso— y la abrazó.

Sofía apretó los labios para no exhalar demasiado fuerte. Porque en ese abrazo había algo que no debía tomar forma. Algo que no debía sentir. Algo que, sin embargo, se instaló en su pecho con una familiaridad peligrosa. Porque Brooke se apoyaba en ella con una mezcla de alivio y afecto que desarmaba cualquier defensa lógica, y Sofía respondió al abrazo con esa contención precisa, segura, medida, que era la única forma que conocía de no quebrarse.

Pudo sentir el latido de Brooke contra su clavícula. Y por un instante —solo uno— deseó que el abrazo no terminara nunca.

CAPÍTULO 13

BROOKE

Brooke llevaba casi una hora peleándose con el mismo párrafo, borrándolo, reescribiéndolo, añadiendo un chiste que luego eliminaba porque no era lo suficientemente bueno, ni lo suficientemente irónico, ni lo suficientemente *ella*. El cursor parpadeaba con un descaro irritante, como si también supiera que su mente estaba en cualquier lugar menos en ese cubículo gris y estrecho. Habían pasado apenas un par de días desde que Sofía, contra toda lógica y por razones que Brooke no se atrevía a examinar demasiado, había aceptado seguir siendo su *guardaespaldas emocional.* Brooke llevaba ese tiempo intentando convencerse de que todo estaba bajo control: que podía cumplir con su columna, seguir explorando el pantanoso mundo de las citas modernas y, de paso, olvidar el beso que todavía le hacía cosquillas en la memoria como una descarga eléctrica.

Mentirse nunca había sido su fuerte.

Porque, ¿cómo demonios se suponía que debía ignorar un beso así? ¿Cómo era posible que una sola inclinación del mundo —la presión exacta de dos bocas encontrándose— hubiese sido suficiente para desordenarle todo el sistema nervioso? Brooke había intentado de todo: concentrarse en su escritura, en su investigación, incluso en esos breves silencios que solía llenar con pensamientos sobre Landon… pero hacía días que él ya no ocupaba ese espacio. Era extraño. Inquietante. Y, de alguna manera, inevitable.

Sacudió la cabeza, volvió al monitor, intentó centrarse en la columna. *Citas en línea: el zoológico emocional del siglo XXI.* Había prometido entregar dos párrafos más antes del mediodía, pero

apenas había logrado hilar una idea coherente entre tanta distracción voluntaria e involuntaria.

Estaba en su cubículo, rodeada por tazas de café a medio terminar y notas sueltas que parecían haberse multiplicado por mitosis, cuando la vio aparecer.

—¿Avanzas? —preguntó Margaret.

Brooke tardó un segundo en reaccionar. No porque la pregunta fuera extraña —era la clase de cosa que cualquier editora diría—, sino porque el tono… no era el habitual. No llevaba filo. No llevaba ese juicio clínico que podía cortar acero. Era más suave. Casi cálido. Lo suficiente para que Brooke parpadeara, intentando confirmar si no estaba alucinando por falta de sueño.

—Eh… sí —respondió, enderezándose en la silla como si eso pudiera hacerla lucir más competente—. Bueno. Lo intento. Estoy en eso.

Margaret no dijo nada de inmediato. Se apoyó ligeramente en el borde del cubículo, un gesto demasiado relajado para su repertorio habitual, como si no tuviera prisa por ir a corregir el mundo en la siguiente esquina. Observó la pantalla de Brooke, luego la libreta abierta con notas garabateadas, luego el vaso de café medio vacío.

Algo estaba… distinto.

—Leí tu último borrador —dijo finalmente, con esa neutralidad engañosa que podía significar tanto un elogio como una sentencia de muerte—. Hay algo nuevo en tu voz. Algo más… vivido.

Brooke sintió cómo se le secaba la boca. *Vivido.* Si supiera cuánto.

—Supongo que estoy… experimentando más —aventuró, deseando no sonar tan culpable como se sentía.

Margaret inclinó apenas la cabeza, un gesto mínimo que, sin embargo, hizo que su mirada gris pareciera aún más penetrante.

—Eso está bien —dijo—. Lo auténtico vende. Lo humano vende. La vulnerabilidad controlada vende aún más.

¿Vulnerabilidad controlada? Brooke hubiera soltado una carcajada si no fuera porque Margaret parecía genuinamente… ¿abierta? ¿Humana? ¿Una versión diurna y accesible de sí misma?

Qué aterrador.

—Sigo trabajando en ello —respondió Brooke, acomodándose el cabello detrás de la oreja, ese tic nervioso que siempre la traicionaba.

Lo que no esperaba era que Margaret permaneciera allí, sin moverse, sin emitir ningún comentario sarcástico, simplemente… acompañando. Como si estuviera buscando palabras y eso, en una mujer que las elegía con precisión quirúrgica, era una rareza monumental.

Brooke frunció el ceño, insegura.

—¿Pasa algo? —preguntó con cautela.

Margaret tardó un instante en contestar. Y ese instante, tan inhabitual, tan lleno de un silencio que no tenía borde cortante, hizo que a Brooke se le encogiera ligeramente el estómago.

—No —respondió al fin, aunque la palabra sonó demasiado breve para ser completamente cierta—. Solo… revisando cómo vas.

Brooke abrió la boca para hacer una broma, para aliviar la tensión, para recuperar la normalidad, pero Margaret ya se había incorporado, como si la conversación hubiera sido suficiente, como si hubiera cumplido un propósito que Brooke no alcanzaba a comprender del todo.

—Sigue así —dijo antes de alejarse—. Quiero ese artículo listo antes del cierre.

Brooke la vio marcharse por el pasillo, elegante y segura como siempre… pero con algo distinto en los hombros, en la forma en que sostenía la carpeta contra el pecho, en la manera en que no había evitado mirarla a los ojos.

Sí. Algo estaba pasando.

Y por primera vez desde que la conocía, Brooke no tenía ni idea de qué era.

***

La imagen de Margaret todavía flotaba en alguna parte de su mente —esa rareza de verla casi… amable, conversadora, menos cuchilla y más seda— cuando la vibración insistente de su móvil rasgó el silencio de su cubículo. Brooke estiró la mano sin apartar del todo la vista de la pantalla, creyendo que sería April con otro recordatorio pasivo-agresivo sobre la clase de yoga o quizá una notificación de su app de citas.

Pero no.

Landon.

El nombre apareció, grande, inevitable, como si su teléfono quisiera asegurarse de que no habría forma de esquivarlo. Brooke sintió el típico cosquilleo incómodo en la boca del estómago —mitad nostalgia, mitad irritación— y abrió el chat con un gesto mecánico, casi en automático.

¿Nos vemos esta noche? Tengo antojo de pizza. Y de verte.

Brooke dejó caer el teléfono sobre la mesa, no con fuerza, pero lo suficiente como para que el golpe amortiguado expresara lo que ella no tenía ganas de articular. Porque conocía ese mensaje. Ese tono. Ese patrón.

Pizza—vino—sexo—silencio.

Y la versión más despiadada: silencio fingido hasta que Lauren resucitara como novia oficial, y entonces Brooke volviera a quedar suspendida en ese limbo absurdo en el que había pasado demasiados meses, creyéndose imprescindible cuando solo era conveniente.

Un calor molesto se le instaló en la nuca.

«No», pensó, con una claridad inesperada. «*Hoy no. O nunca más así.»*

Porque ya no era la misma Brooke. O sí, pero con una grieta nueva, con un temblor nuevo… uno que había nacido en manos de otra mujer, con una mirada oscura y un pulso contenido, capaz de hacerle olvidar —aunque fuera por segundos— que alguna vez creyó que Landon era todo lo que merecía.

Y además, la sola idea de abrir la puerta y encontrar a Landon apoyado en el marco con esa sonrisa rota… y sentir la sombra de la boca de Sofía sobre la suya… era suficiente para que el estómago se le anudara.

No respondió.

No quería entrar de nuevo en ese bucle. No quería pizza seguida de arrepentimiento. No quería que la confundieran con un hogar provisional.

Así que dejó el móvil boca abajo, respiró hondo y decidió, por primera vez en semanas, hacer algo amable para sí misma.

Buscó el contacto de su padre.

«¿Cenas conmigo esta noche? Prometo no cocinar tofu.»

Sonrió. Un poco. Lo justo. Porque Chuck aceptaría encantado, llegaría con su chaqueta vieja y la mirada cansada y ese humor ácido que, por muy imperfecto que fuera, siempre lograba recordarle que el cariño podía ser sencillo. Aunque desordenado.

Y antes de bloquear la pantalla, antes de volver al teclado y a la columna que aún cojeaba en el segundo párrafo, una certeza tibia la sorprendió:

Prefería mil veces una cena con el hombre que la había criado antes que permitir que Landon volviera a dictarle cómo debía terminar su día. Quizá —solo quizá— estaba aprendiendo a elegir distinto. O tal vez era el efecto Sofía infiltrándose en su vida… no estaba del todo segura.

***

El timbre sonó a las siete en punto—puntualidad sorprendente para alguien que solía perder las llaves dentro del bolsillo equivocado

—, y Brooke fue a abrir con el delantal todavía puesto y un mechón de cabello rebelde escapándosele de la coleta. Su padre estaba allí, en el umbral, apoyado contra el marco de la puerta como si fuera la entrada de un bar en vez de un apartamento: chaqueta vaquera gastada, camiseta de los Medias Rojas que definitivamente había visto mejores temporadas y una bolsa de vino tinto colgando de su mano derecha como si fuera un trofeo olímpico.

—Huele a gloria —declaró Chuck, en cuanto cruzó el umbral—. ¿Pastas?

—Pastas —confirmó Brooke, cerrando la puerta detrás de él—. Y no pienso escuchar ni una sola queja sobre carbohidratos.

Chuck levantó ambas manos en gesto de rendición teatral.

—¿Quién se quejaría de carbohidratos? Esa gente no es de fiar.

Se abrazaron de manera torpe pero sincera—él siempre apretando un segundo más de lo necesario, ella golpeándole la espalda con cariño para evitar que se emocionara de más—y luego caminaron hacia la mesa que Brooke había dispuesto con dos platos humeantes y una botella de vino sin descorchar.

Chuck dejó la bolsa en la mesa, se quitó la chaqueta, la lanzó sobre el respaldo de una silla y se dejó caer en la otra con un suspiro satisfecho.

—Estaba loco por comer algo de verdad —dijo, sirviéndose un poco de vino—. Los chicos del boliche quieren entrenar todos los días para el torneo local. ¿Te lo imaginas? A este ritmo voy a tener brazo de culturista.

Brooke sonrió mientras se sentaba frente a él.

—Me alegra que sigas con ellos. Te hace bien… y te mantiene lejos del whisky.

Chuck la señaló con el tenedor, ofendido pero no tanto.

—Una copa no mata a nadie.

—Tres sí —contestó Brooke, arqueando una ceja.

Cenaron entre conversaciones triviales y risas pequeñas, y Brooke notó—sin querer admitirlo en voz alta—que su padre parecía más ligero, menos hundido en esas sombras que a veces lo acompañaban. Y era un alivio.

Hasta que él dejó el tenedor, miró su plato, y murmuró:

—La primera vez que fui a los bolos fue con tu madre.

Brooke soltó un suspiro que llevaba horas acumulando.

—Papá… no vayas por ahí.

Él se encogió de hombros, como si hablara del clima.

—Era un espíritu libre. Siempre lo supe.

—No era un espíritu libre, papá —respondió Brooke con suavidad, pero sin ocultar la firmeza—. Era una mujer inmadura. E irresponsable. Y tú dejaste que te rompiera el corazón dos veces más de lo necesario.

Chuck asintió, lento, casi resignado.

—Supongo que tienes razón.

Hubo un silencio breve, no incómodo, pero sí pesado. Hasta que él la miró, ladeando la cabeza.

—¿Y tú? ¿Cómo van las cosas… contigo?

Brooke casi se atragantó con el vino.

Porque claro, ¿cómo explicarle a su padre que estaba escribiendo una columna sobre citas a ciegas, rechazando a un ex que solo llamaba cuando necesitaba consuelo, y negociando con su vecina-paramédica-probablemente la mujer más hermosa del edificio para que actuara como su guardaespaldas emocional?

—Pues… —empezó, removiendo la pasta como si allí fuera a aparecer una respuesta— estoy trabajando en un… proyecto.

Chuck levantó una ceja, intrigado.

—¿Proyecto?

—Sí. De… citas —dijo al fin, deseando sinceramente que la tierra la tragara—. Es para la columna. Ya sabes: cultura moderna, experiencias reales, análisis social… y todo eso.

Chuck soltó una carcajada tan fuerte que Brooke tuvo que mirar alrededor, asegurándose de que ningún vecino golpeara la pared.

—¿Tú? ¿En citas? —rió—. Bueno, eso explica por qué estabas sonriendo como idiota cuando llegué.

Brooke sintió el rubor subiéndole por el cuello. Genial. Perfecto. Exactamente lo que necesitaba.

—No estaba sonriendo como idiota —protestó.

—Estabas pensando en alguien —insistió él, señalándola con el tenedor como si fuera un detector de mentiras infalible—. Te conozco. Cuando te pones así, es porque hay… una persona.

Brooke abrió la boca para negarlo, para escapar, para cambiar de tema… algo. Cualquier cosa.

Pero su cerebro, traicionero como siempre, eligió justo ese momento para reproducir la imagen de Sofía: el modo en que la había mirado en la cafetería, la forma en que decía su nombre, el calor de su mano atrapando la suya. La respiración se le enredó un poco, tan sutil que quizá su padre no lo notó.

—No es… —intentó decir—. O sea, no es eso. No es alguien. Es solo parte del trabajo. Y, bueno, Sofía…

Chuck ladeó la cabeza.

—¿Sofía?

Brooke parpadeó. *Perfecto, Dawson. Brillante. Absolutamente brillante.*

—Mi vecina —aclaró, demasiado rápido—. Nada más. Ella… solo… está ayudándome con el proyecto.

Él la miró como si acabara de confesar que estaba entrenando para ser astronauta sin traje espacial.

—Ajá —dijo, con esa arruga conocida formándose en la frente—. Y por eso estabas sonriendo como idiota.

Brooke hundió la cara entre las manos.

—Voy a servirme más vino.

—Hazlo —respondió Chuck con una sonrisa torcida—. Pero yo no me trago esa historia… soy un zorro viejo.

Brooke resopló, incapaz de decirle la verdad: que no sabía qué estaba pasando con Sofía, que no sabía qué quería ella misma, que llevaba días evitando pensar en Landon porque su mente, obstinada, se iba siempre hacia otro lugar. Hacia otra mujer.

Y eso —aunque no pudiera admitirlo— la asustaba más que cualquier cita desastrosa.

***

El restaurante indio elegido para la cita de esa noche tenía algo que Brooke no esperaba: una calidez envolvente, casi íntima, con luces ambarinas que caían desde lámparas de metal calado, formando sombras que parecían bailar sobre las mesas. El aire estaba cargado de especias —cúrcuma, cardamomo, algo que picaba sin avisar— y música suave que no reconocía, pero que la hacía sentir fuera de Boston, fuera de sí misma.

Steve ya la esperaba en la entrada, impecable con una camisa azul oscuro arremangada y esa sonrisa pulida de quien ha practicado frente al espejo sin parecer que practica. Brooke admitió —internamente, claro— que era atractivo; no de una manera avasalladora, sino en ese modo «hombre decente que podría gustarte si la vida no fuera tan complicada».

—Brooke —saludó él, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Su barba de tres días rozó su piel y ella sintió un cosquilleo que no supo interpretar: ¿química o simple educación? Difícil saberlo.

Caminaron hacia la mesa que él había reservado y, cuando Brooke dejó su abrigo en el respaldo de la silla, lo sintió.

Esa punzada.

Ese tirón eléctrico.

Levantó la vista y allí estaba Sofía, unas mesas más atrás, vestida con una camiseta negra, su chaqueta de cuero colgada en el asiento, la carta abierta entre las manos y el ceño fruncido como si intentara descifrar un jeroglífico antiguo. Claro: *los menús indios no eran su especialidad.*

Brooke no se sorprendió de verla; después de todo, *ella misma la había invitado* a hacerle de guardaespaldas emocional. Pero lo que sí la tomó desprevenida fue la forma en la que su estómago —todavía intacto hasta ese minuto— se contrajo un poco al ver ese gesto concentrado, la manera en que Sofía levantó la vista justo en ese momento y sus ojos se cruzaron con los suyos.

Brooke sonrió. Sofía no.

Pero la mirada… la mirada sí habló.

Al menos, Brooke lo creyó.

Se obligó a romper el contacto, fingiendo revisar el menú mientras Steve, entusiasmado, comenzaba a contarle anécdotas sobre su hijo, su perro Jim, su divorcio «amable» (sí, claro) y su fascinación por coleccionar relojes de edición limitada. Brooke escuchaba, sonreía, preguntaba; sabía hacerlo bien. Era periodista, después de todo.

Pero cada cierto tiempo —y sin permiso alguno— su atención se desviaba.

Sofía, leyendo la carta como si el curry fuera un enemigo personal.

Sofía, negando ligeramente con la cabeza, probablemente al leer «picante moderado».

Sofía, lanzándole una mirada fugaz cuando Steve reía demasiado alto.

Brooke se reprendía mentalmente: *concéntrate, Dawson; tienes a un hombre guapísimo enfrente*, pero era inútil.

La comida llegó: un plato que Steve recomendó con entusiasmo y que tenía el color de una alarma biológica. Brooke le dio el primer bocado por cortesía, y el segundo por educación. El tercero fue un acto de valentía.

El cuarto fue un error.

Una quemazón reptó desde su lengua hasta su estómago y se instaló allí como un volcán en erupción. Sonrió —más por supervivencia que por simpatía—, bebió agua, intentó disimular que el alma se le estaba desprendiendo del cuerpo.

—¿Todo bien? —preguntó Steve, amablemente.

—Sí, sí. Delicioso —mintió, con los ojos vidriosos.

A unos metros, Sofía la miró con una ceja ligeramente arqueada, como si pudiera leer su sufrimiento a distancia. Como si supiera que Brooke estaba a segundos de firmar su defunción gastrointestinal.

Brooke llevaba más de treinta minutos fingiendo normalidad: asentía, sonreía de vez en cuando, probaba bocados diminutos de aquel curry que claramente buscaba asesinarla desde adentro y, mientras tanto, hacía esfuerzos casi sobrehumanos por no retorcerse en la silla. Steve —encantador, educado, con su barba perfectamente delineada y esa voz grave que podría haber vendido seguros, autos o sueños— hablaba animadamente, y Brooke intentaba escucharlo… hasta que otro retortijón la obligó a cerrar los ojos un segundo.

«Perfecto. Moriré aquí. En este restaurante precioso. A manos de un plato vegano *suavemente picante*.»

De reojo, en la mesa diagonal, alcanzó a ver a Sofía. Sola, con el menú entre las manos, frunciendo el ceño como si intentara descifrar un lenguaje arcano más que elegir una cena. Brooke sintió el estómago apretarse otra vez —aunque no sabía si por la comida o por ella— y desvió rápido la mirada para concentrarse en Steve, que ahora reía por algo que ella no había escuchado.

Casi hora y media después la cena concluyó sin que Brooke perdiera el conocimiento, lo cual consideró un triunfo. Pagaron,

salieron del restaurante, y antes de que pudiera inventar alguna excusa para marcharse a casa sola y agonizar con dignidad, Steve insistió en llevarla en su auto.

—No tienes por qué… —intentó decir ella, con una sonrisa forzada que seguramente daba miedo.

—Insisto —dijo él, amable, seguro—. Así conversamos un poco más.

Conversar. Claro. Esa parte en la que Brooke trataba de no morir, no desmayarse y no expulsar fuego por la boca.

Llegaron al edificio. Steve estacionó, caminó con ella hasta la puerta principal y, cuando subieron, se inclinó hacia Brooke con una sonrisa cálida. Ella quiso decir algo, advertirle del inminente cataclismo gastrointestinal, pero antes de lograrlo él la tomó suavemente por la cintura y la besó.

Un beso bueno. Objetivamente bueno. Medido, atento, dulce.

Y su estómago respondió con lo contrario a mariposas.

Algo más cercano a un terremoto categoría cinco.

Brooke se apartó de golpe, jadeante, con los ojos muy abiertos.

—Perdón, perdón, yo… regreso enseguida —soltó, atropellada, sin darle tiempo a procesar nada.

Dejó a Steve con la mano en el aire y corrió directo al baño, cerrando la puerta de un portazo que no tenía nada de romántico. La sentó sobre la tapa antes de tiempo; el resto fue un desastre digno de un poema épico, pero sin belleza alguna.

Desde afuera, la voz de Steve llegó confusa, preocupada:

—¿Brooke? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Brooke hundió el rostro entre las manos. No. No podía enfrentarlo. No así. No cuando había perdido toda dignidad humana en menos de dos minutos.

Y entonces, en un acto reflejo que ya formaba parte de su biología, tomó el móvil y escribió con dedos temblorosos:

«Sofía. SOS. Es una emergencia. De las tuyas. Pero… en versión gastrointestinal. Ven. Por favor.»

Y apretó enviar.

Luego apoyó la frente en la pared fría.

Nunca había deseado tanto que una paramédica apareciera en su vida… y tampoco había estado tan segura de que quería verla por motivos que no tenían nada que ver con su estómago.

Minutos después Brooke escuchó el timbre mientras seguía aferrada al borde del lavamanos, respirando por la nariz como si la respiración pudiera convencer a su estómago de que dejara de comportarse como un dragón moribundo. Se enjuagó la cara con agua fría, se echó tanto ambientador que casi se ahogó, y luego se obligó a enderezarse. No estaba «lista», ni remotamente, pero era eso o morir en el baño y que Steve encontrara el cadáver.

Abrió la puerta con la dignidad de quien ha sobrevivido a una guerra química y cruzó la sala intentando no caminar encorvada. Steve la esperaba con el ceño fruncido, las manos en los bolsillos y la confusión escrita en la cara.

—¿Estás… bien? —preguntó, genuinamente preocupado.

Antes de que Brooke pudiera improvisar algo medianamente creíble, escuchó pasos detrás de ella. Lentamente, como en una película de terror, giró la cabeza.

Sofía estaba allí.

Sofía Cruz. De pie en el umbral del apartamento, con la chaqueta de cuero, los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, un aura de *autoridad letal* que habría intimidado a un marine. Brooke sintió que se le derretían las rodillas. Y no por la intoxicación alimentaria.

—Hola —dijo Sofía, sin cambiar un músculo de la cara.

Brooke tragó saliva. Era momento de activar el plan de emergencia. El peor plan jamás ideado.

—Ella es… —Se aclaró la garganta y, sin pensarlo demasiado, dejó salir la palabra que le incendiaría el futuro inmediato—. Mi ex. Tóxica. Y… peligrosa. Muy peligrosa.

Sofía giró apenas la cabeza hacia ella, como si calculase mentalmente cuántos años de cárcel daban por homicidio involuntario.

Steve se puso rígido, dio un paso hacia atrás y, pálido, metió la mano en el bolsillo de su pantalón.

—Voy a llamar a la policía —anunció, sacando el móvil.

Brooke casi grita.

—¡No, no, no, no! —dio un salto ridículo hacia él, ignorando cómo su estómago amenazó con denunciarla—. No hace falta. De verdad. Nosotras… nos llevamos así. Es… nuestro estilo.

Sofía la miró como si acabara de declararse candidata a un premio Darwin.

Steve observó a una y a otra, visiblemente convencido de que estaba frente a dos mujeres profundamente inestables, quizá peligrosas, quizá miembros de una secta.

—Brooke… —dijo, bajando lentamente el móvil—, ¿estás segura de que…?

—Sí —asintió ella demasiado rápido—. Todo bien. Solo necesitamos hablar. Cosas de ex. Nada grave.

Steve parpadeó. Dos veces.

Luego miró a Sofía, quien no lo miraba a él, sino directamente a Brooke, con la intensidad de alguien que aún no ha decidido si salvarla o dejar que el destino haga lo suyo.

—De acuerdo —murmuró al fin—. Te llamaré mañana. Para ver cómo sigues.

Brooke sonrió con algo que esperaba se pareciera a normalidad.

—Perfecto. Genial. Gracias por… todo.

Steve se acercó, la besó en la mejilla —Brooke agradeció no voltearse porque podría haber vomitado del susto— y se marchó sin mirar atrás. Cerró la puerta con un suspiro audible.

El clic de la cerradura bastó para que el último hilo de su autocontrol se rompiera.

Brooke se llevó una mano al estómago.

—Dios… —susurró.

Y salió corriendo hacia el baño por segunda vez, mientras escuchaba detrás de ella el suspiro profundo —y muy poco sorprendido— de Sofía Cruz, su guardaespaldas emocional, su salvadora improbable… y probablemente la única persona en el mundo que la había visto en peores momentos que ese.

Una derrota histórica. Un desastre monumental. Una noche *tan Brooke* que casi daba risa. Si no fuera porque quería morir.

CAPÍTULO 14

SOFÍA

Había pasado más de media hora desde que Brooke desapareció corriendo hacia el baño, y aunque Sofía sabía —porque lo sabía— que interrumpir no ayudaría, igual llamó un par de veces a través de la puerta, preguntando si seguía viva. Cada respuesta fue una variación del mismo sonido: un *mhm*, un *ya casi*, un *no entres por nada del mundo*, lo cual era suficiente para deducir que la situación era, como mínimo, catastrófica.

Así que esperó.

Esperó sentada en el borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas, mirando fijamente un punto en la pared como si de pronto necesitara memorizar la textura de la pintura para un examen final. Esperó intentando no pensar en Steve, en la forma en que casi llama a la policía, en lo absurdo que era todo aquello, en que su vida emocional se estaba convirtiendo en un sketch de comedia física. Esperó intentando no pensar en el beso que todavía le quemaba en algún lugar del pecho.

Cuando por fin escuchó el cerrojo del baño girar, se puso de pie de inmediato.

Brooke salió.

Y… Dios.

Tenía el cabello pegado a la frente, húmedo por el sudor o por el vapor —probablemente por ambos—, la camiseta arrugada de formas que desafiaban cualquier lógica física, y el maquillaje corrido lo justo para parecer una versión afligida del mapache más adorable del planeta. Sus ojos, sin embargo, seguían siendo ese color miel

que a Sofía siempre le tomaba por sorpresa, incluso cuando estaban empequeñecidos por el agotamiento y el pudor.

Era un desastre.

Un desastre encantador, brillante, desesperante.

—Ven —dijo Sofía, sin permitirle procesar demasiado—. Siéntate. Voy a prepararte un té.

Brooke abrió la boca para protestar, pero lo único que logró fue un murmullo sin consonantes, algo parecido a *noh-soy-tan-drámatica* que ni ella misma pareció entender. Caminó tambaleante hasta el sofá, se dejó caer con un suspiro trágico y se cubrió la cara con ambas manos.

Sofía la observó desde la cocina por un instante que le pareció más largo de lo debido. Había algo tierno en la forma en que Brooke existía: con torpeza, con intensidad, con humanidad pura. Algo que le desarmaba las defensas aunque intentara evitarlo. Algo que, si no tenía cuidado, podía convertirse en un problema grave.

Pero igual llenó el hervidor, sacó la taza favorita de Brooke —la de las estrellas, la que siempre tenía el asa tibia porque ella la dejaba demasiado cerca del horno— y buscó la manzanilla.

Mientras esperaba que el agua hirviera, levantó la vista hacia el sofá.

Brooke estaba allí, hundida entre los cojines, con la cabeza echada hacia atrás, respirando profundo como si la vergüenza fuera una bestia salvaje que intentara domar. Y aun así, había algo en la curva de su boca, en el temblor pequeño de su pecho, que hizo que Sofía sintiera una punzada extraña, casi protectora, casi peligrosa.

Y pensó, con resignación absoluta:

«¿En qué demonios me estoy metiendo?»

Cuando volvió con el té, Brooke la recibió como si le hubiera llevado la cura para todos sus males.

—Vas a reírte —dijo Brooke, tomando la taza con ambas manos —. Bueno, espero que no… pero probablemente sí.

—Prometo intentarlo —respondió Sofía, tomando asiento a su lado. No demasiado cerca. Lo suficiente como para oírla respirar.

Y Brooke empezó a hablar.

Primero llegaron las explicaciones técnicas: que la comida estaba muy rica, que Steve era muy amable, que el *paneer* tenía un sabor interesante, que ella había intentado mantenerse profesional y relajada y *cool*, que había bebido agua como si fuera oxígeno. Luego los detalles dramáticos: un primer retortijón traicionero, un segundo más amenazante, un sudor frío recorriéndole la columna mientras Steve hablaba sobre relojes suizos. Y después, el colapso final: el beso húmedo, el mareo, la estampida hacia el baño.

Sofía intentó mantener el rostro neutral.

No lo consiguió.

—No te rías —protestó Brooke, llevándose una mano al cabello.

—No me estoy riendo —dijo Sofía, aunque sus labios temblaron peligrosamente—. Estoy… procesando.

Brooke rodó los ojos. Se aferró al té. Calló un momento. Y fue entonces cuando llegó la parte que Sofía no esperaba.

—Steve es guapo —comenzó Brooke, con un tono que intentaba ser objetivo—. Muy guapo. Simpático. Buen tipo. Atento. Tiene un hijo adorable, un perro encantador y un trabajo estable. Literalmente, Steve es una lista de pros caminante.

Y, aun así, Sofía sintió una punzada absurda, molesta, que le rozó el estómago como una uña malintencionada.

—Me alegro por ti —dijo, demasiado rápido.

Brooke exhaló, inclinándose hacia adelante. Su voz se suavizó.

—Pero nada de eso importó, Sof.

Sofía parpadeó.

—¿Cómo que no?

Brooke levantó la vista. Y cuando sus ojos miel encontraron los suyos, algo en Sofía se tensó, se preparó, como si supiera que lo

que venía no debía escucharlo… y aun así no pudiera moverse.

—No me movió el piso —dijo Brooke, con una honestidad tan desnuda que casi dolió—. Nada. Besarlo fue… no sé. Como besar a alguien agradable. Correcto. Normal.

Sofía tragó saliva. No sabía qué responder. No sabía si quería saber más.

Pero Brooke sí.

Brooke siempre quería más.

—Y lo peor —murmuró, bajando la voz como si confesara un crimen— es que sé exactamente lo que debería haber sentido. Lo que se supone que se siente cuando un hombre así te besa. Y no… no pasó.

Sofía respiró hondo.

Demasiado hondo.

Brooke la miraba ahora sin parpadear, como si el aire entre ellas se hubiera contraído hasta convertirse en un hilo tenso e inquebrantable.

—Porque —continuó Brooke, con un suspiro que parecía haberse soltado desde lo más hondo— cuando me besó no sentí ni una décima parte de lo que me hiciste sentir tú.

El mundo se detuvo.

No se ralentizó. No se volvió borroso. Simplemente *se detuvo*, como si alguien hubiese cortado la corriente de golpe.

Y Sofía, que llevaba días intentando domesticar las sensaciones que ese beso —ese maldito beso— había despertado en ella, sintió cómo todas las barreras que había construido se resquebrajaban con un sonido interno, íntimo, irremediable.

Brooke seguía mirándola. Vulnerable. Roja en las mejillas. Exhausta. Hermosa. Innegablemente honesta.

Y Sofía ya no pudo contener nada.

Se inclinó.

Tomó el rostro de Brooke entre sus manos, con la delicadeza de quien sostiene algo irremplazable.

Y la besó.

Otro beso, distinto al primero: no tímido, no torpe, no impulsivo. Un beso que sabía a confesión y a hambre. Un beso que pedía permiso y, al mismo tiempo, lo arrebataba todo. La boca de Brooke se abrió bajo la suya con un suspiro tembloroso, y Sofía sintió la lengua de ella rozarla, buscarla, responderle con una entrega que le incendió el pecho.

Descendió una mano por su cuello, por la curva de su clavícula, hasta encontrar el calor firme y suave de su pecho. Brooke se estremeció, ahogada en el contacto, en el deseo, en algo más profundo que ninguna de las dos estaba lista para nombrar.

Y fue justo por eso, por ese vértigo, por esa intensidad peligrosa, que Sofía se obligó a separarse.

Lo hizo con suavidad, pero lo hizo.

Ambas quedaron jadeando, respirando el mismo aire denso y cargado, con los labios húmedos y los corazones golpeando contra las costillas.

Brooke la miró como si el mundo acabara de reorganizarse frente a sus ojos.

Y Sofía… Sofía vio en ella todo lo que había intentado negar.

Deseo.

Esperanza.

Y un peligro dulce y luminoso al que no sabía si podría sobrevivir.

***

Sofía se despertó antes de que sonara la alarma, con ese sobresalto ligero que siempre le quedaba después de una noche demasiado intensa, y mientras se sentaba al borde de la cama —recordando que había quedado con Danny para ir al gimnasio y que necesitaba, de una vez, enfrentar la conversación pendiente sobre

Mariela—, su móvil vibró sobre la mesa de noche; vio el nombre de Brooke iluminando la pantalla y, sin proponérselo, sintió cómo la comisura de sus labios se elevaba, cómo ese calor suave que había intentado racionalizar durante días regresaba con la fuerza tranquila de una marea conocida.

El recuerdo de la noche anterior llegó como una corriente tibia: el beso —ese tercer beso— que no debió haber pasado y aun así había ocurrido con una naturalidad desconcertante. Recordó las manos de Brooke en su cintura, la forma temblorosa en que la periodista había respondido, la vulnerabilidad que se asomaba en sus ojos cuando la dejó en el umbral de la puerta. Recordó también cómo había tenido que hacer un esfuerzo casi físico para no volver a besarla justo antes de marcharse.

Esa era otra conversación que no quería postergar. Una que había evitado demasiado tiempo.

Porque, por fin, Sofía podía admitirlo sin rodeos ni excusas: le gustaba Brooke Dawson. Le gustaba más de lo que era prudente, más de lo que había permitido desde Vanessa, más de lo que su propia capacidad de autocontrol estaba preparada para manejar.

Y verla la noche anterior, allí, con su «señor perfecto», con el tipo impecable y encantador que debería haberle movido el piso… le había encendido un fuego extraño en el pecho.

Celos. Sí. Celos. Había sido ella quien lo sintió como un puñetazo leve pero certero.

Porque Sofía quería estar en ese lugar. El lugar de Steve. El lugar de quien la acompañaba en la cita. El lugar de quien podía besarla sin romper ninguna regla interna ni levantar viejos fantasmas.

El móvil vibró otra vez. Sofía respiró hondo.

Era hora de dejar de negar lo innegable.

***

Danny ya estaba allí cuando Sofía cruzó el umbral del gimnasio: sentado en el banco de press militar, ajustándose los guantes con la

concentración casi ritual de quien usa el ejercicio como terapia. Alzó la vista en cuanto la vio y sonrió con ese gesto amplio, cálido y orgulloso que siempre la hacía sentir que, pese a todo, tenía un hogar.

Ella le devolvió la sonrisa y chocaron el puño antes de ocupar sus puestos frente al rack de pesas. Danny empezó con su rutina, y Sofía, a su lado, lo siguió sin que hiciera falta coordinar nada; llevaban años moviéndose así, en silencios cómodos y conversaciones que aparecían cuando el cuerpo ya estaba en movimiento.

No tardó mucho en llegar el tema inevitable.

—¿Qué pasó exactamente con Mauro? —preguntó Danny mientras acomodaba dos discos adicionales en la barra.

Sofía soltó un largo suspiro, uno que no había sabido que estaba conteniendo desde hacía días. Tomó las mancuernas, respiró hondo y comenzó su serie antes de responder.

—Todo empezó con una llamada de Juliana —dijo—. Llorando. Apenas podía hablar. Pensé que se había peleado con alguna amiga… o con Mariela, ya tú sabes cómo son. Pero cuando llegué a la casa… —apretó la mandíbula, sintiendo nuevamente esa punzada insoportable en el pecho— estaba peor de lo que imaginé.

Danny dejó la barra en el soporte con un golpe seco. Su expresión cambió de inmediato, oscureciéndose.

—¿Qué hizo el imbécil?

Sofía tragó, respiró por la nariz y siguió:

—Gritos. Portazos. Mariela diciéndole que se fuera. Él empujándola contra la pared. Juliana llorando en el pasillo. Fue instinto, ni siquiera lo pensé. Me metí en medio. Él me dio un puñetazo… —alzó ligeramente el mentón, mostrando el rastro tenue del golpe, ya amarillento— pero créeme, no salió bien librado.

Danny murmuró una palabrota tan fuerte que dos personas de la caminadora voltearon.

—Ese cabrón —escupió—, te lo juro, Sofi, si yo hubiera estado allí…

—Por eso no te llamé —lo interrumpió ella, suave pero firme—. Eres peor que yo. Y alguien tenía que sacar a Juliana del medio antes de que viera algo peor.

Danny se pasó las manos por el rostro, conteniendo la rabia que le recorría los músculos.

—¿Y Mariela? ¿Qué dijo después?

Sofía dejó las mancuernas a un lado y tomó una toalla, empapándose la frente.

—Lo de siempre —respondió, con un cansancio que parecía venir de muy lejos—. Que no es así. Que estaba borracho. Que ella lo provocó. Que fue un mal día. Que lo ama. Que no va a volver a pasar.

Danny resopló, cansado, furioso y triste a la vez.

—La misma historia desde que tiene diecinueve —dijo—. Los mismos tipos. Los mismos patrones. La misma mierda.

Sofía asintió lentamente.

—Tenemos que hablar con ella —dijo—. En serio. No solo tú y yo. También papá y mamá. Todos. El domingo. Reunión familiar.

Danny asintió sin vacilar, como si hubiera estado esperando esa frase.

—Los Cruz unidos —dijo, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Como siempre que se arma un desastre.

Sofía le devolvió la sonrisa, aunque tampoco le salió del todo. Porque sí, eran una familia fuerte; pero ese tipo de heridas, esas que implicaban a Mariela… siempre dolían más de lo que ninguno admitía.

Y aun así, allí estaban. En un gimnasio ruidoso, con el sudor resbalando por las sienes y la sangre todavía caliente por la rabia,

prometiendo hacer lo que los Cruz siempre habían hecho: sostenerse, aunque el peso fuera demasiado.

***

Sofía llegó a su apartamento con el cuerpo todavía vibrando por el entrenamiento y el sudor apenas seco bajo la camiseta. Se desató la coleta mientras cerraba la puerta con el pie y dejó caer el bolso en el mismo lugar de siempre, junto al perchero. Paco nadaba en círculos lentos dentro de su pecera —la vieja, la que estaba destinada a convertirse pronto en reliquia— y ella se inclinó para observarlo, como si el pez pudiera darle alguna señal sobre cómo debía enfrentar el resto del día.

Danny había logrado sacarle un par de sonrisas entre repeticiones y quejas musculares, pero en cuanto subió al coche y tomó el camino de regreso, los pensamientos que había logrado contener durante la mañana volvieron a acomodarse en su pecho con un orden casi doloroso. *Brooke.* El beso en el sofá. La confesión temblorosa después del desastre con el restaurante indio. La forma en que había pronunciado su nombre anoche, tímida y valiente a la vez.

Para cuando llegó al edificio, ya tenía la idea rondándole la cabeza como un péndulo insistente: verla. No de casualidad. No porque hubiera un SOS. No porque la hubiera encontrado sangrando o llorando o huyendo. No por obligación emocional ni por pactos improvisados. Verla *porque quería verla.*

Mientras se duchaba —rápido, sin ceremonias, el agua caliente golpeando su espalda hasta aflojarle los hombros— la idea dejó de ser posibilidad y se volvió decisión. Brooke merecía claridad. Merecía una conversación honesta. Y, si Sofía era sincera consigo misma, ella también la merecía. No quería seguir evitándolo, ni seguir fingiendo que el beso había sido un accidente del que ambas podían simplemente alejarse.

Salió de la ducha con el cabello húmedo pegado a las sienes, buscó una camiseta limpia y vaqueros, y tomó las llaves antes de que la prudencia pudiera intervenir. En el ascensor, la sombra de una

sonrisa se le escapó cuando imaginó la expresión de Brooke al verla aparecer sin previo aviso. Le llevaría una botella de vino —no muy sofisticada, pero decente— y una caja de charcutería del pequeño deli de la esquina: pan artesanal, queso brie, jamón serrano, uvas. Brooke siempre hacía un pequeño gesto con las cejas cuando veía comida bonita; un gesto mínimo que Sofía había aprendido a reconocer como entusiasmo contenido.

Era un gesto que le gustaba demasiado.

Salió del edificio con la seguridad de quien tiene una misión, aunque el corazón le latiera un poco más rápido de lo habitual. No sabía qué iba a pasar en esa conversación, ni qué decidirían, ni si la cordura le iba a alcanzar para no besarla otra vez apenas la tuviera cerca. Solo sabía una cosa: no quería que la siguiente palabra entre ellas fuera evasiva, ni torpe, ni mediocre.

Iba a verla.

A Brooke.

Y hablarían.

***

Sofía llegó al apartamento de Brooke media hora después y, en cuanto la periodista abrió la puerta con esa mezcla de sorpresa y alivio que siempre parecía reservarle, la dejó pasar sin pensarlo dos veces. Brooke se inclinó apenas para rozarle la mejilla con un beso rápido —un gesto pequeño, pero lo suficientemente cálido como para desestabilizarla—, tomó la botella de vino de sus manos y la condujo hacia el sofá con la familiaridad torpe de quien intenta no parecer demasiado ansiosa por la visita.

Mientras Brooke buscaba un par de copas en la cocina, Sofía dejó la caja de charcutería sobre la mesita baja y se permitió observarla; la luz tenue del apartamento le dibujaba reflejos dorados en el cabello, y había en sus hombros una tensión contenida que Sofía, aunque no entendía del todo, reconocía de inmediato. Brooke regresó con las copas, le ofreció una con una sonrisa que parecía encenderle algo en el pecho, y tomó asiento a su lado antes de

probar el vino, cerrando los ojos un instante como si ese pequeño sorbo le hubiera devuelto un fragmento de paz.

Sofía sintió el golpe del deseo con una claridad que casi le quitó el aliento: ese gesto mínimo —la cabeza inclinándose hacia atrás, la garganta moviéndose al tragar, la respiración exhalada con un suspiro suave— le recorrió el cuerpo como una corriente inevitable. Le quitó la copa con delicadeza, entrelazando apenas los dedos en el proceso, y la dejó a un lado sin dejar de mirar los labios aún húmedos por el vino.

Y entonces ocurrió lo que llevaba demasiado tiempo intentando no hacer.

Se inclinó hacia ella sin una sola palabra, tomó su rostro entre las manos con la suavidad de quien sostiene algo que no quiere romper, y la besó; un beso inmediato, lleno de hambre contenida, de todas las preguntas que ninguna de las dos había querido formular, de toda la necesidad acumulada en los silencios que habían compartido sin admitirlo. Brooke respondió al instante, como si hubiera estado esperando exactamente ese contacto, ese permiso, esa entrega, y el mundo —lo que fuera que quedaba de él— pareció comprimirse en el espacio estrecho entre sus bocas.

Brooke respiraba hondo, el pecho moviéndose bajo la mano de Sofía como si cada caricia le arrancara un latido nuevo; tenía los ojos tan abiertos, tan entregados, que Sofía sintió un tirón casi físico en el centro del cuerpo. La forma en que Brooke la miraba —esa mezcla de deseo, miedo, necesidad y adoración temblorosa— le hizo olvidar por un instante todas las razones por las que había jurado ser cauta, prudente, sensata. Había calor bajo sus dedos, calor real, urgente, vivo, que se intensificaba cada vez que rozaba la curva suave del pecho de Brooke o la línea vulnerable de su cuello.

Brooke elevó una mano y la posó en la cintura de Sofía, como si necesitara asegurarse de que ella estaba realmente allí; ese toque leve, casi reverente, le recorrió a Sofía la espalda entera. Podía sentir la respiración de Brooke sobre sus labios, cálida, dulce, temblorosa. Podía sentir también cómo el cuerpo de la periodista se

arqueaba apenas hacia el suyo, buscando más, pidiendo más sin decir palabra.

Y Sofía… Sofía no recordaba la última vez que alguien la había mirado así.

No recordó tampoco cómo se inclinó, solo que de repente estaba besándola de nuevo, con más hambre, con menos espacio entre ellas, con la certeza visceral de que ese cuerpo contra el suyo era exactamente lo que llevaba semanas intentando no desear. Brooke respondió con un gemido suave —ahogado, casi sorprendido— mientras sus dedos se aferraban al dobladillo de la camiseta de Sofía como si necesitara un punto de ancla.

La besó más hondo, más lento, explorándola con una lengua cálida que sabía a vino tinto y vulnerabilidad. Brooke jadeó contra su boca, y cuando Sofía deslizó la mano que tenía en su pecho hacia la base de su cuello, la periodista cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, ofreciéndose sin una sola palabra.

Sofía se detuvo solo lo suficiente para observarla.

La luz tenue del apartamento le dibujaba sombras en la clavícula, en la curva ascendente de sus senos, en los labios húmedos que seguían entreabiertos como si estuvieran llamándola por su nombre. Brooke abrió los ojos despacio, sujetando la muñeca de Sofía con una firmeza que no era resistencia… era invitación.

Una invitación peligrosa.

Una invitación que Sofía ya no estaba segura de poder rechazar.

Brooke tragó saliva, sus pupilas dilatadas, el pecho subiendo y bajando de forma irregular.

—Sofía… —susurró, apenas audible.

Ese solo sonido casi la destruyó.

Sofía deslizó la mano desde la clavícula hasta la mandíbula de Brooke, acariciándole la piel todavía húmeda por el nerviosismo inicial. Brooke inclinó el rostro hacia esa caricia, como si su cuerpo reconociera el toque incluso antes que su mente.

Era demasiado. Demasiado bueno. Demasiado intenso. Demasiado ella.

Sofía le levantó la camiseta, y Brooke alzó los brazos casi de inmediato, como si su cuerpo hubiese decidido por ella. La prenda cayó al suelo con un susurro suave. La piel de Brooke estaba cálida, todavía ligeramente humedecida por lo que había sido una noche caótica, y Sofía pensó —con un atrevimiento que no le era habitual— que nunca había visto algo tan hermoso como esa mezcla de vulnerabilidad y deseo.

Los dedos de Sofía buscaron el broche del sostén; Brooke se arqueó apenas, dándole acceso, y cuando la prenda cedió, la paramédica tuvo que inhalar hondo para no perder el control. Brooke, con los labios húmedos y el rubor extendiéndose por su cuello, la observaba como si la estuviera aprendiendo de memoria.

Sofía se inclinó y besó un seno primero con suavidad, luego con creciente hambre; delineó la aureola con la lengua, la tomó entre los labios, y Brooke dejó escapar un gemido suave —una rendición sin condiciones— mientras sus dedos se enredaban en el cabello de Sofía como si tuviera miedo de que ella se apartara demasiado pronto.

La respiración de ambas se volvió irregular, sincopada, peligrosa.

Brooke tiró de ella, la besó de nuevo, un beso húmedo, profundo, que tenía sabor a atrevimiento y a semanas de contención rota. Sofía deslizó una mano por su cuello, por su clavícula, por la curva suave de sus costillas, y cuando su palma finalmente cubrió el otro seno, Brooke jadeó contra su boca, un sonido frágil y devastador que casi la hizo perder el equilibrio.

Sofía se acomodó sobre ella, atrapándola entre sus muslos con un movimiento instintivo, pero antes de que pudiera profundizar ese contacto, Brooke rió—una risa mínima, nerviosa— y luego la apartó suavemente, apenas unos centímetros.

Sofía se quedó inmóvil, el corazón golpeando contra sus costillas.

Brooke la miraba con el ceño fruncido y los labios aún húmedos.

Y entonces, con esa voz pequeña que solo aparecía cuando estaba realmente vulnerable, preguntó:

—Sof… ¿crees que estoy gorda?

El mundo entero —el deseo, el vino, el ritmo acelerado de sus respiraciones, la tensión que hervía entre sus cuerpos— se detuvo en seco.

Sofía parpadeó, atónita.

Brooke seguía allí, semidesnuda, hermosa, respirando rápido, pero de pronto con esa expresión temerosa que no tenía nada que ver con lo que acababan de compartir. Se cubrió el vientre con un brazo, casi sin darse cuenta, como si quisiera ocultarse.

Sofía tardó un segundo en encontrar aire.

Otro segundo más en encontrar palabras.

Porque lo que sintió no fue deseo —eso ya estaba ahí, tan feroz y tan presente como siempre— sino una ternura profunda y un peso inesperado en el pecho.

Una punzada protectora.

Una necesidad casi urgente de decirle algo que desdibujara cualquier sombra en su rostro.

Y sin embargo, antes de pronunciar nada, lo único que logró hacer fue tocarla con cuidado, como si esa pregunta hubiera revelado una herida que ella no sabía que Brooke llevaba tan abierta.

La sostuvo por las muñecas con una delicadeza que contrastaba con la urgencia que ambas sentían, y llevó lentamente las manos de Brooke lejos de su propio vientre. Brooke respiraba rápido, con los ojos muy abiertos, como si temiera escuchar la respuesta, como si algo en ella estuviera a punto de romperse.

—Brooke… —murmuró Sofía, inclinándose apenas lo necesario para que sus frentes casi se rozaran—. Eres perfecta.

La palabra cayó entre ellas como una nota grave, llena, imposible de ignorar.

Brooke parpadeó, insegura, y volvió a preguntar con un hilo de voz:

—Respóndeme…¿crees que estoy gorda?

Sofía negó despacio, sosteniéndole la mirada como si pudiera anclarla a tierra solo con eso.

—No estás gorda. Ni un poco —dijo con firmeza, con esa voz baja que Brooke sentía en la piel más que en los oídos—. Pero aun si lo estuvieras…

Brooke entrecerró los ojos, alarmada, y Sofía se apresuró a corregirse:

—No lo estás. Pero si lo estuvieras, me gustarías igual. No cambiaría nada.

Brooke mordió su labio inferior, insegura, vulnerable de una manera que Sofía no sabía que podía desarmarla tanto. Y entonces Sofía tuvo una idea.

La tomó suavemente de la mano.

—Ven —le dijo.

Brooke dejó que la guiara por el pasillo, con pasos lentos, casi ceremoniales, hasta llegar a la habitación. El espejo de cuerpo entero estaba junto a la ventana, reflejando la luz tenue de la tarde que comenzaba a desvanecerse.

Sofía la colocó frente al espejo, con las manos sobre los hombros de Brooke, firme pero con ternura.

—Mírate… —susurró cerca de su oído, lo suficientemente bajo para que la voz pareciera recorrerle la columna—. Mira lo hermosa que eres, Brooke Dawson.

Brooke tragó saliva, observándose con un temblor en la respiración. Sofía deslizó una mano desde el hombro hasta el

costado de su cuerpo, bajando lentamente hasta posar la palma sobre su vientre desnudo.

Brooke se tensó. Sus miradas se cruzaron en el espejo.

—Esto… esto es hermoso —murmuró Sofía, acariciando la piel suave del abdomen, bajando apenas un poco más—. Tú eres hermosa. Sexy. Deseable—. Su voz se volvió aún más baja—. Y me pones… demasiado.

Brooke cerró los ojos un instante, un gemido suave escapando de sus labios cuando Sofía bajó un poco más la mano, deslizando la tela de su pantalón y ropa interior justo lo suficiente para tocar piel más íntima.

Con una delicadeza que rozaba la devoción, Sofía empezó a explorarla, deslizando los dedos en caricias lentas alrededor, como si quisiera aprenderse cada reacción, cada temblor.

Brooke jadeó, echando la cabeza hacia atrás hasta que la apoyó sobre el hombro de Sofía. Ella aprovechó ese gesto para inclinarse y besarle el cuello, lento, como si saboreara cada milímetro de piel. Brooke tembló bajo ese contacto.

—Así… —murmuró Sofía contra su cuello—. Déjame mostrarte lo que yo veo. Lo que tú no ves.

Las manos de Sofía se movieron con más seguridad, guiadas por el sonido entrecortado de la respiración de Brooke.

Y entonces, con la misma precisión con la que sostenía una vida entre sus manos en cada turno, deslizó dos dedos en su interior, mientras el pulgar describía círculos lentos y decididos sobre el centro exacto de su deseo.

Sofía sintió la humedad cálida y su propio pulso se volvió más pesado, más lento, más profundo.

—Estás… preciosa así —susurró, moviéndose despacio, marcando un ritmo que parecía sincronizarse con el temblor que recorría el cuerpo de Brooke.

Brooke abrió los ojos y, por un instante, Sofía también se obligó a mirar al espejo; lo que vio —lo que ambas vieron— le golpeó el pecho con una fuerza inesperada. Brooke, con las mejillas encendidas y los labios hinchados por sus besos, se sostenía contra ella como si su cuerpo hubiese encontrado un punto exacto donde descansar. Su propio reflejo aparecía detrás, apenas contenido: la mano firme entre las piernas de Brooke, el cabello ligeramente desordenado cayéndole sobre el hombro de la periodista, el contraste de ambas figuras juntas, íntimas, inevitables.

Y aunque era Brooke quien respiraba entrecortado, Sofía sintió que a ella también se le escapaba el aire, como si aquella imagen revelara algo que llevaba semanas negándose a nombrar.

Sofía ajustó apenas la presión de sus dedos, dejándose llevar por el ritmo que el propio cuerpo de Brooke le marcaba, y comenzó a moverlos con mayor intensidad, cada impulso más seguro que el anterior, cada gesto arrancándole un gemido nuevo, más oscuro, más desesperado. Con la otra mano rodeó el contorno cálido de su pecho izquierdo, lo sostuvo con suavidad primero y luego lo acarició con una devoción silenciosa, sintiendo cómo Brooke se arqueaba, cómo su respiración se deshacía en pequeños temblores que parecían recorrerle la piel entera.

Y Sofía la miró —aun con el pulso desbocado, aun con el deseo latiéndole fuerte y bajo— y vio en ese rostro la entrega absoluta: los párpados cerrados, las cejas ligeramente fruncidas, la boca entreabierta, vulnerable, hermosa. Tan expuesta a ella. Tan completamente suya en ese instante.

Brooke gimió contra el hombro de Sofía, aferrándose a su muslo como si necesitara sostenerse de algo más que de la pared, más que del aire.

—Sofía… —susurró, quebrándose un poco.

—Eso… —murmuró Sofía, con la voz ronca—. Dilo otra vez.

Sofía continuó el ritmo, entrando y saliendo con una cadencia cada vez más firme, sintiendo cómo el cuerpo de Brooke empezaba

a tensarse bajo sus manos. La notó temblar —al principio apenas un estremecimiento, luego una vibración más profunda, más desesperada— y se inclinó para besarle el cuello, deslizando los labios hasta el borde del lóbulo de su oreja mientras la atraía con la otra mano por el pecho, manteniéndola anclada a ella, a su respiración, a su propio pulso acelerado. Y fue en ese instante, justo cuando Sofía murmuró su nombre contra la piel caliente de su cuello, que sintió cómo Brooke se arqueaba por completo… y se abría, temblando, desbordándose en un clímax que la recorrió entera. Sofía la sostuvo, la contuvo, sintiendo cómo la explosión la atravesaba a ella también, como si ese estremecimiento hubiese nacido en las dos a la vez.

Cuando por fin la tensión dejó su cuerpo, Brooke apoyó la frente contra el espejo, respirando de forma temblorosa.

Sofía la abrazó por la cintura desde atrás, dejando un beso en su hombro desnudo.

No dijo nada.

No hizo falta.

CAPÍTULO 15

BROOKE

Brooke no sabía en qué momento la tarde se había convertido en noche. El vino había bajado tibio, la charcutería estaba casi olvidada en la mesa, y aun así seguía sintiendo que todo lo verdaderamente importante estaba ocurriendo en esa habitación, bajo la luz tenue que entraba desde el pasillo. Sofía estaba acostada en su cama —su cama— con las zapatillas ya en el suelo pero aún vestida, apoyada sobre los codos, observándola con esa mezcla de cautela y deseo que le hacía arder el estómago. Brooke la miró un instante más y, antes de pensarlo demasiado, dejó escapar una sonrisa pícara, suave, atrevida.

—Ahora es mi turno —advirtió, con un tono que ni ella sabía de dónde había salido.

Sofía abrió los ojos un poco más; ese rubor leve, inesperado, subió desde su cuello hasta las orejas, y la sonrisa que le respondió fue lenta, tímida, deliciosa.

Brook sintió un vuelco en el pecho. Y luego otro.

Antes de que pudiera asustarse con la intensidad de aquello, se movió sobre la cama con una decisión casi de mentira y se acomodó a horcajadas sobre ella. La pelvis de ambas se rozó apenas, pero el contacto fue suficiente para que Brooke soltara un pequeño suspiro —un sonido que le quemó las mejillas al instante— y para que las manos de Sofía apretaran, apenas, las sábanas a ambos lados de su cuerpo.

—¿Estás bien? —susurró Sofía, con esa voz grave y cálida que siempre parecía rozarle la piel.

Brooke asintió… y luego hizo justo lo contrario a mantener la calma: llevó las manos al dobladillo de la camiseta de Sofía, lo atrapó entre los dedos, y comenzó a subirla despacio, centímetro a centímetro, hasta descubrirle el vientre.

Y entonces se le escapó:

—Carajo, estás dura.

El comentario salió más asombrado que provocador, casi reverente, como quien encuentra arte donde no sabía que lo había. Sofía rió, una risa baja, ronca, que le vibró directamente contra las piernas de Brooke.

—Trabajo mucho —murmuró, todavía sonrojada.

Brooke sonrió, sintiendo un orgullo extraño, como si hubiera encontrado un tesoro escondido. Terminó de subirle la camiseta y la dejó al borde de la cama; luego apoyó las palmas sobre el vientre de Sofía, sintiendo cómo se tensaba bajo sus manos, cómo esa tensión no era rechazo, sino deseo contenido.

—Me encantas… —murmuró, inclinándose para besarle el cuello, justo donde sabía que Sofía contenía el aliento.

Sofía cerró los ojos. Brooke lo sintió en el temblor leve de su clavícula, en el suspiro que escapó de sus labios, en la forma en que su cuerpo se arqueó apenas hacia el suyo, invitándola.

Brooke tragó, reuniendo valor, y decidió que, por una vez, iba a dejar de temer hacerlo mal.

Que iba a tocarla como realmente deseaba, a descubrirla con las manos y a memorizarla con la boca.

Ella bajó la mirada mientras sus manos avanzaban con cuidado, con torpeza cariñosa, con esa determinación suave que nace cuando se desea tanto que da miedo. Y entonces, cuando sintió que Sofía estaba preparada —o que ella misma lo estaba— dejó que el resto fluyera, lento, intenso, inevitable.

Aquí irán tus partes explícitas:

Brooke dejó que sus manos exploraran primero con timidez y luego con una seguridad creciente: trazó la curva de los pechos de Sofía, descendió por el abdomen firme, sintió cómo los músculos bajo la piel respondían a cada caricia, y siguió más abajo hasta donde el calor comenzaba a concentrarse. Con dedos algo temblorosos —por deseo, por vértigo, por la intensidad de tenerla así— desabotonó el pantalón de Sofía; ella levantó apenas las caderas para ayudarla, y Brooke lo deslizó con lentitud deliberada, como si desvestirla fuera en sí mismo un idioma íntimo que ambas comprendían sin haberlo hablado nunca. Cuando la tela cayó y Sofía quedó solo en ropa interior, Brooke se detuvo.

Se detuvo para mirarla. Para verla de verdad.

Sofía Cruz, con la respiración acelerada, el rubor subiendo por el cuello, los ojos oscuros y húmedos clavados en los suyos, era una mezcla devastadora de fuerza y vulnerabilidad; era una mujer hecha de disciplina, de voluntad, de silencios profundos… y aun así, en ese instante, estaba entregándose a ella.

Brooke sintió un latido fuerte, casi doloroso, en el centro del pecho.

—Dios… —susurró, sin poder evitarlo—. Eres hermosa.

Y lo pensó con una claridad que la desbordó: poderosa, sí… pero ahora, bajo sus manos, también infinitamente suya.

Se inclinó despacio, como si temiera romper el aire cargado que había entre ellas. Sofía exhaló, un sonido bajo, anticipatorio, que vibró directamente en la columna de Brooke. Se sostuvo con una mano junto al costado de Sofía y con la otra volvió a acariciar la curva suave de su pecho, sintiendo cómo el ritmo respiratorio de la paramédica se volvía más rápido, más irregular.

Entonces acercó la boca.

No la tocó al principio; simplemente dejó que su aliento tibio rozara la piel sensible, trazando un avance lento que hizo que los dedos de Sofía se cerraran sobre la sábana. Brooke la sintió

tensarse, no de incomodidad, sino de una expectación que parecía encenderse por capas.

Cuando finalmente posó los labios, lo hizo con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento: un beso leve, casi un reconocimiento. Luego otro. Después, un roce más decidido, probando la temperatura, la suavidad, la forma en que el cuerpo de Sofía respondía a cada contacto.

Su boca se abrió apenas, lo suficiente para atrapar la piel con suavidad y dejarla escapar con un suspiro cálido. La lengua delineó un círculo lento, estudiado, que hizo que el pecho de Sofía se elevara hacia ella como si buscara más. Sus dedos, abiertos sobre el vientre marcado, sintieron cómo los músculos se contraían en oleadas pequeñas, involuntarias.

Brooke levantó la mirada un instante, solo para ver la expresión de Sofía: los ojos entrecerrados, los labios separados, la respiración hecha un hilo trémulo. Había algo reverencial en esa imagen, algo que le hizo querer ser aún más cuidadosa, más consciente de cada movimiento de su boca.

Y así continuó, alternando la suavidad y la presión exacta, cada gesto estudiando a Sofía, escuchando su cuerpo, respondiendo a él.

Era una devoción lenta, meticulosa, casi un arte.

Y mientras lo hacía, sintió —con absoluta claridad— que nunca había deseado a nadie de esa manera.

Brooke deslizó los dedos por la cadera de Sofía, sintiendo cómo la respiración de la paramédica se detenía por un instante, como si su cuerpo reconociera un lenguaje que no necesitaba traducción. Se inclinó sobre ella, besando lentamente el camino entre su pecho y su vientre, dejando que cada roce fuese una pregunta y cada suspiro, una respuesta.

Cuando Sofía arqueó ligeramente la espalda, Brooke sonrió contra su piel: cálida, suave, viva.

Brooke besó la piel cálida y delicadamente humedecida por el deseo, saboreando el leve temblor que recorrió el vientre de Sofía

bajo su boca; luego descendió un poco más, con una lentitud casi reverente, y dejó que la punta de su lengua trazara círculos suaves, pacientes, profundamente conscientes, alrededor de ese punto de pura sensibilidad donde cada caricia parecía volver líquida la respiración de Sofía.

Sofía entrelazó los dedos en el cabello de Brooke y dejó escapar un gemido bajo, contenido, que hizo que la periodista sintiera una corriente eléctrica en la base de la columna.

Brooke volvió a subir, besándole el torso, la clavícula, el cuello… como si necesitara memorizarla con la boca. Sofía la recibió con manos temblorosas, con una entrega silenciosa que decía más que cualquier palabra pronunciada en voz alta.

Mientras le besaba el cuello, Brooke deslizó la mano entre las piernas de Sofía y dejó que sus dedos la encontraran con una suavidad que parecía nacer directamente de la respiración agitada entre ambas; avanzó despacio al principio, como tanteando un territorio sagrado, y luego —cuando el cuerpo de Sofía respondió con un arqueo involuntario— comenzó a moverse con un ritmo constante, íntimo, casi devocional.

Sofía dejó escapar un gemido ahogado, la clase de sonido que Brooke sabía que recordaría toda su vida, y sus ojos brillaron con una mezcla de sorpresa, entrega e intensidad que le cortó el aliento. Brooke la sostuvo por las caderas, firme pero cuidadosa, guiando cada movimiento con una ternura que contrastaba con la determinación que ardía en sus pupilas, mientras sentía cómo el temblor creciente de Sofía le recorría el cuerpo como si fuera electricidad.

Sofía murmuró su nombre —«Brooke…»— con un temblor que la desarmó por completo.

Brooke la sostuvo mientras el temblor la recorría entera, como si se deshiciera en sus brazos; sintió las lágrimas tibias caerle sobre las manos, sintió cómo el cuerpo de Sofía se arqueaba una última vez, entregado, vulnerable, absolutamente real.

Y entonces, cuando Sofía abrió los ojos —húmedos, desbordados, incapaces de esconder nada— Brooke entendió que lo que habían hecho no era simplemente sexo.

Era una confesión.

Una que ninguna de las dos había dicho todavía, pero que estaba ahí, respirando entre ellas, brillando en la piel, latiendo en cada rincón del silencio.

***

Brooke permanecía apoyada sobre un codo, con las piernas aún entrelazadas con las de Sofía, mientras el silencio tibio del dormitorio parecía envolverlas como una manta recién extendida. Sentía, bajo su mejilla, el latido firme que descansaba en el pecho de Sofía; un ritmo vivo, terroso, que la anclaba a un presente que todavía no terminaba de comprender del todo. Habían pasado minutos —o tal vez horas— desde la última oleada que las había dejado exhaustas, y aun así Brooke no lograba apartar la mirada de la forma en que la respiración de Sofía subía y bajaba, lenta, satisfecha, vulnerable.

Fue Sofía quien habló primero, con la voz ronca de quien ha entregado demasiado y lo entregaría otra vez.

—Antes de venir —murmuró, mirándola sin terminar de sostenerle el gesto— tenía la intención de que habláramos. Y ahora míranos.

Brooke soltó una risa suave, apenas un soplo cálido contra la piel de Sofía.

—Creo que nuestros cuerpos tuvieron una conversación larguísima —dijo—. Y bastante convincente.

El sonido que salió de Sofía —una risa baja, casi incrédula— le encendió algo en el pecho, un tipo de alegría que no sabía dónde alojar. Brooke sintió el impulso de acercarse más, de besarle el hombro, de memorizar el temblor que producía en Sofía cada roce, pero no lo hizo; se limitó a mirarla, porque mirarla ya era una especie de milagro.

Sofía respiró hondo, como quien se prepara para sumergirse.

—Hay algo que tienes que saber —dijo, con un tono que no tenía nada de titubeo y sí mucho de peso—. Algo que no quería seguir guardándome.

Brooke se incorporó apenas, sin apartarse del todo, dejando que su brazo siguiera sobre el abdomen de Sofía, cálido y firme bajo su piel. No habló; no quiso interrumpir ese proceso que se intuía frágil y necesario.

Sofía mantuvo los ojos en el techo por un momento antes de volver la mirada hacia ella. Lo que Brooke vio allí —esa mezcla de nostalgia, dolor antiguo y una ternura que no se esperaba— le apretó el corazón.

—Vanessa —susurró Sofía, como si el nombre fuese un cristal que temiera romper solo con pronunciarlo—. Ella… fue mi vida durante años. Y cuando la perdí, sentí que algo en mí se apagaba para siempre. Algo que no sabía si llegaría a encenderse de nuevo.

Hizo una pausa, breve pero tan densa que Brooke sintió que el aire entre ambas se tensaba, como si también él aguardara la confesión que venía.

—El accidente… —prosiguió Sofía, apoyando la frente en la de Brooke, como si necesitara ese contacto para sostenerse—. Fue tan rápido, Brooke. Demasiado rápido. Una de esas cosas que piensas que solo le pasan a otros, a los desconocidos, a las historias que oyes y luego olvidas… y de pronto te atraviesa la vida sin aviso.

Brooke no dijo nada. No podía.

Sofía inhaló, con un temblor apenas audible que le recorrió el pecho entero.

—Esa mañana… —continuó— nos despedimos como siempre. Yo tenía turno, ella tenía un encargo de fotografía. Me besó en la puerta, me dijo… —la voz se afinó, quebrada, mientras una sombra de sonrisa triste asomaba en la comisura de sus labios— que esa tarde quería que saliéramos a cenar a algún sitio donde hubiera luz cálida porque su cámara había estado captando demasiadas

sombras últimamente. Yo me reí. Le dije que eligiera el lugar que quisiera. Y se fue.

Brooke sintió un nudo subiendo por su propia garganta, aunque no hizo movimiento alguno; escuchaba, solo escuchaba, como si esas palabras abrieran una puerta hacia un dolor demasiado íntimo.

—A media mañana entró un aviso —continuó Sofía, y su voz se volvió más baja, más contenida, más peligrosa—. Accidente múltiple. Vehículo atrapado. Posible paro respiratorio. Íbamos en ruta. Íbamos tan rápido como podíamos. Y cuando llegamos… —cerró los ojos un instante— lo supe. Antes incluso de que Galloway dijera nada. Antes de bajar de la ambulancia. Lo supe porque reconocí el auto.

Brooke sintió que el mundo se inclinaba bajo ellas.

—Corrí —dijo Sofía—. No recuerdo haber pensado. Solo recuerdo mis manos intentando llegar a ella, mis dedos buscándole el pulso, mis órdenes a los que estaban alrededor… recuerdo el olor a metal caliente, a vidrio roto… recuerdo que todavía estaba tibia. Y yo… —la voz se quebró del todo— hice todo lo que sabía hacer. Todo lo que podía hacer. Más de lo que debería haber podido hacer. Y aun así… fallé.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Sofía y Brooke la limpió con un dedo, suave, como si tocar ese dolor exigiera una delicadeza absoluta.

—No pude traerla de vuelta —susurró Sofía—. Y durante mucho tiempo pensé que tampoco iba a poder traerme de vuelta a mí. Que había una parte que se quedó ahí, en esa carretera, junto a ella. Y quizá es cierto. Quizá nunca recuperas del todo algo así.

Brooke sintió que su corazón latía con tanta fuerza que temió que Sofía pudiera oírlo.

Sofía abrió los ojos, y en la penumbra de la habitación esos ojos oscuros brillaron como si hubieran atravesado demasiadas tormentas.

—Pero no lloro por el pasado, Brooke —dijo al fin, con una serenidad frágil pero real—. Es solo que… esto que estoy sintiendo

por ti me desborda. Porque pensé que esa parte de mí estaba muerta. Y no lo estaba. Y tú… —tragó saliva— tú la despertaste sin pedir permiso.

Brooke exhaló un suspiro que no sabía que llevaba conteniendo, se inclinó y la besó, primero con la suavidad de quien sostiene algo precioso, luego con la intensidad de alguien que comprende la magnitud de lo que le acaban de entregar.

Y mientras los labios de ambas se encontraban una vez más, Brooke entendió por qué Sofía temía tanto, por qué ella misma temblaba, por qué ese beso sabía distinto a todos los demás:

Comprendió que lo que había entre ellas ya no era solo deseo, sino la suma inevitable de una historia compartida, de una pérdida que buscaba consuelo y de una esperanza que nacía casi sin permiso; era un comienzo tan prometedor como arriesgado, una posibilidad que podía derrumbarlas o salvarlas, un todo que exigía entrega y vulnerabilidad, y por primera vez sintió, con un estremecimiento suave pero profundo, que también ella tenía algo que perder.

***

El domingo amaneció tibio y silencioso, y Brooke salió del sueño con un sobresalto suave, como si algo en su cuerpo supiera antes que su mente que faltaba algo… o alguien. Extendió la mano hacia el costado izquierdo de la cama y encontró solo sábanas frías. Una punzada —pequeña, ridícula, inmediata— le atravesó el pecho. Se incorporó, se colocó unos shorts y una camiseta, se recogió el cabello en un moño improvisado y caminó hacia la cocina sin molestarse en ponerse zapatillas.

La vista que la recibió casi la derribó.

Sofía estaba allí, de espaldas, con el cabello recogido de cualquier manera, moviéndose con una soltura doméstica que a Brooke le resultó íntima de una forma nueva. Llevaba una espátula en una mano y tarareaba una melodía que Brooke no reconoció, pero que se quedó grabada en el aire como un hilo cálido. En la

sartén chisporroteaban huevos revueltos; a un costado, tiras de beicon desprendían un aroma delicioso, familiar, casi nostálgico.

Brooke sintió un deseo fulminante, primitivo, inesperado. No solo físico. Era algo como… pertenencia.

Se acercó despacio, atraída como una luna a su órbita. Pasó los brazos alrededor de la cintura de Sofía por detrás, apoyó la mejilla en su omóplato y dejó un beso suave, lento, en la curva caliente de su cuello. Sofía se estremeció; Brooke lo sintió bajo sus labios, esa sacudida mínima que siempre la hacía sentir poderosa y vulnerable a la vez.

—Buenos días, guapa —susurró.

Sofía sonrió, se giró un poco para mirarla por encima del hombro, y la besó con esa mezcla de ternura y fuego que ya parecía su marca registrada. Luego señaló la isla de cocina.

—Ve sentándote. Ya casi está listo.

Brooke obedeció —la única vez en la vida en que obedecer se sintió como un privilegio— y se acomodó en uno de los taburetes altos. Desde allí tenía una vista perfecta del cuerpo de Sofía moviéndose con naturalidad, del juego de músculos en su espalda y su cintura, del vaivén hipnótico de sus caderas cuando alcanzaba el plato o la sal. Brooke apoyó el codo en la encimera y se quedó mirándola con una sonrisa que no podía controlar.

Su teléfono vibró a un lado. Un mensaje de April: «*¿Almuerzo hoy? Tengo chismes y necesito tu cara de horror para sentirme viva.*»

Brooke rió por lo bajo antes de responder, pero se detuvo un instante. Había algo que necesitaba saber antes de comprometer el día.

—Sof —dijo, levantando un poco la voz.

—¿Hmm?

—¿Qué planes tienes hoy?

Sofía apagó el fuego, dejó la sartén a un lado y se limpió las manos con un paño antes de mirarla. Había algo más apagado en su voz cuando respondió:

—Voy a almorzar donde mis papás. Es… una conversación pendiente. Con Mariela también. —Hizo una mueca leve, resignada —. Domingo de *drama Cruz*.

Brooke asintió con comprensión, aunque un pequeño nudo se formó bajo sus costillas.

—Entonces —dijo, esforzándose por sonar ligera—, la cena será conmigo.

Sofía soltó una risa suave, cálida, íntima. Una risa que le acarició la piel a Brooke de adentro hacia afuera.

—Hecho.

Brooke miró de nuevo el teléfono, con el pecho sorprendentemente lleno, y le escribió a April: «*Sí. Almuerzo. Y trae pañuelos. O vino.*»

El mensaje salió justo cuando Sofía comenzaba a servir los platos.

Brooke se sentó a la mesa, con plato en mano y comenzó a masticar un trozo de beicon crujiente —demasiado bueno, demasiado perfecto— cuando, sin pensarlo, dejó escapar una frase que se sintió más vulnerable de lo previsto.

—Así comenzó todo…

Sofía, que hace apenas un minuto se había sentado frente a ella, alzó la mirada con un gesto casi imperceptible —un leve arqueo de cejas, un parpadeo un poco más lento de lo habitual— y, aun así, Brooke lo sintió con la intensidad de siempre: como un pequeño estremecimiento que le recorría el pecho antes de que pudiera ocultarlo.

—¿Así? —repitió ella, negando suavemente con la cabeza mientras se acomodaba en la silla, una mano rodeando su taza de café—. Tal vez para ti. Para mí… no.

Brooke dejó el tenedor suspendido en el aire.

—¿Cómo que no?

Sofía apoyó los antebrazos sobre la mesa, inclinándose un poco hacia adelante. La luz de la mañana dibujaba un brillo cálido sobre sus mejillas, y de pronto había algo casi tímido —aunque no débil— en la forma en que sostenía su mirada.

—Para mí comenzó mucho antes —dijo, con una honestidad tranquila que pareció desarmar el aire entre ellas—. Te vi desde el primer día que llegaste al edificio. Con tus maletas. Tus cajas. Ese caos que parecía perseguirte como una nube personal.

Brooke parpadeó, sorprendida.

—¿Me… viste?

—Varias veces —admitió Sofía, encogiéndose de hombros—. Cada vez que algún vecino de este piso necesitaba ayuda con algo y yo pasaba por aquí, tú… estabas. O te oía riéndote. O discutiendo con Landon. —Su boca se torció apenas, una sonrisa breve—. No te estaba acechando, si es lo que estás pensando.

Brooke arqueó una ceja.

—¿Estás segura? Porque suena sospechosamente a *stalkeo* profesional.

Sofía soltó una risa suave, esa que siempre parecía bajar las defensas de Brooke sin pedir permiso.

—No te stalkeaba, Brooke. Solo… te veía.

Brooke dejó el tenedor a un lado, incapaz de contener la sonrisa que le subía por la cara.

—Bueno… —murmuró, bajando un poco la voz—. Te diré un secreto, ya que estamos confesando. Yo también te había mirado antes. —Sofía abrió los ojos con una mezcla deliciosa de sorpresa y diversión—. Siempre pensé que eras sexy. Y que tu trasero debería enmarcarse.

El rubor en Sofía fue instantáneo, hermoso, una luz rosada que ascendió por su cuello hasta sus mejillas. Bajó la mirada, se cubrió la boca con la mano y rió, más libre que en cualquier otro momento de la mañana.

Brooke la observó, sintiendo que el pecho se le llenaba de algo cálido, expansivo y un poco abrumador.

Y por un segundo —solo un segundo— tuvo la certeza de que ese desayuno era el principio de algo que quizá ninguna de las dos sabía cómo detener.

***

El almuerzo con April comenzó —como casi todo con April— con un gesto teatral: una botella de vino blanco frío en una mano y, en la otra, una caja de pañuelos de flores azules.

Brooke estalló en una risa que no sabía que necesitaba.

—¿Para qué es eso? —preguntó, señalando la caja.

—Para tus tragedias, obviamente —respondió April, dejando caer la caja sobre la mesa—. Y para las mías, si tu vida romántica sigue siendo una montaña rusa con curvas ilegales.

Abrieron el vino, brindaron por ninguna razón en particular, y Brooke apenas había dado un sorbo cuando April apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia ella con esa expresión de «te voy a soltar una bomba».

—Anoche fui al benéfico del Harbour Club —comenzó, removiendo el vino en su copa—. Y adivina quién estaba allí… con acompañante.

Brooke arqueó una ceja. Ni siquiera podía imaginar a quién se refería.

—¿Quién?

April sonrió como si estuviese a punto de revelar un secreto de estado.

—Tu jefa. Margaret Huxley.

Brooke se atragantó levemente con el vino.

—¿Qué? No. Margaret no suele asistir a eventos sociales. Margaret no hace nada que no sea trabajo, café y… más trabajo.

—Pues anoche lo hizo, y acompañada de un hombre —sentenció April con absoluta seriedad.

Brooke abrió los ojos como platos.

—¿Un… hombre?

—Un *niño-hombre*, mejor dicho. Veinte años menor, como mínimo. Alto, carita de «quiero estudiar cine independiente», y pegado a ella como si fuera su sombra. Ella estaba… —hizo un gesto amplio con las manos— radiante. Casi simpática. Casi humana.

Brooke negó con la cabeza, aún incrédula. Margaret, con alguien más joven. En público. *De la mano*. El mundo se estaba acabando.

April bebió otro sorbo y añadió:

—Y te digo más: no es la primera vez. Margaret siempre ha sido así. Una vampiresa. Una devoradora de juventud. Y lo peor es que les funciona. Todos terminan adulándola, llorándole… Es agotador.

Brooke ladeó la cabeza, observándola fijamente. Algo se desacomodó dentro de ella.

—Siempre te ha molestado Margaret —murmuró—. Pero… ¿por qué tanto rencor? Recuerdo que eran muy unidas. Antes.

April hizo una mueca exagerada, como si Brooke hubiera mencionado una enfermedad contagiosa.

—No éramos unidas. Éramos… compañeras de trabajo —contestó, chasqueando la lengua—. Me molesta la gente que usa a otros. Me molesta la gente que nunca dice quién es de verdad.

Brooke frunció el ceño.

—¿Te usó?

April rió sin humor.

—No exactamente. O quizá sí. O quizá yo era muy joven para darme cuenta. No importa. Lo que importa es que vive fingiendo una vida que no es la suya. Esa pose de femme fatal hetero… por favor. —Rodó los ojos—. Esa mujer es más lesbiana que nosotras dos juntas.

Brooke dejó su copa en la mesa, aturdida.

Porque conocía a Margaret. O… creía conocerla. Siempre elegante, siempre fría, siempre intocable. No podía imaginarla con hombres jóvenes. Tampoco podía imaginarla con mujeres. No podía imaginarla con nadie.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja.

April se inclinó hacia adelante, apoyando la barbilla en la mano con gesto de conspiración.

—Brooke, cariño. Yo la he visto. Y créeme cuando te digo que la verdadera Huxley no está en los artículos ni en las reuniones. Está en la forma en que mira ciertas cosas. Ciertas personas. Ciertos cuerpos. —Pausó, dejando que el silencio hiciera lo suyo—. El closet le quedó pequeño hace años… pero se aferra a él como si fuera un vestido de diseñador.

Brooke rodó los ojos, pero la sonrisa seguía ahí, instalada en los bordes de su boca como una travesura recién nacida.

—Bueno… existe algo llamado bisexualidad —dijo, con la voz un poco más ronca de lo habitual—. Te recuerdo que yo lo soy.

April arqueó una ceja, la dejó suspendida en el aire como un signo de interrogación elegante, y luego se encogió de hombros antes de darle un sorbo a su vino blanco.

—Touché —admitió—. Igual, no voy a defender a Huxley. Vampiresa manipuladora sigue siendo vampiresa manipuladora, sin importar la etiqueta sexual.

Brooke soltó una risa nerviosa, pero April ya había enderezado la espalda, enfocándose en ella con esa mezcla de cariño y ferocidad protectora que la caracterizaba.

—Bueno, bueno —dijo, moviendo los dedos como si afinara un violín—. Cuéntame cómo va tu tragedia amorosa con curvas de telenovela.

Brooke sintió que el calor le subía por el cuello hasta las orejas.

—April…

—Nada de «April». —La señaló con la copa—. Habla, Dawson. Te conozco. Ese brillo tuyo no es de pasta carbonara ni de vino barato. Tú estás… *tontita*. Y solo te pones tontita cuando te gusta alguien de verdad.

Brooke escondió la cara entre las manos, pero April solo rio, encantada.

—Está bien —murmuró Brooke, con esa sonrisa involuntaria que siempre la traicionaba—. Es… Sofía.

April dio un golpe en la mesa con la palma abierta, como si acabara de ganar una apuesta interna consigo misma.

—¡Sabía que era cosa de tiempo! Ese rollo de «guardaespaldas emocional» tenía más tensión que una cuerda de violín en un huracán. Dale, suelta todo. *Todo*.

Brooke inspiró hondo. Y entonces comenzó a hablar.

Contó la botella de vino. Contó la cercanía del sofá. Contó las manos, los besos, el temblor en las rodillas. Contó cómo Sofía la miraba, cómo la tocaba, cómo todo en ella parecía intensificarlo todo. Brooke gesticulaba, se movía, reía, se sonrojaba… y April escuchaba con los ojos entrecerrados, como quien saborea un postre caro.

—¿Y cuando te…? —April hizo un gesto vago con la mano.

Brooke, ya demasiado hundida en la confesión para retroceder, murmuró algo sobre dedos, ritmo, respiraciones cortas, y cómo Sofía tenía una… *destreza*… que debía estar regulada por alguna agencia federal.

April dejó caer la cabeza hacia atrás, teatral.

—Por favor, que alguien me consiga una Sofía.

Brooke se llevó la copa a los labios para esconder la risa.

April, aún mirando al techo, añadió:

—No sé si quiero llorar, brindar o pedirte que dibujes un diagrama. Pero, cariño… —se inclinó hacia ella, apoyando el mentón en su mano— …me alegra. Te lo juro. Me alegra que, después de tantos imbéciles, de citas absurdas, de Dina la psicópata, de Landon el llorón… por fin te haya tocado alguien que *te mueva el piso de verdad*.

Brooke bajó la mirada, jugando con el borde de su copa.

—Es que… —su voz se volvió baja, vulnerable— …es diferente, April. *Muy* diferente.

April sonrió, más suave esta vez.

—Lo sé, Brooke. Se te nota hasta cuando respiras.

Brooke se sonrojó, pero no lo negó. No podía hacerlo, porque en el fondo sabía que su amiga tenía razón.

CAPÍTULO 16

SOFÍA

La casa de sus padres siempre olía igual los domingos: arroz recién hecho, cilantro picado, algo horneándose sin prisa… y la mezcla tenue de perfume floral de su madre que se impregnaba en las cortinas. Aun así, Sofía sintió un peso en el pecho en cuanto cruzó la puerta. No era un domingo cualquiera. Nunca lo era cuando el motivo de la reunión era Mariela.

Elena salió del cuarto principal justo en ese momento, cerrando la puerta con cuidado para no despertar a Juliana. Había dejado puesta una película animada —truco habitual para mantener a la niña ocupada— y regresó a la sala con ese paso firme y silencioso que siempre adoptaba cuando una conversación difícil estaba por comenzar.

Sofía, sentada en el extremo del sofá, deslizó sutilmente el pulgar por la pantalla de su móvil. Nada nuevo, salvo la foto que Brooke le había enviado hacía diez minutos: ella y April, copa en mano, ambas sonriendo. *Prometo dejarte vino para la cena*, le había escrito Brooke debajo. La simple frase le calentó el pecho de una manera absurda, casi adolescente. Danny, que estaba frente a ella con una cerveza en la mano, la miró de reojo con una ceja alzada, como queriendo decir *te estoy viendo*. Sofía esquivó la mirada con una sonrisa reprimida.

Elena tomó asiento entre Luis y Mariela. Esta última se enderezó como si se preparara para una embestida. Sus dedos jugueteaban con el borde de la servilleta; tenía los ojos brillantes, defensivos, desafiantes y asustados al mismo tiempo. La escena era familiar. Dolorosamente familiar.

Elena fue la primera en hablar, como siempre.

—Mariela —dijo con voz mansa, pero firme—, tenemos que hablar de lo que pasó el viernes.

La reacción fue inmediata: Mariela bufó, se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—De verdad… ¿van a empezar con eso? Ya dije que fue un malentendido.

Sofía sintió cómo algo le hervía por dentro.

—Un malentendido no te deja un moretón en la cara —respondió, apartándose un mechón del rostro para señalar el suyo. El golpe ya estaba amarillento, pero aún visible. Aún recordado.

Mariela frunció el ceño.

—No exageres, Sofía. Tú te metiste donde no debías. Mauro y yo estábamos discutiendo, nada más.

Danny apoyó la cerveza en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Y cómo estás tan segura de eso? —preguntó, serio como pocas veces—. ¿Por qué deberíamos creer que no ha pasado ya?

Mariela abrió la boca, pero no salió nada. Su rostro se descompuso, igual que en todas las reuniones anteriores cuando la conversación llegaba a ese punto: la defensiva al ataque, el ataque al llanto, el llanto a la víctima.

—Ustedes no entienden… —murmuró, llevándose las manos al rostro—. Criar sola a una niña es duro, ¿sí? A veces… a veces una se equivoca, pero yo hago lo que puedo. Es muy fácil juzgar cuando no están en mis zapatos.

Luis, que llevaba todo el rato en silencio, se inclinó hacia adelante y tomó aire como si quisiera intervenir, pero la mirada de Mariela lo frenó. Siempre lo frenaba.

Elena habló, suave, pero con filo.

—No estamos juzgándote, hija. Estamos preocupados. Mauro te golpeó. Eso no es un error. Eso es violencia.

—¡Fue un accidente! —protestó Mariela, golpeando la mesa con la palma—. Él estaba alterado. No quería—

—¿Y la próxima vez? —interrumpió Sofía, incapaz de contenerse —. ¿Vas a esperar a que «accidentalmente» le dé a Juliana también?

Mariela la miró con ojos llenos de rabia y dolor.

—¿De verdad crees que permitiría que alguien le hiciera daño a mi hija?

La respuesta salió antes de que Sofía pudiera suavizarla.

—Creo que ya lo permitiste con tal de no estar sola.

El silencio cayó sobre la mesa con un peso casi físico.

Luis desvió la mirada. Danny exhaló un insulto entre dientes. Elena cerró los ojos por un instante, como si contara hasta tres para no romperse ella también.

Mariela tembló. Las lágrimas comenzaron a deslizarse sin que pudiera detenerlas.

—Ustedes siempre creen saber lo que es mejor para mí —sollozó —. Siempre critican. Siempre me atacan. Yo… solo quiero estar bien. Solo quiero una familia.

Sofía apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos. Sus palabras salieron duras, pero no crueles.

—Y nosotros también queremos eso, Mari. Pero Mauro no es familia. Nunca lo fue. Él es un riesgo. Para ti y para tu hija.

Danny asintió, apoyando el argumento con un gesto firme.

—Tienes que dejarlo. No hay discusión aquí. No después de lo que pasó.

Luis finalmente habló.

—Estamos contigo, hija… pero esto no puede repetirse. No podemos permitirlo.

Mariela miró a cada uno: a su padre, evitando su mirada pero sosteniéndola; a Danny, rígido como siempre cuando la protegía; a Sofía, con ese golpe amarillento en la cara que la confrontaba sin palabras; a Elena, que no la presionaba, solo esperaba.

Elena inclinó la cabeza.

—Mariela —dijo suavemente—, ¿qué piensas hacer?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada como sentencia.

Mariela respiró hondo, los hombros subiendo y bajando con una mezcla de vergüenza, rabia y algo parecido al cansancio.

—Voy a… —trató de empezar, pero la voz se le quebró. Tragó saliva, miró la mesa como si allí hubiera una respuesta—. Voy a hacer las cosas bien. Lo prometo. No… no voy a terminar con Mauro, pero hablaré con él en serio. Le diré que esto no puede seguir así.

Danny bufó desde su silla, un sonido seco, incrédulo.

Luis negó despacio con la cabeza, como quien ya conoce ese guion de memoria y sabe cómo suele acabar. Elena mantuvo el gesto sereno, pero sus ojos estaban llenos de una tristeza silenciosa que siempre aparecía cuando veía a una hija aferrándose a lo que le hacía daño.

Sofía, en cambio, sintió que algo dentro de ella ardía. Se puso de pie sin pensarlo, sin contener el temblor leve en sus manos. Dio dos pasos hasta quedar frente a Mariela.

—Escúchame bien —dijo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Te juro que si ese tipo le pone un dedo encima a Juliana… ambos lo lamentarán. No me importa lo que tengas que decir ahora. No me importa si lloras, si prometes o si te justificas. Lo que sí me importa es esa niña, ¿me oyes?

Mariela levantó la barbilla, cruzándose de brazos con ese gesto defensivo que todos en la familia conocían demasiado bien.

—No me amenaces —respondió, con un hilo de voz que trataba de sonar fuerte—. Ocúpate de tus asuntos, Sofía. De mi hija me

ocupo yo.

Sofía iba a replicar. Sintió la respuesta subirle a la garganta, caliente, afilada, inevitable.

Pero entonces vio a Juliana.

La niña estaba en el marco de la entrada al pasillo, con los ojos enormes y húmedos, abrazando a un pequeño y gastado peluche como si fuera un salvavidas. Esa expresión —miedo puro, confusión pura— atravesó a Sofía como un disparo.

—Mi amor… —murmuró, girándose hacia ella.

En tres pasos estaba allí. Se inclinó y la envolvió en un abrazo fuerte, casi desesperado. Juliana hundió la cara en su cuello, y Sofía sintió el temblor en su delgado cuerpo. Dios… ella sí que no merecía nada de esto.

Luis se aclaró la garganta, agotado.

—La reunión se acabó —dijo, más a su esposa que al resto—. Luego continuamos.

Danny se levantó sin protestar, abrió el refrigerador y sacó otra cerveza. Elena fue hacia Juliana, acariciándole la coronilla con suavidad.

—¿No te gustó la película, cariño? —preguntó.

—Sí, abu… —asintió Juliana, sin soltar a Sofía—. Solo vine por pop corn.

Sofía la apretó un poco más antes de soltarla. Se incorporó y respiró hondo, como buscando oxígeno en un ambiente que cada minuto se volvía más pesado. Caminó hacia la cocina, necesitaba moverse, hacer algo con las manos antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. De reojo vio a Mariela, que ya tenía el móvil en la mano, perdida en su pantalla, desconectada, como si nada hubiera pasado.

Danny pasó junto a ella con su cerveza recién abierta.

—Cálmate —murmuró, apenas audible.

Sofía no respondió. Se limitó a abrir un cajón, sacar un par de cuchillos y empezar a preparar los ingredientes para condimentar la carne. El sonido de la tabla de cortar, del refrigerador abriéndose, del aceite chisporroteando… era mejor que el silencio, mejor que la rabia que llevaba atorada en el pecho.

Sabía lo que venía.

Un almuerzo largo y tenso. De esos que siempre terminaban en un equilibrio precario entre amor y cansancio. De esos que tanto odiaba.

***

Salir de la casa de sus padres siempre la dejaba con una mezcla extraña de alivio y cansancio, pero esa tarde el peso sobre los hombros de Sofía era distinto: denso, pegajoso, como si cada palabra lanzada en esa reunión familiar se le hubiera quedado adherida a la piel. Cargaba dos envases de comida casera —detalles amorosos que su madre seguía teniendo incluso en medio de los huracanes emocionales— y, mientras los acomodaba en el asiento del copiloto, sintió el nudo familiar tensarse de nuevo en la base de la garganta.

Mauro.

Mariela llorando como siempre.

Danny furioso.

La decepción silenciosa de su padre.

La mirada cansada de su madre.

Y, por encima de todo, la sensación creciente de que, por mucho que lo intentaran, no estaban logrando romper ese patrón que los había perseguido durante años.

Sofía exhaló despacio, metió las llaves en el contacto y arrancó el motor. El barrio familiar quedó atrás, difuminado entre casas cercanas y árboles viejos, y con él también parte del peso que la había acompañado toda la tarde. Sólo parte. El resto se acomodó en

el asiento trasero, silencioso, vigilante, como si esperara otra oportunidad para morderle los talones.

Pero entonces pensó en Brooke.

En la última foto que había recibido: Brooke y su amiga, riendo con copas de vino en la mano, prometiendo guardarle un espacio en la cena de esa noche. Pensó en todo lo vivido la noche anterior, en la manera en que las manos de Brooke habían temblado sobre su cintura, en la forma en que ella misma había tenido que recordarse que debía respirar. Pensó en el brillo que le encendía los ojos sólo con imaginarla.

Y algo en su pecho —algo que llevaba años dormido— se expandió.

Quería verla. No, la necesitaba. Después del día que llevaba, de los gritos, las lágrimas, las recriminaciones, lo único que deseaba era llegar a su edificio, subir al quinto piso y encontrarse con esa mirada miel que la desarmaba con sólo caer sobre ella.

Mientras manejaba, envió un mensaje de voz:

«Voy camino a casa. Guarda un poco de energía para mí.»

Lo dijo con una sonrisa que no se parecía en nada a la que había usado en la casa de sus padres. Esta era dulce. Torpe. Casi juvenil.

La radio se encendió con un tema pop viejo, uno que Vanessa solía tararear cuando cocinaban juntas. Por un instante, algo se cerró dentro de ella… pero fue un instante apenas. La memoria no dolió: vibró, suave, como un eco lejano que ya no sangraba.

Sofía subió un poco el volumen y empezó a tararear también, golpeando con los dedos el volante al ritmo de la canción mientras el sol de la tarde doraba la carretera.

Iba tensa por dentro, sí. Cargaba preocupaciones, sí. Pero debajo de todo eso había una anticipación cálida que le encendía los sentidos. Iba a verla. A Brooke. Y, aunque esa idea la aterraba… también la hacía sentir viva.

El trayecto desde el estacionamiento hasta el lobby se le hizo más largo de lo habitual; cada paso parecía cargar el eco de la discusión familiar, pero también el pulso insistente de algo más… algo que la jalaba hacia adelante. Cuando entró al ascensor, el aroma tenue del ambientador a cítricos —ese que siempre ponían los lunes— le hizo cerrar los ojos un instante. Respiró hondo. Se dijo que estaba bien sentirse nerviosa. Que estaba bien quererla un poco más de la cuenta. Que estaba bien, por una vez, no huir de lo que quería.

El ascensor subió con su ritmo lento, obstinado, como si se resistiera a llevarla a donde ardía por llegar. Y aun así, cuando las puertas se abrieron y Sofía caminó por el pasillo iluminado por luces amarillas, sintió que el corazón se le soltaba del pecho, adelantándose al resto del cuerpo.

Nada, sin embargo, pudo prepararla para lo que encontró al otro lado de la puerta 5C.

Porque cuando Brooke apareció en el umbral, con ese baby doll suave que apenas insinuaba más de lo que mostraba, Sofía se quedó dura, clavada en el piso como si alguien hubiese detenido el aire alrededor.

Brooke sonreía. Una sonrisa lenta, amplia, peligrosa. Una que prometía más hambre de la que Sofía esperaba satisfacer esa noche.

—Hola —murmuró Brooke, recargándose en el marco de la puerta como si llevar puesto un hilo de seda fuese lo más natural del mundo.

Sofía respiró hondo, intentando no dejar que se le notara cómo el pulso le había subido a la garganta. Le devolvió el beso —suave, apenas un roce húmedo en los labios— y entró, dejando sobre la mesa los envases de comida casera que su madre había preparado. El contraste entre el aroma familiar del sofrito y el perfume dulce de Brooke la desorientó por un instante.

Al girar, encontró otra vez esa mirada. Esa mirada que podría incendiar habitaciones enteras si alguien le diera permiso.

Brooke, jugando a femme fatal pero sin perder nunca el temblor inocente bajo la piel, ladeó la cabeza y dijo con una voz ronca que le derritió algo bajo las costillas:

—Te estaba esperando… y me muero de hambre.

Sofía soltó una risa suave, inevitable, esa que siempre le escapaba cuando Brooke intentaba ser seductora y terminaba siendo devastadoramente ella. Dio un paso hacia adelante. Luego otro. Y cuando estuvo lo bastante cerca, deslizó una mano por la cintura de la periodista, sintiendo el calor que traspasaba la tela fina. Brooke dejó escapar un suspiro que casi fue un gemido.

—¿Hambre de comida… o hambre de mí? —susurró Sofía, sin ocultar ya nada.

Brooke no respondió con palabras.

En cambio, se acercó. La boca buscó la suya. Los labios chocaron en un beso húmedo, lento al principio, después más profundo, más urgente. Las lenguas se encontraron con la familiaridad recién descubierta de quienes habían cruzado un umbral del que era imposible retroceder. Brooke gimió apenas —suave, temblorosa—, y Sofía sintió cómo ese sonido le recorría la columna como un relámpago.

Brooke se aferró a su camiseta, tirando de ella con torpeza y desesperación contenida, como si quisiera atraerla más cerca de lo que permitían las leyes físicas. Sofía deslizó la otra mano por la espalda desnuda de Brooke, sintiendo cómo la piel se erizaba bajo su tacto.

Ese *baby doll* iba a ser su perdición.

Y, aun así, Sofía no pensaba salvarse.

***

Brooke estaba sobre la cama, recostada contra las almohadas, el cabello suelto y desordenado, las mejillas encendidas, las piernas abiertas justo lo suficiente como para invitar a Sofía a acercarse… y perder la cabeza. Sofía se inclinó entre sus muslos, respiró hondo —

ese olor cálido y dulce que ya asociaba únicamente con ella— y dejó que su boca encontrara el camino con una naturalidad que, en retrospectiva, le asustó. Brooke dejó escapar un gemido corto, sorprendido, uno que Sofía sintió vibrar directamente en su pecho.

Estaba concentrada, completamente sumergida en el ritmo, cuando de pronto escuchó:

—Espera… espera… ¿qué es eso que estás haciendo?

Sofía levantó la cabeza, con la respiración agitada, el cabello cayéndole sobre la frente. Brooke tenía los ojos muy abiertos, como si la hubiera pillado pintándole una pared sin permiso.

—¿Sexo oral? —respondió Sofía, confundida, arqueando apenas una ceja.

Brooke rodó los ojos, indignada y excitada al mismo tiempo—una combinación que Sofía ya reconocía como peligrosa.

—Sé lo que es, Sof —dijo, haciendo un gesto vago con la mano —. Es solo que… oh, Dios… eso que haces con tu lengua. Lo de hace un segundo. ¡Eso! Pensé que me iba a dar un infarto.

Sofía no pudo evitar reír por lo bajo. Una risa cálida, grave, que se perdió entre los muslos de Brooke.

—¿Esto? —preguntó, y volvió a rozarla con la lengua, lenta, deliberadamente, exactamente en el punto que había hecho que Brooke se quedara sin apellido.

El gemido que recibió como respuesta le recorrió la columna entera.

—¡Sí! Eso mismo, eso mismo… pero no te detengas, sigue, sigue —exigió Brooke, con esa mezcla caótica de torpeza y ternura que la volvía, para Sofía, inevitable.

Sofía sonrió contra su piel.

Qué diablos estaba haciendo con su vida… no lo sabía.

Pero sí sabía lo que estaba haciendo con su lengua. Y sabía que Brooke, temblando bajo sus manos, arqueando la espalda con cada

movimiento, quería más.

Así que Sofía continuó.

Con precisión. Con hambre. Con esa entrega silenciosa que había aprendido a ocultar del mundo, pero que ahora —aquí, entre las piernas de Brooke Dawson— no tenía ningún sentido contener.

Brooke hundió los dedos en su cabello, un tirón suave, necesitado, y su respiración se volvió errática.

—Sofía… Sof— no terminó la frase; la voz se le quebró en un suspiro que era tanto risa como desesperación.

Sofía levantó un segundo la mirada. Los ojos de Brooke estaban húmedos, brillantes, aturdidos, como si no entendiera del todo cómo había pasado de reírse en la puerta a rogar por más entre sus manos.

Esa mezcla —vulnerabilidad y deseo— le apretó algo hondo en el pecho.

Y volvió a bajar la cabeza, dispuesta a darle exactamente lo que pedía.

Exactamente lo que las dos querían.

La intensidad subió como una marea lenta. Brooke se deshacía bajo cada movimiento de labios y lengua, bajo cada caricia medida que Sofía daba con una precisión que rozaba la devoción. Sus manos se aferraron a las caderas de Brooke, la acercaron, la sostuvieron mientras el cuerpo de la periodista temblaba y gemía como si cada sonido fuera arrancado desde lo más profundo.

Brooke la llamó por su nombre.

Eso bastó para que Sofía ascendiera, reptando sobre su cuerpo, besando su vientre, su pecho, su cuello. Brooke la recibió con las piernas abiertas y los brazos envolviéndole la espalda, suspirando en su oído como si estuviera derritiéndose desde dentro.

—Ven aquí… —susurró Brooke, rozándole los labios, bebiéndose su aliento—. Quiero sentirte…

Sofía la besó despacio, profundo, con esa mezcla de ternura y hambre que parecía definir todo lo que había entre ellas. Brooke levantó las caderas, invitándola, y Sofía correspondió. Los muslos de ambas se encontraron, piel cálida contra piel cálida. Un roce suave, luego otro, luego otro más difícil de controlar. Brooke jadeó. Sofía cerró los ojos.

Ese ritmo —ese movimiento mínimo pero incendiario— las fue desarmando. Brooke llevó una mano a la cintura de Sofía, la otra al costado de su mejilla, como si necesitara tocarla para no perderse. Sofía deslizó un murmullo contra su boca, un «así… sí…» que hizo que Brooke gimiera abiertamente.

Los cuerpos se deslizaron uno contra el otro, pubis contra pubis, calor contra calor. El aliento entrecortado de Brooke chocaba con la piel de Sofía, que se movía con un control frágil, casi reverente, como si temiera romper algo que aún no tenía nombre pero que ya era precioso.

—Sofía… —la voz de Brooke salió quebrada, temblorosa, tan honesta que sofocó el corazón de Sofía—. No pares… no pares…

Ella no paró.

Apretó un poco más el muslo, ajustó el ángulo, y el sonido que Brooke dejó escapar —una mezcla perfecta de sorpresa y placer— hizo que Sofía perdiera el aliento. El ritmo se volvió lento, profundo, meticuloso, como si estuvieran escribiendo algo sobre la piel de la otra, algo que no se atrevían a decir en voz alta pero que ambas entendían.

Brooke temblaba. Sofía ardía.

Sus frentes se tocaron. Ambas respiraban el mismo aire, compartían la misma tensión, la misma caída inevitable. Y en un susurro irreconocible, apenas un temblor de voz, Brooke pidió:

—Contigo… quiero… contigo…

Eso fue suficiente.

Un segundo después, el placer llegó como una ola que arrasó con todo. Brooke se arqueó, Sofía la sostuvo; Sofía gimió, Brooke la abrazó. Sus cuerpos se tensaron y se aflojaron casi al unísono, estremeciéndose juntas, derramándose juntas, respirando como si hubieran cruzado un umbral que ya no podían desandar.

Y aun así, no se soltaron.

Ni un poco.

***

La habitación seguía envuelta en esa penumbra cálida que solo dejan las noches largas y los cuerpos recién saciados. Brooke estaba recostada sobre el pecho de Sofía, los cabellos desordenados formando una pequeña cascada castaña sobre la piel morena y tibia. Sofía le pasaba los dedos por el cabello con una paciencia casi reverente, dejando que el silencio respirara entre ambas.

Sintió entonces el aliento cálido de Brooke rozarle la clavícula, un susurro antes de convertirse en palabras.

—Gracias —murmuró Brooke, casi sin voz.

Sofía bajó la mirada, sorprendida por la suavidad de ese tono.

—¿Por qué? —preguntó con cuidado, sin dejar de acariciarle la cabeza.

Brooke tardó un segundo en responder. Cuando lo hizo, su voz ya temblaba.

—Porque nunca antes me había sentido tan… hermosa —dijo, respirando hondo—. Tan deseada.

Algo se apretó dentro de Sofía, un nudo que ascendió desde el pecho hasta la garganta. No dijo nada. No interrumpió. Solo escuchó, como si cada palabra de Brooke fuera algo que ella debía sostener con ambas manos.

—Mi madre… —continuó Brooke, y Sofía sintió el primer latido húmedo en su piel—. Yo tenía ocho años cuando se fue. Papá suele decir que ella es un espíritu libre. Que no nació para una vida de familia. Pero no es así, Sof. No es libertad. Es… inmadurez. Es

egoísmo. Nunca quiso crecer. Nunca supo amar. Simplemente… se fue.

Las lágrimas caían ya sin disimulo. Sofía se mordió el interior de la mejilla para no romperse también. Le acarició el cabello con más firmeza, como si pudiera protegerla de un pasado que seguía hiriéndola.

—Por eso me dolió tanto cuando Landon me dejó —admitió Brooke, con la voz partida—. Porque durante mucho tiempo acepté sus migajas. Me aferré a ellas. Pensaba que… que si me quedaba sola era porque no valía nada. Sentía que nadie, nadie, elegiría quedarse conmigo. Que yo no era suficiente.

Sofía cerró los ojos un instante, tragándose todo lo que quería decirle, todo lo que su cuerpo gritaba al verla así, tan vulnerable y luminosa al mismo tiempo.

—Brooke… —dijo al fin, con una firmeza suave—, no necesitas de nadie que te valide. Eres suficiente. Eres hermosa tal cual eres. Y quien no vea eso… es porque no sabe mirar.

Brooke soltó un pequeño sonido, mitad risa, mitad sollozo, y se sonó la nariz sin ninguna elegancia. Sofía sonrió sin querer. Brooke levantó el rostro, los ojos hinchados pero brillantes.

Por un segundo, Sofía pensó en hablar. En decirle lo que se estaba gestando dentro de ella desde hacía semanas. Pero algo en la mirada de Brooke le detuvo. Había demasiada vida ahí. Demasiado pulso. Demasiada promesa.

En vez de palabras, Sofía eligió un beso. Suave. Tierno. Lleno de todo lo que aún no podía pronunciar.

Pero Brooke, como si ese beso hubiera despertado a un demonio hermoso y hambriento dentro de ella, se enderezó de pronto, trepó sobre las caderas de Sofía y se sentó a horcajadas, su piel cálida presionando contra la suya. Sofía apenas tuvo tiempo de exhalar antes de sentir la fricción lenta, deliberada, de la pelvis de Brooke contra la suya.

—Brooke… —susurró, ya sin aliento.

Pero Brooke no estaba para conversaciones.

Sus manos recorrieron el abdomen de Sofía, sus labios descendieron por su cuello, y esa mezcla de vulnerabilidad recién confesada y deseo ardiente era casi demasiado. Sofía sintió cómo la quemaba, cómo la hacía temblar, cómo la arrastraba otra vez a ese territorio donde no existía nada más que la mujer sobre ella.

Y entonces Brooke deslizó la mano entre sus muslos —con la misma delicadeza con la que minutos antes había dejado caer su alma en sus manos— y la penetró con los dedos, despacio primero, después con intención, con un ritmo que dejaba claro que no era solo pasión: era entrega.

Sofía arqueó la espalda, dejó caer la cabeza hacia atrás y se rindió, porque lo que vio en la mirada de Brooke no era únicamente deseo, sino reconocimiento, entrega total, la certeza compartida de algo que podía romperlas o salvarlas y que, aun así —o precisamente por eso—, la empujó a dejarse llevar por completo, sin reservas, sin defensas, confiando en ese instante que las sostenía a ambas.

CAPÍTULO 17

BROOKE

El lunes a media mañana tenía ese pulso particular en la redacción: el murmullo constante de teclados, el tintinear de tazas de café recién servidas, teléfonos vibrando sobre escritorios saturados de papeles y pantallas abiertas, y una luz blanca, casi clínica, filtrándose por los ventanales como si nadie hubiese tenido tiempo de bajar las persianas. Brooke entró al despacho de Margaret con una sonrisa que no lograba disimular del todo, sosteniendo el artículo impreso entre las manos como quien lleva una ofrenda y, al mismo tiempo, una confesión a medio formular. Huxley no levantó la vista de inmediato; tomó el texto, ajustó las gafas con ese gesto preciso que siempre parecía marcar el inicio de un juicio silencioso, y comenzó a leer sin decir palabra, mientras Brooke permanecía de pie, balanceando el peso de un pie al otro, consciente de cada segundo que pasaba.

Margaret avanzó por las páginas con lentitud calculada, subrayando un par de frases con un lápiz, haciendo una anotación breve en el margen, frunciendo apenas el ceño en un punto que Brooke reconoció como suyo, antes de asentir, casi imperceptiblemente, en otro. Cuando al fin alzó la mirada, lo hizo con esa expresión impenetrable que había pulido durante años, aunque algo —muy leve, casi traicionero— suavizaba hoy el gris de sus ojos.

—Está bien escrito —dijo por fin, dejando el artículo sobre el escritorio—. Más honesto de lo habitual. Menos autocomplaciente.

Brooke soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Gracias —respondió, y luego, antes de pensarlo demasiado, añadió—. Justamente por eso… no sé si pueda seguir con esto.

Margaret alzó una ceja.

—¿Con escribir bien?

—Con las citas —aclaró Brooke, apresurándose—. Con la columna. Con exponerme así cada semana como si mi vida emocional fuera un experimento social. Empiezo a sentir que… no sé, que estoy forzando algo que quizá no debería forzar.

Huxley se recostó en la silla, entrelazó los dedos sobre el abdomen y la observó con detenimiento, como si Brooke acabara de presentar una hipótesis interesante.

—Dawson —dijo con calma—, nadie te pidió que encontraras el amor de tu vida en tres entregas. Te pedí que observaras, que vivieras, que escribieras desde el lugar incómodo donde la gente suele reconocerse.

Brooke apretó los labios.

—Pero ya no es solo incómodo. Es… confuso. Y cansado.

Margaret inclinó la cabeza, evaluándola.

—Lo que estás sintiendo no es agotamiento —replicó—. Es resistencia. Y suele aparecer justo cuando algo empieza a importar de verdad.

Brooke abrió la boca para protestar, pero no encontró las palabras.

—Además —continuó Margaret, con ese tono que parecía casual pero nunca lo era—, este artículo no habla de fracaso. Habla de expectativa, de error, de deseo mal colocado. Eso es material. Eso es vida. Y, te guste o no, eso conecta.

Brooke miró el texto sobre el escritorio como si lo viera por primera vez.

—No quiero convertirme en una caricatura —murmuró—. La chica de las citas desastrosas.

—Entonces no lo seas —respondió Margaret, encogiéndose de hombros—. Evoluciona. Cambia el ángulo. Nadie dijo que las citas fueran el centro; son el vehículo. El centro eres tú, cuando dejas de fingir que no te afecta nada.

El ruido de la redacción se filtró por la puerta entreabierta, recordándole a Brooke que el mundo seguía girando aunque ella dudara.

—Piénsalo así —añadió Huxley, inclinándose hacia adelante—: si ahora mismo quieres detenerte, es precisamente cuando no deberías hacerlo. No escribes porque tengas respuestas, escribes porque las estás buscando.

Brooke tragó saliva, sintiendo ese vértigo familiar, esa mezcla de miedo y reconocimiento.

—Lo pensaré —dijo al fin.

Margaret esbozó una sonrisa mínima, casi inexistente.

—No lo pienses demasiado —replicó—. Entrega el próximo artículo el viernes. Y Dawson… —hizo una pausa— no te escondas ahora. Sería una lástima.

Brooke asintió, tomó el artículo y salió del despacho con el corazón acelerado, consciente de que, una vez más, Margaret Huxley había logrado exactamente lo que quería: empujarla justo al borde donde ya no era posible fingir que nada estaba pasando.

***

Brooke llevaba un rato sentada en el borde de la cama, con la tablet apoyada contra los muslos y la atención dividida entre cuatro perfiles abiertos en la app de citas —dos mujeres, dos hombres, sonrisas ensayadas, descripciones optimistas, promesas que parecían escritas con la misma plantilla— cuando el zumbido del móvil le robó el foco con una facilidad casi ofensiva. Sofía. Un mensaje breve, sin adornos: acababa de llegar, si le apetecía cenar juntas, si luego podía ayudarla con la nueva pecera de Paco. Brooke sonrió sin darse cuenta, una de esas sonrisas que nacen antes de que la cabeza tenga tiempo de intervenir, y respondió que bajaba

enseguida, como si no hubiera estado segundos antes sopesando vidas ajenas a golpe de pulgar.

Apagó la tablet con una decisión que se sintió más honesta que impulsiva y se levantó para abrir el armario, recorriendo con la mirada la ropa como quien busca algo más que tela: buscaba una versión de sí misma que se sintiera bien, que no pidiera permiso. Eligió algo sencillo pero favorecedor, se cepilló el cabello y lo dejó suelto, añadió apenas un toque de maquillaje —lo justo para resaltar sin esconder— y se observó un instante en el espejo, reconociendo en su reflejo una calma distinta, una seguridad tímida pero real. Cuando salió del apartamento, con el corazón un poco más ligero, tuvo la sensación de que esa noche no necesitaba nada más.

En el piso de abajo, frente a la puerta del 4B, Sofía abrió casi de inmediato y alzó las cejas al verla, deteniéndose un segundo más de lo necesario en su rostro, en su postura, en ese algo que Brooke no supo nombrar pero sintió de lleno en el pecho. Se sonrojó, inevitable, y antes de poder decir nada Sofía la atrajo hacia ella con un gesto natural, decidido, y la besó con una cercanía que no pedía explicaciones. Brooke respondió rodeándole el cuello con los brazos, acercándose aún más, como si el cuerpo supiera exactamente dónde quería estar. Sofía se separó apenas, sonriendo de lado, y la invitó a pasar con un ademán cómplice. Ambas rieron por lo bajo, compartiendo ese instante pequeño y luminoso que, sin saber cómo, hacía que todo lo demás pareciera menos urgente.

Brooke entró al apartamento y se dejó caer en el sofá con una naturalidad que todavía le sorprendía, como si ese espacio —el olor tenue a detergente, a madera limpia, a hogar— ya la hubiera aceptado como parte del paisaje. Dejó el bolso a un lado, cruzó una pierna sobre la otra y observó a Sofía moverse por la cocina mientras buscaba una botella de vino, con esa eficiencia tranquila que parecía acompañarla incluso fuera del uniforme.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Brooke, apoyando el codo en el respaldo, la voz ligera, casi doméstica.

—Tranquilo —respondió Sofía sin girarse—. Una sola emergencia. Nada grave.

Volvió con dos copas y la botella en la mano, vestida con unos vaqueros cortos y un suéter rojo que le marcaba los hombros y dejaba ver unas piernas firmes, torneadas, que le provocaron a Brooke un cosquilleo inexplicable en el pecho. Sofía se sentó a su lado, lo bastante cerca como para que sus rodillas casi se rozaran, y sirvió el vino con cuidado. Antes de entregarle la copa, la miró con un brillo particular en los ojos.

—Por cierto… —dijo, como quien lanza una pregunta casual que en realidad no lo es—. ¿Eres fan de los Red Sox?

Brooke frunció el ceño un segundo. «Pregunta trampa», pensó. No era aficionada al béisbol, no de verdad, pero algo en la forma expectante de Sofía le indicó que la respuesta importaba más de lo que parecía. Así que sonrió y se lanzó.

—Claro. De toda la vida —dijo, exagerando apenas—. Mi padre… uf. Fanático nivel religioso.

La sonrisa de Sofía se ensanchó de inmediato, abierta, luminosa, casi infantil.

—Perfecto. Tengo una entrada extra para el próximo juego de la semifinal. Era de Danny, pero se va antes de la ciudad… cosas del trabajo. —Hizo una pausa, como si lo mejor viniera después—. Seríamos tú y yo… y Juliana.

El nombre de la niña le aflojó algo a Brooke por dentro; le gustaba esa imagen —Sofía feliz, emocionada, sin el peso del turno ni el de su familia— y le gustaba, aún más, verse incluida ahí sin tener que pedir permiso.

—Me encanta —dijo, y por una vez fue verdad sin matices.

El silencio que siguió fue breve, pero cambió de textura cuando Brooke respiró hondo, dejó la copa en la mesa y, con una sinceridad que no sabía maquillar, admitió:

—Hablé con Margaret hoy.

Sofía no se movió; solo la miró con atención, y esa atención tenía algo que a Brooke le dolió de inmediato, como si su cuerpo supiera antes que su mente que venía una incomodidad inevitable.

—¿Y? —preguntó Sofía, baja.

—Quiere que continúe con la serie… con las citas, con todo eso. —Brooke apretó los labios, midiendo el terreno—. Y… creo que tengo que hacerlo bien. Cerrar el ciclo. No por ella, sino por mí. Para no quedarme a mitad de camino como siempre.

Sofía tomó un trago largo, demasiado lento, y Brooke vio cómo su mirada se oscurecía un poco, como si la palabra *citas* fuera una astilla.

—¿Y yo? —preguntó Sofía al fin, sin drama, pero con una honestidad que pesaba—. ¿Se supone que vaya… como tu guardaespaldas?

Brooke se inclinó hacia ella, con una sonrisa pequeña, buscando suavizarlo sin quitarle importancia.

—Solo si tú quieres. Y solo si algo se tuerce. Prometo que esta vez no habrá comida india asesina, ni rituales tántricos, ni tipos devorando mi cuello… —Le apretó la mano, juguetona, como si con eso pudiera convencer al mundo—. Voy a ser cuidadosa, Sof. De verdad.

Sofía la sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario, como si estuviera tomando una decisión con los ojos, y luego le acarició el rostro con la yema de los dedos; Brooke se estremeció de manera absurda, porque era un gesto simple y, aun así, le desarmaba por dentro.

—Lo que deseo —murmuró Sofía— es que no tengas que exponerte más a… encuentros.

—Lo sé. —Brooke rozó la muñeca de Sofía con el pulgar, despacio—. Pero si lo hago, quiero hacerlo sabiendo que vuelvo a casa. Y que tú… estás.

Sofía exhaló, como si esa frase le hubiera golpeado suave en el pecho, y cuando Brooke se inclinó para besarla, el beso no tuvo prisa ni urgencia, sino esa exploración lenta que parecía una conversación completa sin palabras; Brooke se apartó apenas para respirar, y en ese hueco mínimo Sofía le rozó el botón de la blusa, lo desabotonó a medias y se detuvo, como si una discusión silenciosa le pasara por la mirada.

Brooke la observó, expectante, con el corazón haciendo cosas ridículas.

Sofía tragó saliva, alzó la vista y, con una seriedad temblorosa, preguntó:

—¿Quieres ser mi novia?

A Brooke se le escapó una risa breve, incrédula, como si su cuerpo no supiera qué hacer con tanta felicidad junta, y lo único que pudo hacer fue asentir y lanzarse hacia ella con un abrazo que se volvió beso, y otro, y otro, hasta que Sofía también rió —ese sonido pequeño, real— y Brooke le susurró, contra su boca:

—Me vuelves loca.

Sofía le sostuvo la cara un instante, como si quisiera memorizarla, y Brooke, con descaro y ternura, murmuró entre risas:

—Ya sabía yo que esto de «cenar» y lo de la pecera de Paco era una excusa.

Sofía negó, pero la sonrisa la delató, y cuando la atrajo más cerca, cuando sus frentes se rozaron y el mundo se redujo al calor compartido y a esa calma nueva que no necesitaba explicaciones, la cena —y la pecera— se quedaron donde debían: esperando, pacientes, mientras ellas se perdían en lo único que, por fin, se sentía inevitable.

***

Los días que precedieron al sábado se deslizaron para Brooke con una ligereza nueva, casi sospechosa, como si alguien hubiese ajustado el ritmo de su vida a una cadencia más amable, y en ese

tránsito se descubrió compartiendo almuerzos largos con April —entre comentarios afilados, risas y teorías absurdas sobre el amor—, ignorando sin demasiada culpa los mensajes insistentes de Landon que ya no le provocaban ni nostalgia ni rabia, apenas una vaga incomodidad parecida a encontrar un abrigo fuera de temporada en el fondo del armario.

Se volcó en el trabajo con una concentración distinta, menos ansiosa, escribiendo el artículo con un enfoque que por primera vez no se sentía como una carrera contra el vacío, sino como una exploración honesta: conocer gente, observar, escuchar, sin la presión de encontrar nada que no fuera real; y en medio de todo eso estaba Sofía, su novia —todavía le parecía increíble escribirlo incluso en su cabeza—, presente en los silencios, en los mensajes breves, en las cenas improvisadas y en esa certeza tibia de no tener que demostrarse nada. Había llamado a su padre y, casi sin darse cuenta, le había contado que estaba saliendo con alguien; Chuck se había puesto tan genuinamente contento que volvió a invitarla al partido de bolos del domingo siguiente, esta vez extendiendo la invitación a su pareja con una naturalidad desarmante, como si Sofía ya formara parte del paisaje familiar desde siempre. Brooke aceptó entre risas, con esa mezcla de pudor y alegría que le provocaba su reciente relación con su vecina.

Incluso había ido de compras con una seriedad casi ceremonial, de esas que solo Brooke podía aplicar a algo tan aparentemente trivial, eligiendo ropa cómoda como quien toma una decisión vital —porque aprender también consistía en eso— y saliendo del local, para su propia sorpresa, con una gorra y una chaqueta de los Red Sox que le provocaron una ilusión inesperadamente infantil. Al probárselas frente al espejo, con una sonrisa ladeada y esa presión suave en el pecho que no terminaba de identificar, comprendió que no era únicamente el partido lo que aguardaba con ganas, sino la forma en que su vida, sin anuncios ni estridencias, había comenzado a ordenarse alrededor de algo —o alguien— que por fin se sentía bien.

Sofía pasó por ella poco antes de la hora acordada y, cuando Brooke abrió la puerta con la gorra de los Red Sox calzada un poco torcida y la chaqueta aún demasiado nueva como para disimularlo, la paramédica la recorrió de arriba abajo con una sonrisa que mezclaba ternura y diversión.

—Vaya —dijo, medio en broma—. Toda una fan de los Sox, ¿eh?

Brooke rió por lo bajo, con ese nerviosismo ligero que le aparecía cada vez que sentía que estaba siendo observada de verdad, no juzgada, solo vista.

—Estoy… comprometida con la causa —respondió, exagerando el tono como si estuviera a punto de hacer un juramento solemne.

Sofía se inclinó para besarla en los labios, un beso breve pero cálido, de esos que no necesitan espectáculo, y luego le tomó la mano con naturalidad. Así, entrelazadas, caminaron hasta el ascensor, Brooke hablando sin parar —sobre el clima, sobre el tráfico, sobre lo mucho que le gustaba el color de la gorra— y Sofía escuchándola con esa paciencia sonriente que ya se le había vuelto peligrosamente familiar.

Casi cuarenta minutos después, el mundo se abrió ante ellas en forma de gradas, luces y un murmullo constante que parecía respirar al unísono. Fenway Park estaba vivo. El verde impecable del campo contrastaba con el rojo de las camisetas, el olor a cerveza y hot dogs flotaba en el aire, y un murmullo expectante recorría las tribunas como una corriente eléctrica. Brooke se quedó quieta un segundo, absorbiéndolo todo, con los ojos brillantes.

—Esto es… —empezó, buscando una palabra adecuada— históricamente emocionante.

Juliana, sentada a su lado, soltó una risa abierta.

—¿Eso qué significa?

—Significa —dijo Brooke, muy seria— que estamos viviendo un momento crucial del deporte nacional.

Sofía alzó una ceja, divertida, mientras tomaban asiento.

—Ah, claro. Crucial.

El partido comenzó y Brooke se lanzó de inmediato a comentar cada jugada con un entusiasmo que rozaba lo teatral. Aplaudía de pie, se llevaba las manos a la cabeza ante cada lanzamiento dudoso y explicaba —con una seguridad admirable y una precisión… variable — por qué aquel bateo había sido «estratégicamente cuestionable».

—¿Viste eso? —le dijo a Sofía, inclinándose hacia ella—. Claramente se precipitó. Tenía que esperar el conteo.

—Por supuesto —respondió Sofía, con una media sonrisa, mirándola más a ella que al campo—. Se notaba muchísimo.

Juliana las observaba alternando la atención entre el juego y Brooke, fascinada por ese torrente de comentarios que incluía estadísticas improvisadas, teorías conspirativas sobre el árbitro y celebraciones desmedidas ante cualquier acierto mínimo del equipo local.

—Tía Brooke —dijo en un momento—, ¿desde cuándo sabes tanto de béisbol?

Brooke parpadeó, sin perder la compostura.

—Desde siempre. Hay cosas que uno simplemente… lleva dentro.

Brooke alcanzó a notar, de reojo, cómo Sofía se mordía el labio, claramente debatiéndose entre mantener la compostura o reírse sin pudor, y esa sola imagen le dio todavía más cuerda para seguir con su relato apasionado del juego, como si estuviera narrando una final histórica y no un partido cualquiera. Le encantaba esa mirada suave que Sofía le dedicaba cuando se le escapaba lo exagerada, lo entusiasta, lo ridículamente feliz que podía llegar a ser, y lo supo con certeza cuando sintió el brazo de ella deslizarse por detrás del respaldo y atraerla apenas hacia su costado.

Brooke se acomodó sin pensarlo, encajando ahí con una naturalidad que la sorprendió incluso a ella misma, y siguió comentando cada jugada con un fervor casi patriótico, consciente de la risa contenida de Juliana y del calor tranquilo de Sofía a su lado,

como si ese gesto sencillo hubiese puesto, sin necesidad de palabras, todas las cosas importantes exactamente en su sitio.

Cuando los Red Sox anotaron, Brooke saltó de su asiento con un grito ahogado, abrazó a Juliana primero y luego, sin pensarlo, se lanzó sobre Sofía, que la sostuvo entre risas, rodeándole la cintura.

—¡Eso! ¡¿Lo viste?! —exclamó Brooke, con los ojos encendidos—. ¡Te dije que hoy era un buen día!

—Nunca lo dudé —respondió Sofía, mirándola de cerca, con esa mezcla de orgullo y algo más profundo que no necesitaba nombre.

El estadio rugía, Juliana aplaudía con entusiasmo contagioso y Brooke, aún con el corazón acelerado, se dejó caer de nuevo en su asiento, convencida —con una certeza tan exagerada como sincera— de que aquel era, sin duda, uno de los mejores sábados de su vida.

***

Regresaron al edificio ya entrada la noche, con el cansancio dulce que dejan los días bien vividos y todavía riéndose por alguna tontería que Brooke había dicho en el coche al despedirse de Juliana. El aire estaba fresco, y Boston parecía más amable a esas horas, casi cómplice. Mientras caminaban juntas hacia la entrada, Brooke, con esa mezcla suya de curiosidad y picardía apenas disimulada, le preguntó dónde pasarían la noche: si en su apartamento o en el de ella.

Sofía no respondió de inmediato. Se inclinó apenas hacia ella y, en voz baja, como si compartiera un secreto peligroso, le susurró que en el suyo; que quería que su olor quedara en sus sábanas. La forma en que lo dijo —segura, íntima, cargada de intención— hizo que Brooke temblara sin remedio, un estremecimiento breve y eléctrico que le recorrió el cuerpo entero y le encendió algo profundo en el pecho.

Para disimular ese cosquilleo traicionero, Brooke comentó como quien no quiere la cosa que ella ya sabía que los Sox ganarían el partido. Sofía le dio la razón con una sonrisa ladeada, divertida, y Brooke aprovechó para rematar, muy seria, que entonces era

evidente: era el talismán oficial del equipo, y que debería llevarla a muchos más partidos. Sofía soltó una carcajada franca, la rodeó con un brazo y la apretó contra su costado mientras caminaban el último tramo hasta la puerta.

Al llegar, Sofía abrió y la hizo pasar primero. Brooke cruzó el umbral con una sensación expectante en el estómago, consciente de que algo —otra vez— estaba a punto de empezar.

Sofía cerró la puerta con un gesto lento, deliberado, como si al hacerlo también clausurara el mundo exterior, y cuando se volvió hacia Brooke ya no había rastro de la risa ligera del camino, sino una atención concentrada que le recorrió la piel como un pulso anticipado. La tomó de la cintura con ambas manos y la atrajo sin prisa, ajustándola contra su cuerpo, y Brooke sintió ese contacto como una confirmación muda de todo lo que había venido acumulándose durante el día: la emoción del partido, la cercanía compartida, la certeza —todavía nueva— de pertenecerle a alguien sin perderse a sí misma.

Se besaron con hambre contenida, una que no necesitaba precipitarse porque sabía que tendría tiempo, y Brooke se aferró a los hombros de Sofía mientras su respiración se volvía irregular, más consciente de cada roce, de cada cambio sutil en el ritmo. Sofía le quitó la chaqueta despacio, dejándola caer a un lado como si no tuviera ya ninguna utilidad, y luego desabrochó el pantalón con una calma que rozaba la provocación, deslizando la mano por debajo de la tela en un gesto que hizo que Brooke cerrara los ojos y soltara un suspiro tembloroso.

—Sof… —murmuró, sin terminar la frase, porque no había palabras suficientes para lo que estaba sintiendo.

Sofía respondió con un beso más profundo, uno que prometía dirección y cuidado al mismo tiempo, mientras la guiaba hacia el interior del apartamento, sin romper el contacto, sin permitir que el calor entre ambas se disipara. Brooke se dejó conducir, consciente de cada paso, de cada latido acelerado, del modo en que su cuerpo

parecía reconocer ese liderazgo con una mezcla de entrega y vértigo delicioso.

A partir de ahí, el tiempo comenzó a diluirse en una sucesión de sensaciones que Brooke registró con una nitidez casi abrumadora: el peso seguro de Sofía, la firmeza de sus manos, la manera en que su voz —cuando hablaba— se volvía baja, íntima, como si le estuviera diciendo secretos solo a ella.

Sofía la giró con suavidad hasta dejarla de espaldas, y mientras los dedos comenzaban a deslizar el pantalón hacia abajo, Brooke sintió cómo la respiración se le desordenaba, corta y expectante, como si cada centímetro que cedía la tela encendiera aún más el momento.

Se aferró a los muslos de Sofía, perdiendo cualquier noción clara de dónde terminaba una y comenzaba la otra, consciente únicamente de que cada caricia la llevaba más lejos, de que cada gesto tenía intención, paciencia y una intensidad que la hacía estremecerse de pies a cabeza.

Sofía, aún pegada a su espalda, deslizó la mano hasta la ropa interior de ella y la levantó apenas; con una destreza serena comenzó a guiarla en un ritmo lento e intenso a la vez, y el gemido que escapó de Brooke fue puro abandono, mientras sus uñas se aferraban a las piernas de Sofía como si necesitara anclarse a ella para no perderse en la sensación.

Brooke, entre gemidos contenidos, murmuró que quería mirarla; se giró despacio y quedaron frente a frente, con las respiraciones desacompasadas y esa electricidad suspendida entre ambas. Tenía las mejillas encendidas, los labios entreabiertos, mientras Sofía la observaba con las pupilas dilatadas, oscuras, cargadas de intención. Brooke llevó las manos a su cuerpo y comenzó a desvestirla con una prisa torpe y decidida, deslizándole la ropa hacia abajo, buscando piel, calor, cercanía, porque en ese instante necesitaba tocarla, necesitaba sentirla, necesitaba perderse en ella.

Se acercó un poco más, permitiendo que el contacto pausado de sus cuerpos se afirmara, consciente, casi reverente, mientras

buscaba su boca con una urgencia que no necesitaba prisa; después se separó apenas lo necesario para recorrerla con la mano, demorándose en una caricia precisa que le arrancó un estremecimiento inevitable, y descendió con besos lentos y atentos, como si cada gesto fuera una forma de aprendizaje, una manera íntima de memorizar sus reacciones, sus silencios, cada suspiro que confirmaba, sin necesidad de palabras, que aquella mujer —la suya — se entregaba por completo a ese instante compartido.

Sofía le tomó la mano y la condujo hasta la habitación con un gesto lento, casi ceremonial, como si cada paso tuviera un peso propio. Allí, bajo la luz suave, se quedaron frente a frente un instante, mirándose sin prisa mientras iban deshaciéndose de las últimas barreras entre sus cuerpos, con movimientos torpes y cómplices que arrancaban sonrisas nerviosas y respiraciones cada vez más hondas.

Brooke se sentó al borde de la cama, sintiendo la cercanía de Sofía como un calor constante, envolvente. Cuando Sofía se acercó, Brooke inclinó el rostro y dejó que sus labios recorrieran su piel con devoción, deteniéndose donde la reacción de Sofía se volvía un suspiro, un temblor apenas contenido. Sus manos acompañaron ese recorrido, firmes y cuidadosas a la vez, explorando, sosteniendo, reclamando con una seguridad que nacía del deseo y de la intimidad recién conquistada.

Sofía respondió con un gemido suave, el cuerpo arqueándose apenas, como si ese contacto bastara para desarmarla por completo. Brooke la sostuvo con fuerza, anclándola a ese momento, y continuó marcando el ritmo con una mezcla perfecta de ternura y determinación, dejando claro —sin necesidad de palabras— que no había prisa, que todo lo que importaba estaba ocurriendo allí, entre respiraciones compartidas y una conexión que crecía a cada segundo.

Brooke alzó la mirada y, al encontrarse con la expresión de Sofía —esa mezcla intensa de entrega, asombro y deseo sin filtros— sintió un golpe suave pero certero en el pecho, como si algo profundo se

acomodara en su sitio; se puso de pie con un movimiento lento, casi reverente, tomó el rostro de la paramédica entre las manos y la besó con una urgencia que no era prisa sino necesidad, como si aquel contacto fuese la única forma posible de seguir respirando.

Luego, casi sin darse cuenta de cómo habían llegado allí, terminaron tendidas sobre la cama, cuerpos buscándose por pura inercia, por memoria reciente, por hambre compartida. Brooke se acomodó con cuidado, dejando que su rostro quedara entre las piernas de Sofía, y en ese instante el mundo se redujo a piel, a respiraciones desacompasadas, a gemidos que nacían sin permiso.

Sofía dejó caer la cabeza hacia atrás, los dedos aferrándose a las sábanas, y Brooke la sintió rendirse a ese instante con una entrega que le aceleró el pulso; permaneció atenta a cada cambio en su respiración, a la manera en que el cuerpo de la morena se abría y se tensaba a la vez, más honesto, más vulnerable, como si no supiera fingir lo que sentía. Brooke se permitió demorar, saboreando el tiempo entre un gesto y otro, consciente de que cada pausa era una promesa suspendida, una forma de afinar los sentidos hasta volverlos inevitables. Sofía no tardó en responder, buscándola también, y entonces Brooke comprendió —con una claridad casi serena— que sus cuerpos habían encontrado una armonía invertida, un equilibrio delicado y exacto donde dar y recibir ocurrían al mismo tiempo, como si el deseo hubiera aprendido a respirar en dos direcciones.

El cuerpo de Brooke empezó a estremecerse y, casi de inmediato, Sofía la acompañó en ese ascenso compartido; alcanzaron la cima con una sincronía que les robó el aliento, y Brooke la besó allí mismo con una ternura que decía más que cualquier palabra. Luego se acomodó a su lado y dejó descansar la cabeza en la clavícula de Sofía, quien le respondió con caricias lentas y suaves en el cabello, como si quisiera anclar ese instante y guardarlo a salvo.

CAPÍTULO 18

SOFÍA

Era domingo a media tarde cuando Sofía y Galloway cruzaron las puertas de la estación, con el cansancio de una mañana movida todavía adherido a los hombros: un choque en cadena en la autopista, un desmayo en un supermercado, una llamada que había resultado ser más susto que urgencia. Nada fuera de lo habitual, pero suficiente para dejar esa sensación de desgaste silencioso que solo se nota cuando el cuerpo empieza a pedir pausa.

Sofía miró el reloj casi por reflejo y, por primera vez en horas, sonrió con intención. Hacía cuentas rápidas, automáticas: una ducha rápida, ropa limpia, el trayecto hasta la bolera. Le daba justo. Ajustado, pero posible. Brooke estaría allí, seguramente ya con Chuck, probablemente fingiendo entender las reglas del juego mientras animaba como si se tratara de una final mundial. La idea le aflojó algo por dentro.

Sacó el móvil antes incluso de llegar a su casillero.

«Salgo de aquí y voy directo. Guárdame una sonrisa», escribió.

La respuesta llegó casi de inmediato, vibrándole en la palma como una confesión imprudente.

«Te guardo más que eso. Y pienso cobrarlo después.»

Sofía bajó la mirada, sintiendo cómo una sonrisa boba —inevitable, traicionera— se le instalaba en la boca. Estaba tan absorta que no notó a Galloway hasta que lo tuvo demasiado cerca.

—Ajá —dijo él, con ese tono que mezclaba burla y cariño—. Esa cara no es de mensaje del banco.

Sofía levantó la vista, sorprendida, y luego negó con la cabeza, rendida antes de intentar ocultarlo.

—No —admitió—. Es… alguien.

Galloway alzó una ceja, interesado, pero sin invadir.

—¿Alguien bueno?

Sofía dudó apenas un segundo. Luego asintió, despacio, como si al hacerlo se reafirmara a sí misma.

—Muy bueno.

Él sonrió de lado, apoyándose en la taquilla.

—Me alegra —dijo, y no había ironía en su voz—. De verdad. Ya te tocaba.

Sofía entendió lo que no dijo. Galloway había estado ahí después de Vanessa, en los silencios largos, en las guardias interminables donde ella parecía funcionar en automático. Había aprendido a leerla sin presionar. Por eso, cuando la miró así, con una ternura sencilla, Sofía sintió algo parecido a gratitud profunda.

—Gracias —respondió, sincera.

Se giró hacia su casillero, todavía con la ligereza del plan intacto, cuando el sonido cambió el aire.

La alarma.

No una de esas falsas, no un aviso menor. El timbre largo, urgente, que convocaba a los que aún no habían salido. Las conversaciones se cortaron, los cuerpos reaccionaron antes que las cabezas.

El capitán Ross apareció desde la oficina con el ceño fruncido y un papel en la mano.

—Atención —dijo, elevando la voz lo justo—. Tenemos un problema de personal. Dos bajas inesperadas y un frente activo que no da tregua. Necesito voluntarios para cubrir el siguiente turno.

Sofía sintió el tirón antes de pensarlo. Esa vieja inercia. Ese impulso que siempre la había definido.

Galloway dio un paso al frente.

—Me quedo —dijo, sin dudar.

Sofía lo vio y, casi al mismo tiempo, se escuchó a sí misma.

—Yo también.

Las palabras salieron antes de que el mensaje de Brooke, el torneo, la promesa del domingo encontraran espacio para protestar. Ross asintió, aliviado, y empezó a repartir instrucciones.

Solo entonces, cuando el movimiento volvió a llenarlo todo, Sofía bajó la mirada a su móvil, aún encendido, aún tibio en su mano.

El domingo acababa de cambiar de forma.

***

Las sirenas se abrieron paso entre el tráfico como un lamento sostenido. El vehículo avanzaba a trompicones, sacudiéndose con cada cambio de carril, y el reflejo azul y rojo se colaba por los escaparates, rebotaba en los retrovisores, manchaba los rostros de quienes se apartaban con prisa.

Sofía sostuvo el móvil unos segundos más de lo necesario, como si mirarlo fijamente pudiera forzar una respuesta. La pantalla seguía igual: su mensaje ahí, intacto, sin confirmación, sin rastro de Brooke al otro lado. Ninguna rayita. Ningún «visto». Nada.

Cerró los labios con fuerza y bloqueó el teléfono. El nudo en la garganta le subió hasta los oídos, pero no se permitió detenerse en eso. No ahora. Lo dejó en el compartimento y apoyó la espalda contra el asiento, inhalando hondo, como si así pudiera reordenarse por dentro.

—¿Lista? —preguntó Galloway, sin mirarla, con los ojos clavados en la carretera.

—Siempre —respondió ella, aunque la palabra le pesó más de lo habitual.

El olor llegó antes que la imagen. Gas, humo, algo metálico y quemado que se pegaba a la lengua. A dos cuadras del edificio, el

caos ya era total: patrullas cruzadas, camiones de bomberos, ambulancias alineadas como piezas de dominó a punto de caer. Gente gritando, llorando, señalando hacia arriba. Vidrios en el asfalto, polvo suspendido en el aire como una neblina sucia.

El edificio tenía el vientre abierto. Un boquete negro donde antes había paredes, ventanas colgando como párpados rotos, cortinas agitándose con el viento caliente que aún salía desde dentro. Un bombero pasó corriendo con la cara tiznada; otro gritó órdenes que se perdieron entre el ruido.

Sofía bajó del vehículo y el mundo pareció golpearla de frente. Un llanto agudo a la izquierda. Un cuerpo cubierto con una manta térmica a la derecha. Una mujer con sangre en el cabello que repetía un nombre como un mantra.

—Triage aquí —dijo alguien—. ¡Necesito camillas!

Galloway ya estaba en movimiento, colocándose los guantes, evaluando con la mirada entrenada. Sofía hizo lo mismo. Se agachó junto a un hombre sentado contra un poste, el pecho subiéndole y bajándole de forma irregular, los ojos desorbitados.

—Soy Sofía. Mírame. Respira conmigo —dijo, firme, cercana—. ¿Puedes decirme tu nombre?

Mientras trabajaba, mientras contaba respiraciones y daba instrucciones, su mente se cerró como una compuerta. Brooke quedó lejos, suspendida en algún punto seguro que ahora no existía. Aquí solo había decisiones rápidas, manos temblorosas que necesitaban las suyas, segundos que podían inclinar la balanza.

Aun así, en un rincón silencioso de su pecho, algo seguía esperando. No una respuesta. No un mensaje. Solo la certeza de que, cuando todo esto terminara, habría que volver a enfrentar ese silencio.

Pero no ahora.

Ahora había vidas ardiendo en el presente, y Sofía se lanzó de lleno a sostenerlas.

El tiempo se volvió una masa espesa, casi irrespirable. Sofía iba de un herido a otro sin saber cuántos minutos —u horas— habían pasado. Gritos, sollozos, órdenes cortadas por el estruendo de metal retorciéndose. El aire quemaba en los pulmones y le hacía lagrimear los ojos; tenía la frente perlada de sudor y ceniza, la piel tirante, sucia.

Se enderezó un segundo para tomar aire y fue entonces cuando los vio.

Personas apostadas detrás de las vallas improvisadas, móviles en alto, rostros tensos de curiosidad morbosa. Pantallas brillando entre el humo, capturándolo todo como si fuera un espectáculo.

—Genial… —bufó entre dientes, con rabia—. Mirones.

No tuvo tiempo de pensar más en ello. Un sonido distinto atravesó el caos. No era un grito claro, tampoco una orden. Era un quejido bajo, irregular, casi ahogado. Sofía se quedó quieta un instante, afinando el oído, dejando que el resto del ruido se diluyera.

Ahí estaba. Otra vez.

Giró la cabeza. Escombros amontonados cerca de lo que había sido una pared interior. Polvo todavía cayendo en cascadas lentas.

—¡Hay alguien ahí! —gritó, ya en movimiento.

Corrió hasta uno de los bomberos y señaló con el brazo extendido, la voz firme pese al temblor que le subía por la espalda. Él asintió de inmediato y avanzó con ella pisándole los talones. Sofía no dejó de señalar, de guiarlo.

—De ahí —insistía—. Viene de ahí.

Entonces el suelo vibró.

No fue un estruendo inmediato, sino un aviso profundo, un temblor que le subió por las plantas de los pies y le sacudió el estómago. El miedo le atravesó el pecho como una descarga fría. Sofía alcanzó a pensar «*no, no ahora».*

La segunda explosión la lanzó por el aire.

El golpe fue seco. Brutal. El mundo se fragmentó en ruido blanco, en un pitido agudo que le perforó los oídos. No supo cuánto tiempo estuvo en el suelo. No supo si gritó. Solo supo que le costaba respirar y que algo dentro de su cabeza no encajaba.

Voces. Muchas.

Pero lejanas. Distorsionadas, como si llegaran a través del agua.

Abrió los ojos con dificultad. El cielo era una mancha gris. Un rostro apareció sobre ella, se desdibujó, volvió a enfocarse.

Galloway.

Su boca se movía, pero Sofía no entendía nada. Las palabras se rompían antes de llegarle. Intentó hablar y solo logró un sonido torpe. El pitido seguía ahí, implacable.

Manos firmes la tocaron en los hombros. Alguien le dijo algo. No supo qué. El mundo oscilaba.

Poco a poco, el ruido empezó a bajar de volumen. El pitido se volvió más fino, más lejano. Las voces comenzaron a tener forma. El caos seguía, pero ya no la envolvía por completo.

—Sofía… Sofía, mírame.

Parpadeó varias veces. El rostro de Galloway se estabilizó frente a ella, su expresión tensa, concentrada.

—Siéntate —le dijo, ayudándola a incorporarse—. Despacio.

Ella obedeció. Sentarse fue como volver a entrar en su cuerpo. Le temblaban las manos. Notó el dolor en la cadera, en el hombro, el latido insistente en la sien.

—¿Estás bien? —preguntó él, evaluándola con la mirada de siempre, esa que no dejaba pasar nada.

Sofía asintió, aunque no estaba del todo segura. Galloway le acercó una botella de agua y ella dio un sorbo pequeño, luego otro, dejando que el frío le bajara por la garganta y la anclara al presente.

Fue entonces cuando todo encajó.

La sacudida. El vuelo. El ruido.

—¿Qué… qué pasó? —preguntó al fin, la voz ronca.

Galloway exhaló despacio.

—Una segunda explosión —respondió—. Más pequeña, pero suficiente para mandar a volar a medio mundo.

Sofía cerró los ojos un segundo, asimilándolo. Luego volvió a abrirlos, mirando otra vez hacia los escombros, hacia el lugar de donde había venido aquel quejido.

Y supo que, en cuanto pudiera ponerse de pie, volvería ahí.

Porque el miedo había estado. Sí.

Pero no había ganado.

***

La luz de la tarde caía oblicua cuando regresaron a la estación. No era el dorado limpio de los atardeceres tranquilos, sino un tono cansado, casi sucio, que parecía arrastrar consigo el eco de las sirenas y el olor persistente a humo. Sofía bajó del vehículo con movimientos rígidos; cada músculo le recordaba el golpe, la sacudida, la caída. Tenía los antebrazos amoratados, la cadera sensible, el cuello tenso como una cuerda a punto de romperse.

—¿Segura de que no quieres que te vea un médico? —insistió Galloway, cerrando la puerta de la ambulancia—. Aunque sea para quedarte en observación.

Sofía negó con la cabeza sin mirarlo.

—Estoy bien —dijo, y no mentía del todo.

Lo que no estaba bien no se veía en una placa ni se medía con una linterna clínica. Lo que le dolía era otra cosa. Algo más hondo.

Porque cada vez que cerraba los ojos volvía a oír los quejidos. Bajos. Desesperados. Volvía a ver los escombros, la nube de polvo suspendida… y luego, el estallido.

Horas antes, cuando el mundo había dejado de girar y pudo volver a sostenerse en pie, lo primero que preguntó fue por esa persona. Por la voz atrapada bajo el concreto.

La respuesta había sido breve. Profesional. Demoledora.

Una mujer. Joven. No llegaron a tiempo.

Sofía exhaló despacio, como si todavía cargara ese aire sucio en los pulmones. Galloway la observó en silencio un segundo más, reconociendo esa expresión que ya le conocía demasiado bien.

—Ve a ducharte —le dijo al fin, con suavidad—. Descansa. Hoy fue demasiado.

Ella asintió. No discutió.

Dentro, el ruido de la estación le resultó distante. Caminó hasta los vestidores y, antes de entrar, sacó el móvil del bolsillo. Abrió la conversación con Brooke. El mensaje seguía ahí, intacto, congelado en el tiempo.

Nada.

Frunció el ceño y marcó su número. El tono sonó una vez. Dos. Tres. Cuatro.

Nada.

Colgó con el pulgar temblándole apenas. El nudo en la garganta volvió con fuerza, apretándole el pecho. No era solo cansancio. No era solo la jornada.

Algo no encajaba.

Se duchó rápido, casi en automático. El agua caliente le arrancó un siseo de dolor al caerle sobre los golpes, pero no se permitió detenerse. Se vistió sin mirarse demasiado al espejo, recogió sus cosas y volvió a marcar a Brooke mientras caminaba hacia la salida.

Nada.

Sofía apretó los labios, tomó las llaves y decidió sin pensarlo más.

No iba a esperar.

Iba directo al apartamento de Brooke.

Porque cuando el silencio se alargaba de esa manera, cuando el presentimiento se instalaba así, bajo la piel, Sofía sabía que no era solo paranoia ni agotamiento.

Algo pasaba.

Y necesitaba verlo con sus propios ojos.

***

Sofía llegó al edificio con el cuerpo todavía tenso, como si no hubiera terminado de salir del lugar del accidente. Había dejado el uniforme atrás, pero no el cansancio. Llevaba vaqueros oscuros, un suéter negro de cuello de tortuga y un abrigo marrón que no lograba protegerla del frío que le recorría por dentro. Subió hasta el quinto piso con pasos contenidos y se detuvo frente a la puerta del 5C.

El vacío en la boca del estómago se hizo más profundo.

Tocó el timbre.

Esperó apenas unos segundos que se le hicieron eternos, con el pulso acelerado y la sensación insistente de que algo estaba fuera de lugar.

La puerta se abrió.

Y por un instante, todo se acomodó.

Sofía sintió una oleada de alivio al ver a Brooke ahí, en el umbral, viva, entera. Su rostro, tan familiar, le devolvió el aire a los pulmones. No dijo nada. No pudo. Dio un paso al frente y la rodeó con los brazos, aferrándose a ella como si ese abrazo fuera lo único sólido después de un día que había querido desmoronarla.

—Brooke…

Pero el cuerpo de su novia se tensó casi de inmediato.

No fue un rechazo brusco. Fue algo peor: una rigidez incómoda, una pausa que no correspondía al reencuentro que Sofía había imaginado durante todo el camino.

Se separaron.

Sofía frunció apenas el ceño, confundida, y siguió la dirección de la mirada de Brooke.

El sofá.

Landon estaba sentado allí.

El golpe fue seco. Una punzada directa al pecho, como si alguien le hubiera clavado una aguja justo debajo del esternón. Sofía volvió la vista hacia Brooke. Ella alzó la mirada entonces, por fin.

Sus ojos color miel estaban vidriosos. El cabello, revuelto. Los labios… hinchados.

No hacía falta preguntar.

La comprensión llegó como una ola fría que apagó todo lo demás: un cansancio brutal, la rabia abriéndose paso por sus venas, los celos clavándosele bajo la piel con una fuerza peligrosa. Sofía se conocía. Sabía lo hiriente que podía ser cuando dejaba que esa furia hablara por ella.

No dijo nada.

Ni una palabra.

Dio un paso atrás.

—Sofía… —escuchó la voz de Brooke a sus espaldas, quebrada, urgente.

Pero ya había tomado una decisión.

Giró sobre sus talones y caminó hacia el pasillo sin mirar atrás, con el corazón golpeándole las costillas y la mandíbula apretada para no escupir frases de las que sabía que se arrepentiría.

«Al diablo contigo y tus enredos, Brooke Dawson.»

La puerta del 5C quedó atrás mientras se dirigía de prisa al ascensor.

Sofía apretó el botón del ascensor con más fuerza de la necesaria. Cuando las puertas se cerraron, el reflejo metálico le devolvió una imagen que apenas reconoció: los ojos enrojecidos, la

mandíbula rígida, el cuerpo todavía en alerta, como si el peligro no hubiera terminado.

El trayecto hasta el cuarto piso se le hizo eterno.

En el 4B, la llave le tembló entre los dedos. Falló una vez. Luego otra. Al tercer intento, la puerta cedió y Sofía entró sin encender la luz, cerrando detrás de sí con un golpe sordo que resonó demasiado fuerte en el silencio del apartamento.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el respaldo del sofá, sin cuidado. Caminó hasta la cocina con pasos pesados, abrió el refrigerador y sacó una cerveza. El *psssht* al destaparla fue el único sonido claro que logró atravesar el ruido que llevaba en la cabeza.

Antes de dar un sorbo, se detuvo frente a la pecera.

—Hola, Paco —murmuró, como siempre.

Espolvoreó la comida con el gesto automático de todos los días. El pez se movió enseguida, ajeno a todo, y esa normalidad mínima fue suficiente para quebrarla. La voz se le rompió a mitad del saludo. El aire le tembló en el pecho y, sin poder evitarlo, las lágrimas empezaron a caer.

Cruzó el salón casi a ciegas y se dejó caer en el sofá, encogida sobre sí misma, con la cerveza aún intacta en la mano.

—Vaya día de mierda… —susurró, con una risa ahogada que no tenía nada de humor.

Las imágenes volvieron en avalancha: el edificio abierto en canal, los gritos, el polvo, el cuerpo cubierto con una manta. Luego, la puerta del 5C abriéndose. La tensión en los brazos de Brooke. La mirada desviándose. Landon sentado en el sofá como si tuviera derecho a estar ahí.

Cerró los ojos con fuerza, pero no sirvió. Otro recuerdo se abrió paso, traicionero, cruel.

La noche anterior.

La piel de Brooke bajo sus manos, la forma en que se había entregado sin reservas, sin prisa, como si no existiera nada más que

ellas dos. Las risas bajas, las promesas implícitas en cada gesto, en cada mirada. La intimidad compartida como algo sagrado.

¿En qué punto se había roto todo eso?

¿Cómo era posible que, después de esa noche, Brooke estuviera ahora retozando con su ex en el sofá, como si lo de ellas hubiera sido apenas un paréntesis?

El pecho le dolió de verdad, no como metáfora, sino como un golpe físico.

Y entonces, entre los sollozos, una vocecita cruel y lúcida se abrió paso en su interior:

«Ella se dice tu novia… y aun así aceptó seguir con su proyecto de citas a ciegas.»

Sofía se dobló sobre sí misma, llevándose una mano al rostro. El llanto se volvió amargo, profundo, sin contención. No era solo la traición. Era el cansancio acumulado, el miedo que no había tenido tiempo de sentir, la muerte que había rozado ese día.

Todo junto.

La cerveza quedó olvidada sobre la mesa. Paco siguió nadando en círculos tranquilos, ajeno al derrumbe silencioso del otro lado del cristal.

Y Sofía lloró hasta que el cuerpo le dolió tanto como el alma.

***

A la mañana siguiente, Sofía despertó con un dolor de cabeza punzante, como si alguien le apretara el cráneo desde dentro. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba, y cuando intentó incorporarse, las costillas y la cadera protestaron con un latigazo seco que la obligó a gemir en voz baja.

—Genial… —murmuró, llevándose una mano al costado.

«Tendré que ir a que me saquen placas», se dijo, sin demasiada convicción, como si posponer el cuidado propio fuera parte de su naturaleza.

Arrastró los pies hasta la cocina y encendió la radio, casi por reflejo. Era una costumbre vieja, heredada. Vanessa solía hacerlo cada mañana: música baja, noticias de fondo, el día empezando sin prisa. Sofía nunca la había apagado del todo, ni siquiera después.

Mientras preparaba el desayuno, la voz del locutor llenó el apartamento con una neutralidad casi cruel.

Explosión en el centro de la ciudad. Número de heridos. Fallecidos confirmados. Equipos de emergencia aún trabajando en la zona.

Todo dicho con precisión quirúrgica, sin emoción, como si no hubiera gritos, ni cuerpos cubiertos, ni voces atrapadas bajo los escombros.

Sofía apretó la taza entre las manos.

Luego vinieron otras noticias, también tristes, aunque de otro orden: los Sox habían perdido la semifinal. Un golpe para la ciudad, decía el locutor, con ese tono resignado que mezclaba deporte y tragedia cotidiana.

Era finales de octubre. La ciudad amanecía gris, húmeda, apagada. Exactamente como ella se sentía.

Y no solo por la explosión. No solo por la derrota de los Sox.

Sino por Brooke.

Por la constatación amarga de que, desde que se había marchado del 5C la noche anterior, no había habido ni un mensaje. Ni una llamada. Nada.

Como si no importara.

Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla, sin dramatismo, sin prisa. Sofía ni siquiera se molestó en secarla.

Entonces recordó.

Recordó por qué se había cerrado al amor tantos años atrás, después del fallecimiento de Vanessa. El miedo no había sido abstracto; había tenido forma, peso, sangre. Había sido verla herida.

Había sido la espera interminable. Había sido ese momento insoportable en el que los ojos de Vanessa dejaron de responderle.

El dolor había sido indescriptible.

Y el vacío posterior, aún peor. Volver a casa y no encontrarla en la cocina, bailando torpemente mientras tarareaba alguna canción vieja. El silencio donde antes había vida. Eso la había carcomido por dentro, lentamente, sin misericordia.

Por eso se había prometido no volver a amar así. No volver a exponerse a perderlo todo.

Pero esto… esto era distinto.

Porque a Brooke no le había pasado nada. Gracias a Dios, estaba viva. Entera. A salvo.

Brooke había elegido.

Había decidido serle infiel con el hombre que durante años había jugado con ella, que la había desarmado y rehecho a su antojo. Brooke había roto su corazón de otra manera, más sucia, más consciente.

Y lo que Sofía sentía ahora no era solo tristeza.

Era rabia.

Era coraje.

Era la humillación amarga de sentirse una idiota por haber abierto el corazón a una bala perdida.

Se quedó de pie en la cocina, con la radio murmurando de fondo, el café enfriándose en la taza y el día avanzando sin esperarla, preguntándose en qué momento había olvidado que algunas heridas no matan…

Pero dejan cicatrices que arden distinto.

CAPÍTULO 19

BROOKE

El domingo empezó torcido desde el primer minuto. Brooke lo supo en el instante exacto en que su móvil decidió morir en sus manos. No fue un apagón dramático ni una caída espectacular: simplemente dejó de responder. La pantalla parpadeó una última vez, lanzó un destello absurdo —como una burla— y luego se quedó negra. Inerte.

—No, no, no… —murmuró, presionando el botón lateral con insistencia, como si la pura fuerza de voluntad fuera suficiente para resucitarlo.

Nada.

Lo conectó al cargador. Esperó. Lo desconectó. Volvió a intentar. Golpeó suavemente la carcasa contra la palma, ese gesto inútil que todos hacemos cuando algo tecnológico falla y queremos creer que todavía hay remedio.

Seguía muerto.

Un vistazo rápido al reloj de pulsera la sacó de ahí: se le hacía tarde. Demasiado tarde como para ponerse a improvisar soluciones. El torneo local de bolos de su padre no iba a esperar a que ella resolviera una tragedia electrónica, y menos un domingo a media tarde.

Brooke dejó el móvil sobre la mesa de la cocina, boca arriba, como si así pudiera vigilarlo, como si en cualquier momento fuera a encenderse solo y pedirle disculpas. «Luego me encargo», se dijo. «Luego llamo a Sofía. Luego explico todo.»

Se puso el abrigo, agarró las llaves y salió casi corriendo.

El centro de bolos estaba lleno cuando llegó. Ese lleno particular de los domingos: familias completas, risas demasiado altas, olor a fritura, café aguado y desinfectante barato. El ruido de las bolas golpeando los pinos era constante, rítmico, casi hipnótico.

Y ahí estaba su padre.

Con su equipo. Con *su* gente.

Todos llevaban el mismo uniforme: camisetas del mismo color, los nombres bordados en el pecho, algunos más gastados que otros. Amigos de toda la vida. Hombres que habían estado ahí en los peores momentos, que habían compartido cervezas, derrotas, risas, silencios largos. Brooke los conocía desde siempre; eran parte del paisaje emocional de su padre.

Al verla, él levantó la mano y sonrió con esa sonrisa amplia, orgullosa, que siempre la hacía sentir que estaba exactamente donde debía estar.

—¡Vamos, papá! —gritó ella, animada, sin ningún tipo de pudor —. ¡Hoy es tu día!

No tenía la menor idea de cómo funcionaban los bolos. Nunca la había tenido. Para ella, una bola era una bola y los pinos eran… bueno, pinos. Sabía que había strikes, *spares* y algo llamado *split* que sonaba más grave de lo que probablemente era. Pero eso no la detuvo.

Brooke animaba por pura intuición.

Aplaudía cuando caían muchos pinos —todos, algunos, los suficientes— y hacía gestos de celebración que no siempre coincidían con el marcador. En un punto gritó «¡Eso fue un home run!» y alguien detrás de ella carraspeó para corregirla.

—¿No? —preguntó, genuinamente confundida—. Bueno, ¡fue algo bueno!

Se reía de sí misma, lanzaba comentarios improvisados, levantaba los brazos como si estuviera en un estadio y no en una pista de bolos de barrio. Su padre la miraba de reojo, divertido,

negando con la cabeza cada vez que ella celebraba algo que claramente no merecía celebración.

Entre turno y turno, Brooke miraba la hora.

Luego, sin darse cuenta, miraba hacia la puerta.

«Se supone que Sofía vendría directamente luego de su turno», pensó, por quinta vez. Se lo había dicho. Lo habían planeado. Incluso había imaginado a Sofía entrando con esa forma suya, discreta pero firme, buscando con la mirada hasta encontrarla.

Brooke sacudió la cabeza y volvió a concentrarse.

—¡Dale, dale! —gritó cuando su padre lanzó la bola—. ¡Apunta a… a los del medio! ¡O a los de los lados! ¡A todos!

El equipo avanzó bien. Rieron, se abrazaron, se palmearon la espalda. Brooke sacó fotos, selfies grupales, una con su padre levantando el pulgar, otra con todos haciendo poses ridículas. Por fuera, parecía la animadora oficial del evento, la hija orgullosa, la presencia luminosa.

Por dentro, algo no terminaba de acomodarse.

El torneo llegó a su fin entre aplausos y felicitaciones. El equipo de su padre quedó subcampeón. No ganaron, pero estuvieron cerca. Lo suficientemente cerca como para celebrar igual.

—¡Segundo lugar, señores! —anunció Brooke, levantando los brazos—. ¡Nada mal para un domingo!

Hubo risas, choques de manos, más fotos. Ella abrazó a su padre con fuerza, le besó la mejilla y le dijo cuánto lo quería. Y lo sentía. De verdad.

Pero cuando volvió a mirar la puerta por última vez, el vacío se le instaló en el pecho con una claridad incómoda.

Sofía no había llegado.

Brooke sonrió para la última foto, apretó los labios apenas un segundo de más y pensó, con una tristeza suave pero persistente,

que había domingos que se sentían completos… y aun así dejaban una ausencia difícil de ignorar.

***

Brooke regresó a su apartamento después de almorzar con su padre con esa sensación ambigua que dejan los domingos bien aprovechados: el cuerpo satisfecho, el ánimo tibio, pero una inquietud persistente rondándole el pecho. Se despidió de Chuck con un beso y una promesa vaga de verse pronto, y al cerrar la puerta de su hogar volvió a pensar, inevitablemente, en Sofía.

Lo primero que hizo fue ir hacia la mesa de la sala, donde el móvil seguía exactamente igual que horas antes. Negro. Mudo. Lo tomó entre las manos como si fuera un objeto traicionero.

—Vamos… —murmuró.

Lo conectó otra vez, lo revisó, presionó botones, lo dejó reposar como si eso pudiera obrar algún milagro. Nada. La ansiedad empezó a treparle por la espalda justo cuando el timbre sonó.

El corazón le dio un salto inmediato.

Sofía.

No lo pensó dos veces. Se levantó del sofá con premura, casi tropezando con la alfombra, y abrió la puerta con el aliento contenido.

No era Sofía.

Landon estaba de pie en el umbral, con las manos en los bolsillos del abrigo y esa expresión que Brooke conocía demasiado bien: la mirada clara, vulnerable, y una sonrisa tímida que parecía pedir permiso para existir.

—Hola —dijo él.

Brooke soltó un suspiro leve, más de reajuste que de decepción.

—Hola… —respondió—. Pasa.

Se hizo a un lado y lo dejó entrar. Landon miró alrededor como si no hubiera estado allí mil veces antes. Brooke fue hasta la cocina y

le ofreció una copa; él aceptó con un gesto agradecido. Cuando regresó a la sala, se sentó a su lado, aunque dejando una distancia prudente, casi calculada.

Hablaron primero de cosas pequeñas. De lo evidente. De cómo estaba.

—Mal —admitió Landon cuando ella se lo preguntó—. Pero… mejorando. De a poco.

Brooke asintió, escuchándolo con atención genuina. Él continuó, como si una compuerta se hubiera abierto.

Le contó que Lauren había abandonado la firma. Que se había ido a otra, más prestigiosa, más grande. Que no había mirado atrás.

—Y… he escuchado rumores —añadió, con la voz más baja—. Dicen que está saliendo con alguien. Otro colega.

Brooke apretó los labios. Pensó *te lo dije*. Pensó *te lo mereces*. Pero no dijo nada. Porque lo vio. Porque entendió que Landon no estaba contando un chisme: estaba confesando una herida.

Así que se quedó ahí, escuchándolo vaciarse, hablar de fracasos, de culpa, de sentirse insuficiente. Cuando las palabras se agotaron, el silencio se instaló entre ambos, pesado pero no incómodo.

—¿Y tú? —preguntó él entonces—. ¿Cómo estás?

Brooke sonrió, una sonrisa honesta, cansada.

—Bien. Trabajando en mi artículo. Mi papá está mucho mejor —hizo una pausa—. Su equipo quedó segundo en el torneo local de bolos hoy.

Landon sonrió de inmediato.

—Siempre me cayó bien Chuck.

Ella rió suavemente.

El silencio volvió, distinto esta vez. Más expectante.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó él.

Brooke bajó la mirada hacia sus manos. De pronto le pareció urgente retocarse las uñas, hacer cualquier cosa que no fuera responder. Su mente se llenó de pensamientos atropellados. Cuando alzó la vista, lo miró directo a los ojos.

—Sí.

Landon asintió despacio. No dijo nada. Solo se acercó un poco más. Le tomó la mano con cuidado, como si temiera que ella pudiera romperse.

—¿Aún sientes algo por mí? —preguntó, casi en un susurro.

Brooke abrió la boca para responder, sorprendida por la pregunta, por el gesto… pero no llegó a hacerlo.

Landon llevó una mano a su rostro y la besó.

El contacto fue abrupto. Descolocante. Brooke se quedó inmóvil, paralizada por la sorpresa. Él intensificó el beso, la acarició con torpeza ansiosa, buscó su cintura, descendió hacia su cuello.

Entonces reaccionó.

Apoyó las manos en su pecho y lo detuvo, con suavidad, pero con firmeza.

—No —dijo, respirando con dificultad—. No, Landon.

Él se apartó enseguida, el rostro encendido, la vergüenza subiéndole por el cuello.

—Lo nuestro… ya fue —continuó ella—. Te tengo cariño. De verdad. Pero no te amo.

Landon bajó la mirada, murmurando disculpas atropelladas. Brooke sintió lástima. Una lástima amarga.

«Qué irónico», pensó.

Posó una mano sobre la suya.

—Tienes que amarte a ti mismo —le dijo—. Solo así vas a poder seguir adelante.

Él asintió en silencio. Una lágrima solitaria recorrió su mejilla sonrojada.

El timbre sonó entonces, cortando el momento.

Brooke se sobresaltó. Y se aferró a ese sonido como a una tabla de salvación.

—Voy… —dijo, levantándose con rapidez.

Abrió la puerta.

Y su corazón dio un vuelco brutal.

Sofía estaba ahí. Con el rostro cansado, magullado, pero los ojos brillantes. Antes de que Brooke pudiera articular una sola palabra, Sofía dio un paso adelante y la abrazó con fuerza, con desesperación.

Brooke se tensó de inmediato.

Recordó a Landon. El sofá. El beso.

Y como si el destino decidiera ser cruel, Sofía desvió la mirada.

Lo vio.

Brooke buscó palabras a toda velocidad. Necesitaba explicar. Aclarar. Preguntar. Decir tantas cosas.

No pudo.

La mirada que Sofía le lanzó estaba cargada de algo que Brooke no quiso —no pudo— nombrar.

Y entonces Sofía se marchó.

—¡Sofía! —la llamó—. ¡Espera!

Pero su novia ya avanzaba por el pasillo, decidida, perdiéndose entre las sombras.

Brooke se quedó inmóvil un segundo eterno. Luego se giró hacia Landon. Él había visto todo. Incómodo, culpable.

—Puedo explicarle —dijo—. Yo…

Brooke negó con una risa breve, rota.

—No —respondió—. Lo mejor es que te vayas.

Landon obedeció. Se marchó no sin antes dedicarle una última mirada triste, cargada de todo lo que no supo hacer bien.

Brooke cerró la puerta.

Apoyó la frente en la madera, el corazón desbocado. No se sentía capaz de ir detrás de Sofía. No así. No en ese estado.

«Mañana», pensó, aferrándose a esa idea.

Mañana hablarían.

Mañana, cuando todo estuviera más calmado.

O eso quiso creer.

***

Brooke salió de casa temprano esa mañana, movida por una urgencia que no le dio margen para pensar demasiado. Compró otro móvil casi por inercia, eligiendo el primero que le pareció decente, como si ese gesto práctico pudiera enmendar el caos emocional del día anterior. Desde allí, aún de pie en la acera, escribió un correo breve a Margaret, explicándole que no iría a redacción porque se sentía indispuesta; la palabra le pareció insuficiente, pero no encontró otra que pudiera contener, sin explicaciones, el estado en el que se encontraba.

Luego fue al bistró de siempre, ese en el que el tiempo parecía transcurrir más despacio, pidió un capuchino y un muffin, y con el vaso caliente entre las manos emprendió el camino directo al apartamento de Sofía, repitiéndose que tenía que verla, que tenía que explicarse, que el silencio solo haría todo peor.

Frente a la puerta del 4B tocó el timbre una vez, luego otra, y una tercera, ya con la preocupación anudándosele en el pecho, hasta que por fin la puerta se abrió.

La imagen de Sofía la golpeó con una crudeza que no esperaba: los ojos hinchados, la nariz enrojecida, el cabello revuelto, el cuerpo entero en tensión, como si hubiese pasado la noche luchando contra

algo invisible. Era evidente que había llorado, y no poco. Sofía arqueó una ceja, los labios tensos, sin decir palabra.

—¿Puedo pasar? —preguntó Brooke, con una voz que traicionó de inmediato su nerviosismo.

Sofía no respondió; simplemente se hizo a un lado, permitiéndole el paso con un gesto seco.

Dentro, el apartamento se sentía distinto, más frío, más silencioso, como si el aire mismo estuviera cargado de reproches no dichos. Brooke sacó el móvil nuevo del bolsillo y se lo mostró, sosteniéndolo entre ambas como si fuera una explicación en sí misma.

—Tuve que comprar otro —dijo, esbozando una sonrisa torpe—. El mío se estropeó ayer y no encendía.

Sofía asintió apenas, sin cambiar la expresión, sin ofrecer ninguna reacción que Brooke pudiera interpretar como alivio o comprensión.

—Te estuve esperando en el torneo —continuó—. Toda la tarde. Mi papá incluso preguntó por ti… ¿por qué no fuiste?

Vio entonces cómo Sofía bufaba, negaba con la cabeza, y finalmente hablaba. Su voz salió ronca, grave, cargada de un cansancio que no era solo físico.

—Por lo visto no has estado pendiente de las noticias, ¿no?

Brooke parpadeó, descolocada.

—¿Las noticias…?

—Ayer tuve que atender una emergencia —prosiguió Sofía—. Hubo una explosión en el centro.

Brooke abrió la boca, sorprendida, tardando un segundo de más en reaccionar.

—Yo… vi algo esta mañana en Internet —respondió—. No sabía que tú estabas allí.

Esa frase bastó para que Sofía torciera los labios con una mueca amarga, una expresión que a Brooke le produjo un vacío inmediato en el estómago.

El silencio volvió a caer entre ellas, espeso, incómodo.

—¿No me vas a ofrecer algo de tomar? —preguntó Brooke al cabo de unos segundos—. ¿O sentarnos, al menos?

Sofía soltó una risa breve, sin humor alguno, y negó con la cabeza.

—¿A qué estás jugando, Brooke?

Brooke cerró los ojos un instante, sabiendo que ya no tenía sentido seguir esquivando el conflicto.

—¿Estás celosa por haber visto a Landon en mi apartamento? —preguntó, con un hilo de voz.

La mirada de Sofía se alzó entonces, oscura, fría, tan ajena que a Brooke se le revolvió el estómago. La morena dio un paso al frente, luego otro, hasta quedar peligrosamente cerca, invadiendo su espacio.

—¿Cómo te atreves —le susurró entre dientes— a venir aquí y hablarme como si nada, después de meterte con tu ex?

Brooke negó con la cabeza, sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies.

—No fue así —intentó decir—. Déjame explicarte…

Pero Sofía no la dejó terminar. Su respuesta llegó rápida, afilada, cargada de una crueldad inesperada.

—Por lo visto eso de ser un «espíritu libre» lo heredaste de tu madre.

Las palabras cayeron como un golpe seco, pero esta vez Brooke no se permitió retroceder en silencio. Sintió el quiebre adentro, sí —ese crujido íntimo, irreparable—, pero junto al dolor emergió algo más, una indignación temblorosa que le sostuvo la voz cuando volvió a mirarla.

—No tienes derecho a hablarme así —dijo, con los ojos brillantes, la respiración entrecortada—. No a mí...

Sofía se quedó inmóvil un instante, como si la frase la hubiera atravesado de lado a lado. Cuando respondió, su voz ya no fue dura, sino quebrada, cargada de un cansancio que parecía venir de muy lejos.

—No hablo de derechos, Brooke —dijo en voz baja—. Te acostaste conmigo… y horas después estabas… estabas con ese tipo.

La frase quedó suspendida entre ellas, áspera, imposible de suavizar.

Brooke sintió el golpe de lleno. La miró como si no pudiera creer lo que estaba escuchando, como si la acusación le arrancara el aire.

—¿No vas a dejar que te explique? —preguntó, casi suplicante—. ¿Ni siquiera eso?

Sofía negó con la cabeza lentamente. Bajó la mirada hacia el suelo, incapaz —o no dispuesta— a sostenerle los ojos.

Ese gesto, más que cualquier palabra, terminó de quebrarla.

Brooke soltó un suspiro tembloroso, una mezcla de frustración y tristeza que le recorrió el cuerpo entero. No insistió más. No gritó. No pidió nada.

Se dio la vuelta y se marchó entre sollozos contenidos, con el pecho ardiéndole y una sola pregunta martillándole la mente mientras se alejaba por el pasillo:

¿Quién carajos se creía esa mujer para juzgarla con tanta dureza… a ella y a su madre?

***

De vuelta en su apartamento, Brooke no encendió las luces ni se detuvo a dejar las cosas en su sitio. Caminó directo hacia la habitación como si el resto del espacio no existiera, como si todo lo que no fuera esa cama pudiera desmoronarse sin que le importara. Se tendió sobre las sábanas todavía frías y se acurrucó de lado,

llevándose las rodillas al pecho, buscando una contención que no llegaba.

No quería pensar. No quería sentir.

Pero dolía. Dolía de una forma profunda, persistente, como una presión constante bajo el esternón que no cedía con nada. Cerró los ojos con fuerza, y aun así las palabras regresaron, nítidas, implacables.

«Eres un espíritu libre igual que tu madre.»

Ese comentario le dolió más que cualquier acusación, más que la rabia, más que la ruptura implícita. Porque Sofía, sin saberlo —o quizá sin importarle—, había tocado una fibra expuesta, una herida antigua que Brooke llevaba años protegiendo con cuidado.

Durante mucho tiempo se había esforzado por demostrar, y demostrarse, que ella no era como su madre. Que no era volátil, ni irresponsable, ni incapaz de sostener vínculos. Que ella sí sabía quedarse. Que podía comprometerse, amar con presencia, elegir a alguien sin huir cuando las cosas se volvían difíciles.

Y sin embargo, ahí estaba.

Con el corazón hecho trizas y una angustia opresiva en el pecho, preguntándose en qué momento todo se había torcido tanto.

Por un instante —solo uno—, el impulso fue casi insoportable: bajar al cuarto piso, tocar la puerta de Sofía, tomarle el rostro entre las manos y besarla hasta que dejara de mirarla como si fuera una extraña, hasta que dejara de comportarse como una tonta celosa que ya había decidido condenarla sin escucharla.

Porque la amaba.

La certeza la atravesó con una claridad brutal: se había enamorado de Sofía Cruz.

Pero junto a ese pensamiento llegó otro, más frío, más lúcido. Brooke sabía —lo había sabido siempre— que Sofía no era de las que olvidaban fácilmente, ni de las que dejaban pasar lo que consideraban una traición. No era una mujer de medias tintas.

Cuando algo se quebraba en ella, no solía recomponerse sin dejar marcas.

Entonces se incorporó apenas sobre el codo, con rabia renovada, y se reprendió a sí misma.

¿Engaño?

No. Maldita sea, no.

Ella no la había engañado.

Había sido un beso. Un beso robado, torpe, nacido de la fragilidad de un hombre derrotado. Un beso que no había despertado nada en ella. Nada.

Y fue entonces cuando lo comprendió con una claridad casi cruel: el beso de Landon no le había hecho sentir absolutamente nada. Ni chispa. Ni vértigo. Ni deseo.

Nada.

En contraste, el recuerdo de los besos de Sofía regresó con una intensidad que le apretó la garganta: la forma en que le quemaban el alma, la manera en que le recorrían el cuerpo entero, cómo la hacían vibrar de pies a cabeza, como si todo cobrara sentido solo en ese contacto.

Brooke se giró, enterró el rostro en la almohada y volvió a llorar, esta vez sin intentar contenerse.

Entre sollozos, con la voz rota y perdida entre las sábanas, murmuró una y otra vez, como si necesitara convencerse a sí misma antes que a nadie:

—No soy como mi madre… no lo soy… no soy un espíritu libre…

Pero las palabras se deshicieron en el aire, ahogadas por el dolor, mientras el amor que sentía por Sofía seguía ahí, intacto, negándose obstinadamente a desaparecer.

***

La separación no fue un golpe inmediato, sino una grieta que se fue ensanchando con los días.

Al principio, Brooke apenas funcionaba. Cumplía con lo mínimo, respondía correos, entregaba textos, pero todo lo hacía con una sensación de ausencia constante, como si algo esencial se hubiera quedado suspendido en otro lugar. Las noches eran las peores: la cama demasiado grande, el silencio demasiado ruidoso, el impulso casi físico de buscar su nombre en el móvil y luego recordar que no debía hacerlo.

Lloró. Mucho.

Y luego, poco a poco, dejó de hacerlo.

No porque el dolor hubiera desaparecido, sino porque se transformó.

Empezó a cuidarse con una intención nueva, distinta, casi consciente. Volvió al yoga por las mañanas, más por la insistencia paciente de April que por verdadera convicción, pero pronto descubrió que ese espacio de silencio y respiración le devolvía algo que había perdido. Comenzó a alimentarse mejor, a dormir con más regularidad, a habitar su cuerpo sin castigarlo.

Retomó el proyecto que su jefa le había sugerido con una claridad inesperada: encontrarse a sí misma a través de la experiencia, no de la evasión. Siguió escribiendo su columna semanal, convirtiendo cada encuentro en materia de reflexión más que en una búsqueda.

Aceptó citas con personas muy distintas —hombres, mujeres—, no desde el vértigo ni la carencia, sino desde una observación honesta y atenta. Conversaciones largas, cafés compartidos, paseos sin expectativas. Nada caótico. Nada impulsivo. Ningún beso. Ninguna promesa implícita.

Cada cita era, en el fondo, un espejo.

Brooke escuchaba, preguntaba, tomaba notas mentales, escribía después. Descubría qué le gustaba, qué ya no toleraba, qué buscaba de verdad. Y, aun así, Sofía estaba en todas partes.

En la forma en que alguien escuchaba —o no—. En cómo alguien se detenía —o no— a mirarla de verdad. En esa sensación sutil de

estar acompañada y, aun así, echar de menos algo que no podía nombrar sin que doliera.

No comparaba de manera consciente. No hacía listas ni balances. Pero el recuerdo de Sofía se filtraba en cada experiencia, no como una herida abierta, sino como una ausencia persistente.

Con el paso de las semanas, Brooke dejó de sentirse una mujer rota y empezó a reconocerse como una mujer entera, que había amado profundamente y que seguía siendo capaz de sostenerse por sí misma. No renegó de lo que había sentido por Sofía, pero dejó de vivir dentro de ese quiebre.

Hasta que el destino —o quizá algo mucho más simple y cruel, como vivir en el mismo edificio— decidió intervenir.

Fue una mañana cualquiera. Brooke bajó al primer piso en pijamas y pantuflas, el cabello cepillado sin demasiada ceremonia, pensando solo en recoger su correspondencia antes de volver a subir. El edificio estaba tranquilo, envuelto en ese silencio tibio de entre semana.

Se inclinó sobre su buzón cuando la puerta del vestíbulo se abrió; el sonido fue suficiente para detenerla en seco, dejarla inmóvil, con el corazón suspendido en un segundo imposible, justo antes de que Sofía entrara.

Llevaba el uniforme, el abrigo oscuro encima, el cuerpo cansado de quien viene de un turno largo. Se detuvo apenas al verla, como si tampoco hubiera esperado ese encuentro. Era la primera vez que estaban frente a frente desde la ruptura, sin mensajes, sin intermediarios, sin distancia protectora.

Brooke alzó la mirada.

Y lo que vio en los ojos de Sofía le dolió más de lo que estaba preparada para admitir.

Cansancio.

Derrota.

Una tristeza honda, sin dramatismo, pero persistente.

Durante un instante, el mundo pareció reducirse a ese pasillo estrecho, a los buzones metálicos, a dos mujeres que se habían amado y ahora no sabían muy bien qué hacer con todo lo que todavía existía entre ellas.

Brooke tragó hondo y no dijo nada. Azorada, bajó la mirada hacia los sobres en su buzón y fingió concentrarse en la correspondencia, como si ese gesto pudiera ordenar el caos que se le había instalado en el pecho. Sus manos se movieron con torpeza, hojeando papeles que no estaba leyendo en realidad, demasiado consciente de todo lo demás.

Sintió a Sofía pasar por detrás de ella.

No la tocó, pero estuvo lo bastante cerca como para que su presencia se volviera imposible de ignorar. Sofía se detuvo justo a su lado y abrió su propio buzón. Brooke percibió su olor —familiar, insoportablemente familiar—, el calor leve de su cuerpo, esa cercanía mínima que, aun así, le hizo doler el alma.

«Cuánto la echo de menos», pensó, con una punzada que no había previsto.

—Buenos días —murmuró Sofía.

La voz fue baja, contenida, como si también midiera cada sílaba.

Brooke abrió la boca para responderle. Quiso decir su nombre. Quiso decir cualquier cosa. Pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta, inútiles, insuficientes.

Cuando alzó la vista, Sofía ya se estaba alejando por el pasillo.

Y Brooke se quedó allí, con los sobres apretados entre los dedos, el corazón golpeándole las costillas, entendiendo que había silencios que dolían más que cualquier discusión.

CAPÍTULO 20

SOFÍA

Era mediados de noviembre y el frío ya se colaba en los gestos cotidianos. Sofía se ajustó el abrigo antes de bajar del auto, respiró hondo y se recordó mentalmente la lista breve de lo que aún tenía que hacer antes de subir: entrar, recoger la correspondencia, irse a casa. Nada más.

El vestíbulo estaba en silencio cuando cruzó la puerta. Dio apenas dos pasos, pensando en los sobres que seguramente se acumulaban en su buzón, cuando todo a su alrededor pareció detenerse.

Brooke estaba allí.

Vestida con un pijama tierno, casi doméstico, el cabello suelto cayéndole por los hombros, concentrada en algo tan trivial como revisar la correspondencia. La escena fue tan simple —tan íntima sin proponérselo— que a Sofía le dolió el corazón de inmediato, con una punzada seca, inesperada.

El recuerdo llegó sin pedir permiso: su voz endurecida, las palabras hirientes, la manera en que había decidido no escucharla. Sintió vergüenza. Una vergüenza silenciosa que le había acompañado desde el día en que Brooke se marchó de su apartamento, semanas atrás, cerrando una puerta que Sofía no había sabido volver a abrir.

No dijo nada.

Avanzó despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo invisible. Abrió su buzón y empezó a sacar los sobres, aunque no estaba leyendo ninguno. Tenerla tan cerca le alteraba el

pulso. Percibió su perfume dulzón, familiar, y algo más difícil de nombrar: esa presencia que no se aprende ni se olvida.

—Buenos días —murmuró, sin atreverse a mirarla.

Fue todo lo que pudo decir.

Se dio la vuelta casi de inmediato y se marchó a toda prisa, con la correspondencia apretada contra el pecho, consciente de que si se quedaba un segundo más sería capaz de rodearla con los brazos y besarla allí mismo, sin importar nada ni nadie.

Mientras caminaba hacia el ascensor, con el corazón golpeándole las costillas, un pensamiento le atravesó la mente con una claridad dolorosa:

«Cuánto la necesitaba.»

Sofía entró en su apartamento y dejó caer los sobres sobre la mesita de la entrada sin siquiera mirarlos. Se quitó el abrigo con un gesto cansado y lo dejó colgado en el respaldo de una silla, como si el cuerpo ya no le respondiera con la misma precisión de antes. Caminó hasta el sofá y se dejó caer en él, pesada, exhausta, se quitó las botas y dejó escapar un suspiro largo, profundo, de esos que parecen salir desde mucho más adentro que los pulmones.

Y entonces, como siempre ocurría cuando el silencio se instalaba del todo, la memoria hizo lo suyo.

«La vida es corta e impredecible, Dawson. No pierdas tu tiempo guardando rencor… déjalo ir.»

La voz de Galloway le regresó con una claridad brutal. Se le humedecieron los ojos de inmediato. Sollozó, llevándose una mano al rostro, molesta consigo misma por no haber conseguido todavía dejar de hacerlo. Llevaba semanas viviendo en modo automático: trabajando, comiendo lo justo, durmiendo a medias, cumpliendo turnos sin preguntarse demasiado por qué todo se sentía tan vacío.

Galloway lo había notado. Claro que lo había notado. Una noche, durante el turno, se lo había preguntado sin rodeos, con esa mezcla suya de brusquedad y cuidado genuino. Y Sofía, agotada, había

terminado confesándole lo sucedido con Brooke, las palabras dichas desde la rabia, la manera en que había preferido herir antes que escuchar.

Y lo peor de todo era que sabía que él tenía razón.

Lo sabía desde el primer día.

Apretó los labios y negó con la cabeza, furiosa consigo misma. ¿Cómo podía volver a la vida de Brooke después de haberla lastimado así? ¿Con qué derecho? ¿Y qué le garantizaba que Brooke aún sintiera algo por ella, después de semanas de silencio?

Se pasó las manos por el cabello, respiró hondo, intentando acallar esa espiral conocida de culpa y autocompasión.

Y entonces recordó los buzones.

La forma en que Brooke había tragado saliva. El leve temblor en sus manos. El silencio que no era indiferencia, sino contención. Sofía lo supo en ese instante, con una certeza tan clara que casi dolía: Brooke aún sentía algo. No la había olvidado. No le era ajena.

—Idiota… —murmuró, pero esta vez no hubo dureza en la palabra.

Se incorporó despacio, como si la decisión necesitara ser acompañada por el cuerpo. No podía seguir escondiéndose detrás del miedo ni de la culpa. Si iba a perderla, al menos sería después de haber dicho la verdad.

Fue entonces cuando lo decidió. Se daría una ducha reparadora, dejaría que el agua le aclarara las ideas, y luego iría a buscarla. Porque algunas cosas —algunas personas— no se dejan ir sin pelear primero.

Minutos después salió de la ducha y se vistió sin pensarlo demasiado: vaqueros oscuros, un suéter negro de cuello de tortuga. Se dejó el cabello suelto, aún húmedo, y se aplicó apenas un poco de labial, lo justo para sentirse presente. Respiró hondo frente al espejo y se dirigió hacia la puerta.

Tomó el ascensor hasta el quinto piso con el pulso acelerado, como si cada número que se encendía fuera una cuenta regresiva. Al llegar al 5C, tocó el timbre una sola vez. Esperó. El corazón le latía con prisa, pero se obligó a mantenerse quieta.

La puerta se abrió.

Brooke apareció en el umbral y sus ojos color miel se abrieron un poco más al verla. Sofía tragó hondo.

—Hola —dijo en voz baja, y se reprochó de inmediato lo escueta que había sonado.

—Hola —respondió Brooke, con una ligera sonrisa que no era del todo cauta ni del todo confiada, y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Sofía suspiró suavemente y entró. Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, observando el apartamento. Había cambios: todo estaba más ordenado, más aireado, con detalles nuevos que no recordaba. Una punzada de alerta le cruzó la mente, súbita e incómoda.

«Quizá ella sí pudo pasar página.»

La voz de Brooke la sacó de ese pensamiento.

—Hice chocolate caliente —dijo—. Recién hecho.

Sofía levantó la mirada, agradecida por esa normalidad ofrecida como un puente.

—Gracias —respondió.

Tomó asiento en el sofá, con el cuerpo tenso pero dispuesto, mientras el aroma cálido del chocolate se extendía por la sala y el silencio, lejos de ser vacío, parecía cargado de todo lo que aún quedaba por decir.

Al poco, Brooke regresó con dos tazas humeantes. Le tendió una a Sofía y volvió a sentarse, esta vez en el sillón frente a ella, no a su lado. Ese detalle —mínimo, pero elocuente— no pasó desapercibido.

Sofía tomó la taza con ambas manos y bebió un sorbo pequeño, con cuidado de no quemarse. El chocolate estaba caliente, espeso, reconfortante; aun así, no logró aflojar el nudo que le apretaba el pecho. Observó de reojo a Brooke, la manera en que sostenía su propia taza, la postura recta, contenida, como si hubiera aprendido a protegerse incluso en los gestos más simples.

Dejó la taza en la mesita y se aclaró la garganta.

—¿Cómo… cómo te va? —preguntó, sabiendo lo pobre que sonaba la pregunta y, aun así, necesitando hacerla.

Brooke la miró fijamente durante un segundo que se le hizo largo. Luego respondió con una voz neutra, casi medida.

—Bien —dijo—. La columna va muy bien. Mejor de lo que esperaba, la verdad.

Hizo una pausa breve antes de continuar.

—Y las citas… han sido tranquilas. Nada desastroso. —Alzó apenas los hombros—. Supongo que eso también es un avance.

Sofía asintió, sintiendo una punzada sorda por dentro. *Tranquilas*. *Nada desastroso*. No había reproche en esas palabras, pero tampoco había espacio para ella. Se reprendió de inmediato por ese pensamiento egoísta; no había ido allí para medir cuánto la necesitaban.

Iba a hablar, a decirlo todo de una vez, cuando Brooke la interrumpió. Su voz sonó distinta, más firme.

—¿Qué haces aquí, Sofía?

Sofía se estremeció, aunque logró disimularlo. Alzó la mirada y sostuvo los ojos de Brooke, obligándose a no esquivar la verdad.

—Vine porque necesitaba verte —dijo—. Saber que estás bien. Y… —tragó saliva— necesitaba pedirte perdón.

Brooke asintió en silencio. Dio un sorbo a su taza, sin apartar la vista, mientras Sofía la observaba con la garganta cerrada.

—Ahora estoy bien —respondió al cabo—. No al principio. Lo pasé mal un tiempo… pero poco a poco he ido siguiendo.

Sofía volvió a asentir, muda. Sintió cómo las lágrimas amenazaban con subirle a los ojos; las reprimió, se mordió el labio y la miró otra vez.

—Perdóname —repitió—. De verdad.

Algo cambió entonces en Brooke. No fue abrupto, pero sí perceptible: la rigidez de sus hombros cedió un poco, la mirada perdió ese filo distante, esa contención aprendida a fuerza de semanas.

—Dime una cosa —preguntó Brooke—. ¿Aún piensas que te engañé con Landon?

Sofía se quedó en silencio. Un silencio largo, pesado. Las imágenes volvieron sin pedir permiso: el cabello revuelto, los labios hinchados, Landon sentado en el sofá. *Ese* sofá. El mismo en el que ella estaba sentada ahora.

El pecho le dolió.

Pero, en lugar de decir sí o no, eligió otra cosa.

—Quiero escucharte, Brooke —dijo al fin—. Quiero saber qué pasó ese día.

Brooke suspiró. Bajó la mirada un instante, como si debatiera consigo misma si abrir esa puerta o dejarla cerrada. Luego habló.

Le contó lo sucedido. El móvil estropeado. La visita inesperada. El beso de Landon. El rechazo. La incomodidad. El malentendido.

Sofía se quedó inmóvil mientras escuchaba, como si las palabras necesitaran tiempo para asentarse en su cuerpo. Cuando Brooke terminó, el silencio que siguió fue distinto al de antes.

Llevaba semanas carcomiéndose por los celos. Semanas convencida de una traición que nunca ocurrió. Y en ese instante, sentada en ese mismo sofá, Sofía se sintió pequeña. Infantil. Tonta.

El peso de esa certeza cayó sobre ella con una claridad que le dejó el pecho sin aire.

Sofía se puso de pie lentamente, como si el cuerpo le pesara más de lo habitual, y dio unos pasos hacia Brooke. Le tendió una mano, abierta, vulnerable. Brooke la miró durante un instante que pareció eterno y luego negó con la cabeza.

No la tomó.

Algo se quebró en Sofía en ese gesto mínimo. Lo supo con una claridad devastadora: había llegado tarde. La había perdido. Tragó saliva, asintió apenas, como aceptando una sentencia que se había ganado sola.

—Lo siento —dijo, con la voz baja, gastada.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando apoyó la mano en la manija, escuchó la voz de Brooke a sus espaldas, firme, distinta.

—¿A dónde crees que vas?

La esperanza se abrió paso en el pecho de Sofía con una fuerza casi dolorosa. Se giró despacio, como si temiera que un movimiento brusco deshiciera el momento, y entonces la vio: Brooke caminando hacia ella, decidida, sin titubeos. Se acercó lo suficiente como para invadir su espacio, le rodeó la cintura con una mano y, sin darle tiempo a pensar, le estampó un beso.

Por un segundo, Sofía creyó que estaba soñando.

Pero no.

Brooke la estaba besando de verdad.

Reaccionó entonces, llevándole las manos al rostro con una delicadeza reverente, profundizando el beso como si necesitara confirmar que era real. Brooke gimió contra sus labios, se separó apenas, lo justo para hablar.

—Debí dejar que te fueras —dijo, con una media sonrisa cargada de emoción—. Que sufrieras un poco más… pero me encantas, Sofía Cruz. Y te he echado mucho de menos.

Sofía la miró con ternura, con los ojos brillantes, como si por fin se permitiera mostrarse sin defensas.

—Créeme —respondió—, he sufrido mucho. Cada día. Y sé que… sé que fui injusta contigo. Que debí dejar que hablaras ese día. —Hizo una pausa, la voz quebrándose—. Y lo siento. Lo siento tanto.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas, cargadas de todo lo que aún necesitaba tiempo, cuidado… y valentía.

Brooke suspiró entre sus labios y la besó de nuevo, con una urgencia suave que no necesitaba explicación. Sofía respondió de inmediato, rodeándola por la cintura y atrayéndola contra su cuerpo, como si temiera que el momento pudiera desvanecerse si aflojaba el abrazo. Brooke se acercó a su oído y, en un murmullo apenas audible, le dijo:

—Vamos a mi habitación.

Sofía asintió sin palabras, y juntas se encaminaron hacia el cuarto, todavía enlazadas, todavía buscándose. Al cruzar el umbral, Sofía se deshizo de la ropa con movimientos apresurados, casi torpes, arrancándole a Brooke una sonrisa cargada de deseo contenido. Luego, más despacio, como si quisiera que ese instante quedara grabado en la memoria de ambas, se liberó de las últimas barreras entre su piel y la mirada atenta de Brooke.

Se acercó, tomó su mano y la guió hasta su entrepierna con una confianza íntima que hablaba de todo lo que compartían y de todo lo que aún les quedaba por reconstruir. Brooke inhaló con fuerza, reaccionando al contacto, y Sofía cerró los ojos por un segundo, abandonándose a la certeza de estar ahí, de ser tocada por quien realmente importaba.

Poco después Sofía la detuvo con un gesto suave y, sin romper el contacto entre ambas, comenzó a despojarla del pijama con una delicadeza cargada de emoción. Brooke dejó escapar un suspiro cuando su pecho quedó al descubierto y Sofía, con el pulso acelerado, se inclinó un poco, buscándolo con la boca en un gesto lento, reverente, como si quisiera memorizar cada centímetro.

Brooke cerró los ojos, aferrándose a sus hombros, y el cuarto se llenó de respiraciones entrecortadas y de esa intimidad profunda que no necesitaba ser nombrada para sentirse real.

Sofía vivió ese instante como una marea que por fin encontraba su cauce: la entrega mutua, los cuerpos buscándose con una urgencia que ya no dolía, los jadeos entrecortados que se mezclaban con susurros de amor dichos al oído, como si nombrarse fuera también una forma de volver a elegirse. Sintió a Brooke aferrarse a ella, la sintió temblar, sintió cómo cada caricia borraba semanas de silencio y culpa, cómo el mundo se reducía a ese cuarto y a la certeza de estar exactamente donde debía. Cuando el clímax llegó, no fue un estallido brusco sino una liberación profunda, compartida, que la dejó sin palabras y con los ojos cerrados, respirando el nombre de Brooke como una promesa cumplida, sabiendo —con una calma nueva— que no había regreso posible desde ahí, solo continuidad.

***

Los días fueron pasando sin hacer ruido, acomodándose unos sobre otros, hasta que diciembre avanzó lo suficiente como para dejar atrás lo peor. Los celos se diluyeron. La inseguridad perdió filo. El temor, aunque no desapareció del todo, dejó de gobernarlas. Juntas —siempre juntas— encontraron una manera nueva de estar.

Terminaron de construir la nueva pecera de Paco como si se tratara de un proyecto sagrado: eligieron las piedras, las plantas, el pequeño ecosistema que ahora brillaba con una armonía casi perfecta. Brooke observaba a Sofía trabajar con una concentración suave, paciente, y pensaba que había algo profundamente íntimo en compartir esas tareas pequeñas, domésticas, que no tenían nada de épico y, sin embargo, lo eran todo.

Y, como parte de un acuerdo tácito que ninguna necesitó verbalizar, comenzaron a alternar las noches. Algunas, Brooke se quedaba en el apartamento de Sofía; otras, Sofía aparecía con una mochila pequeña, ligera, y se quedaba a dormir con ella. No había rutina rígida, solo elección constante.

Brooke le presentó formalmente a April, su mejor amiga, en una tarde que terminó en risas y comentarios mordaces que Sofía supo responder con soltura. Además, Sofía había conocido a Chuck, el padre de Brooke, y ambas quedaron sorprendidas por lo natural que fue todo: bromearon, conversaron sin esfuerzo y se entendieron como si se conocieran desde siempre, como si no hubiera sido necesario explicar nada.

Ese domingo, a media mañana, el apartamento de Brooke estaba envuelto en una calma expectante. Desde el baño llegaba el sonido del agua corriendo, y Sofía se preparaba frente al espejo del dormitorio, ajustándose la camisa con un gesto distraído. Se observó un segundo más de lo habitual, respiró hondo y sonrió apenas, como si se diera ánimo.

Era el día antes de Navidad e iban a almorzar a casa de sus padres.

Sabía que su novia estaba nerviosa desde hacía días, aunque se empeñara en disimularlo con sonrisas medidas y silencios estratégicos. Había algo en su manera de moverse, en cómo cambiaba de tema o en la pausa mínima antes de responder, que delataba ese nerviosismo que no conseguía sacudirse.

Por eso, una y otra vez, se lo había dicho con calma, con una seguridad que no solía abandonarla: que sus padres eran llevaderos, que no iban a juzgarla ni a ponerla a prueba, que no eran un tribunal ni un campo minado. Que el más pesado era Danny… y que a ese ya lo conocía, así que no había sorpresas que temer.

Mientras el sonido del agua seguía cayendo del otro lado, Sofía se acercó a la puerta del baño y apoyó la mano en la madera, sintiendo el calor filtrarse a través de ella. Sonrió apenas, con una mezcla de ternura y determinación, sabiendo que, pasara lo que pasara, no iba a soltarle la mano.

—Todo va a estar bien —dijo en voz alta, como si necesitara convencerse a sí misma tanto como tranquilizarla a ella.

Del otro lado de la puerta, la voz de Brooke llegó amortiguada por el agua y el vapor.

—Eso dices porque no eres tú la que va a enfrentarse a tus padres —respondió, con una risa nerviosa—. Aunque… gracias. De verdad.

Sofía sonrió y, sin pensarlo demasiado, giró el picaporte. Abrió apenas, lo suficiente para asomarse, y se quedó en el umbral.

Brooke estaba frente al espejo, secándose el cabello con una toalla, desnuda, relajada en esa intimidad que solo se permite cuando se confía por completo. Las gotas de agua resbalaban lentamente por su piel, marcando el recorrido desde los hombros hasta la cintura, y por un segundo Sofía se quedó sin aire.

Suspiró, larga y profundamente.

Había algo peligrosamente tentador en esa escena cotidiana, en la calma posterior a la ducha, en la forma en que Brooke alzó la vista y se encontró con su mirada, con esa media sonrisa que siempre lograba desarmarla.

Sofía apoyó el hombro en el marco de la puerta, cerró los ojos un instante y negó para sí misma, consciente de que, si se quedaba un segundo más, el almuerzo pasaría a un segundo plano… o desaparecería por completo.

—Si sigo mirándote así —murmuró, con una sonrisa contenida—, no vamos a llegar a ningún lado. Y créeme, mis padres sí notan cuando llego tarde.

Brooke soltó una carcajada suave, envolviéndose por fin en la toalla, y el momento se disolvió en algo más ligero, más cómplice.

Sofía se apartó del umbral con esfuerzo deliberado, convencida de que había batallas que era mejor posponer… al menos hasta después del almuerzo.

Sofía llegó tomada de la mano de Brooke hasta la casa de sus padres con una calma que había tenido que construirse paso a paso, consciente del peso simbólico de ese gesto sencillo. Apretó sus

dedos con suavidad, más como ancla que como guía, y tocó la puerta.

Fue su madre, Elena, quien abrió primero.

—Ya llegaron —dijo con una sonrisa amplia, de esas que nacían antes que las palabras.

Sofía hizo las presentaciones con naturalidad, pero por dentro no pudo evitar sonreír al notar la forma en que Brooke se adelantó apenas, con la espalda recta y los hombros tensos, presentándose con una cortesía pulida, casi ceremoniosa, muy al estilo Brooke Dawson cuando quería causar una buena impresión. Nerviosa, sí, pero encantadora.

—Mucho gusto —dijo Brooke—. Gracias por recibirnos.

Elena la observó con atención cálida, sin prisa, como quien toma nota de algo importante, y luego apareció Luis, su padre, desde el fondo de la casa. Le dio un abrazo breve a Sofía y estrechó la mano de Brooke con una cordialidad tranquila, sin preguntas innecesarias, sin gestos grandilocuentes.

Sofía respiró un poco mejor.

Entonces apareció Danny, cerveza en mano, como si fuera parte del mobiliario inevitable de cualquier reunión familiar. Abrazó primero a Sofía con fuerza y luego a Brooke, sin pedir permiso, inclinándose lo justo para murmurarle algún comentario pícaro que hizo que ella soltara una risa genuina.

Sofía rodó los ojos.

—Nunca cambias —murmuró.

Antes de que Danny pudiera responder, una figura más pequeña irrumpió en escena.

—¡Tía Sofi!

Juliana corrió hacia ella y se le lanzó al cuello con entusiasmo. Sofía la abrazó de inmediato; la niña olía a champú y a dulces, a infancia intacta. Brooke observó la escena con una ternura que Sofía

notó al instante, y cuando Juliana se volvió hacia ella, no dudó en rodearla también con los brazos.

—¡Brooke! —exclamó Juliana, reconociéndola de inmediato.

Brooke sonrió y se inclinó para abrazarla con naturalidad, como quien reencuentra a alguien familiar, y Juliana se aferró a ella sin timidez, confirmando que entre ambas ya no hacía falta ninguna presentación.

—Ya voy a servir el almuerzo —anunció Elena desde el comedor.

—¿Y Mariela? —preguntó Sofía, mirando alrededor.

—Llega más tarde —respondió Danny, dándole un sorbo a la cerveza—. Viene a buscar a Juli.

Sofía frunció el ceño apenas, pero no dijo nada.

Todos se dirigieron a la mesa y comenzaron a acomodarse, excepto ella y su madre, que se desviaron hacia la cocina para servir los platos. Sofía la siguió, consciente de que ese pequeño ritual —madre e hija moviéndose entre ollas y vajilla— era también una antesala, un espacio donde las cosas importantes solían decirse… o aguardarse.

En la cocina, mientras Sofía iba sirviendo los platos con movimientos ya aprendidos, su madre se acercó lo suficiente como para que solo ella pudiera oírla y le susurró, con una sonrisa cómplice:

—Es linda. Y se ve que es buena chica.

Sofía sintió cómo el rubor le subía al rostro de inmediato. Asintió, un poco avergonzada, un poco orgullosa, y antes de responder buscó con la mirada a Brooke, que estaba sentada a la mesa junto a Juliana, escuchándola con atención y sonriendo de esa manera suya, abierta, genuina.

—Sí que lo es… —murmuró Sofía, casi para sí.

Con pericia y sin necesidad de hablar demasiado, madre e hija fueron sirviendo a cada uno. Platos que iban y venían, aromas que llenaban el comedor, el sonido familiar de cubiertos acomodándose.

Cuando terminaron, ambas tomaron asiento. Sofía se sentó al otro lado de Brooke, lo suficientemente cerca como para rozarle el brazo al acomodarse.

Antes de que nadie pudiera empezar a comer, Danny alzó su copa con teatralidad.

—Bueno —dijo—, creo que esto merece un brindis. Por Brooke, la novia de mi hermana.

Brooke abrió los ojos con sorpresa, llevándose una mano instintivamente al pecho. Elena sonrió y añadió unas palabras breves, cálidas, dándole la bienvenida a la mesa, y hasta Luis, que solía ser más reservado, levantó su vaso y asintió en señal de aprobación.

Sofía notó entonces que los ojos de Brooke brillaban. No de risa, sino de emoción contenida. Sin decir nada, posó su mano sobre la de ella y la apretó suavemente, un gesto pequeño pero lleno de significado.

Todos brindaron. Juliana levantó su vaso de soda con entusiasmo solemne, como si fuera la cosa más importante del mundo.

Y entonces comenzaron a comer.

Sofía observó a Brooke de reojo. Vio cómo tanteaba la comida con curiosidad, cómo probaba un primer bocado con cautela… y cómo, casi de inmediato, su expresión cambiaba. La leve sorpresa, seguida de una satisfacción evidente.

Brooke se volvió hacia ella, sonriendo, y en voz baja preguntó:

—¿Cómo le llamas a esto? —señaló el plato.

Sofía sonrió y le respondió despacio, como si saboreara la palabra antes de decirla:

—Se llama… pasteles. Y este está relleno de pollo.

Brooke repitió el nombre con cuidado, probándolo también en la lengua, y luego se relamió sin pudor.

—Pasteles —dijo, encantada.

Sofía rió por lo bajo, apoyándose un segundo más de la cuenta contra su hombro, disfrutando de esa escena simple y perfecta que, por primera vez en mucho tiempo, no le dio miedo imaginar como parte de su futuro.

Después del almuerzo, el ambiente se volvió más lento, más distendido, como si nadie tuviera prisa por levantarse. Se acomodaron en la sala mientras Danny, con aire ceremonioso, servía un poco de coquito en copitas pequeñas, repartiendo una a cada adulto como si se tratara de un ritual imprescindible.

Sofía se inclinó hacia Brooke y le susurró, con una sonrisa cómplice, de qué estaba hecho.

—Es coco, leche condensada, especias… y ron —añadió en voz baja—. Es típico de estas fechas.

Brooke asintió, curiosa, y dio un sorbo con cuidado. Sus ojos se abrieron apenas, sorprendidos por el sabor, y sonrió, complacida.

A su alrededor, la conversación se fragmentó en pequeños núcleos familiares. Sofía escuchó a su padre y a Danny debatir con pasión sobre fútbol americano, como solo podían hacerlo dos fanáticos de los Patriots: que si nunca debieron dejar ir a tal jugador, que si la temporada habría sido distinta con otro *quarterback*, que si el entrenador había cometido un error imperdonable. Sofía sonrió para sí; esa discusión era tan predecible como entrañable.

Juliana, recostada en el suelo con una manta, miraba una película animada a volumen bajo, absorta, de vez en cuando soltando una risa breve.

Sentada junto a Sofía en el sofá, Brooke conversaba con Elena, que se había acomodado a su costado, con una naturalidad que le llenó el pecho de algo cálido. Sofía las observó un momento, escuchando de fondo las risas suaves y las preguntas amables de su madre.

Dejó que la escena se grabara en su memoria. Ese momento exacto, sencillo y pleno.

Agradeció en silencio por Brooke, por su familia, por esa calma rara y preciosa. Porque, al final, entendía con una claridad absoluta que ellos —ese amor, esa mesa compartida, esas voces familiares— eran todo para ella.

La calma apenas había terminado de asentarse cuando el timbre sonó.

Una vez.

Dos.

Tres.

Sofía fue la primera en ponerse de pie, con una inquietud inexplicable recorriéndole la espalda. Caminó hacia la puerta y, al abrir, se encontró con Mariela en el umbral. Su hermana tenía el cuerpo rígido, los hombros tensos, la sonrisa mal colocada; había algo nervioso en su mirada que hizo que a Sofía se le frunciera el ceño de inmediato. Un escalofrío le recorrió la nuca.

—¿Mariela…? —alcanzó a decir.

No tuvo tiempo de añadir nada más.

Segundos después, una figura se movió detrás de ella. Mauro apareció medio paso más atrás, como si no quisiera —o no se atreviera— a ocupar el centro de la escena. Llevaba gafas oscuras, a pesar de estar dentro, y el móvil pegado a la oreja. No saludó. No miró a nadie.

Sofía se tensó de inmediato.

—¿Tú estás loca? —le susurró a Mariela, inclinándose apenas hacia ella—. ¿Cómo se te ocurre traer a ese tipo aquí?

Mariela soltó una risa baja, desubicada. Sofía captó entonces el olor inconfundible a cerveza, demasiado cercano para ignorarlo. Se enderezó, bajó aún más la voz, pero la volvió firme.

—No te vas a llevar a Juliana en ese estado —dijo—. Y mucho menos con él.

Mariela se puso a la defensiva al instante.

—No estoy borracha —replicó, irritada—. Y Juliana es mi hija. Yo decido.

Mauro seguía a unos pasos, ajeno a todo, hablando por el teléfono como si no estuviera en medio de una escena que no le pertenecía. Ese detalle encendió algo más en Sofía, una rabia contenida que tuvo que morder para no dejar salir.

Sintió movimiento a su espalda. La presencia de Danny. Luego la de sus padres, acercándose al percibir el tono de la conversación. La casa entera parecía haberse puesto en alerta.

Sofía giró apenas la cabeza y, de reojo, vio a Brooke junto a Juliana. Estaba sentada con ella, hablándole en voz baja, señalándole algo en la pantalla de la televisión, manteniéndola al margen de lo que estaba ocurriendo. Juliana reía por algo que Brooke acababa de decirle.

Sus miradas se cruzaron.

Sin palabras, Sofía le dio las gracias.

Brooke asintió apenas, como diciendo *estoy aquí*, mientras el aire en la entrada se volvía cada vez más denso y Sofía entendía, con una claridad amarga, que ese domingo tranquilo estaba a punto de torcerse.

Sofía reaccionó casi sin pensarlo. Con un gesto sutil pero firme, empujó a Mariela un paso hacia afuera, marcando el límite del umbral, mientras Danny se colocaba detrás de ellas, como un muro silencioso. Desde el interior, Elena se acercó lo suficiente como para susurrar, con urgencia contenida, que se calmaran, que recordaran que la niña estaba allí.

Mauro, hasta entonces refugiado en su teléfono, colgó por fin. Se quitó las gafas oscuras y se las acomodó sobre la cabeza, revelando esa media sonrisa chulesca que Sofía conocía demasiado bien. Una sonrisa dirigida a ella, provocadora, casi desafiante.

Sofía apretó las manos en puños. Contuvo, con un esfuerzo que le tensó los hombros, todo lo que llevaba semanas queriendo decirle.

—No me hagan perder el tiempo —dijo Mariela, impaciente—. Solo vine a buscar a la nena.

—No creo que sea buena idea —intervino Danny, con la voz grave—. Así, no.

Mauro respondió algo en tono burlón, apenas un comentario lanzado al aire. Elena ahogó un grito involuntario y Luis reaccionó de inmediato, sosteniéndola por los hombros para que no avanzara.

Fue entonces cuando Sofía señaló a Mauro sin titubear.

—Vete —dijo, clara—. No tienes nada que hacer aquí.

Mariela abrió la boca para replicar, pero Sofía no le dio margen.

—O se va —añadió— o llamo a la policía. Tú decides.

El silencio se tensó como una cuerda a punto de romperse. Mauro alzó las manos, fingiendo inocencia, y se inclinó para susurrarle algo a Mariela al oído antes de darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás.

Mariela estalló en cuanto él se alejó.

—¿Por qué siempre tienes que controlarlo todo? —le reclamó a Sofía, con rabia acumulada.

Sofía respondió sin subir la voz, pero con una firmeza que no admitía réplica. Danny volvió a intervenir, intentando mediar, intentando bajar el tono.

Y entonces, una voz suave rompió el murmullo.

—Mami…

Sofía se tensó de inmediato. Giró la cabeza y se encontró con Juliana. Tenía los ojos grandes, asustados, confundidos, aferrados a la escena sin entenderla del todo. A su lado, Brooke la miraba con tristeza y le ofrecía a Sofía una disculpa muda, impotente.

Mariela tomó a su hija de la mano con brusquedad y tiró de ella hacia la salida.

—Vamos —dijo, seca.

Danny masculló una maldición por lo bajo.

Pero Sofía ya estaba en movimiento. Salió detrás de ellas en silencio, con la mandíbula apretada y la tensión ardiéndole bajo la piel, consciente de que algunas heridas familiares no se cierran con palabras… y de que, esta vez, no estaba dispuesta a mirar hacia otro lado.

CAPÍTULO 21

BROOKE

Brooke sintió cómo la angustia le apretaba el pecho en el instante en que vio a Mariela marcharse con Juliana de la mano y a Sofía salir detrás de ellas sin decir una palabra. Todo había ocurrido demasiado rápido: la tensión, la discusión, la niña asustada, y luego esa decisión silenciosa de Sofía que Brooke reconocía bien —cuando algo la atravesaba por dentro y ya no había marcha atrás—.

No se quedó quieta.

Ya estaban todos de pie. Danny mascullaba algo entre dientes mientras avanzaba tras su hermana; Elena y Luis intercambiaron una mirada cargada de preocupación antes de seguirlos también. Brooke dudó apenas un segundo, lo justo para tomar aire, y luego fue tras ellos.

Caminó unos pasos detrás de Sofía, observando su espalda rígida, la manera en que apretaba la mandíbula, contenida, como si sostuviera algo a punto de desbordarse. Brooke sintió el impulso de llamarla, de tocarle el brazo, pero no lo hizo. Sabía que ese no era el momento de interferir, sino de estar.

A su alrededor, el ambiente había cambiado por completo. El domingo luminoso se había resquebrajado en algo áspero, incómodo, demasiado familiar para esa familia que parecía arrastrar viejas fracturas. Brooke avanzó junto a Danny, percibiendo su tensión, y luego un poco más atrás de Elena y Luis, que intentaban mantener una compostura frágil.

Mientras seguía caminando, Brooke comprendió con una claridad serena que amar a Sofía también significaba esto: acompañarla

cuando elegía enfrentarse a lo difícil, no darle la espalda cuando el conflicto aparecía, incluso si no sabía aún cómo ayudar.

Apretó los labios, respiró hondo y continuó tras ellos, con la certeza de que aquella escena no era un final, sino el inicio de algo que aún estaba por resolverse.

Brooke tomó la misma decisión que Sofía sin pensarlo demasiado y se dirigió a las escaleras, mientras los demás se quedaban esperando el ascensor. Apenas empezó a bajar comprendió que no había sido la mejor idea: los tacones resonaban contra los escalones, inseguros, obligándola a aferrarse al pasamanos para no perder el equilibrio. Aun así, no se detuvo.

—Sofía… —murmuró, sin saber si la otra podría oírla.

Bajó lo más rápido que pudo, con el corazón latiéndole fuerte, el cuerpo desacompasado entre la prisa y el cuidado. El eco de pasos por delante le dio una falsa esperanza, pero al llegar al siguiente descanso ya no vio a nadie. Aceleró de nuevo, torpe, frustrada, consciente de que cada segundo jugaba en su contra.

Cuando finalmente alcanzó la planta baja, se detuvo, respirando agitadamente. Miró hacia la salida, luego hacia el estacionamiento visible a través del cristal. Nada.

Sofía ya no estaba.

Brooke sintió una punzada seca en el pecho, una mezcla de impotencia y miedo. Había querido alcanzarla, decirle algo —lo que fuera—, pero había llegado tarde otra vez. Se quedó allí unos segundos, con las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el aliento, preguntándose hacia dónde había ido… y si aún estaría a tiempo de alcanzarla.

Brooke logró salir del edificio y, apenas puso un pie en la acera, la vio.

Sofía estaba unos metros más adelante, gesticulando con las manos, el cuerpo inclinado hacia adelante, claramente alterada. Frente a ella, Mariela respondía con movimientos bruscos, y a su

lado Mauro permanecía demasiado cerca, demasiado invasivo. No hacía falta oír las palabras para entender que estaban discutiendo.

El corazón de Brooke dio un vuelco violento.

No conocía bien a ese hombre, nunca lo había hecho, pero desde el primer momento algo en él le había resultado desagradable. Ahora, viéndolo allí, con esa postura arrogante y la cercanía excesiva, el rechazo se volvió alarma. Un recuerdo le cruzó la mente sin permiso: el rostro de Sofía marcado, los golpes que había tenido que ayudar a cubrir, a limpiar, a cuidar en silencio tiempo atrás. El miedo que había sentido entonces regresó, más nítido, más urgente.

Sin pensarlo más, Brooke avanzó hacia ellos.

Cada paso le resultó pesado por los tacones, pero no se detuvo. La preocupación se le instaló en el pecho como un latido extra, empujándola hacia adelante. No sabía qué iba a decir ni cómo iba a intervenir, solo tenía claro algo con una certeza absoluta: no podía quedarse mirando desde lejos. No esta vez.

Brooke llegó hasta ellos justo cuando la escena comenzaba a atraer miradas ajenas. Lo notó de inmediato: personas detenidas a unos metros, teléfonos en alto, el murmullo incómodo de quienes presienten que algo va a estallar. Alzó la vista buscando referencias, buscando control, y entonces los vio salir por la puerta principal: Danny primero, luego Elena y Luis, con el rostro desencajado.

Buscó a Juliana con desesperación.

La encontró en el asiento trasero del auto, rígida, los ojos desorbitados, las manos apretadas contra el pecho. El corazón de Brooke se encogió de una manera casi dolorosa.

Vio a Danny adelantarse, interponerse, intentar calmar a Sofía con palabras que no alcanzó a oír. Sofía estaba alterada, sí, pero firme, entera, demasiado expuesta. Y entonces Mauro dio un paso al frente y soltó un comentario mordaz, chulesco, venenoso. Brooke no alcanzó a procesarlo del todo, solo registró la palabra que atravesó el aire como una bofetada: *maricón*.

Todo ocurrió muy rápido después de eso.

Sofía dio un paso adelante y Mauro, por reflejo o por pura brutalidad, le lanzó un golpe directo al rostro. Sofía tambaleó. Brooke ahogó un grito y se movió para alcanzarla, pero una mano firme —la de Luis— la detuvo en seco.

Danny reaccionó de inmediato y le devolvió el golpe a Mauro. Ambos comenzaron a forcejear, cuerpos tensos, rabia acumulada. Juliana rompió a llorar desde el auto. Mariela gritaba cosas inconexas, fuera de sí.

Sofía se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y se metió en la pelea sin dudarlo. Brooke la vio moverse, decidida, peligrosa en su furia. Antes de que pudiera golpearlo, Mauro logró zafarse de Danny con un golpe bajo. Danny cayó al suelo, doblado sobre sí mismo, gimiendo.

Sofía alcanzó a golpear a Mauro y lo desestabilizó por un segundo. Mariela intentó separarlos; Mauro la empujó sin miramientos. Elena lanzó un grito agudo, casi histérico, y Luis la sostuvo con fuerza, dejándole a Brooke el paso libre.

Fue entonces cuando todo se redujo a un instante.

Mauro sacó un arma.

Brooke no pensó. No midió consecuencias. No escuchó nada más.

Corrió.

Se lanzó hacia él y se colocó entre Mauro y Sofía, el cuerpo reaccionando antes que la mente, antes que el miedo. Vio el cañón, vio los ojos desquiciados, y apenas tuvo tiempo de girarse hacia Sofía.

El disparo sonó seco.

Brooke sintió un ardor brutal en el costado, una quemazón que le robó el aire, y el mundo se desordenó a su alrededor mientras el eco del impacto aún flotaba en el aire.

Brooke cayó encima de Sofía y ambas terminaron en el suelo, desordenadas, enredadas en un segundo que no parecía real. Sofía

reaccionó de inmediato: le sostuvo el rostro con ambas manos, desesperada, buscándole los ojos como si temiera perderlos en cualquier momento.

Brooke oía voces superpuestas, gritos, alguien diciendo *llamen a emergencias*, todo mezclado, todo lejano. Sentía las manos de Sofía presionando su costado con fuerza, tratando de contener algo que Brooke aún no alcanzaba a comprender del todo. El dolor estaba ahí, sí, pero era difuso, casi secundario frente a la manera en que Sofía la miraba.

La vio llorar. La vio rota y furiosa y aterrada. Y aun así, le pareció hermosa. El cabello alborotado, la frente perlada, los ojos oscuros clavados en ella como si fuera lo único que importaba en el mundo.

Un pensamiento cruzó su mente, claro incluso en medio del aturdimiento:

«Me encanta esta mujer.»

Sofía se inclinó hasta su oído, temblando, y esta vez su voz salió distinta, rota y urgente, despojada de toda contención.

—Ni se te ocurra dejarme, Dawson. ¿Me escuchas? —susurró, casi suplicante—. Te amo… te amo. Todo va a estar bien, amor. Te lo prometo.

Algo se quebró dentro de Brooke al oírlo. «*Te amo*». Quiso responderle de inmediato, aferrarse a esas palabras como a un salvavidas. Quiso decirle, con esa ironía que siempre le nacía incluso en los peores momentos: «*carajo, Cruz, ¿me lo dices ahora?*» Quiso reírse, llorar, reclamarle y amarla al mismo tiempo.

Pero la voz no le salió.

Apenas logró mover los labios, sin sonido alguno, mientras el mundo comenzaba a volverse pesado, distante, como si la realidad se estuviera retirando de a poco, dejándola suspendida únicamente en la mirada de Sofía y en esas palabras que llegaban demasiado tarde… y, aun así, lo eran todo.

Escuchó sirenas acercándose. Escuchó a Sofía hablar con los paramédicos, rápida, precisa, como si aferrarse a las palabras fuera la única manera de no venirse abajo. Sintió manos ajenas, instrucciones, movimientos bruscos.

Y luego, poco a poco, la oscuridad la venció.

La última cosa que cruzó su mente, antes de dejarse ir, fue una disculpa suave, apenas un hilo de pensamiento:

«Lo siento… Sof».

***

La sirena no era un sonido: era un pulso.

Un latido externo que se superponía al suyo, que lo marcaba, que lo empujaba hacia adelante cuando el cuerpo parecía querer rendirse. Brooke tenía los ojos entreabiertos, o eso creía; la luz blanca se colaba a ráfagas, demasiado intensa, demasiado cercana.

Manos. Voces. Órdenes dichas con rapidez.

—No cierres los ojos.

—Presión aquí.

—¿Me oyes?

Y entonces, por encima de todo eso, Sofía.

Su mano. Apretándole la suya con una firmeza casi desesperada.

—Estoy aquí —decía—. Estoy aquí, ¿me escuchas?

Brooke quería responder. Quería decir *sí*, quería decir *no te vayas*, quería decir *te amo también*, pero el cuerpo no obedecía como antes. Todo se sentía espeso, lejano, como si la realidad estuviera envuelta en algodón.

El dolor en el costado era una quemadura constante, pero incluso eso empezaba a diluirse, a volverse una idea más que una sensación.

«No», pensó vagamente. «*No me duermo. No todavía.»*

Y sin embargo, algo tiró de ella hacia atrás.

No fue el disparo. No fue la sangre. Fue un recuerdo.

Tenía ocho años y era domingo.

Brooke llevaba un vestido floreado que no le gustaba demasiado, porque la tela le picaba un poco en los brazos, pero su madre había insistido en que se veía bonita. El sol entraba por la ventana de la sala y hacía que el polvo flotara como pequeñas estrellas.

—Pórtate bien —le dijo su madre, agachándose frente a ella.

Tenía la voz suave. Siempre la tenía así cuando hablaba con Brooke. Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y la abrazó, fuerte, un poco más de lo habitual.

—Te quiero —añadió, sonriendo.

Brooke la abrazó de vuelta, sin entender por qué ese abrazo se sentía distinto. La vio tomar su bolso, caminar hacia la puerta, girarse una última vez para levantar la mano y despedirse.

Luego la vio alejarse por la acera.

Ese fue el último recuerdo claro que tuvo de ella.

—Brooke. Brooke, mírame.

La voz de Sofía irrumpió en el recuerdo como un ancla. La ambulancia se sacudió ligeramente al tomar una curva. Brooke sintió la presión renovarse en su costado, un murmullo técnico que no alcanzaba a comprender.

«Estoy aquí», quiso decir. «*No me voy».*

Pero la oscuridad volvió a tirar de ella.

Mucho tiempo después —años después— Brooke entendió cosas que de niña no había sabido nombrar. Entendió por qué la casa se volvía silenciosa a ciertas horas. Por qué su padre hablaba demasiado alto algunas noches. Por qué el olor a alcohol se mezclaba con el del café por las mañanas. Entendió que su padre estaba roto de una manera distinta. Y que nadie iba a venir a arreglarlo. Aprendió a observar antes de hablar. A medir los silencios. A no pedir demasiado. A cuidarse sola.

—Presión estable…

—Sangrado controlado, por ahora.

Sofía seguía ahí. Brooke sentía su pulgar dibujando círculos pequeños en el dorso de su mano, un gesto casi inconsciente, casi íntimo.

—No me sueltes —dijo Sofía, con una voz que ya no fingía calma.

«No podría», pensó Brooke, con una ternura inesperada incluso en medio del caos.

Landon apareció en su vida cuando Brooke todavía creía que amar era sencillo. Era atento. Era brillante. La hacía sentir elegida. Recordó su primer beso con él: torpe, nervioso, lleno de expectativas que todavía no dolían. Recordó pensar que quizá, solo quizá, había encontrado un lugar donde quedarse. Y luego recordó el día en que todo eso se rompió. La conversación corta. Las palabras medidas. La otra mujer. El vacío posterior. Aprendió entonces que incluso cuando uno se entrega con cuidado, puede salir herido. Y se prometió —sin decirlo en voz alta— no volver a hacerlo del todo.

La ambulancia frenó con brusquedad.

Luces. Voces nuevas. Puertas que se abrían.

Brooke sintió que la movían, que el mundo volvía a sacudirse. El dolor regresó con un filo breve, intenso, antes de desdibujarse otra vez.

—Te amo —dijo Sofía.

«Y yo a ti», pensó Brooke, con una sonrisa que no llegó a formarse.

Casi un par de años antes, en uno de esos impulsos que solían acompañar su vaivén sentimental, Brooke había decidido mudarse, convencida de que cambiar de lugar era también una forma de empezar de nuevo. El nuevo apartamento olía a pintura fresca y a posibilidades.

Brooke recordaba estar cargando una caja cuando la vio por primera vez: una mujer en uniforme de paramédica, entrando al

edificio con paso decidido, el cabello recogido, la expresión concentrada.

«Hermosa.»

Brooke lo había pensado sin pudor, sin cálculo. Hermosa de una manera que no pedía permiso. No sabía entonces que esa mujer iba a cambiarlo todo.

El primer beso con Sofía fue distinto a cualquier otro. No hubo prisa. No hubo ensayo. Solo una cercanía inevitable, una pausa larga, una certeza silenciosa.

Y ahora, ese *te amo* —dicho entre lágrimas, dicho con miedo— resonaba en su pecho como algo definitivo.

La oscuridad volvió a cerrarse lentamente. Pero esta vez, Brooke no tuvo miedo. Porque, incluso mientras se deslizaba hacia ella, supo algo con una claridad absoluta: Había elegido quedarse.

Y Sofía estaba allí, sosteniéndole la mano, llamándola de regreso.

Las puertas se abrieron de golpe y el aire cambió.

El olor fue lo primero que Brooke registró: desinfectante, metal, algo frío que le raspó la garganta. Luces blancas pasaron sobre su cabeza una tras otra, demasiado cercanas, demasiado rápidas. La camilla avanzaba con brusquedad mientras voces nuevas se superponían a las anteriores, repitiendo datos, cifras, palabras que no terminaban de anclarse en su mente.

—Herida por arma de fuego.

—Entrada lateral, sin salida aparente.

—Consciente intermitente.

«Esa soy yo», pensó con una distancia extraña, como si hablaran de alguien más.

Sintió cómo la trasladaban de una camilla a otra. Manos enguantadas. El roce frío de unas tijeras cortando la ropa. Una presión más fuerte en el costado que la hizo jadear, aunque el sonido apenas salió de su garganta.

Y entonces, de nuevo, Sofía.

La vio a un lado, caminando a la par, el rostro tenso, la mandíbula rígida, los ojos oscuros clavados en ella con una mezcla de control forzado y pánico contenido. Tenía sangre en las manos. Sangre de ella. Esa imagen le atravesó algo profundo, incluso en medio del aturdimiento.

—Estoy aquí —decía Sofía, una y otra vez—. No te duermas. Mírame, Brooke. Mírame.

Brooke hizo un esfuerzo enorme por enfocar. Sus ojos encontraron los de ella por un segundo fugaz. Quiso decirle que dejara de fruncir el ceño, que no era justo que estuviera tan asustada cuando era *ella* la que estaba en la camilla. Quiso bromear, aliviarle el miedo como siempre hacía.

Pero solo logró pensar: «*no me sueltes*.»

—Familia directa —preguntó alguien.

—Soy su pareja —respondió Sofía, sin dudar.

La palabra *pareja* flotó en el aire y Brooke la sostuvo como pudo, como si fuera algo sólido a lo que aferrarse.

Sintió que Sofía apretaba su mano una última vez antes de que alguien se interpusiera entre ellas.

—Tenemos que llevarla a cirugía.

«No.»

El pensamiento fue claro, casi nítido, incluso cuando el cuerpo ya no respondía igual.

No quería soltarla. No quería que la apartaran así, de golpe, como si ese contacto no fuera esencial. Sintió el vacío inmediato cuando la mano de Sofía dejó de rodear la suya.

—Voy a estar aquí —alcanzó a decir Sofía, con la voz quebrada—. No te vayas. ¿Me oyes? No te vayas.

Brooke intentó asentir. No supo si lo logró.

La camilla avanzó y Sofía quedó atrás, detenida por un par de brazos que la frenaron con suavidad firme. Brooke alcanzó a verla un segundo más: inmóvil, los hombros tensos, respirando como si cada bocanada de aire le costara un mundo.

Las puertas se cerraron.

El ruido se amortiguó.

Y el frío aumentó.

—Cuenta hacia atrás —dijo una voz cerca de su oído—. Diez… nueve…

«Carajo», pensó Brooke con una lucidez inesperada. «*Ni siquiera me dejaste responderte el te amo».*

Ocho…

Siete…

La imagen de Sofía volvió una vez más, no como recuerdo, sino como certeza. Su voz, su mano, su nombre pronunciado con miedo.

«Espérame», quiso decir. «*Todavía no termino.»*

El quirófano no tenía nada de solemne, pese a lo que uno podría imaginar. Era un espacio frío, funcional, iluminado por una blancura impersonal que hacía que todo pareciera más real de lo que Brooke habría querido en ese momento. La trasladaron con movimientos precisos, casi mecánicos; manos expertas que sabían exactamente qué hacer con un cuerpo herido, aunque ella sintiera que ya no le pertenecía del todo.

Escuchó su nombre pronunciado con neutralidad clínica. Sintió cómo ajustaban algo en su brazo, cómo una presión breve anunciaba la vía abierta. Alguien le habló con voz tranquila, explicándole lo que iba a ocurrir, pidiéndole que respirara hondo, que no se preocupara.

«No es eso lo que preocupa», pensó, con una lucidez extraña.

El frío era lo más persistente. No importaba cuántas mantas colocaran, ni cuántas manos se movieran con rapidez a su

alrededor; el frío parecía venir de dentro, de un lugar más profundo, como si el cuerpo empezara a rendirse por partes. Notó el cansancio acumulándose de una manera distinta a cualquier otra, un cansancio que no pedía descanso sino abandono.

Fue entonces cuando el miedo se le presentó, sin estridencias, sin discursos grandilocuentes. No llegó como un golpe, sino como una serie de preguntas pequeñas, insistentes, que nadie le había advertido que podían aparecer en un momento así. No se preguntó si iba a morir —no exactamente—, sino qué quedaría inconcluso si no despertaba. Pensó en lo poco que había ordenado su vida para una ausencia definitiva, en las conversaciones que había postergado creyendo que siempre habría tiempo, en las versiones de sí misma que nunca terminó de ser.

Pensó —con una honestidad que la sorprendió— que no estaba lista, que no había una aceptación serena ni una revelación final, solo un deseo profundo, casi infantil, de quedarse un poco más. De volver a casa. De despertar otro domingo cualquiera. De discutir por tonterías. De amar sin urgencias.

El miedo, entendió entonces, no era a morir, sino a desaparecer sin haber dejado suficiente rastro de amor.

Y en medio de ese pensamiento, su cuerpo volvió a recordarle que estaba allí, tendido bajo luces demasiado blancas, con el frío subiéndole por la piel y el cansancio empujándola con suavidad hacia un lugar del que ya no tenía fuerzas para defenderse.

Pensó en el cactus medio moribundo que había dejado en el alféizar de la ventana, inclinado hacia la luz como si todavía esperara algo. Pensó que no lo había regado esa mañana. Pensó que nadie lo haría si ella no volvía a casa. La idea le provocó una tristeza absurda, inesperada, que se le instaló en el pecho con más fuerza que el dolor físico.

Pensó en la taza que había dejado en el fregadero la noche anterior. En el correo sin abrir. En la columna que aún no había entregado.

Pensó, sobre todo, en Sofía.

En cómo iba a culparse por esto. En cómo iba a reconstruir una y otra vez ese segundo en que Brooke se interpuso entre ella y el arma, preguntándose qué podría haber hecho distinto. La culpa, entendió Brooke con una claridad amarga, no era solo suya; iba a ser compartida, injusta, persistente.

«No seas dura contigo», quiso decirle. «*No hiciste nada mal».*

El recuerdo llegó entonces sin brusquedad, como si el cuerpo supiera exactamente qué necesitaba antes de dejarse ir.

Era esa misma mañana.

Diciembre todavía no había terminado de amanecer. La luz tímida del sol apenas insinuaba su presencia detrás de las cortinas, dibujando sombras suaves en la habitación. Brooke había despertado sobresaltada, el corazón acelerado por un sueño que ya no recordaba, y durante un segundo se quedó inmóvil, tratando de ubicarse.

Luego giró el rostro.

Sofía dormía a su lado, de costado, respirando con calma, una sonrisa ligera dibujada en los labios como si estuviera atrapada en un sueño amable. El cabello le caía desordenado sobre la frente y una mano descansaba abierta sobre la sábana, cerca de la suya, sin tocarla del todo.

Brooke se quedó mirándola, sin prisa.

Se preguntó, con una ternura que todavía le apretaba el pecho al recordarlo, si acaso Sofía estaría soñando con ella. Si en ese espacio íntimo e inaccesible también existía, también era elegida. Pensó que, si así era, no había lugar más seguro en el mundo.

Ese pensamiento había sido suficiente para tranquilizarla. Había vuelto a cerrar los ojos con la certeza de estar exactamente donde debía.

El recuerdo se disipó lentamente, reemplazado por el presente.

—Vamos a empezar —dijo alguien cerca de su oído.

Brooke quiso asentir, pero apenas logró parpadear. La sensación de frío se volvió más profunda, más interna. Las voces comenzaron a alargarse, como si se estiraran dentro de un túnel. El cansancio dejó de ser resistencia y se volvió invitación.

Y aun así, antes de ceder del todo, Brooke se aferró a un último pensamiento, simple y claro, dirigido a Sofía como si pudiera oírla más allá de las paredes, más allá del miedo:

«Espérame.»

«No te vayas.»

«Todavía no termino.»

La máscara descendió. El mundo perdió definición. Y mientras la anestesia hacía por fin su labor, Brooke se dejó ir con la certeza profunda —casi serena— de que quería volver, de que aún había vida esperándola.

CAPÍTULO 22

SOFÍA

La sala de espera olía a desinfectante y a café viejo, una mezcla que Sofía sabía que recordaría durante años. Estaba sentada con la espalda recta, los antebrazos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas con demasiada fuerza, como si aferrarse a sí misma fuera lo único que la mantenía en pie. A su lado, Chuck permanecía en silencio, con el abrigo aún puesto y la mirada fija en un punto indeterminado de la pared, la mandíbula tensa, los hombros rígidos de una forma que delataba un miedo contenido.

El móvil de Sofía vibró una vez más. Era otro mensaje de su madre. «*Juliana está conmigo. Está más tranquila».* Sofía cerró los ojos un segundo y dejó escapar el aire despacio, agradecida por esa pequeña certeza en medio del caos. Danny y su padre seguían en la jefatura, lidiando con el proceso de denuncia, con declaraciones, con preguntas que no tendrían respuestas sencillas. Todo estaba en movimiento y, sin embargo, ella sentía que llevaba horas anclada al mismo punto.

Entonces escuchó el sonido seco de unos tacones acercándose por el pasillo.

Alzó la mirada casi por reflejo.

La mujer que avanzaba hacia el mostrador de enfermería no parecía pertenecer a ese lugar. Elegante, de unos cuarenta y tantos, el cabello rojizo perfectamente arreglado, los ojos de un gris intenso que no esquivaban nada. Caminaba con paso seguro, como quien está acostumbrada a abrirse camino incluso en terrenos hostiles. Sofía la siguió con la mirada mientras intercambiaba unas palabras con las enfermeras, demasiado lejos como para distinguirlas, pero lo

suficientemente clara como para percibir que sabía exactamente qué decir y cómo decirlo.

No tuvo tiempo de preguntarse quién era.

Porque, casi de inmediato, la vio.

April apareció desde el otro extremo del pasillo, el cabello alborotado, el abrigo mal colocado, vestida de cualquier modo, como si se hubiera lanzado fuera de casa sin detenerse a pensar. A Sofía le llamó la atención al instante: había visto a April unas cuantas veces, siempre impecable, siempre medida. Aquella versión desordenada y urgente le apretó algo en el pecho.

Observó cómo April y la mujer elegante cruzaban una mirada cargada de reconocimiento y decían algo en voz baja, un intercambio breve, intenso, que Sofía no alcanzó a oír. Luego April asintió una vez, como si se afirmara en algo, y echó a andar hacia donde estaban ellos.

Sofía se incorporó un poco en la silla. Chuck también levantó la cabeza.

April se acercó con pasos rápidos, los ojos brillantes, la expresión tensa pero decidida. Se inclinó primero hacia Chuck y lo abrazó con fuerza, un abrazo largo, sostenido, de esos que no buscan consolar con palabras sino ofrecer un lugar donde apoyarse. Chuck cerró los ojos un instante y le devolvió el gesto, agradecido, antes de soltarla con una respiración pesada.

Luego April se volvió hacia Sofía. Se inclinó apenas y le dio un beso ligero en la mejilla, seguido de un abrazo breve pero firme, cargado de una cercanía que no necesitaba explicaciones. Cuando se apartó, Sofía notó el frío de sus manos al posarlas sobre las suyas, como si April trajera consigo el aire de la calle, la urgencia intacta.

—¿Qué pasó? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo está?

Sofía tragó saliva antes de responder. Miró al frente un segundo, como si ordenar los hechos fuera más fácil sin sostenerle la mirada, y luego comenzó a hablar. Le contó lo ocurrido casi sin pausas: la discusión, el forcejeo, el momento en que todo se desbordó. No se

ahorró nada. Mucho menos la culpa. Esa sensación persistente de que, si hubiera dicho algo distinto, si hubiera reaccionado un segundo antes, si no hubiera perdido el control…

Su voz se quebró apenas al mencionarlo.

—Se interpuso —dijo—. No dudó. Y yo… —negó con la cabeza, incapaz de terminar la frase.

April no la interrumpió. Apretó un poco más su mano, como anclándola.

—Ahora está en el quirófano —continuó Sofía—. La están operando. No sabemos nada más.

El silencio que siguió fue denso, casi físico. April asintió despacio, procesando la información, y por primera vez desde que llegó dejó escapar un suspiro largo, contenido.

—Entonces ahora toca esperar —dijo al fin, con una serenidad que parecía prestada—. Y no estar sola.

Sofía cerró los ojos un instante, aferrándose a esa mano fría como si fuera una cuerda lanzada en medio del vacío, mientras el reloj de la sala de espera seguía avanzando con una crueldad precisa.

Sofía fue consciente de la presencia antes incluso de verla. Algo en el aire cambió, una atención dirigida, medida. Alzó la mirada y se encontró con la mujer elegante a unos pasos de distancia, observándola con una ceja levemente arqueada, como si la evaluara sin prisa.

April se incorporó de inmediato.

—Sofía —dijo—, ella es Margaret Huxley.

Sofía se puso de pie casi por reflejo. Estrechó la mano enguantada que Margaret le ofrecía, más por inercia que por auténtica disposición; los modales aprendidos actuando por ella mientras por dentro aún le ardía el recuerdo de aquellas columnas, de las citas encadenadas, de la presión velada que había empujado a Brooke a exponerse cuando todavía estaba rota.

—Mucho gusto —murmuró.

Margaret no sonrió. Le sostuvo la mirada con una intensidad tranquila, casi quirúrgica, y se inclinó apenas hacia ella, lo justo para que sus palabras no llegaran a nadie más.

—La paramédica…

No fue una pregunta. Tampoco un reproche. Sonó más bien como una constatación, una pieza que encajaba por fin en un rompecabezas invisible.

Sofía asintió, rígida.

—Sí.

Margaret sostuvo el silencio un segundo más, como si calibrara algo en su interior. Luego retiró la mano y bajó la voz.

—Brooke me habló de usted.

Ese comentario le tensó el estómago a Sofía. No supo qué responder. Pensó en todas las versiones posibles de sí misma que Brooke había podido contarle: la rencorosa, la celosa, la hiriente… o la mujer que había llegado tarde a decir *te amo*.

Margaret desvió la mirada hacia el pasillo que conducía a los quirófanos.

—Está en buenas manos —añadió—. Y es fuerte. Más de lo que cree.

April observó el intercambio en silencio, atenta, como si supiera que ese encuentro tenía un peso distinto al de una presentación cualquiera. Chuck permaneció sentado, siguiendo la escena con los hombros tensos.

Sofía volvió a sentarse despacio.

Margaret tomó asiento al lado de April, acomodándose con una elegancia sobria, y cruzó las piernas con un gesto contenido, como si incluso en ese espacio impersonal se negara a perder del todo el control.

—Ahora —continuó—, lo único que importa es que salga de ahí. Todo lo demás puede esperar.

Sofía apretó las manos sobre las rodillas. Quiso creerle. Necesitaba creerle. Y, aun así, no pudo evitar pensar que algunas cosas —las palabras no dichas, las heridas abiertas— ya llevaban demasiado tiempo esperando.

***

Las horas se habían deslizado unas sobre otras con una lentitud cruel, casi ofensiva. Afuera, la tarde comenzaba a caer sobre la ciudad, tiñendo los ventanales del hospital de un gris anaranjado que anunciaba el final del día sin ofrecer consuelo alguno. Sofía seguía sentada en la misma silla, el cuerpo rígido, la espalda recta, como si moverse implicara aceptar algo que no estaba dispuesta a asumir todavía.

April había insistido más de una vez en que se levantara, en que caminara un poco, en que bebiera agua. Chuck también lo había intentado, con una mano breve en su hombro y una mirada cansada. Sofía había negado siempre, en silencio. No podía. Sentía que, si se alejaba de ese punto exacto, algo se rompería del todo.

Fue entonces cuando se sobresaltó.

La puerta batiente que conducía al área quirúrgica se abrió y un hombre con pijama quirúrgico verde apareció, acompañado por una enfermera que sostenía una carpeta. El gorro aún puesto, la mascarilla bajada hasta el cuello, los ojos cansados pero atentos. El cirujano recorrió la sala con la mirada hasta detenerse en Chuck, a quien se dirigió de inmediato.

Sofía se puso de pie al mismo tiempo que él, el corazón golpeándole con una fuerza desordenada en el pecho.

—¿Familia de Brooke Dawson? —preguntó el médico.

Chuck asintió, adelantándose un paso.

—Soy su padre.

A unos pasos detrás, Margaret se había detenido junto a April, con un vaso de café humeante entre las manos. No bebía. Observaba la escena con atención contenida, los ojos grises fijos en el cirujano, como si cada palabra tuviera un peso específico que no necesitara ser explicado.

El cirujano hizo un gesto breve, profesional, invitando a Chuck a acercarse un poco más. Habló con voz clara, medida, usando términos que Sofía conocía demasiado bien y que, aun así, se le clavaban en el cuerpo con una crudeza distinta.

—La cirugía fue extensa —dijo—. Presentaba una herida de bala en el costado derecho, con compromiso de tejidos blandos y una perforación parcial del intestino. Hubo que realizar una laparotomía exploratoria, controlar la hemorragia y resecar una pequeña porción dañada. La bala no comprometió órganos vitales mayores, lo cual fue decisivo.

Sofía dejó de respirar por un segundo.

—Está estable —continuó el cirujano—. La intervención salió bien, dentro de la gravedad del caso. Ahora mismo está en recuperación postoperatoria. Las próximas horas son importantes, pero somos optimistas.

El mundo no volvió de golpe; regresó en fragmentos. La palabra *estable* se abrió paso entre el ruido de la sangre en los oídos de Sofía como una promesa frágil, pero real.

Margaret bajó apenas la mirada, como si asimilara la información con una sobriedad aprendida, y apoyó el café sobre la mesita sin hacer ruido.

Apenas entonces Sofía fue consciente de otra presencia a su lado.

Landon había llegado sin que ella lo notara, colocándose junto a April. Estaba pálido, el abrigo aún puesto, el cabello revuelto como si hubiera salido de casa a toda prisa. Se inclinó hacia April y le preguntó en voz baja qué había pasado. Sofía lo oyó, registró su voz, pero no logró apartar la mirada del médico.

—¿Podemos verla? —preguntó Chuck, con la voz ronca.

—En unos minutos —respondió el cirujano—. Primero necesitamos estabilizarla del todo en recuperación. Una enfermera vendrá a avisarles.

El médico asintió a modo de despedida y se marchó por el pasillo, seguido por la enfermera. El sonido de la puerta al cerrarse resonó en la sala como un punto final provisional.

Sofía se llevó una mano al rostro y, por primera vez en horas, dejó escapar el aire. Las piernas le temblaron y volvió a sentarse despacio, como si el cuerpo empezara recién ahora a registrar el cansancio.

A su lado, April le apretó el brazo con cuidado. Landon permanecía de pie, en silencio, con la mirada baja. Chuck se dejó caer en la silla de al lado y se pasó una mano por el rostro, agotado. Margaret permaneció de pie un segundo más, vigilante, antes de sentarse al otro lado de April, cruzando las manos con una compostura que no ocultaba del todo la preocupación.

Sofía cerró los ojos un instante.

«Está viva», se repitió.

No era todo. Pero, por ahora, era suficiente.

Landon esperó a que April y Margaret se alejaran por el pasillo antes de moverse. Aprovechó ese breve vacío para ocupar el asiento que April había dejado libre, a un lado de Sofía. El gesto fue cuidadoso, casi respetuoso, pero ella lo notó igual; lo sintió como se sienten las presencias que llegan cargadas de algo que no se ha dicho.

Durante unos segundos ninguno habló. El murmullo distante del hospital llenó el espacio entre ambos.

—Nunca pensé que volvería a verte así —dijo él al fin, con una voz medida—. En una sala de espera. Por ella.

Sofía mantuvo la mirada al frente. Asintió apenas.

—Tampoco yo.

Landon respiró hondo, como si calibrara cada palabra antes de soltarla.

—Brooke siempre tuvo esa manera de… meterse hasta el fondo —añadió—. De arriesgarse. Supongo que por eso me enamoré de ella.

El comentario no fue un ataque directo, pero llevaba filo. Sofía lo percibió y no se defendió. Había demasiadas cosas ardiéndole por dentro como para elegir una sola.

—Y tú —continuó él, con una media sonrisa que no llegó a serlo —. Tú apareciste cuando yo ya había hecho suficiente daño.

Sofía cerró los ojos un instante.

—No es una competencia —murmuró.

—Lo sé —respondió Landon—. O al menos… quiero creer que lo sé.

Se pasó una mano por el rostro, cansado, derrotado.

—Aquella vez —dijo entonces, bajando la voz— fui yo quien la besó.

Sofía giró la cabeza despacio, sin sorpresa, solo con una atención cansada.

—Ella me rechazó —añadió—. Me dejó claro que no me quería. Y tenía razón. Me comporté como un imbécil. La perdí mucho antes de que tú llegaras.

Guardó silencio un segundo, como si ese reconocimiento le costara más que cualquier reproche.

—Así que… supongo que tú ganas.

La risa que se le escapó a Sofía fue breve, rota, sin alegría. Una risa que dolía.

—No hay nada que ganar —dijo—. No así.

Landon asintió, aceptando la respuesta sin insistir. Se levantó poco después, devolviéndole el asiento a la espera.

No pasó mucho tiempo antes de que una enfermera se acercara, con una carpeta bajo el brazo y una expresión serena.

—Ya pueden pasar a verla —anunció—. Está en la UCI. Solo una persona a la vez y por unos minutos.

Chuck se puso de pie de inmediato.

—Voy yo —dijo, sin dudar.

Sofía lo miró avanzar por el pasillo y volvió a sentarse, las manos entrelazadas, el corazón latiéndole en un ritmo extraño, expectante.

Fue entonces cuando vio acercarse a Danny y a su padre, Luis. Venían juntos, los rostros tensos, cansados, marcados por horas largas. Sofía se levantó y los abrazó a ambos, uno tras otro, aferrándose a ese contacto como a una certeza mínima en medio de todo.

—Está estable —les dijo en voz baja—. Está viva.

Y por primera vez desde que todo había estallado, sintió que la frase podía sostenerse sin romperse.

***

Eran casi las once cuando Sofía salió por fin del hospital. Las luces del estacionamiento le parecieron demasiado blancas, demasiado ajenas, como si pertenecieran a otra vida. Había insistido en quedarse un poco más, pero el personal había sido claro: por esa noche no habría más visitas. Chuck se había quedado un rato más; ella, en cambio, ya no tenía fuerzas para seguir sentada en una silla dura, contando minutos que no avanzaban.

Condujo de regreso a casa en silencio, con la radio apagada y las manos firmes sobre el volante, como si concentrarse en ese gesto sencillo fuera la única manera de no desmoronarse antes de llegar. Cuando entró a su apartamento, el lugar la recibió con una quietud casi ofensiva.

Se quitó el abrigo despacio y lo dejó sobre el respaldo del sillón. El gesto fue automático, carente de cuidado. Caminó hasta su habitación arrastrando un cansancio que no era solo físico.

Necesitaba una ducha. Necesitaba descanso. Aunque sabía, en el fondo, que su mente no estaba dispuesta a concedérselo.

Al verse en el espejo se sobresaltó.

Las manchas de sangre seca salpicaban su ropa, endurecidas, oscuras. Su cabello estaba revuelto, sin forma. Pero fue la mirada lo que más la inquietó: unos ojos apagados, demasiado viejos para el reflejo que devolvían. Tragó saliva y desvió la vista.

Se desnudó sin prisa y se metió bajo la ducha. El agua caliente cayó sobre su piel como un golpe suave pero insistente, llevándose parte de la sangre, del sudor, del hospital… no así de los recuerdos. Apoyó la frente contra los azulejos y cerró los ojos, dejando que el agua le recorriera la espalda mientras respiraba hondo, una y otra vez.

Cuando salió, se puso lo primero que encontró: una camiseta amplia, un pantalón cómodo. No se molestó en secarse del todo el cabello. Caminó hasta la cama y se dejó caer de lado, vencida.

No había cenado. El estómago se le había cerrado desde hacía horas, como si comer fuera un gesto imposible en un mundo que todavía no entendía. Pensó en Brooke. En su cuerpo herido. En su mano soltándose. En su voz diciéndole *te amo* cuando ya era demasiado tarde para cualquier certeza.

Las lágrimas comenzaron a caer sin aviso, una tras otra, silenciosas, empapando la almohada. No intentó detenerlas. Simplemente las dejó venir, hasta que el cansancio fue más fuerte y el sueño la arrastró sin delicadeza.

Entonces soñó.

Estaba en un espacio amplio, indefinido, bañado por una luz pálida. A lo lejos, Brooke caminaba de espaldas, alejándose. Sofía intentó llamarla, pero su voz no salió. Trató de correr hacia ella y fue entonces cuando sintió que algo la retenía: sus pies se volvían pesados, densos, como si se hundieran en concreto fresco. Cada intento por avanzar la dejaba más atrapada.

Brooke seguía alejándose.

Sofía gritó su nombre con desesperación, con la garganta ardiéndole de tanto forzar la voz.

Despertó de golpe, incorporándose en la cama, el pecho subiéndole y bajándole con violencia.

—¡Brooke! —gritó, con la voz rota.

El apartamento respondió con silencio. Sofía se quedó sentada, temblando, con el corazón desbocado, sabiendo que el sueño no había sido solo una pesadilla, sino el reflejo exacto de su mayor miedo.

Y entonces Sofía hizo lo único que le nació hacer.

Se deslizó fuera de la cama y se arrodilló junto a ella, apoyando los antebrazos en el colchón como si necesitara ese contacto para no deshacerse. El suelo estaba frío bajo sus rodillas, pero no le importó. Entrelazó los dedos con torpeza, consciente de lo extraño que se sentía aquel gesto después de tantos años, y bajó la cabeza.

Comenzó a rezar.

No con palabras elaboradas ni fórmulas perfectas, sino como le había enseñado su madre cuando era niña, cuando las oraciones eran más súplica que rito, más conversación que obligación. Murmuró frases entrecortadas, a veces sin sentido, a veces repitiendo lo mismo una y otra vez, como si insistir pudiera inclinar la balanza de algo que no comprendía del todo.

Pidió por Brooke.

Pidió que despertara.

Pidió que no se la llevaran.

La voz se le quebró al pronunciar su nombre y las lágrimas volvieron, cayendo sobre las manos entrelazadas, empapándolas. No prometió nada grandioso; no habló de redenciones ni de futuros perfectos. Solo pidió tiempo. Otra oportunidad. La posibilidad de decirle *te amo* sin prisas, sin miedo, sin un monitor marcando el pulso de fondo.

—Por favor… —susurró, casi sin voz—. No me la quites.

Se quedó allí durante largos minutos, o quizá fueron segundos; el tiempo perdió forma. Cuando por fin apoyó la frente contra el colchón, exhausta, la oración ya no era una serie de palabras, sino un latido insistente, una fe improvisada nacida del amor y del miedo a perderlo.

Y en ese silencio íntimo, arrodillada en la penumbra de su habitación, Sofía entendió que, pasara lo que pasara al amanecer, ya había entregado todo lo que tenía.

***

La mañana llegó sin suavidad. Sofía apenas había dormido un par de horas cuando el despertador sonó, insistente, recordándole que el mundo no se había detenido solo porque el suyo estuviera en pausa. Preparó un café fuerte y lo bebió casi de un trago, de pie en la cocina, sin saborearlo. El amargor le recorrió la garganta como un trámite necesario.

Se vistió con movimientos mecánicos, eligiendo ropa cómoda, oscura, sin pensar demasiado. Antes de salir, revisó el móvil: un mensaje de April la esperaba desde hacía rato, breve y práctico, como si ambas supieran que no había espacio para dramatismos.

«Recuerda llevarle ropa. Artículos personales. Si todo va bien, hoy la bajan a piso.»

Sofía cerró los ojos un segundo y respiró hondo. *Si todo va bien.*

Bajó al área de mantenimiento del edificio con esa frase repitiéndosele en la cabeza. El encargado la reconoció de inmediato; no fue difícil explicar la situación. Dijo *accidente*, dijo *hospital*, dijo *urgente*, y no necesitó entrar en más detalles. Mostró identificación, respondió un par de preguntas, firmó un papel. Todo se resolvió con una eficiencia discreta, humana.

Minutos después, subía en el ascensor con una llave provisional en la mano.

El pasillo del quinto piso estaba en silencio. Frente a la puerta del 5C, Sofía se detuvo un instante antes de abrir. No sabía por qué,

pero le costó girar la llave, como si ese gesto implicara cruzar una frontera invisible.

El apartamento la recibió con el olor conocido, con esa mezcla de café, papel y algo dulzón que siempre le había parecido tan Brooke. Cerró la puerta detrás de sí y permaneció quieta unos segundos, escuchando un silencio que no era vacío, sino expectante.

Fue directo al dormitorio. Abrió el armario y empezó a seleccionar ropa con cuidado: camisetas suaves, un suéter amplio, ropa interior, pantalones cómodos. Pensó en el frío del hospital, en los cables, en la incomodidad de sentirse ajena dentro de un cuerpo que aún no obedecía del todo.

Luego buscó artículos personales: el cepillo de dientes, la crema facial, el neceser pequeño que Brooke siempre llevaba consigo. Se detuvo al ver el frasco de perfume en la repisa y lo tomó entre las manos, indecisa. Finalmente lo guardó también.

En la sala, sus ojos se desviaron hacia la ventana. El cactus seguía allí, inclinado hacia la luz de la mañana, más vivo de lo que Sofía habría esperado. Se acercó y, casi con cuidado reverencial, fue a la cocina por un poco de agua. Lo regó despacio, sin exceso, como si el gesto tuviera un peso simbólico que prefería no nombrar.

—Aguanta —murmuró, sin saber si se lo decía a la planta… o a Brooke.

Cerró la maleta pequeña y la dejó junto a la puerta. Antes de salir, dio una última mirada al apartamento, grabándose cada detalle, como si necesitara llevárselo consigo.

Luego bajó de nuevo al vestíbulo, con la certeza contenida de que, si todo salía bien, esa noche Brooke ya no dormiría en cuidados intensivos.

Y esa esperanza —frágil, pero firme— fue suficiente para echar a andar.

CAPÍTULO 23

BROOKE

El despertar no fue un acto limpio ni ordenado. Llegó a Brooke en fragmentos, como si alguien encendiera y apagara la luz dentro de su cabeza sin avisar. Primero fue el sonido. Un pitido rítmico, insistente, demasiado cercano. Luego otro, más grave, acompañado de un murmullo constante que no lograba identificar. Intentó mover una mano y descubrió que el gesto no le pertenecía del todo; el cuerpo respondía con un retraso torpe, ajeno, como si estuviera hecho de otra materia.

Abrió los ojos.

La luz la golpeó de inmediato. Blanca, cruda, sin sombras. Cerró los párpados otra vez, con un gemido apenas audible, y el mundo se replegó lo suficiente como para permitirle respirar. Algo le dolía. No en un punto exacto, sino en capas. Un dolor profundo, sordo, acompañado de una presión extraña en el abdomen, como si le hubieran colocado un peso que no podía quitarse.

«Hospital», pensó.

O creyó pensarlo.

Intentó recordar cómo había llegado allí, pero los recuerdos se desordenaron, chocando entre sí: sirenas, gritos, el rostro de Sofía cubierto de lágrimas, una frase dicha demasiado tarde… *te amo*. El pecho se le apretó al evocarlo y, por un segundo, creyó que todo había sido un sueño.

Volvió a abrir los ojos con más cuidado.

Esta vez el entorno empezó a definirse: cortinas claras, una pared llena de cables, una pantalla que mostraba líneas verdes

moviéndose con vida propia. Un olor penetrante, limpio, químico. UCI, comprendió con una claridad que le heló la piel.

Quiso girar la cabeza. Apenas pudo.

Y entonces la vio.

Estaba de pie a su lado, ligeramente apartada de la cama, como si no quisiera invadir el espacio. Llevaba un vestido sencillo, de tonos suaves, y el cabello recogido de la manera exacta en que Brooke lo recordaba. No parecía más vieja. Tampoco más joven. Simplemente… intacta, detenida en el tiempo en el que su memoria la había guardado.

—Mamá —susurró, o creyó hacerlo.

La mujer sonrió.

No fue una sonrisa amplia ni efusiva, sino esa leve curvatura de labios que Brooke había visto tantas veces en la infancia, la misma que siempre precedía a un abrazo o a una frase dicha en voz baja. La miraba con ternura, con una calma que parecía imposible dentro de una unidad de cuidados intensivos, entre máquinas y luces frías.

—Tranquila, cariño —dijo su madre, y su voz no sonó como un recuerdo ni como un eco—. Ya pasó lo peor.

A Brooke se le cerró la garganta. El impulso de estirar la mano fue inmediato, urgente, pero el cuerpo no respondió; apenas logró mover los dedos, torpes, pesados. El miedo llegó entonces, no como pánico, sino como una comprensión lenta.

—¿Estoy…? —intentó preguntar, sin terminar la frase.

Su madre negó con la cabeza y dio un paso más cerca, lo justo para que Brooke pudiera percibir su presencia como algo sólido, real.

—Todavía no —respondió—. Aún no es momento.

No hubo dramatismo en esas palabras. No sonaron a despedida ni a sentencia. Fueron una afirmación serena, dicha con la certeza de quien sabe algo que no necesita explicar.

El cansancio volvió a imponerse con suavidad. Brooke sintió los párpados pesados, el cuerpo hundiéndose de nuevo en la cama, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo poco a poco. Alcanzó a sostener la mirada de su madre un instante más.

«No te vayas», pensó, con una súplica infantil.

Pero ya no tuvo fuerzas para nada más.

El sueño la envolvió otra vez, profundo, sin imágenes.

Cuando despertó de nuevo, lo primero que registró fue la voz.

—Brooke… amor, ¿me escuchas?

Esa voz sí la reconoció de inmediato.

Abrió los ojos con esfuerzo. La luz seguía siendo blanca, el pitido constante, el dolor allí, más definido. Giró apenas la cabeza y entonces la vio.

Sofía estaba inclinada junto a la cama, con los ojos enrojecidos, el cabello recogido de cualquier forma, la mano apretando la suya con cuidado, como si temiera hacerle daño.

El alivio fue inmediato y devastador.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Brooke sin que pudiera detenerla. Quiso hablar, decir su nombre, contarle lo que había visto, preguntarle si aquello había sido real… pero solo logró apretar levemente sus dedos.

Sofía se inclinó un poco más, apoyando la frente cerca de la suya.

—Estás aquí —susurró—. No te fuiste.

Y por primera vez desde que abrió los ojos, Brooke creyó, de verdad, que tal vez sí iba a quedarse.

***

Brooke tardó unos segundos en comprender dónde estaba.

No fue una revelación súbita, sino una suma de sensaciones fragmentadas: el pitido regular de una máquina, la sequedad en la

boca, el peso extraño en el abdomen que no era exactamente dolor, pero tampoco ausencia. Intentó mover la mano y el gesto mínimo le arrancó un suspiro involuntario.

Entonces la vio.

Sofía estaba sentada a su lado, inclinada hacia adelante, los antebrazos apoyados en el borde de la cama, como si llevara horas allí sin permitirse moverse demasiado. Tenía el abrigo doblado sobre el respaldo de la silla, el cabello recogido de cualquier manera y los ojos cansados, enrojecidos, pero atentos. Demasiado atentos. Como si hubiera estado contando cada respiración.

Durante un instante, Brooke pensó que todavía estaba soñando.

—Hey… —murmuró, o creyó murmurar.

Sofía reaccionó al sonido como si alguien hubiera pronunciado su nombre en una habitación vacía. Alzó la cabeza de golpe, y en cuanto sus miradas se encontraron, algo en su expresión se quebró y se recompuso al mismo tiempo.

—Estás despierta —susurró, acercándose apenas—. Estás aquí.

Brooke parpadeó despacio. La habitación no se desdibujó. El rostro de Sofía siguió allí, real, imperfecto, con una lágrima que no terminó de caer.

—¿Me fui…? —intentó preguntar.

Sofía negó de inmediato, con un gesto rápido, casi urgente, y apoyó dos dedos con cuidado sobre la mano de Brooke, como si temiera hacerle daño.

—No. No te fuiste —dijo—. Estás a salvo. Todo salió bien.

La presión era mínima, apenas un roce, pero Brooke sintió ese contacto como una corriente tibia atravesándole el pecho. Cerró los ojos un segundo, dejando que esa certeza se acomodara dentro de ella.

Cuando volvió a abrirlos, Sofía seguía allí.

—Pensé… —la voz se le quebró un poco— pensé que no ibas a estar.

Sofía tragó saliva. Se inclinó un poco más, lo justo para que su voz no tuviera que alzarse.

—Nunca me fui —respondió—. Ni un segundo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso, contenido, lleno de todo lo que no habían dicho durante semanas. Sofía llevó la mano libre al rostro de Brooke con un cuidado reverencial, rozándole la sien, apartándole un mechón de cabello de la frente. Sus dedos temblaban apenas.

—Me asusté tanto —confesó, casi sin voz—. Pensé que te perdía… y no habría sabido cómo vivir con eso.

Brooke la observó, memorizando cada detalle: la forma en que fruncía apenas el ceño, la línea tensa de su mandíbula, la vulnerabilidad expuesta sin defensa alguna. Quiso levantar la mano para tocarla, pero el cuerpo no respondió como esperaba. Sofía lo notó de inmediato y acercó su mano a la de ella, entrelazando los dedos con suavidad.

—Estoy aquí —repitió Sofía—. Te amo.

No fue una declaración grandilocuente. No hubo énfasis ni dramatismo. Solo una verdad dicha en voz baja, como si bastara con que existiera entre ellas.

Brooke sintió cómo algo se aflojaba en su pecho. El aire le entró de golpe, irregular. La emoción le nubló la vista y tuvo que parpadear varias veces antes de atreverse a responder.

—Sof… —susurró.

Le dolía hablar. Le dolía respirar. Pero había cosas que no podían esperar.

Hizo un esfuerzo pequeño, concentrado, y cuando volvió a abrir la boca, la voz le salió ronca, frágil, apenas un hilo.

—Yo también te amo.

Sofía cerró los ojos al escucharla, como si esas palabras le hubieran devuelto algo que llevaba horas —quizá días— sosteniendo a pulso. Inclinó la frente hasta apoyarla con cuidado en la de Brooke, sin tocarla del todo, respirando el mismo aire.

—Gracias —murmuró—. Por quedarte.

Sofía no se apartó enseguida. Permaneció allí, con la frente apoyada cerca de la suya, respirando despacio, como si necesitara asegurarse de que ese momento no se desvanecería al menor movimiento. Brooke sintió el temblor leve que recorría su cuerpo, una vibración contenida que no tenía que ver con el frío del hospital, sino con todo lo que había estado reprimiendo desde la noche anterior.

—Me duele… —admitió Brooke al cabo de un momento, sin dramatismo, solo constatando un hecho.

Sofía se enderezó de inmediato, alerta, profesional sin dejar de ser mujer. Sus dedos se deslizaron con cuidado hacia el borde de la sábana, sin tocar directamente la herida.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Te dieron analgésicos fuertes, pero igual va a doler. Si empeora, avísame y llamo a la enfermera, ¿sí?

Brooke asintió apenas. El gesto mínimo la agotó más de lo que esperaba. Cerró los ojos un segundo y, cuando los volvió a abrir, Sofía seguía observándola con una atención casi feroz, como si cada parpadeo fuera una victoria.

—Pensé que te había soñado —confesó Brooke—. A ti… y a mi madre.

Sofía no preguntó de inmediato. Esperó, respetuosa.

—La vi —continuó Brooke, con la voz suave—. Estaba aquí. Me dijo que todavía no era el momento.

Algo cruzó por el rostro de Sofía: sorpresa, duda, pero también una comprensión que no necesitaba explicación racional. Apretó un poco más su mano.

—Tu papá llamó a tu mamá para contarle lo ocurrido —dijo finalmente—. Ella llegó esta mañana, antes de que despertaras. Se quedó un rato… y después se fue.

Brooke dejó escapar una exhalación temblorosa. No era un sueño, entonces. No del todo.

—Así que sí vino… —murmuró—. No me lo inventé.

—No —respondió Sofía—. No te inventaste nada.

El silencio volvió a instalarse, distinto ahora. Menos pesado. Brooke observó el techo blanco, las luces apagadas a medias, el reflejo tenue en el metal de la baranda de la cama. Todo parecía demasiado nítido, demasiado real, y aun así frágil, como si bastara cerrar los ojos para perderlo otra vez.

—¿Te quedas un poco más? —preguntó, sin mirarla, con un hilo de voz que no pretendía ser valiente.

Sofía no dudó.

—Todo el tiempo que me dejen —respondió—. Y el que no, también.

Una sombra de sonrisa se dibujó en los labios de Brooke. Sintió cómo el cansancio volvía a arrastrarla hacia abajo, esa marea espesa que ya conocía. Pero esta vez no hubo miedo. Solo una pesadez dulce, soportable.

Antes de dejarse ir, apretó los dedos de Sofía con lo poco que le quedaba de fuerza.

—No te vayas —susurró.

Sofía inclinó la cabeza, acercó los labios a sus nudillos y dejó un beso leve, casi reverente.

—Estoy aquí —dijo—. No pienso irme.

Brooke cerró los ojos. El pitido constante de la máquina marcó el ritmo de su respiración mientras el sueño volvía a envolverla, más suave esta vez, sostenida por una certeza nueva: no estaba sola.

***

Chuck esperó a que la enfermera se marchara y a que el cuarto recuperara esa quietud frágil que Brooke ya empezaba a reconocer como propia de los hospitales. Tenía el respaldo de la cama ligeramente incorporado y sostenía el tazón con ambas manos, como si el calor del caldo fuera lo único que la mantenía anclada al presente. El vapor le empañaba un poco la vista; había comido apenas un par de cucharadas, más por obedecer que por verdadero apetito.

—No sabe tan mal —murmuró, intentando sonar normal, aunque su voz le salió más débil de lo que esperaba.

Vio a su padre sonreír apenas antes de sentarse a su lado, con ese cuidado excesivo que le decía, sin palabras, que seguía teniendo miedo de hacerle daño.

—Es buena señal —dijo él—. Que puedas comer, aunque sea un poco.

Brooke asintió. Probó otra cucharada y luego se detuvo, observando el líquido dorado como si allí pudiera encontrar una respuesta que todavía no se atrevía a formular.

—Papá… —dijo al fin.

La palabra le pesó más de lo habitual en la lengua.

—Sofía me dijo que mamá estuvo aquí.

Notó cómo su padre tardaba unos segundos en responder. No necesitó mirarlo para saber que estaba eligiendo con cuidado cada palabra.

—Sí —confirmó—. Llegó temprano, esta mañana. Antes de que despertaras del todo.

Brooke levantó la mirada de inmediato.

—¿Me vio? —preguntó—. ¿Despierta?

Chuck negó con suavidad.

—No. Estabas dormida. Se quedó mirándote un buen rato… no quiso despertarte.

Algo se le cerró en la garganta. Bajó la vista al tazón para que su padre no lo notara.

—¿Y dijo algo? —insistió.

Vio cómo él entrelazaba los dedos, ese gesto antiguo que siempre aparecía cuando estaba nervioso.

—Preguntó por la cirugía, por los médicos —respondió—. Dijo que te veías fuerte. Que siempre lo fuiste.

Brooke dejó escapar una exhalación lenta.

—Pero se fue —dijo.

No era una acusación. Era un hecho.

—Sí —admitió Chuck—. Se fue.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí denso. Brooke sintió el cansancio deslizarse otra vez por su cuerpo, pesado, paciente.

—¿Por qué? —preguntó al cabo—. ¿Tenía prisa?

Chuck negó.

—No exactamente. Creo que… no supo cómo quedarse. Estar aquí le removió demasiadas cosas.

Brooke bajó la mirada al caldo. La cuchara tembló un poco entre sus dedos.

«Siempre fue así», pensó. «Sabía llegar. Nunca quedarse».

No lo dijo en voz alta.

—¿Fue una despedida? —preguntó, casi en un susurro.

Su padre se inclinó apenas hacia ella.

—No —respondió—. No habló como quien se despide. Me dijo que necesitaba tiempo. Que quizá volvería más tarde… o mañana.

Brooke alzó los ojos, sorprendida.

—¿De verdad?

—De verdad —asintió él—. No cerró ninguna puerta.

Esa idea se le quedó suspendida en el pecho, frágil, pero viva.

—Entonces… —murmuró— no fue un adiós.

—No —repitió Chuck—. No lo fue.

Apoyó la cabeza contra la almohada, agotada, y cerró los ojos un instante. No había alivio pleno, pero sí una tregua. Como si algo que llevaba años abierto hubiera dejado, por fin, de sangrar un poco.

—Quizá vuelva —dijo—. O quizá no… pero vino.

Chuck le acomodó el cabello con cuidado.

—Eso ya es algo —respondió—. Ahora lo importante eres tú.

Brooke abrió los ojos y lo miró. Levantó el tazón apenas.

—Prometo terminarme el caldo —dijo, con una sonrisa cansada.

Y, por primera vez desde que despertó, sintió que el cuarto no estaba completamente frío.

***

Pasaron varios días antes de que la palabra *alta* dejara de sonar lejana y se volviera, por fin, una posibilidad concreta. Días marcados por el ritmo lento del hospital: controles constantes, visitas breves, caminatas cuidadosas por el pasillo con el suero como compañía, y noches en las que el dolor cedía lo suficiente como para permitirle dormir sin miedo. Días en los que el cuerpo fue encontrando, poco a poco, la manera de volver a ser suyo.

Cuando al fin la dejaron salir, ya era media tarde. El cielo tenía ese tono apagado que anunciaba el final del día y el inicio de algo más calmo. Sofía no se separó de ella ni un instante, atenta a cada paso, a cada gesto, sosteniéndola con una mano firme en la cintura mientras subían al apartamento que, durante una semana larga, Brooke había imaginado una y otra vez.

La llave giró con una torpeza que Brooke no supo atribuir del todo al cansancio ni al vendaje que aún le tiranteaba el costado. La puerta cedió con un clic suave, doméstico, y durante una fracción de segundo todo fue exactamente como lo había imaginado durante

esos días en el hospital: el silencio conocido del apartamento, el olor leve a hogar, la promesa de su cama esperando.

Entonces encendieron las luces.

—¡Bienvenida a casa, Brooke!

El sonido la golpeó de lleno, cálido, inesperado. Se quedó inmóvil en el umbral, con la respiración suspendida, mientras su mirada intentaba abarcarlo todo a la vez: el cartel improvisado colgado un poco torcido sobre la pared del living, los globos flotando a distintas alturas, algunos demasiado bajos, otros rozando el techo; las sonrisas abiertas, las manos alzadas, los rostros que no esperaba ver reunidos allí.

April fue la primera en acercarse, los ojos brillantes, los brazos abiertos, conteniéndose apenas para no abrazarla con demasiada fuerza. Margaret estaba un poco más atrás, elegante incluso en ese contexto, sosteniendo una copa de algo que no identificó, observándola con una sonrisa genuina, menos afilada de lo habitual. Landon levantó la mano en un gesto torpe, casi tímido. Danny silbó, teatral, mientras Luis y Elena sonreían con esa mezcla de alivio y emoción que Brooke ya empezaba a reconocerles. Chuck estaba allí, por supuesto, con los ojos húmedos y una expresión orgullosa que le apretó el pecho. Incluso la señora McCallister, su vecina del apartamento contiguo, asomaba desde el fondo con una sonrisa satisfecha, como si siempre hubiera sabido que ese momento llegaría.

Brooke tragó saliva. Sintió cómo algo se le aflojaba por dentro, lento, inevitable.

A su costado, Sofía dejó escapar una risa contenida, baja, cargada de complicidad, y ajustó con cuidado el brazo alrededor de su cintura, sosteniéndola con una naturalidad que ya no dolía, que no pesaba, que simplemente estaba.

—Parece que… —murmuró Brooke, con la voz aún frágil— no me fui tanto tiempo como creía.

Sofía se inclinó apenas hacia ella, lo justo para que solo Brooke pudiera oírla.

—Te extrañaron —susurró—. Mucho.

Brooke dejó que su peso descansara un poco más en ese apoyo firme, conocido, y dio un paso hacia adentro. El apartamento, su apartamento, la recibió con una calidez distinta, amplificada por las voces, las risas, el murmullo de gente querida ocupando cada rincón.

Y mientras las palabras *bienvenida a casa* seguían flotando en el aire, entendió —con una claridad serena, sin sobresaltos— que no se trataba solo de haber sobrevivido.

Se trataba de haber vuelto.

Poco después de haber intercambiado saludos con todos los presentes, Brooke se acomodó un poco mejor en el sillón, la manta ligera sobre las piernas y la taza de chocolate caliente entre las manos, dejándose llevar por el murmullo de la conversación que llenaba el apartamento. April y Danny discutían algo con entusiasmo —no alcanzó a captar el origen del debate, pero sí el tono—, ella gesticulando con una teatralidad elegante incluso en ropa cómoda, él exagerando cada argumento como si estuviera en un bar y no en una sala ajena. Brooke sonrió para sí, entretenida, sintiendo cómo ese ruido cotidiano le asentaba el pulso.

De reojo, sin querer hacerlo demasiado evidente, notó el gesto críptico de Margaret. Estaba sentada un poco más atrás, con la espalda recta y una expresión cuidadosamente neutra, pero sus ojos no se apartaban de April. No era una mirada abierta ni posesiva; era algo más sutil, casi imperceptible, como si vigilara un equilibrio frágil que solo ella sabía que existía. Margaret intentaba disimularlo, sin demasiado éxito. Brooke lo registró con una curiosidad suave, sin juicio, como quien observa una historia ajena que aún no termina de revelarse.

Alzó la vista entonces y la escena que encontró cerca de la cocina le pareció tan improbable que estuvo a punto de reírse en voz

alta. Sofía y Landon conversaban a pocos pasos de distancia, apoyados contra la encimera, compartiendo una charla aparentemente cordial. No alcanzó a oír qué decían, pero vio la manera relajada en que Sofía inclinaba un poco la cabeza al escuchar, y el gesto contenido de Landon, más humilde que de costumbre. «Si me lo hubieran contado hace unas semanas», pensó Brooke, «no lo habría creído». La imagen tenía algo de surrealista, como si el mundo hubiera decidido reacomodarse de formas inesperadas solo para probarle que las cosas no siempre seguían el camino más obvio.

Un poco más apartados, cerca de la ventana, estaban su padre junto a Luis, Elena y la señora McCallister. Los tres sostenían cervezas en la mano y hablaban animados, riendo con una complicidad que a Brooke le resultó extrañamente reconfortante. Ver a Chuck relajado, los hombros menos tensos, la sonrisa más fácil, le alivió algo que llevaba días apretado en el pecho sin darse cuenta.

Recordó entonces lo que Sofía le había contado poco antes, casi al pasar, mientras la ayudaba a acomodarse en el sillón. Que Juliana estaba recuperándose bien, que el susto había sido grande pero que la niña estaba volviendo poco a poco a la normalidad. Que Mariela, contra todo pronóstico, parecía arrepentida de verdad. Que había dicho que estaba dispuesta a atestiguar en contra de Mauro. Brooke no sabía qué peso tendría eso en el futuro, ni cuánto duraría esa lucidez, pero por primera vez no sintió la necesidad de anticipar lo peor.

Dio un sorbo al chocolate. Estaba caliente, dulce, reconfortante.

Se descubrió a sí misma respirando con más profundidad, sin ese nudo constante en el estómago. Había dolor todavía, cansancio, una herida que tardaría en cerrar por completo. Pero también había algo más sólido sosteniéndola. La certeza —simple, casi humilde— de que las personas que llenaban ese espacio, con todas sus imperfecciones, estaban allí porque la querían. Porque se habían quedado.

Incluso su madre, esa bala perdida que había aprendido a nombrar sin rencor, había tenido la decencia de ir a verla. No sabía si volvería, ni cuándo, ni cómo. Pero ese gesto mínimo, inesperado, había logrado calmar una parte antigua de ella.

Brooke apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos apenas un segundo, escuchando las risas, las voces cruzadas, los pasos suaves sobre el suelo. El apartamento vibraba de vida, de una normalidad nueva que no pedía explicaciones inmediatas.

Y se permitió quedarse allí, simplemente, sosteniendo esa paz frágil entre las manos, sin prisa por imaginar lo que vendría después, sabiendo que había vuelto no solo a casa, sino a la vida.

FIN

EPÍLOGO

Han pasado varios meses, y el tiempo, como siempre, se ha ido deslizando sin hacer ruido, sin pedirme permiso. El invierno se despidió poco a poco, la primavera hizo su aparición con una frescura nueva, y, con ella, llegó el momento de sanar. O, al menos, lo intenté. Cada día me descubrí un poco más, entendiendo lo que necesitaba y dejando atrás lo que me había impedido avanzar durante tanto tiempo.

Sofía y yo seguimos juntas, más de lo que imaginé alguna vez. La vida, entre todos los altibajos, encontró su forma de acomodarse. Y, como en todo, descubrimos pequeños detalles, tan irrelevantes para el resto del mundo, pero vitales para nosotros. Decidió mudarse a mi apartamento, por petición mía. Yo insistí en que el mío tenía mejor luz, y que a Paco le iba a gustar más la vista desde el salón. Al principio, Sofía solo lo había considerado como una opción temporal, pero con el tiempo, y después de unos pequeños arreglos, terminó mudándose por completo. No solo fue ella la que llegó con su ropa y sus cosas, sino que Paco, su pez, también hizo su mudanza. Su pecera más grande, ahora ubicada en una esquina del salón, quedó allí como si fuera parte de nuestro hogar, no solo de ella, ni solo mío, sino nuestro.

Paco, junto con su pecera, ahora vive al lado de mi cactus en el alféizar de la ventana. A veces, cuando me quedo mirando desde el sofá, no puedo evitar compararlos. Ambos allí, como pequeños sobrevivientes de sus respectivos mundos, tratando de adaptarse, de encontrar su lugar.

El proceso de sanación no fue solo físico. No fue solo la herida de la bala, ni el dolor en el costado que ya desaparecía. Fue más. Fue el miedo que se disipaba con cada conversación sincera, con cada decisión que tomaba por mí misma. Como la que tomé con Landon. En el principio, la idea de que él estuviera en mi vida era una absurda pieza del pasado. Pero con el tiempo, las aguas se calmaron, y las tensiones, tanto las viejas como las nuevas, desaparecieron. Ahora, cuando lo veo, no siento rencor ni

resentimiento, sino una paz extraña. Y, al parecer, Landon también se ha dejado llevar por la calma. Conoció a una chica, alguien que parece encajar con él. Sofía ya no lo mira con desconfianza ni con malos ojos, y yo, lo sé, he dejado ir esa parte de mí que lo odiaba.

El juicio contra Mauro continuó, lento y tedioso, como era de esperarse. Sin embargo, Mariela, para sorpresa de todos, dio un paso adelante, dispuesta a mantener su promesa de atestiguar en su contra. La vida, al parecer, le dio una sacudida que, aunque no borrará jamás lo ocurrido, al menos le permitió ver la verdad. Pero no todo ha sido fácil. Las heridas de la familia no se curan de un día para otro. Sofía y Mariela apenas se hablan, aunque, lentamente, comienzan a limar asperezas, paso a paso. Es un proceso que se siente doloroso y necesario, casi como un reflejo del proceso que he vivido con mi madre.

Mi relación con ella cambió en formas que no había anticipado. Volvió a la ciudad un par de veces, y esas visitas, aunque cortas, fueron más que necesarias. Tuvimos largas conversaciones, algunas incómodas, otras reveladoras. Mi madre empezó a hablar, a explicar las decisiones que me habían marcado toda la vida. No era la perfección de una madre ideal, pero era la mujer que, con todos sus errores, también había tenido que enfrentarse a sus propios demonios.

Papá, por su parte, ya había dejado de refugiarse en el alcohol. Cada día se ve mejor, más fuerte. Lo he visto alejarse de esa oscuridad, esa sombra que siempre lo perseguía, y enfocarse en lo que le da paz: los bolos. Y, aunque los viejos fantasmas se asoman de vez en cuando, puedo ver la diferencia. Veo la luz en él también.

Mi jefa, aunque sigue siendo la misma mujer directa y a veces desbordante, también ha cambiado. No es solo la profesional que me hacía sentir que nunca sería suficiente. Es una amiga, con una actitud protectora que no puedo ignorar. Cuando me ve exhausta, cuando no puedo más, me dice lo que necesito escuchar: «Cuidado, Brooke. No te pierdas en el trabajo, en las expectativas. La vida no se mide por lo que escribes. Se mide por lo que sientes.»

Sin embargo, mi amiga April no cree en el cambio de mi jefa. Según ella, lo que realmente pasa es que intenta meterme mano. Yo, por supuesto, le digo que no, que eso es imposible. Aunque, claro, hay algo en la manera en que April lo dice que me hace pensar que tal vez hay algo más... pero, bueno, esa es una historia para otro momento. Al final, nunca se sabe con mi amiga, siempre tiene sus teorías sobre todo. Aunque lo que sí es cierto es que la historia de ellas dos... es un capítulo que aún está por escribirse.

Y mientras todo esto sucede, las citas que comencé con el propósito de «llenar vacíos» se fueron transformando. Al principio fueron un desastre, en todos los sentidos posibles. Pero, con Sofía a mi lado, me di cuenta de que no se trataba de encontrar a alguien más para sentirme completa. Se trataba de encontrarme a mí misma, de saber que la soledad no es una condena. El resto de las citas, las que vinieron después, fueron tranquilas. Ya no estaba ansiosa por agradar, por encajar. Y aunque no todas fueron perfectas, conocí a algunas personas increíbles con las que todavía mantengo contacto.

Miro al cactus una vez más, y una sonrisa suave se dibuja en mi rostro, llena de ternura, porque, de alguna forma, su historia es la mía. Al principio, el cactus apenas tenía vida, como mi propio cuerpo después de todo lo que pasé. Sus hojas se doblaban, amarilleaban, marchitas, igual que yo me sentía en esos días. Pero con el tiempo, al igual que él, me fui adaptando, fui sanando. El sol que entraba por esa ventana, lo mismo que la luz que Sofía trajo a mi vida, fue todo lo que necesité para renacer. Y poco a poco, como un milagro discreto, el cactus comenzó a ponerse verde otra vez, reviviendo. Como yo. Como todos nosotros, que muchas veces nos quedamos esperando, en silencio, que algo más suceda. Pero ahora, al mirarlo, no veo un cactus medio muerto. Veo algo que crece, que se mantiene firme, que permanece. Y, de alguna forma, ese es mi reflejo.

Al poner el punto final, dejo mi laptop a un lado y me levanto. Sofía me espera en la puerta, con una sonrisa en los labios. Hoy vamos al partido de pretemporada de los Red Sox, acompañados de

mi padre, Danny, mi suegro Luis, April, Juliana, y el compañero de trabajo de Sofía, Galloway. Una tarde prometedora de risas y fútbol, pero, como siempre, sé que lo que realmente me espera es el tiempo a su lado.

Sofía lleva puesta la chaqueta de los Sox, que le queda perfecta, y unos vaqueros ajustados que realzan su figura de manera que me dejan sin palabras. Sonrío al verla, mi corazón acelera con una mezcla de emoción y cariño, y sin decir nada, me acerco a ella, dejando que el momento se deslice entre nosotras con la misma facilidad de siempre.

Nos besamos, y es un beso lleno de promesas sin palabras. Ella me toma de la mano, con seguridad, y en ese instante, mi mano se desliza, algo más traviesa de lo normal. La coloco en su trasero, mi parte favorita, y no puedo evitar sonreír contra sus labios. Sofía se ríe entre besos, y yo, sintiendo esa chispa de complicidad, me relajo, dejándome llevar por el momento.

Ambas reímos suavemente, sin preocuparnos por nada más que ese instante. Mientras nos despedimos de Paco, el pez de Sofía (que ya está bien acomodado en su pecera), apago las luces, abro la puerta y la cierro con suavidad detrás de nosotras. En ese simple gesto, el mundo exterior se desvanece, dejando solo el eco de nuestras risas y la promesa de un día más, juntas.